

**Serie ESTUDIOS**

*Fátima Cruz Souza*

*Género, psicología y desarrollo rural:  
La construcción de nuevas identidades*



MINISTERIO  
DE AGRICULTURA, PESCA  
Y ALIMENTACIÓN

SUBSECRETARÍA

SECRETARÍA GENERAL  
TÉCNICA







Nº 163

T-87506

***GÉNERO, PSICOLOGÍA Y DESARROLLO RURAL:  
LA CONSTRUCCIÓN DE NUEVAS IDENTIDADES –  
Las representaciones sociales de las mujeres en el medio rural***

**FÁTIMA CRUZ SOUZA**

Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación  
Catalogación de la Biblioteca Central

**CRUZ SOUZA FATIMA**

Género, psicología y desarrollo rural: la construcción de nuevas identidades: las Repercusiones sociales de las mujeres en el medio rural / Fátima Cruz Souza. — Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

2006.-460 p.; 20 cm -(Estudios; 163)

ISBN: 84-491-0753-9

1. DESARROLLO RURAL 2. PARTICIPACIÓN DE LA MUJER I. España.

Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación II, Título III.

Estudios (España, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación); 163

396.5:338.1 (460-22)

338.1 (460-22):396.5



**MINISTERIO DE AGRICULTURA, PESCA Y ALIMENTACIÓN**

**Secretario General Técnico:** Juan José Granado Martín. **Vicesecretario General Técnico:** José Abellán Gómez. **Director del Centro de Publicaciones:** Juan Carlos Palacios López. **Jefe del Servicio de Edición y Producción:** Juan José Martínez Fernández. **Autora:** Fátima Cruz Souza.

1ª Edición: Noviembre 2006

**Edita:**

©Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación

Secretaría General Técnica

Centro de Publicaciones

Maquetación de contenidos, impresión y

encuadernación: Hispagraphis, S.A.

Imagen de portada:

Jose Emilio Ibañez, a partir de la foto del proyecto

AVANZA-Asociación País Romántico

NIPO: 251-06-138-0

ISBN: 84-491-0753-9

Depósito Legal: M-52329-2006

Catálogo General de publicaciones oficiales:

[http:// www.060.es](http://www.060.es)

**Distribución y ventas:**

Paseo de La Infanta Isabel, 1

Teléfono: 91 347 55 51-91 347 55 41

Fax: 91 347 57 22

[Centropublicaciones@mapa.es](mailto:Centropublicaciones@mapa.es)

Tienda virtual: [www.mapa.es](http://www.mapa.es)

**Datos técnicos:** Formato: 13 x 20 cm. Caja de texto: 10,5 x 16,5 cm. Composición: una columna. Tipografía: a cuerpos. Encuadernación: Rústica con hilo vegetal. Cubierta en cartulina gráfica de 350 g. Tintas 1 color (negro).

*A Mayra y Alba*

*“Los hombres siempre han disfrutado de una ventaja, y ésta es la de ser los narradores de su propia historia. Han contado con todos los privilegios de la educación, y, además, han tenido la pluma en sus manos.”*

*(Jane Austen, 1775-1817)*





## PRÓLOGO

La autora solicita que nos pronunciemos de alguna manera sobre su libro, y aunque ya lo hicimos académicamente en su día, como Co-Directoras de la Tesis Doctoral "*Las Representaciones Sociales y la Construcción de nuevos papeles para las mujeres en el medio rural*", defendida en la Universidad de Valladolid, y por la que obtuvo el premio extraordinario de doctorado, esta vez nos da la oportunidad de dirigirnos, a través de esta publicación, a las y los profesionales que comparten la inquietud de indagar acerca de la construcción social de las identidades de género, con el objetivo de *rescribir* una psicología que elimine los sesgos y estereotipos, que desde sus comienzos han estado presentes en la disciplina.

A lo largo de este trabajo de investigación Fátima Cruz se interesa en conocer y comprender en profundidad los cambios en la construcción de las *identidades sociales* de las mujeres rurales con relación a su propio hábitat; el trabajo doméstico versus el productivo; las expectativas futuras en cuanto a su propio desarrollo vital y el de sus hijas e hijos. Además de intentar *cambiar y transformar* una realidad concreta como es la situación de las mujeres de la montaña palentina, una zona agrícola-ganadera con grandes problemas de despoblación y escasa industria, la autora *se implica e implica* al grupo de mujeres entrevistadas, lo que permitirá ir configurando una *multiplicidad* de perspectivas y de voces (*polifonías* en palabras de Mijail Bajtin), que van más allá del discurso unívoco y objetivo en el que se quiere encorsetar a la investigación social.

Las representaciones sociales son procesos simbólicos que se (re)producen a través de las relaciones que las personas efectúan con su grupo social, las emociones y los procesos cognitivos, permitiendo de esa manera interpretar la realidad cotidiana y tomar decisiones conformes a dicha interpretación. Procesos simbólicos que refuerzan la construcción de entidades diferenciadas a partir de los grupos de pertenencia, como son, entre otros, la raza, la clase social o el sexo. Por lo que respecta a la construcción de entidades diferenciadas por el sexo, los varones han ocupado el espacio de los iguales y han visto reconocida la individualidad como sujetos, mientras que el espacio de las mujeres, *las idénticas* en palabras de Celia Amorós, han estado apartadas en ámbitos privados, no públicos, donde es difícil ejercer cualquier poder e influencia. Actualmente

esos espacios están desdibujados, y cada vez menos perfilados, lo que dificulta el reconocimiento de la discriminación y por consiguiente las estrategias para salir de la misma.

Las mujeres rurales arrastran una larga discriminación no solamente como mujeres, sino también por su especial subordinación dentro de la organización del trabajo agrícola y ganadero, sobre todo a raíz de la mecanización que disocia el espacio de lo productivo de lo reproductivo de manera jerarquizada y asimétrica, como señala Rosario Sampedro.

A pesar de la escasa consideración social y la supuesta no participación en las tareas agrarias y ganaderas, las mujeres rurales han estado presentes junto a los varones en la producción, sin haber dejado de ser la esposa, la madre o la hermana de agricultor. La supuesta separación de esferas no es tal, puesto que el ámbito de lo doméstico se alarga cual jornada interminable en la participación de las mujeres en tareas cotidianas, que permiten el sustento familiar (huerto, animales domésticos, etc.) y en tareas más puntuales (cosecha, vendimia).

Trabajos como los de Díaz Méndez y Díaz Martínez ponen de manifiesto cómo las madres con identidades tradicionales han intentado a través de estrategias educativas alejar a sus hijas del medio rural en un viaje sin retorno, dando lugar al fenómeno de la soltería en los varones y como comenta la autora de este trabajo "*Se han marchado las hijas, pero a la vez las futuras nueras. El relevo en el medio generacional rural hoy en día es ya inviable*".

Las mujeres que forman parte de la muestra de esta investigación se debaten entre *modelos tradicionales*, con doble presencia (en el campo siempre ha sido así, ya que se han ocupado de la casa, del huerto y de los animales para la subsistencia doméstica); añorando, en algunos casos la ciudad, pero en otros, buscando estrategias de *resistencia* como contestación a la discriminación. La cuestión es cómo pasar de esas resistencias o transgresiones *individuales* a la creación de modelos de referencia (*genealogías femeninas*) que ayuden a las jóvenes generaciones de mujeres rurales a desarrollar *identidades no fragmentadas*, sin tener que emigrar a la ciudad.

Algunas de las estrategias laborales de resistencia adoptadas han sido, entre otras, *la adquisición de la titularidad* de la explotación agrícola-ganadera, a pesar de las barreras administrativas, sociales y familiares que se presentan, aunque no es la opción más común. Las identidades de madre, compañera y ganadera, de alguna de las entrevistadas, presentan un alto

grado de *fragmentación*, fruto de la situación de crisis en la que ellas mismas se encuentran, lo que en muchos casos les impide articular un discurso claro y con posibilidades reales de emancipación.

Más demandadas son aquellas actividades profesionales relacionadas con el ocio y el tiempo libre (casas rurales, principalmente). Uno de los ámbitos de los nuevos yacimientos de empleo es el relacionado con los servicios de la vida diaria, que podría ser interesante para el desarrollo de artesanías agroalimentarias, la restauración, y pequeñas industrias. Aunque quizás más que nuevos yacimientos son prolongaciones de la división sexual del trabajo femenino, que se *rearticula* en consonancia con las actuales demandas de consumo. Con todo ello, no deja de ser positiva la incorporación a estas actividades, que implican una mejor conservación y cuidado del paisaje rural, a la vez que fuente de ingresos e independencia económica.

Así pues, las diferentes estrategias analizadas van a poner de relieve la importancia de la construcción de nuevas representaciones sociales que favorezcan una visión más valorada sobre el medio rural. Como podemos apreciar en las diferentes entrevistas, la valoración comienza por cuestionar el reparto sexual del trabajo, la consideración del propio trabajo, la necesidad de formación específica y la no comparación constante con la mujer urbana.

Por último, queremos poner de manifiesto que esta investigación es una muestra de saber conjuntar esfuerzos de investigación que vienen de la Academia, y se hacen realidad en la Comunidad, en una doble dirección e interacción, puesto que la autora conoce de primera mano el entorno y las personas que han intervenido en los grupos de discusión y análisis.

De ese maridaje se beneficia el trabajo que presenta la profesora Fátima Cruz. Nuestra satisfacción profesional por encontrar esa combinación en esta obra es clara, y por ello, felicitamos a la autora por la empresa emprendida y felizmente acabada..., en espera de otras.

Carmen García Colmenares  
Susana Lucas Mangas

Septiembre de 2006



## AGRADECIMIENTOS

Este libro, que recoge gran parte de la tesis doctoral “Representaciones sociales y la construcción de nuevos papeles para las mujeres en el medio rural”<sup>\*</sup> ha sido, en buena medida, una elaboración colectiva, algo que me enorgullece enormemente. Por otro lado, hace muy compleja la redacción de agradecimientos, pues sería imposible expresar suficientemente mi reconocimiento a todas las personas que colaboraron y participaron activamente en las diferentes etapas de la investigación. Seguramente algunas personas no serán citadas aquí, lo que no significa que me olvide de sus contribuciones.

Quisiera manifestar mi agradecimiento, en primer lugar, a Carmen García Colmenares, Susana Lucas Mangas y Anastasio Ovejero Bernal, por la orientación y apoyo en esta investigación y por lo mucho que me han enseñado. Pero, sobre todo, quiero agradecerles por la amistad que hemos construido en estos años compartidos.

Igualmente, me gustaría agradecer al profesor Dr. Benito Arias, del Departamento de Psicología de la Universidad de Valladolid, por la orientación en aspectos estadísticos e informáticos que han sido imprescindibles para la primera parte de la investigación. Así como, al amigo Alfred Kannen-Espert, por su ayuda valiosa en las incursiones por el PSS.

Quiero expresar también mi agradecimiento a dos amigas muy especiales, Rosa Cristina Monteiro, de la Universidad Federal Rural de Río de Janeiro, y María José Aguilar, de la Universidad de Castilla-La Mancha, por la larga amistad y sus inestimables contribuciones.

No puedo dejar de agradecer a los amigos y compañeros de trabajo de la Federación de Asociaciones para el Desarrollo de la Montaña Palentina (ADEMPA), Alvaro Carrasco, Fernando García y José Manuel Merino, que me han brindado la oportunidad de trabajar en el desarrollo del medio rural y aprender a partir de nuevas experiencias y relaciones profesionales y personales, en un contexto diferente y apasionante.

---

<sup>\*</sup> Universidad de Valladolid, 2003. Dirigida por Dra. Carmen García Colmenares y Dra. Susana Lucas Mangas. Recibió el Premio Extraordinario de Doctorado de la Facultad de Educación y Trabajo Social de la Universidad de Valladolid en 2004.

Al Director, profesores y profesoras del Instituto de Enseñanza Secundaria Sta. María La Real, de Aguilar de Campo, por colaborar con la investigación y facilitar el acceso a las estudiantes que participaron en el estudio.

Deseo agradecer especialmente, a las mujeres de la Montaña Palentina, las verdaderas protagonistas de la Tesis, que han participado en el estudio enseñándonos sus visiones del medio rural y de sus propias vidas en este contexto. Expreso mi sincera gratitud a Fini y a las compañeras de la Asociación de Mujeres por la Igualdad - Montaña Palentina, que han contribuido activamente en todas las etapas del estudio, y a José Ramón, por la corrección minuciosa del texto final.

Montaña Palentina, verano de 2006.  
Fátima Cruz

## ÍNDICE

Prólogo.....	7
Agradecimientos.....	11
Introducción.....	17

### I – Construcción Social de las Identidades: aproximación teórica

1. SIGNIFICADO Y REPRESENTACIÓN.....	27
1.1. La naturaleza social de la significación y del pensamiento.....	28
1.2. Del pensamiento social a la noción de representación social.....	31
2. LA TEORÍA DE LAS REPRESENTACIONES SOCIALES.....	34
2.1. Conceptualización.....	34
2.2. Características de las representaciones sociales.....	37
2.3. Elementos de una representación social.....	38
2.4. Funciones de las representaciones sociales.....	40
2.4.1. Integración de la novedad.....	40
2.4.2. Interpretación y construcción de la realidad.....	41
2.4.3. Orientación de las conductas.....	42
2.4.4. Conformación de las identidades personales y grupales.....	42
3. REPRESENTACIONES SOCIALES, ESTEREOTIPOS E IDENTIDAD SOCIAL	
3.1. Representaciones sociales y estereotipos.....	44
3.2. De los procesos representacionales colectivos a los comportamientos discriminatorios.....	46
3.3. Comparación intergrupal y construcción de la identidad social.....	48

### II – Medio Rural: la construcción de un espacio territorial y conceptual

1. ENFOQUES CONCEPTUALES ACERCA DE LO RURAL.....	57
2. LOS MODELOS DE DESARROLLO COMO MARCOS DE REFERENCIA PARA LAS TRANSFORMACIONES DEL MEDIO RURAL.....	61
2.1. La noción de desarrollo en el pensamiento neoliberal.....	61
2.2. Aproximaciones a nuevos modelos de desarrollo rural.....	65
2.2.1. Endógeno.....	65
2.2.2. Sostenible.....	66
2.2.3. Integral.....	68

3. LO RURAL COMO CONSTRUCCIÓN SOCIAL.....	69
3.1. Lo agrario en la definición de la ruralidad.....	70
3.2. El papel de los nuevos pobladores.....	71
3.3. Influencias de la globalización en el medio rural.....	75
3.4. Las nuevas funciones del medio rural contemporáneo.....	77
4. CAMBIOS EN LAS REPRESENTACIONES SOCIALES DE LA RURALIDAD.....	80
4.1. Los ideales de modernidad y crecimiento en la construcción de las representaciones sociales sobre lo rural.....	80
4.2. Cambios en las representaciones de lo rural a partir de las tendencias actuales.....	84
 <b>III – Género y Ruralidad</b>	
1. EL SISTEMA SEXO/GÉNERO.....	91
2. LOS ESTUDIOS DE GÉNERO Y SUS DIFERENTES PERSPECTIVAS.....	95
2.1. Perspectiva empirista.....	98
2.2. Perspectiva del punto de vista femenino.....	100
2.3. Perspectiva feminista posmoderna.....	103
3. REPRESENTACIONES SOCIALES Y ESTEREOTIPOS DE GÉNERO EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD PERSONAL.....	105
4. TRANSFORMACIONES EN EL PAPEL DE LAS MUJERES EN EL MEDIO RURAL.....	110
4.1. La industrialización de la agricultura y la división sexual del trabajo agrario.....	110
4.2. Estrategias femeninas de huida del medio rural.....	114
5. NUEVOS PAPELES PARA LAS MUJERES EN EL MEDIO RURAL.....	116
5.1. Las identidades femeninas y los procesos de desagrarización y multifuncionalidad del medio rural.....	116
5.2. Los nuevos yacimientos de empleo en la construcción de nuevos papeles sociales y profesionales.....	119



## **IV – Perfilando la Investigación**

1. PLANTEAMIENTOS INICIALES.....	123
2. BREVE DESCRIPCIÓN DE LA INVESTIGACIÓN.....	125
2.1. Primera parte de la investigación.....	126
2.1.1. Diseño de la muestra.....	127
2.1.2. El Instrumento.....	129
2.2. Segunda parte de la investigación.....	132
2.2.1. El estudio de casos.....	132
2.2.2. El papel de la investigadora.....	134
2.2.3. Instrumentos.....	135

## **V – Las representaciones sociales de lo rural y lo urbano**

1. LAS MUJERES DE LA MONTAÑA PALENTINA VALORAN LA RURALIDAD .....	138
1.1. Comparaciones entre rural y urbano.....	138
1.2. Comparaciones entre pueblo y ciudad.....	151
1.3. Comparaciones entre gente de pueblo y gente de ciudad... ..	162
1.2. Valoraciones de lo rural atribuidas a los/as urbanos/as.....	173

## **VI – Indagando en la construcción de las identidades sociales de las mujeres rurales**

1. LAS MUJERES HABLAN DE LO RURAL Y LO URBANO.....	190
1.1. Representaciones sociales de la ruralidad.....	190
1.1.1. Lo rural como agrario.....	192
1.1.2. Lo rural como espacio vital.....	201
1.1.3. Lo rural como naturaleza y espacio de ocio.....	208
1.2. Representaciones sociales de lo urbano.....	212
1.2.1. Lo urbano como la “tierra de posibilidades”.....	213
1.2.2. La valorización de la estética urbana.....	216
1.2.3. Lo urbano asociado al estrés.....	218
1.3. Las comparaciones entre lo rural y lo urbano en la construcción de las representaciones sociales: los otros.....	220

2. LAS MUJERES HABLAN DE SER MUJER EN EL MEDIO RURAL.....	227
2.1. Representaciones sociales de las mujeres rurales.....	227
2.2. Relaciones comparativas con las mujeres urbanas.....	235
2.3. División generizada del trabajo: trabajo doméstico <i>versus</i> trabajo remunerado.....	239
2.3.1 División sexual del trabajo agrario.....	241
2.3.2 Valoración del trabajo de las mujeres.....	246
2.3.3 El reparto de las tareas domésticas.....	251
2.4. La percepción del papel de la Iglesia en la discriminación de las mujeres.....	258
3. EXPLICACIONES DE LAS MUJERES AL ÉXODO RURAL FEMENINO.....	261
4. ESTRATEGIAS FEMENINAS DE HUIDA DEL MEDIO RURAL .....	266
4.1. La huida por los estudios.....	267
4.2. La huida por el trabajo.....	270
4.3. La huida por el matrimonio.....	272
4.4. La huida por los hijos e hijas.....	273
5. LOS NUEVOS YACIMIENTOS DE EMPLEO Y LA CONSTRUCCIÓN DE LAS IDENTIDADES ELEGIDAS .....	274
5.1. El turismo rural como estrategia para quedarse en el medio rural y la construcción de nuevos papeles sociales y profesionales.....	274
5.2. Dificultades añadidas por cuestiones de género para las empresarias rurales.....	279
<b>VII – Conclusiones .....</b>	<b>283</b>
<b>Referencias Bibliográficas.....</b>	<b>295</b>
<b>Anexos.....</b>	<b>319</b>
<b>Publicaciones del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.....</b>	<b>331</b>

## INTRODUCCIÓN

La mayor parte del territorio español se ubica en lo que llamamos medio rural, y los habitantes de estos territorios tienen un papel fundamental en la gestión y mantenimiento del patrimonio natural y cultural, que permita su conservación para las futuras generaciones. Aun así, el despoblamiento es una grave amenaza a la supervivencia de los territorios rurales. Un modelo de desarrollo economicista, basado en la producción intensiva e ilimitada de bienes de consumo, con grandes polos de desarrollo urbano-industrial, ha relegado el medio rural a una posición subsidiaria y empobrecida. El proceso de éxodo rural vivido en España desde los años 30 ha sido masivo y selectivo, afectando de manera especial a las mujeres y a los jóvenes. La industrialización de la agricultura ha multiplicado la producción y ha reducido el empleo de mano de obra. En este marco de desarrollo las mujeres fueron las primeras expulsadas del proceso de producción agraria, la mayoría emigró a las ciudades, y las que se quedaron fueron confinadas al espacio material y simbólico de lo doméstico, aunque siguieron trabajando en el campo como mano de obra invisible. Por otro lado, en este proceso los hombres han adquirido más poder y reconocimiento social con una agricultura comercialmente más potente.

Un modelo de desarrollo es una trama de producción de una sociedad, que se ancla tanto en las dimensiones objetivas, de producción de bienes y servicios, como en las dimensiones subjetivas de producción de los sujetos sociales, que sostienen las relaciones sociales y productivas de dicha sociedad. Así, el despoblamiento del medio rural es un fenómeno complejo, que debe ser pensado en su complejidad, en el que, además de factores económicos, como la falta de perspectivas laborales y la escasez de servicios, también intervienen factores de orden psicosocial ligados, por ejemplo, a una imagen negativa de lo rural y de sus habitantes, a una imagen idealizada de lo urbano y al reparto de papeles sociales en las relaciones de género. En la presente investigación, hemos intentado profundizar en el estudio de factores psicosociales que subyacen a los procesos de desarrollo socioeconómico y que deben ser necesariamente contemplados en una intervención para frenar el despoblamiento del medio rural.

Hace doce años, después de haber nacido y vivido siempre en ciudades grandes, me trasladé a vivir a una pequeña población rural de la Montaña Palentina. Las experiencias e interrelaciones con los habitantes del medio rural anteriores al inicio formal de la investigación dejaban entrever la existencia de una minusvaloración de la “gente de pueblo” en comparación con la “gente de ciudad”, una especie de estigma ligado a los orígenes rurales y a las representaciones de la ruralidad. Así empezó a perfilarse lo que sería el “problema de investigación”: ¿por qué las personas se marchan de los pueblos pequeños?, ¿por qué se marchan más las mujeres?...

En los inicios de estos planteamientos, hemos decidido que el primer paso podría ser consultar las definiciones que aparecen en el diccionario de la Real Academia Española (21ª ed., 1994) como espejo oficial de la lengua castellana, suponiendo que las definiciones aquí encontradas manifiestan un universo semántico socialmente representativo en el marco del Estado español.

Así, en el diccionario de la Real Academia Española nos encontramos con que “urbanidad” significa: “*cortesanía, comedimiento, atención y buen modo*”; siguiendo en esta línea, “urbano/a” significa en primer lugar “*perteneciente o relativo a la ciudad*”; y, a continuación: “*cortés, atento y de buen modo*”. Por otro lado, y en un sentido opuesto, a “pueblerino” se atribuye el siguiente significado: “*perteneciente o relativo a un pueblo pequeño o aldea*”, y a continuación: “*dícese de la persona de poca cultura o de modales poco refinados*”. En el mismo diccionario la palabra “Pueblo”, se define como “*población de menor categoría*”; y “urbanizar” es “*hacer urbano y sociable a uno*”.

Como se puede comprobar, la polarización entre pueblerino y urbano es evidentemente ventajosa hacia los habitantes de las ciudades, con una imagen claramente más positiva. También hemos buscado el significado de la palabra “rural”, por ampliar el abanico de posibilidades, y nos encontramos con que rural significa “*perteneciente o relativo al campo y a las labores de él*”, y en un sentido figurativo significa “*inculto, tosco, apegado a las cosas lugareñas*”. Por “campesino/a” se entiende, según dicho diccionario, “*la persona que vive y trabaja de ordinario en el campo*”, pero también “*silvestre, espontáneo e inculto*”.

Después de encontrarnos con estas definiciones, nos pareció todavía más importante investigar sobre las imágenes de lo rural, y de cómo un universo simbólico marcado por estas representaciones puede estar definiendo una forma de relacionarse y una autoimagen en las poblaciones rurales que les podría hacer marcharse a la ciudad y desear “urbanizarse” y “socializarse”, intentando quitarse el estigma de “inculto, tosco, silvestre, etc.”, aunque la motivación socialmente confesable y legitimada por el entorno sea la de buscar trabajo o estudiar en la ciudad, porque “en el pueblo no hay posibilidades”. Los procesos de comparación intergrupales tienen repercusiones sociales y personales importantes, considerando que la construcción de identidades sociales positivas es una necesidad básica del ser humano (Ovejero, 2000b). Así, la ubicación en un grupo social que recibe tales valoraciones podría implicar la construcción de identidades sociales poco satisfactorias, generando deseos de cambio social.

Los factores productivos y económicos y las representaciones de lo rural parecen actuar dialécticamente, de tal modo que los efectos contingentes de los procesos socioeconómicos históricos van siendo internalizados y naturalizados. Es decir, las condiciones coyunturales de empobrecimiento en el campo y enriquecimiento en la ciudad son confundidas, al nivel de las representaciones sociales, con contenidos negativos esenciales de lo rural y contenidos positivos esenciales de la ciudad. Estos procesos de construcción de las subjetividades que sostienen las relaciones de discriminación social de unos grupos por otros, son complejos y están entrelazados de forma constitutiva en los procesos de desarrollo socioeconómico de los territorios, generando las condiciones de posibilidad del despoblamiento o del desarrollo rural. Entender estos fenómenos es una tarea compleja y exige ampliar las claves de interpretación de la realidad, que no pueden limitarse solo a una lectura económica del desarrollo humano. Otras disciplinas, como la Psicología Social, aportan un marco teórico que nos permite entender distintas claves del éxodo y del desarrollo rural, que no son habitualmente manejadas en las políticas y programas de intervención.

En el primer capítulo de este libro, hacemos una revisión de cómo se construye la identidad social, partiendo de la teoría de las representaciones sociales y sus relaciones con otras teorías importantes en nuestro marco teórico, como la propia teoría de la identidad social de Tajfel (1983 y 1984) y Turner (1983). Por representaciones sociales,

entendemos procesos grupales y colectivos de apropiación afectivo-cognitiva de la realidad, construyendo conocimientos de sentido común a partir de las referencias simbólicas del grupo de pertenencia. Las representaciones sociales posibilitan la simplificación y aprehensión de los conocimientos sobre un objeto social, marcando las pautas comportamentales en las situaciones de interacción intra e intergrupar con relación a dicho objeto.

Serge Moscovici (1976) demostró que hay conjuntos de ideas contruidos y compartidos colectivamente sobre las personas y grupos y que a partir de ellos se hacen lecturas de la realidad que afectan a los comportamientos y a las relaciones sociales. Según Jodelet (1986), las representaciones sociales son una forma de pensamiento social, el saber de sentido común, cuyos contenidos manifiestan la operación de procesos generativos y funcionales socialmente contruidos. Constituyen modalidades de pensamiento práctico orientados hacia la comunicación, la comprensión y el dominio del entorno social. Este proceso de construcción y apropiación de las representaciones sociales tiene un papel significativo en la formación de las identidades personales y sociales (Ibáñez, 1988), en la medida en que las representaciones sociales sirven de referencia para la comparación intergrupar y para la transmisión de los valores considerados propios a un grupo. Los sujetos y los grupos se constituyen compartiendo representaciones sobre un objeto social o diferenciándose de ellas.

Una parte importante de las representaciones sociales son los estereotipos, que son definidos por Tajfel (1984) como una imagen mental muy simplificada de alguna categoría de personas, institución o acontecimientos, que es compartida por un gran número de personas. Los estereotipos permiten, entre otras funciones, la comparación entre los miembros de un mismo grupo y de éstos con miembros de otros grupos. Los estereotipos se conciben también como un sistema de creencias, poco elaborados, sobre la probabilidad de que los miembros de un grupo se comporten, sientan y piensen de una determinada manera, actuando como una regla cognitiva de decisiones y resolución de problemas en las situaciones de interacción social (Páez y Ayestarán, 1987).

La construcción de la identidad social se basa en la conciencia de pertenecer a uno o varios grupos sociales de referencia, con la significación afectiva y cognitiva que resulta de la evaluación de esta

pertenencia (Bourhis, Gagnon y Mõise, 1996). La Teoría de la Identidad Social, desarrollada por Tajfel (1982, 1983 y 1984) y Turner (1983), es central en nuestra investigación, pues muestra como los individuos procuran mantener o aumentar su autoestima accediendo a una identidad social positiva y como el hecho de pertenecer a un grupo social facilita o dificulta esta tarea, en función de las valoraciones positivas o negativas del grupo de referencia en el proceso de comparación intergrupala.

Abric (1984) considera las representaciones sobre el grupo social como el elemento nuclear sobre el que se organizan las otras representaciones, la de uno mismo, la de los otros grupos y la del sistema de atribuciones sociales. Ovejero (2000b) apunta que una de las necesidades básicas del ser humano es construir una autodefinición positiva. En el mismo sentido, Capozza y Volpato (1996) señalan que la pertenencia a grupos menospreciados provoca malestar e incluso sufrimiento. En este sentido, nos preguntamos, ¿en qué medida las representaciones sociales de la ruralidad, facilitan o dificultan la construcción de una identidad social positiva? O, en algunos casos, ¿en qué medida las representaciones negativas de la ruralidad suponen un motivo de malestar o de sufrimiento personal?

Para situar el contexto en el que estamos trabajando y buscar respuestas a estas y otras cuestiones, en el segundo capítulo tratamos de los conceptos relacionados con el conocimiento del medio rural y de los procesos de desarrollo que lo afectan. Lo rural es una construcción social que ha experimentado importantes transformaciones a lo largo del siglo XX. El despoblamiento, además de ser fruto de la realidad socioeconómica que ha transformado radicalmente los modos de producción en las últimas décadas, también es el resultado de factores psicosociales que influyen en las decisiones de los individuos y conforman las identidades de los grupos humanos. Entrena (1998) afirma que la mayoría de los autores del pensamiento sociológico clásico en Europa, que analizaron la transición de la sociedad tradicional a la moderna, dedicaron poca atención a los aspectos referentes a la agricultura y a la vida rural, centrando su atención en las sociedades urbano-industriales.

Esta perspectiva “determinó la mentalidad de amplios sectores de la población y la de casi todos los artífices de las políticas agrarias hasta pasada la primera mitad del siglo XX, menospreciaba la importancia de la

sociedad rural, a la que consideraba, despectivamente, como un mundo arcaico o atrasado que tenía que ser transformado y superado por innovaciones culturales y socioeconómicas procedentes de las ciudades y de la industria. En consecuencia, a lo rural se le asignaba el papel de receptor pasivo de esas innovaciones, que habrían de modelarlo y adaptarlo a las exigencias y características de la sociedad urbano-industrial, concebida de manera acrítica como el paradigma supremo de la civilización” (Entrena, 1998, p. 127). Así mismo, esta concepción de la relación rural-urbano, también se ha reflejado en las representaciones sociales de la ruralidad, marcando una mirada valorativa sobre unos y otros contextos.

Por otro lado, las mujeres en el medio rural, además de participar de las miradas sobre de la ruralidad, han vivido también las discriminaciones añadidas de género, lo que configura un espacio social específico de desarrollo personal al que dedicaremos el interés de este trabajo. Las mujeres han estado confinadas, bajo un fuerte control social, al papel tradicional que las vincula históricamente a las tareas domésticas y de cuidados. Ahora bien, en el medio rural, sin embargo, el papel de las mujeres no se ha limitado solo al hogar. Las mujeres en las familias de agricultores y ganaderos casi siempre han tenido una doble jornada, pues han aportado su fuerza de trabajo también en labores agrarias, dedicándose, como trabajadoras invisibles, principalmente al autoabastecimiento del hogar. Aunque esta situación se ha dado sin que ello fuese considerado como trabajo productivo a efectos de reconocimiento social y económico, considerándose como extensión del trabajo doméstico, que les correspondía a las mujeres por su condición de género.

Vemos, a lo largo de nuestra investigación, que las cuestiones socioeconómicas y psicosociales referentes a la ruralidad están interrelacionadas con las cuestiones de género. Por género, entendemos una categoría analítica (Harding, 1996) que enmarca los papeles sociales culturalmente esperados y construidos distintamente para hombres y mujeres. Está relacionado con el proceso de socialización y con la apropiación de las características grupales asignadas a los miembros del propio grupo sexual, organizando toda la actividad social. El tercer capítulo de este trabajo está dedicado a los desarrollos



teóricos de este concepto en las ciencias sociales y las cuestiones relacionadas con la ruralidad. El reparto de tareas entre hombres y mujeres, lejos de fundamentarse en las diferencias biológicas, es un constructo socio-histórico, que legitima la dominación masculina y que tiene profundas raíces en el imaginario social de la humanidad.

Posiblemente, una mayor dificultad para romper con los moldes tradicionales de los papeles sociales atribuidos a las mujeres en el medio rural, donde el control social es más masivo y efectivo, ha hecho que muchas de ellas buscasen una alternativa en la emigración. La situación económica coyuntural de una sociedad en expansión industrial en las ciudades, demandando mano de obra, y en recesión en el campo con la desvalorización de las actividades agrarias, ha creado el contexto que propiciaría el cambio social. Las madres en el medio rural, descontentas con su propia situación personal, empujan a las hijas a buscar un futuro diferente en las ciudades, con una mayor valorización social. El medio rural sufre hoy los efectos de políticas de desarrollo que han privilegiado las ciudades y abandonado el campo, así como de un sistema patriarcal que discrimina y limita a las mujeres en su desarrollo personal y profesional.

En las últimas décadas, a partir de los años 80, vemos una transformación importante en las representaciones sociales de la ruralidad. La decadencia del modelo urbano-industrial hace ver la insostenibilidad de un modelo de desarrollo económico basado en la producción y el consumo ilimitados. La urbanización desenfrenada ha puesto de manifiesto los inconvenientes de este modelo: la contaminación medioambiental, el desempleo provocado por la automatización de la industria y la informatización de las redes de servicios, la inseguridad ciudadana, el estrés, etc. Por otro lado, el medio rural aparece cada vez más asociado a la calidad de vida y a la conservación del patrimonio natural y cultural. Las nuevas necesidades de las sociedades posmodernas, vinculadas al ocio y a la naturaleza, vienen transformando también las representaciones sociales de lo rural, con una revalorización de éste y la construcción de imágenes marcadas por la naturaleza y la vida en el campo.

El medio rural vive actualmente una situación de diversidad económica y social, donde las diferencias entre lo rural y lo urbano en Europa van disminuyendo bajo los efectos de los procesos de globalización. Los programas de desarrollo rural llevados a cabo en las últimas décadas,

no han llegado a producir cambios económicos significativos, sin embargo, han producido una gran visibilidad en los procesos rurales, que marcan una diferencia cualitativa importante. Los programas de desarrollo se han convertido en grandes escaparates de las transformaciones y de la diversidad del medio rural, dirigidos por una clara orientación hacia la calidad de vida. En este panorama, las mujeres vienen adquiriendo un protagonismo creciente, pues las nuevas funciones del medio rural se vienen asociando al sector servicios, en el que las mujeres están encontrando una clara vinculación entre su papel tradicional y las nuevas áreas de profesionalización, como son el cuidado a personas dependientes, el turismo rural y las artesanías.

Partiendo de estos planteamientos teóricos, consideramos que las representaciones sociales de la ruralidad y los papeles sociales de las mujeres en el medio rural están implicados en la construcción de identidades sociales más o menos satisfactorias. Procuramos poner de manifiesto el contenido de las representaciones sociales sobre lo rural y el grado de activación de estereotipos negativos, que pueden estar ligados a una idealización de lo urbano. Analizamos, así mismo, las transformaciones en el papel social y profesional de las mujeres que viven actualmente en el medio rural, y cómo actividades ligadas a los nuevos yacimientos de empleo, que se están poniendo en marcha en la diversidad de la realidad rural, están influyendo en la construcción de las identidades sociales y de género.

Centramos nuestra atención en la Montaña Palentina, que es una zona de alta montaña con significativas limitaciones de comunicaciones y accesos, situada en el extremo norte de Palencia. Es la comarca más alejada de la capital de la provincia, situada de ella a más de 100 km. Es una comarca típicamente rural de Castilla y León, con una economía basada tradicionalmente en la minería de carbón, la agricultura, ganadería y una localizada industria galletera. La emigración ha sido masiva hacia las ciudades, y la población que persiste se va concentrando paulatinamente en las cabeceras de comarca: actualmente más de dos tercios de la población reside en cinco pueblos de la Montaña Palentina (Aguilar de Campoo, Barruelo de Santullán, Cervera de Pisuerga, Guardo y Velilla del Río Carrión), y el otro tercio reside en los 159 pueblos restantes. Ninguno de los municipios llega a los 10.000 habitantes y solamente dos de ellos, Aguilar de Campoo y Guardo, superan los 5.000.

Desde 1998, en la Montaña Palentina se vienen llevando a cabo proyectos para la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres dentro de las Iniciativas Comunitarias NOW y LEADER. Esta experiencia ha puesto de manifiesto dificultades vinculadas a los papeles tradicionales y a la imagen de las mujeres en el medio rural, que obstaculizan la plena inserción de éstas en la vida sociolaboral y en la ciudadanía. Por otro lado, la ejecución de estas Iniciativas Comunitarias también ha permitido poner en marcha iniciativas empresariales y de economía social que vinculan las mujeres a los nuevos yacimientos de empleo y a nuevos espacios profesionales en el desarrollo rural.

Con el presente trabajo procuramos analizar las transformaciones en el papel social de las mujeres del medio rural y las referencias significativas en la construcción de sus identidades sociales, identificando el contenido de las representaciones sociales de lo rural y lo urbano para ellas. Utilizamos de forma complementaria datos y técnicas cualitativas y cuantitativas, con la intención de profundizar en las temáticas tratadas y en el conocimiento comprensivo de la realidad social. En un primer momento de la investigación, empleando el diferencial semántico de Osgood, Suci y Tannenbaum (1957/1976), procuramos ubicar conceptos relacionados a los de “rural” y “urbano” en el universo semántico de las habitantes del medio rural, posibilitando un análisis comparativo entre tres grupos de mujeres: emprendedoras, estudiantes y amas de casa. En un segundo momento, a partir del análisis de los primeros resultados, realizamos un estudio de casos empleando sucesivamente dos técnicas cualitativas: entrevistas en profundidad y grupos de discusión. Trabajamos las variables cualitativas a partir de los discursos de los diferentes grupos de mujeres. Los grupos de discusión posibilitan contrastar la información obtenida en las entrevistas y propiciar la triangulación de los datos. Con el objetivo de facilitar la comprensión de los resultados de nuestra investigación, el cuarto capítulo de este libro está dedicado a explicar brevemente la metodología empleada para la recogida de datos y la realización de los análisis.

En el quinto capítulo presentamos y analizamos los resultados de las valoraciones atribuidas por las mujeres a lo rural y lo urbano, procurando ubicar gráficamente cada uno de los conceptos en el campo semántico de los grupos de participantes. Y el capítulo sexto consiste en el análisis de las entrevistas de las mujeres, donde profundizamos en el discurso construido por ellas sobre las representaciones sociales de lo rural

y lo urbano, así como sobre los papeles sociales de las mujeres rurales y urbanas, sus experiencias vitales y perspectivas de futuro.

El discurso tiene protagonismo en nuestra investigación, como prácticas sociales que construyen la realidad cotidiana. El lenguaje no solamente expresa la realidad, sino que la configura en las relaciones sociales que dan significado al mundo. Los análisis realizados parten del contexto concreto de construcción de los discursos, considerando la ubicación geográfica, histórica y cultural de los grupos de mujeres participantes, como veremos más adelante.

Con esta investigación pensamos que es posible conocer los contenidos de las representaciones ligadas a la ruralidad y sus protagonistas, a la vez, identificamos las transformaciones en el papel de las mujeres en los entornos rurales y las dificultades que persisten. En las conclusiones señalamos brevemente, posibles actuaciones para un desarrollo rural con perspectiva de género, basadas en la valorización de los roles profesionales y sociales de las mujeres, en el sentido de mejorar la calidad de vida en el medio rural y promover un desarrollo integral sostenible. Procuramos sistematizar algunas contribuciones que desde la Psicología Social se viene aportando para plantear e implementar un desarrollo rural más centrado en las personas y que rompa con la tendencia economicista que predomina en el modelo de desarrollo neoliberal. Intentamos, al menos, incluir la Psicología Social entre las áreas de conocimiento que tiene mucho que decir en el desarrollo rural, como campo de investigación e intervención social que exige una mirada compleja y amplia.

# I – Construcción Social de las Identidades: aproximación teórica

## 1. SIGNIFICADO Y REPRESENTACIÓN

Las culturas humanas se basan en la construcción de significados sobre los objetos y hechos. La realidad no es “lo que es”, sino cómo la percibimos y, sobre todo, cómo nos la representamos a partir de nuestra experiencia y de nuestro entorno cultural e histórico, percepción y representación que, a la vez, participan en la construcción de la propia realidad, que no es estática, sino dinámica y socialmente elaborada en nuestras acciones cotidianas. Entender la construcción de la realidad social a partir de los significados que las sociedades han compartido en cada momento histórico, nos permite una aproximación menos lineal y más comprensiva de la construcción de la propia ruralidad y de las valoraciones que las sociedades modernas han asignado a las sociedades consideradas “tradicionales”.

Recordamos aquí, como señala Ovejero (2000a), el *perspectivismo* planteado por Ortega y Gasset a principios del siglo XX, “...colocados en un mismo lugar y mirando a un mismo objeto, dos personas verán cosas diferentes. Para explicarlo, Ortega pone siempre uno de estos dos ejemplos: resulta obvio que, ante un mismo paisaje, un labriego, un cazador y un pintor verán paisajes diferentes, o también, un labriego y un astrónomo, ante el mismo paisaje, verán cosas distintas” (p. 117). Pero también es importante considerar, que no es solo una mirada sobre la realidad, sino que cada mirada supone un agente que interviene sobre la realidad a partir de su propia perspectiva, y la de su grupo de referencia, y el contexto va siendo modelado y transformado para satisfacer los intereses y necesidades de los agentes que intervienen en cada momento histórico.

Considerando el enfoque *sociohistórico*, propuesto por Sampson (1991), “el principal objetivo de la ciencia de la psicología social sería *describir las diferentes perspectivas de la realidad social* desarrolladas por diferentes grupos de personas y comprender tanto sus bases sociales e históricas como el papel que estas perspectivas juegan en la vida de la gente. No es que no exista la realidad exterior, es que no importa. No importa la realidad objetiva, exterior al lenguaje y a las convenciones

sociales, añade Sampson. Lo que importa es cómo la definamos y cómo la entendamos convencionalmente, que generalmente coincidirá con la definición y comprensión de los grupos dominantes (los científicos, etc.)” (Ovejero, 2000a, pp. 113-114). Así, tenemos un mundo de significados y representaciones donde las cosas son no en función de su materialidad y características intrínsecas, sino en función de las personas, de las culturas, de la historia y del contexto que les dan significado y que construyen socialmente representaciones sobre ellas.

La atribución de significados está relacionada, por un lado, con la conducta de las personas hacia las cosas significadas, cambiando el significado para distintas personas en función de las relaciones que establecen con éstas; y, por otro lado, con la ubicación social del sujeto y la idiosincrasia de su experiencia (Osgood; Suci y Tannenbaum, 1957/1976). Estos autores ya relacionaban en la década de los 50 la actuación de una persona en una situación concreta con el significado que pueda tener para ella dicha situación, "la conducta de una persona en una situación depende de lo que esta situación signifique o represente para ella" (Osgood; Suci y Tannenbaum, p. 9). Éste es en cierta medida el hilo conductor y un principio fundamental para el presente trabajo, el que las personas no interactuamos solamente en función de cómo percibimos las circunstancias en cada momento, sino que actuamos a partir de referencias, significados o representaciones, socialmente construidas e internalizadas. "Participar en el núcleo de inteligibilidad es 'interpretar/dar sentido' mediante criterios propios de una comunidad particular" (Gergen, 1996a, pp. 24-25). Los significados y la propia realidad se construyen básicamente en las relaciones sociales y se consolidan y son transmitidos en las prácticas sociales cotidianas.

### **1.1. La naturaleza social de la significación y del pensamiento**

Partimos de una perspectiva social de los procesos de conocimiento de la realidad y de elaboración de significados. La realidad se construye a partir de la actividad simbólica de los grupos humanos, que desarrollan explicaciones y conocimientos sobre los hechos y circunstancias de la vida cotidiana, siendo elaborados y compartidos en las relaciones sociales (Gergen, 1989, 1996a, 1997). Ibáñez (1997) llama la atención también sobre la naturaleza histórica de la realidad social, porque las prácticas humanas que

la constituyen cambian con el tiempo y se manifiestan en un período histórico específico. Pero a la vez, porque las características de un fenómeno no son independientes de su genealogía, en cuanto resultado de las prácticas y relaciones sociales que las constituyeron. Así, tenemos que los significados se construyen en las relaciones sociales a partir de los intercambios entre los miembros de una comunidad, como forma de construir un espacio simbólico común que permita la comunicación y la reproducción de las prácticas culturales y sociales. Los significados no emanan de la naturaleza intrínseca de los objetos, “no hay algo así como una realidad, como un mundo que estaría ahí fuera, esperando que lo descubramos y que pongamos etiquetas sobre aquello que lo constituye. No hay un mundo que sea independiente de la versión particular a partir de la cual lo construimos” (Ibáñez, 2001, p. 82).

En la práctica social reside el mecanismo generador del sistema simbólico, que a su vez "fabrica" socialmente la realidad. Blikstein (1985) nos habla de la **fabricación de la realidad** y afirma que la percepción humana depende sobre todo de una construcción y de una práctica social. Sin práctica no hay significación. Según Ibáñez (2001), “a partir del momento en que abandonamos la idea de que el conocimiento y la verdad tienen unos fundamentos últimos, que el conocimiento y la verdad son absolutos, no nos queda más remedio que mirar hacia las prácticas sociales para intentar comprender cómo producimos y cómo justificamos nuestras creencias, nuestras verdades, nuestros conocimientos” (p.85). Nos interesa especialmente en estos momentos mirar hacia las verdades construidas sobre lo rural y lo urbano, sobre los discursos que legitiman un modelo de desarrollo económico concentrado en las ciudades y que fomenta el despoblamiento del medio rural, naturalizando el resultado de las prácticas sociales cotidianas.

A partir de la práctica se establecen los trazos de diferenciación y de identificación, impregnados de valores positivos y negativos, que se transforman en trazos ideológicos, éstos van a desencadenar la configuración de "pasillos semánticos". Los pasillos semánticos conforman, según Blikstein (1985), las líneas básicas de significación de la cultura de un grupo, situando los conceptos en un continuo entre valoraciones positivas y negativas. Asemejándose en cierta medida a las escalas que componen el Diferencial Semántico de Osgood; Suci y Tannenbaum (1957/1976), el

énfasis se pone primordialmente en la praxis como conformadora de la significación, como el agente de fabricación de la realidad social. Por ejemplo, un pasillo semántico puede estar formado por un continuo entre los adjetivos feo y hermoso y los conceptos se van a posicionar en este continuo en función de la significación que los sujetos de un grupo hayan construido a partir de su praxis y de su interacción con los objetos que están siendo valorados.

En el mismo sentido, afirmando la importancia de los opuestos en los núcleos de significación o de “inteligibilidad” compartidos en un grupo social, Gergen (1996a) dice que “tener una concepción de qué se debe hacer comporta también comprender que es posible actuar de otro modo, es decir, actuar en contradicción con el ‘deber’. La acción actúa y sólo es inteligible vista al trasluz de su negación” (p.27). Retomando la formulación semiótica elaborada por Saussure (1983), Gerger (1996a) propone que “los significantes lingüísticos consiguen su significado a través de su diferenciación de otros significantes. El lenguaje, y por consiguiente el significado, dependen de un sistema de diferencias. Para la semiótica más estructuralista, estas diferencias se han escogido de manera binaria. La palabra *hombre* alcanza su capacidad comunicativa gracias a su oposición con la palabra *mujer*, *arriba* porque contrasta con *abajo*, *emoción* con *razón*, y así sucesivamente. Para ampliar las implicaciones de estos diversos argumentos, permítanme proponer que cualquier sistema de inteligibilidad descansa en lo que es característicamente una negación implícita” (p. 27). Así mismo, podemos observar cómo con el proceso de industrialización y concentración urbana, se van estableciendo las comparaciones entre la modernidad y las sociedades tradicionales, y lo urbano y lo rural se van construyendo como los polos opuestos de un modelo de desarrollo urbano-industrial ideal.

El significado no es un reflejo directo de los objetos que se plasma en el lenguaje, sino que los significados se producen en el lenguaje, a través de los procesos de comunicación social. “El significado se produce dentro del lenguaje en lugar de ser reflejado por el lenguaje... los signos no ostentan un significado intrínseco, sino que lo adquieren a través de la cadena del lenguaje y sus diferencias con otros signos dentro de la misma” (Weedon, 1987, p. 23). Íñiguez y Antaki (1994) enfatizan que “el lenguaje no existe ‘en la cabeza’, existe en el mundo: el lenguaje



es más una forma de construcción que de descripción de nosotros mismos” (p.73). Estos mismos autores precisan que el término ‘construye’ proviene de una concepción teórica del lenguaje “como una fuerza que no expone simplemente la vida, sino que toma una parte activa en su modelamiento” (Íñiguez y Antaki, 1994, pp. 69-70)

Queremos destacar aquí que el significado es elaborado y compartido en la interacción social, en la práctica cotidiana de los sujetos en un grupo, a partir de su historia y de su cultura, generando el pensamiento social. En un proceso continuo de interpretación y acción social, se establece una relación dialéctica de construcción de los significados sociales que, a la vez, construye la realidad socialmente significada. Los significados se forjan en las prácticas sociales y son ellos mismos prácticas sociales discursivas que modelan las interacciones sociales y tienen efectos sobre la realidad cotidiana, construyendo las miradas posibles del mundo.

## **1.2. Del pensamiento social a la noción de representación social**

Durante mucho tiempo el pensamiento ha sido estudiado en sus procesos y mecanismos de formación como algo interno, oculto e individual. El énfasis en lo individual ha marcado la historia de las investigaciones y especulaciones sobre el pensamiento. Pero el ser humano es un ser social integral, que se forma en el proceso de interacción con los demás, construyendo y construyéndose en una red de significaciones. Los significados lingüísticos son modos de acción socialmente elaborados, en cuyo proceso las personas conocen y transforman la realidad objetiva. “Los términos y formas mediante los cuales obtenemos la comprensión del mundo y de nosotros mismos son artefactos sociales, productos de intercambios histórica y culturalmente situados entre las personas... las descripciones y explicaciones no están controladas por el mundo tal como es, ni son el resultado inexorable de propensiones genéticas o estructurales dentro del individuo. Más bien, son el resultado de relaciones cooperativas. Las palabras adquieren su significado sólo dentro del diálogo” (Gergen, 1996b, p. 162).

Los significados tienen una naturaleza social definida a partir de un contexto de interacción con otros sujetos, un marco interpretativo donde se comparten roles, normas y valores. “Mis proyectos difieren y hasta pueden

entrar en conflicto con los de ellos. A pesar de eso, sé que vivo con ellos en un mundo que nos es común. Y lo que es de suma importancia, sé que hay una correspondencia continua entre mis significados y sus significados en este mundo, que compartimos un sentido común de la realidad de éste. La actitud natural es la actitud de la conciencia del sentido común, precisamente porque se refiere a un mundo que es común a muchos hombres. El conocimiento del sentido común es el que comparto con otros en las rutinas normales y autoevidentes de la vida cotidiana" (Berger y Luckmann, 1968/1991, p. 41). Para estos autores la aprehensión del mundo no resulta de creaciones autónomas de significado por individuos aislados, sino que "comienza cuando el sujeto *'assume'* el mundo en que ya viven otros" (Berger y Luckmann, p. 165).

En la construcción del conocimiento social, el lenguaje adquiere protagonismo, no sólo como vehículo de conocimientos, sino como productor de significados. El lenguaje es una acción social que produce efectos en el entorno, marcando las pautas sociales de posibilidades de ser en el mundo. "Como el lenguaje es un subproducto de la interacción, su principal significado se deriva del modo en que está inmerso dentro de patrones de relación...las muestras del lenguaje son unidades dentro de patrones mayores de relación. No son representativos de otros dominios –referentes o impulsos interiores-, sino resultados de modos específicos de vida, rituales de intercambio, de relaciones de control y dominación, etc." (Gergen, 1996b, pp. 166-167).

En 1961, Serge Moscovici rescata el concepto de "representación colectiva" de las obras del sociólogo Durkheim, "que suponía que los miembros de colectividades compartían de manera inconsciente modelos que asimilaban, reproducían en sus comportamientos y propagaban a otros a través de la educación" (Di Giacomo, 1987, p. 278), pero procura abordarlo de manera diferente, dando más atención a sus estructuras y dinámica internas. Cuando Moscovici publica su tesis sobre la concepción que poseían los franceses acerca del psicoanálisis, tenía la clara intención de mostrar cómo, a partir de conjuntos de ideas construidos colectivamente sobre las personas y grupos, se hacen lecturas de la realidad que afectan a los comportamientos y a las interacciones sociales. Moscovici (1976), al contrario de Osgood; Suci y Tannenbaum (1957/1976), pone el énfasis en los aspectos sociales del significado, considerando el pensamiento social como una construcción colectiva y propia de un grupo.

La tesis de Moscovici (1976) es en principio bastante simple: las representaciones sociales forman un conjunto de conceptos, afirmaciones y explicaciones cotidianas provenientes de las comunicaciones interindividuales y podrían considerarse como los sistemas de mitos y creencias en las sociedades tradicionales. Moscovici señala que “los grupos humanos constituyen sobre ellos mismos, los otros y los eventos que viven, explicaciones cuyo objetivo no es científico, sino práctico: ayudar a la regulación de comportamientos intra e intergrupos” (Di Giacomo, 1987, p. 278).

Markova y Wilkie (1987) sostienen que la teoría de las representaciones sociales es ante todo una teoría social del conocimiento que adopta una auténtica posición social con respecto a la naturaleza de la mente. Moscovici (1985), por su parte, afirma que las representaciones sociales pueden llevarnos a una Psicología Social del Conocimiento que permita comparar grupos y culturas. Se puede afirmar, pues, que la teoría de las representaciones sociales viene construyéndose como una significativa teoría social del conocimiento o epistemología del sentido común, que va más allá de procesos psicosociales representacionales, y que establece un marco de dimensiones simbólicas y afectivas, con funciones, procesos y estructuras subjetivas de naturaleza intrínsecamente social. Estamos de acuerdo con Íñiguez (1988) cuando afirma que “efectivamente las representaciones sociales pueden jugar un papel muy importante, en la medida en que se enfrentan de lleno, en el ámbito metodológico tradicional, al estudio del saber común o del sentido común. Esto las hace interesantes por sí mismas, y también para nuestro propósito.” (p. 285).

La representación social no es una reproducción de lo real a nivel mental, sino una reconstrucción activa de esto, atribuyéndole matizaciones, acentuando unos aspectos, eliminando otros, o sea: interpretándolo a partir de un punto de vista personal, que a su vez está fundamentado en la experiencia anterior, en el contexto social y en la visión de mundo que envuelve el sujeto. “La RS no es un mero cúmulo de significados, sino un conjunto estructurado de significados y posicionamientos afectivos ligados a las acciones específicas de los individuos” (Íñiguez, 1988, p. 253). La introducción de elementos nuevos en la interpretación y justificación de las prácticas de la vida cotidiana de un grupo, genera conflictos y experiencias contradictorias que empujan a una elaboración que permita asimilar la novedad y encajarla en los enfoques anteriores de vida. Según Ibáñez

(1988) “la teoría de las representaciones sociales constituye tan sólo una manera particular de enfocar la construcción social de la realidad. Pero este enfoque presenta la gran ventaja de situarse en un punto que conjuga por igual la toma en consideración de las dimensiones cognitivas y de las dimensiones sociales de la construcción de la realidad” (p.25).

Nuestro interés se centra en la utilización de teorías psicosociales, como las representaciones sociales, para comprender la complejidad de los procesos sociales en el desarrollo rural y fundamentar una intervención integral, cuestionando la linealidad economicista que suele ser predominante en estos contextos y aportando otras herramientas teóricas y metodológicas para construir estrategias de desarrollo rural que contemplen las tramas afectivas, culturales y también económicas que producen y se reproducen en las prácticas sociales cotidianas.

Presentamos brevemente en el siguiente apartado las bases de la teoría de las representaciones sociales, que es actualmente utilizada en numerosas investigaciones en todo el mundo. Sus desarrollos conceptuales y metodológicos pueden ofrecernos un primer marco de referencia para la comprensión de factores psicosociales que intervienen en el desarrollo del medio rural y en la transformación del universo simbólico de sus habitantes. Por otro lado, las investigaciones sobre las dimensiones psicosociales del desarrollo rural nos llevaron a investigar otras teorías más allá de las representaciones sociales, nos han interesado especialmente los procesos de comparación intergrupal y la construcción de las identidades sociales. Para ello, el estudio de las representaciones sociales fue un primer paso, que nos llevó a investigar a partir de un marco teórico más amplio que describiremos a continuación.

## **2. LA TEORÍA DE LAS REPRESENTACIONES SOCIALES**

### **2.1. Conceptualización**

Las representaciones sociales fueron definidas por distintos autores de diferentes maneras, lo que demuestra una dificultad tangible en la

formulación de una definición satisfactoria, que dé cuenta de un fenómeno notoriamente complejo. Así, encontramos en la literatura sobre el tema una amplia gama de definiciones, donde cada autor procura acotar el término a partir de distintos enfoques: por las características de las representaciones sociales, por su funcionalidad o por cuestiones más estructurales. No existe, pues, una definición inequívoca del significado de este concepto. Aunque ésta es la base de algunas de las críticas más severas que ha recibido la teoría, Moscovici (1985) manifiesta una negativa voluntaria a dar una definición operacional, alegando que resultaría perjudicial para la evolución de la teoría y potenciando la investigación y la comprensión sobre un constructo que desborda cualquier intento de definición. Procuraremos, buscando la comprensión del proceso representacional, apuntar algunas de las definiciones más utilizadas por diferentes autores.

Volviendo a los orígenes, podemos retomar la definición elaborada por Moscovici (1969): "las representaciones sociales son sistemas cognitivos que tienen una lógica y un lenguaje propios, y que no son simples 'opiniones sobre', o 'imágenes de' o 'actitudes hacia', sino 'teorías' sui generis, destinadas a descubrir la realidad y su ordenación... sistemas de valores, ideas y comportamientos con la doble función de establecer un orden que dé a los individuos la posibilidad de orientarse y dominar su medio social y material, la de asegurar la comunicación del grupo, proporcionándole un código para sus intercambios y para nombrar y clasificar de manera unívoca los distintos aspectos de su mundo" (García Ramírez, 1990, p. 17).

Siguiendo en esta perspectiva, Jodelet (1986) propone la siguiente definición general: "El concepto de representación social designa una forma de conocimiento específico, el saber de sentido común, cuyos contenidos manifiestan la operación de procesos generativos y funcionales socialmente caracterizados. En sentido más amplio, designa una forma de pensamiento social.

Las representaciones sociales constituyen modalidades de pensamiento práctico orientados hacia la comunicación, la comprensión y el dominio del entorno social, material e ideal." (Jodelet, 1986, pp. 474-475).

Entre tanto, se puede argumentar que esta definición es muy genérica, pudiendo resultar poco operativa en el estudio de un proceso tan complejo. Para Ibáñez (1988) "las representaciones sociales producen los significados que la gente necesita para comprender, actuar y orientarse en su

medio social... Son teorías de sentido común que permiten describir, clasificar y explicar los fenómenos de las realidades cotidianas, con la suficiente precisión para que las personas puedan desenvolverse en ellas sin tropezar con demasiados contratiempos" (p. 55).

También las comparaciones entre grupos y las implicaciones en la construcción de la identidad grupal, que son aspectos especialmente interesantes en el contexto de esta investigación, están recogidos en algunas definiciones. En este sentido, Di Giacomo, enfatizando el carácter de pertenencia social, dice que "el uso de la noción de R.S. no se refiere a comprender el universo de los procesos cognitivos, sino el de lo **simbólico**, de esta imbricación curiosa entre pertenencia al grupo, emociones y procesos cognitivos. **Observar una representación social es observar el proceso por el cual un grupo se define, regula y compara con otros**" (Di Giacomo, 1987, p. 295) y que los criterios que definen una representación social son que está estructurada, comparte elementos emocionales y está unida, como guía, a comportamientos específicos.

Así, está claro que las representaciones sociales son un fenómeno complejo, donde caben todas y cada una de las definiciones anteriores. Las representaciones sociales deben ser consideradas, según Jodelet, como un producto y el proceso de una construcción psicológica y social de lo real, "las representaciones sociales son abordadas a la vez como el producto y el proceso de una actividad de apropiación de la realidad exterior al pensamiento y de elaboración psicológica y social de esa realidad. Es decir, que nos interesamos en una modalidad de pensamiento, bajo su aspecto constituyente –los procesos – y constituido – los productos o contenidos" (Jodelet, 1989, p. 37). Es psicológica en la medida que el sujeto tiene una participación activa en el proceso de su elaboración, interpretando, o reinterpretando, la realidad según su visión de mundo personal, y a la vez social, en la medida en que esta visión de mundo se construye a partir del conocimiento socialmente compartido y de la interacción con los demás, de las interpretaciones que ofrecen otros a lo real.

En definitiva, desde que Moscovici planteó sus postulados iniciales a principios de los años 60, se han desarrollado aportaciones teóricas e investigaciones empíricas, en muy diferentes direcciones y enfoques. La amplitud de las definiciones y la complejidad del fenómeno estudiado bien lo reflejan. Al mismo tiempo, es esta complejidad y, sobre todo, sus implicaciones en todos los aspectos de la vida cotidiana, las que justifican

sobradamente los esfuerzos que se están dedicando a profundizar en la comprensión de las representaciones sociales y las relaciones entre éstas y las decisiones, actitudes y comportamientos en las situaciones sociales.

## **2.2. Características de las representaciones sociales**

Para facilitar la comprensión y delimitación de la noción de representación social, empezamos por recorrer sus características fundamentales y funciones básicas en el interjuego social y personal:

1. Una representación social siempre es referente a un objeto. Representar significa volver presente algo ausente, en este caso hacer presente a nivel mental algo materialmente ausente. Tiene la propiedad de intercambiar lo material por una abstracción, y la percepción por un concepto.

2. Tiene aspectos figurativos, donde el conocimiento, al ser aprehendido, es transformado en imagen, pero también aspectos simbólicos donde adquiere un sentido y un significado para uno mismo y para la colectividad. La transformación en imágenes permite la simplificación del objeto, haciéndolo así más accesible a la colectividad.

3. No es una copia interiorizada, sino una elaboración con carácter creativo personal y grupal de la realidad, donde sujeto y realidad participan activamente en la construcción y apropiación del conocimiento social (Ayestarán, De Rosa y Páez, 1987). "Esto implica que siempre haya una parte de actividad de construcción y de reconstrucción en el acto de representación" (Jodelet, 1986, p. 477). Es lo que Berger y Luckmann (1968/1991) han denominado la "construcción social de la realidad", donde la realidad no "es" sino aquello que se va construyendo en sus significados a partir de las relaciones sociales y transmitiéndose a las generaciones sucesivas a través de los procesos de socialización. Pero, en este proceso, los sujetos no son consumidores pasivos de representaciones, sino que las fabrican, las transforman, las reconstruyen y las transmiten a los demás en un proceso dialéctico entre realidad objetiva y subjetiva.

4. Tienen un carácter social porque son elaboradas y compartidas por un grupo, con el fin de clasificar un objeto social y explicar sus características, para incorporarlo a su realidad cotidiana (García Ramírez, 1990). Tanto como productos como procesos, los factores sociales son immanentes e indisolubles de las representaciones sociales, no son procesos

cognitivos individuales que actúan sobre objetos sociales, son procesos cognitivos colectivos que generan una herramienta de comprensión y apropiación de la realidad material y social.

5. Las representaciones sociales constituyen una forma de pensamiento natural, no institucionalizado, que tiene sus raíces en el sentido común. A partir de conversaciones entre los miembros de la colectividad y la divulgación en los medios de comunicación, nuevos elementos de conocimientos se van integrando en el discurso colectivo, al principio como referencias y, después, en la medida en que las prácticas se transforman, esas representaciones se convierten en “verdades” para el sentido común (Billig, 1993).

6. La representación social tiene una dimensión afectiva, que es un componente inseparable de todo conocimiento, que se asocia con los aspectos figurativos y operativos (Ayestarán, De Rosa y Páez, 1987). Son estructuras cognitivo-afectivas, que interpretan, seleccionan, vinculan e interrelacionan la información proveniente del medio. El estudio de las representaciones de la tartamudez realizado por Friedman (1995) pone de manifiesto la importancia de las emociones y los afectos en la construcción y transformación de las representaciones sociales.

7. Tiene una función práctica de servir como guía comportamental en las interacciones de la vida cotidiana. Esta característica será tratada con detenimiento más adelante; sin embargo, queríamos reflejar aquí que los sujetos participan en las situaciones de interacción social a partir de las representaciones que hacen de los elementos que están en juego. Las representaciones sociales disponen actitudinalmente a los sujetos con relación a los objetos sociales (Abric, 1987; Banchs, 2000; Cabruja, 1988; Ibáñez, 1988; Páez, 1987). Éste es, quizás, uno de los aspectos más determinantes para utilizar la teoría de las representaciones sociales en nuestro trabajo: que las representaciones se transforman en actos. Las representaciones sociales marcan pautas de relaciones y de decisiones que se traducen en comportamientos, que participan en las relaciones intra e intergrupales.

### **2.3. Elementos de una representación social**

Jodelet (1989) apunta la existencia de tres elementos fundamentales en las representaciones sociales:



#### - Contenido o Información:

Una representación tiene siempre un contenido, que está constituido por el conjunto de informaciones, nociones y conocimientos referentes a un objeto social. El contenido de una representación social posee una dimensión figurativa, estando asociado a imágenes; una dimensión simbólica, donde adquiere significado y donde el lenguaje tiene un papel fundamental por las propias características del proceso de socialización del conocimiento, y una dimensión afectiva, que estará asociada a la valoración positiva o negativa con relación al objeto social.

Los contenidos provienen de diferentes fuentes o sistemas simbólicos. Al principio, las investigaciones sobre representaciones sociales centraron la atención en la ciencia como principal fuente de contenido para las representaciones, en la medida en que el conocimiento científico es popularizado y apropiado por un grupo, transformándose en conocimiento del sentido común. Por ejemplo, la popularización de términos como: PAC (Política Agraria Común), ecología, transgénico, clonación, genes, telemática, ofimática, internet, etc. Sin embargo, otros proveedores de contenidos se han identificado en la construcción de las representaciones sociales. Diversos autores (Ibáñez, 1988; Jodelet, 1991; Moscovici, 1985 y 1986) apuntan a los sistemas ideológicos y culturales, a la experiencia y las representaciones sociales previas de los sujetos, a los afectos y a las condiciones sociales, económicas e históricas, además de los hechos actuales, como bases de los contenidos de las representaciones sociales que son construidas por los grupos.

#### - Objeto:

El contenido tiene que ver con un objeto social, que se constituye en el elemento central de las representaciones. Las representaciones sociales siempre van dirigidas hacia algo, son una vertebración de significados y teorías del sentido común con relación a una situación, un hecho, un personaje, un lugar, un concepto, etc.

#### - Sujeto:

La representación social es siempre de un sujeto (individuo, familia, grupo, clase...) con relación a otro sujeto. Un sujeto, individuo o grupo, es el que percibe el objeto social y elabora sobre el mismo los contenidos. Las

representaciones sociales serán siempre compartidas por un grupo social de referencia.

Así, la construcción de las representaciones sociales se basa en estos tres elementos constitutivos: contenido, objeto y sujeto. Las representaciones sociales tienen siempre un objeto social, que se configura en la relación entre sujetos, sean individuos o grupos sociales, sobre los que se desarrollan contenidos o informaciones que son transmitidas en los procesos conversacionales. En el siguiente apartado, partiendo de la tesis de Moscovici (1976), veremos como se desarrollan los procesos grupales que construyen las representaciones sociales.

## **2.4. Funciones de las representaciones sociales**

Según señala Jodelet (1989), las representaciones sociales tienen, en general, tres funciones básicas: de integración de la novedad, de interpretación de la realidad y de orientación de las conductas. Ibáñez (1988) destaca también la función de configuración de las identidades personales y grupales, que, por su relevancia y complementariedad, añadimos a las tres anteriores.

### **2.4.1. Integración de la novedad**

La primera función de las representaciones sociales es posibilitar que un grupo integre nuevos elementos a su repertorio anterior de conocimientos, volviendo familiar lo desconocido. Cuando un grupo entra en contacto con algo que todavía no está significado, algún objeto o hecho nuevo, éste debe inscribirse en las representaciones preexistentes, donde encuentra un marco de referencia que permite la comparación con categorías conocidas. El interjuego entre asimilación y acomodación permite la adaptación a las nuevas realidades sin rupturas traumáticas entre éstas y los conocimientos de referencia anteriores, posibilitando la transformación progresiva de los contenidos del pensamiento de sentido común. La función de las representaciones sociales es especialmente importante en la apropiación de los nuevos conocimientos científicos por los saberes de sentido común (Ibáñez, 1988).

Así, las representaciones sociales cumplen la función de volver familiar lo no familiar, 'hacer propio' algo desconocido, integrando lo nuevo en el sistema de representaciones preexistente, reafirmando el aspecto dinámico del proceso representacional.

#### 2.4.2. Interpretación y construcción de la realidad

Una de las funciones importantes de las representaciones sociales consiste en permitir reconocer los objetos sociales partiendo del significado social que les hayan sido atribuidos, ubicándolos en las categorías preexistentes. Forman un marco de referencia que permite la clasificación y evaluación de los objetos, sujetos, relaciones, acontecimientos, situaciones, etc., a partir de categorías simples y operativas que facilitan la aprehensión de la realidad. Las representaciones sociales son instrumentos o herramientas de los sujetos para interpretar la realidad como miembros de un grupo y de una cultura, compartiendo un universo semántico que supone la posibilidad de comunicación e interacción social. Según Gergen (1996b), “los términos y formas, mediante los cuales obtenemos la comprensión del mundo y de nosotros mismos, son artefactos sociales, productos de intercambios histórica y culturalmente situados entre las personas... Es sólo en virtud de haber sostenido alguna forma de relación pasada que podemos producir algún sentido” (p. 162).

Por otro lado, tenemos que la comprensión del mundo social es a la vez, un proceso de interpretación de la realidad y de construcción de la propia realidad interpretada (Gergen, 1996a, 1996b; Ibáñez, 1996a, 2001; Ibáñez e Íñiguez, 1997; Nightingale y Cromby, 1999b). Las personas no somos consumidoras de representaciones previamente elaboradas que son aplicadas objetivamente a la interpretación de los objetos sociales, mas bien, las representaciones se construyen y se modifican en el proceso de interacción social y así reconstruyen la propia realidad interpretada. En la medida en que las representaciones sociales orientan también las conductas y las interacciones, transforman la realidad objetivada, construyendo nuevos escenarios y objetos sociales distintos.

En este marco, el sujeto pasa de observador neutro y pasivo que interpreta la realidad, a tener un papel central, en cuanto formulador de teorías, sean científicas o de sentido común, en la creación de una realidad consensuada. La interpretación, en este sentido, define la “mirada posible”

que incide sobre los hechos (Spink, 1995). Las representaciones sociales cumplen la función de permitir la interpretación activa de la realidad, pero, al mismo tiempo, la realidad es transformada tanto por las miradas particulares de las personas, que efectúan recortes de la realidad, como por la acción de éstas a partir de las representaciones socialmente elaboradas en los grupos sociales que integran.

#### 2.4.3. Orientación de las conductas

Como consecuencia lógica de las funciones anteriores, las representaciones sociales suponen una guía comportamental, un marco de referencia para las acciones de los sujetos. La toma de decisiones está directamente relacionada con la representación construida por las personas y los grupos sobre un objeto o situación social.

Los sujetos actúan en una situación en función de cómo representan a priori sus elementos. Los diálogos que se establecen están mediatizados por las representaciones socialmente construidas por los sujetos y los grupos de pertenencia. Las acciones y la toma de decisiones, tanto sobre el mundo objetivo como en las situaciones de interacción social, se basan en las pautas de comprensión de la realidad, el conocimiento de sentido común en el que se enmarcan las representaciones sociales, que, social, histórica y culturalmente, van siendo consensuadas o asumidas por los miembros de los diferentes grupos sociales. El sujeto no entra en la situación de interacción de manera espontánea y neutral, sino que las representaciones sociales permiten comprender la situación, anticipar los acontecimientos, preparar la interacción y dar sentido al propio comportamiento (Jodelet, 1989).

#### 2.4.4. Conformación de las identidades personales y grupales

Una función importante de las representaciones sociales es la conformación de las identidades sociales y personales, construyendo las relaciones de pertenencia a un grupo y facilitando la diferenciación con los demás. En la medida en que las personas comparten representaciones sociales sobre un determinado objeto, que son elaboradas en las relaciones interpersonales en contextos sociales concretos, con unos determinantes históricos y culturales compartidos, se configuran diferenciaciones con otros grupos en circunstancias distintas. Este proceso, tan importante en la construcción de las identidades personales y sociales, posibilita tanto la

percepción de pertenencia a los grupos como los sentimientos de proximidad y similitud entre los miembros de un grupo y de diferenciación con los miembros de otros grupos (Banchs, 2001; Bourhis y Leyens, 1996; Lorenzi-Cioldi y Doise, 1996; Tajfel, 1984; Turner, 1975).

Según Ibáñez (1988), “el hecho de poseer un repertorio común de representaciones sociales desempeña un papel importante en la configuración de la identidad grupal y en la formación de la conciencia de pertenencia grupal. Estar con otras personas que ven el mundo tal y como lo vemos, no sólo permite establecer unas relaciones más relajadas y satisfactorias, sino que nos proporciona una cierta confianza en la validez de nuestros criterios y en la bondad de nuestra forma de ser” (p. 54).

La construcción de las identidades se basa en gran medida en la conciencia de pertenencia a ciertos grupos sociales y en la significación afectiva y evaluativa resultante de dicha pertenencia (Tajfel, 1982 y 1984). Las representaciones sociales, que son teorías del sentido común socialmente elaboradas y compartidas por un grupo concreto, permiten establecer comparaciones intergrupales que son imprescindibles en la construcción de la identidad grupal. El proceso por el cual un grupo construye las representaciones sobre un determinado objeto social propicia la comparación y la diferenciación con otros grupos sociales de referencia. Se establece así un marco de elementos simbólicos comunes que articula una identidad social, al mismo tiempo que construye las diferencias con los ‘*otros*’.

“Los grupos entretejen formas de ver que le son propias, recurriendo por supuesto a los materiales disponibles, es decir, a los que les proporcionará el contexto social en el que se desenvuelven, pero utilizando la relativa polisemia de esos materiales para crear, literalmente, lo que algunos llaman ‘*la cultura del grupo*’. Son esas culturas grupales las que ayudan al individuo en su interpretación de la realidad” (Ibáñez, 1996b, p 325).

La comparación intergrupala es un proceso fundamental en la construcción de las identidades sociales y personales, en el que están implicadas las representaciones sociales construidas sobre el propio grupo de pertenencia y otros grupos de referencia. Las relaciones comparativas van, a la vez, transformando y permitiendo el anclaje de las propias representaciones sociales. Las identidades sociales positivas, un factor fundamental en el desarrollo de cada persona (Ovejero, 2000b), dependen

del resultado de las valoraciones comparativas establecidas entre el grupo de pertenencia y grupos de referencia. Dichas valoraciones no se construyen a partir de características objetivas propias de cada grupo, sino de las representaciones elaboradas social, histórica y culturalmente en las interacciones, dependiendo, entre otros factores, de las relaciones de poder entre los grupos.

El proceso de comparación intergrupala y de construcción de las identidades sociales será objeto de un apartado específico en este trabajo, donde veremos en mayor profundidad estos procesos y algunos factores implicados.

### **3. REPRESENTACIONES SOCIALES, ESTEREOTIPOS E IDENTIDAD SOCIAL**

#### **3.1. Representaciones sociales y estereotipos**

Las representaciones sociales son enunciados figurativos contruidos por un grupo, desde una posición de pertenencia social, sobre sí mismo (endogrupo) y sobre otros grupos (exogrupos). Las representaciones sociales tienen la propiedad de facilitar la aprehensión e interpretación de la realidad porque permiten su reducción a categorías simples y operativas. De hecho, representar es, en primer lugar, clasificar, relacionar un contenido a una etiqueta o un código, lo que facilita procesar las informaciones, analizar las situaciones y tomar decisiones.

Al incluir un individuo en una categoría se le está relacionando a un prototipo, un modelo, que implica asignarle un conjunto de características comunes a los miembros de esta categoría y establecer diferencias significativas con miembros de otras categorías. En este caso, buscamos una mayor comprensión de los procesos implicados en la conformación de las identidades personales y grupales, que, como hemos expuesto anteriormente, constituyen una de las funciones básicas de las representaciones sociales.

Una de las formas más frecuentes de representación social son los estereotipos grupales, que son definidos como una imagen mental, en

general muy simplificada, de alguna categoría de personas, institución o acontecimiento que es compartida por un gran número de personas en sus características esenciales (Tajfel, 1984). Tajfel afirma que *“la representación social es más que el estereotipo, pero éste constituye una parte importante de la representación social”* (1982, p. 22). Como se puede observar, la utilización de ambos conceptos no supone un dilema, no son teorías antagónicas, sino al contrario, las consideramos perspectivas complementarias para la comprensión de fenómenos muy complejos.

Los estereotipos básicamente implican asignar características comunes a los miembros de un mismo grupo y marcar diferencias con relación a otros grupos. Para entender los estereotipos, antes es necesario pensar en la necesidad de la identidad, pues existe la creencia de la semejanza entre los objetos que pertenecen a una misma categoría. Está ampliamente demostrado que, si los individuos creen que dos estímulos pertenecen a la misma categoría, los considerarán más parecidos que si no los hubiesen categorizado (Billig, 1986; Moscovici, 1985; Tajfel, 1984). Existe la ilusión de identidad, o mejor, de igualdad, entre los miembros de un mismo grupo, que es reforzada a través de la comparación con otros grupos, destacándose las diferencias con éstos en términos intergrupales y las semejanzas entre los miembros considerados del mismo grupo.

Deschamps (1983) y Turner (1983) hacen hincapié en la importancia que tienen los efectos de similaridad y contraste como factores determinantes en la categorización de los elementos sociales. El proceso de categorización posee una importancia fundamental para el ser humano, ya que gracias al agrupamiento de elementos dentro de diversas categorías es posible organizar y simplificar el entorno, de tal manera que los individuos puedan adaptarse a las situaciones de la vida cotidiana. Doise (1978) afirma que es a través de la categorización como las personas adquieren una posición estable que les permite manejar las situaciones ambiguas e inciertas.

Los estereotipos pueden ser considerados también como un sistema de creencias sobre los niveles más primarios o probabilidad de aparición de conductas, pensamientos y sentimientos en los miembros de un grupo. "Un estereotipo activado actuaría como una regla cognitiva de decisión y de resolución de problemas, que permitiría inferir características, causas, razones, y decidir acciones ante sujetos dados" (Páez y Ayestarán, 1987, p.

223). En la medida en que un sujeto es adscrito a una categoría social, se le atribuyen determinadas características y se espera que piense, que sienta y que se comporte en coherencia con estas características. En consecuencia, los demás interactuarán con él a partir de las expectativas que tengan en relación a la categoría. Los sujetos no son tomados como individuos, sino como parte de un grupo y son percibidos como muy similares entre ellos. “Un estereotipo acerca de un grupo étnico se define generalmente en términos de un consenso de opinión concerniente a los rasgos que se atribuyen a ese grupo” (Tajfel, 1984, p. 143). Este proceso de desindividualización hace que las informaciones que se recuerdan sobre los miembros de una categoría sean menos detalladas, en comparación con las que se recuerdan de sujetos individualizados.

En juicios evaluativos, particularmente cuando los grupos son comparados en relación con una misma dimensión, surge una discriminación positiva a favor del propio grupo. Aun así, las evaluaciones intergrupales tienden a implicar varias dimensiones y no siempre el endogrupo es evaluado más positivamente en todas las dimensiones. Además, si el que observa, aparte de percibir a los sujetos como miembros de un grupo, se sitúa como miembro de otro grupo relevante, se acentúan las tendencias anteriores. Se prefiere la información que aumenta la diferencia entre los grupos: la memorización y el recuerdo de la información se sesga en el sentido de que se incrementan las diferencias intergrupo percibidas (Doise, 1985; Tajfel, 1984).

### **3.2. De los procesos representacionales colectivos a los comportamientos discriminatorios**

Las representaciones sociales y los estereotipos tienen un importante papel en la construcción de la identidad grupal; al existir un sistema de representaciones comunes dentro de un grupo, éste permite demarcar diferencias con exogrupos, los “otros”. Esto se consolida por la implicación afectiva que supone la necesidad de pertenencia a un grupo y de identificación entre sus miembros.

Otro concepto importante, que generalmente está vinculado al de estereotipo, es el de prejuicio, que puede ser definido como un juicio no comprobado, favorable o desfavorable sobre una persona o grupo, que implica una actitud coherente. “Los prejuicios se sitúan en el nivel de los



juicios cognitivos y de las reacciones afectivas” (Bourhis, Gagnon y Moïse, 1996, p.141). En el prejuicio, el componente afectivo es marcadamente predominante y el estereotipo es la parte conceptual o cognoscitiva de un prejuicio.

El proceso de categorización parece ser inherente a los mecanismos de conocimiento social, se aprehende la realidad separando sus elementos e incluyéndolos en categorías más simples, que sintetizan la información. De ahí se pasa a la atribución de juicios o valoraciones positivas o negativas a las categorías, siempre en función del contexto histórico y social donde se ubican. Sin embargo, no existe una relación automática entre prejuicio y comportamientos discriminatorios (Billig, 1985 y 1996). Así, un grupo puede hacer una evaluación negativa sobre otro, sin que esto implique un comportamiento abiertamente hostil, aunque en las relaciones cotidianas esto se puede entrever en mecanismos más o menos sutiles y no explícitos de discriminación. Las formas en que se manifiestan los estereotipos y prejuicios dependerán siempre del marco contextual, por ejemplo, dentro del régimen nazi los prejuicios raciales se manifestaron abiertamente, con consecuentes comportamientos discriminatorios y hostiles, pero en una democracia contemporánea, que supone valores como la igualdad y la tolerancia, los prejuicios se manifiestan a través de mecanismos sutiles y discretos, que no desafíen abiertamente los valores reconocidos públicamente, lo que se viene denominando lo “políticamente correcto”.

En cuanto al cambio de los estereotipos, en relación con la viabilidad de desconfirmación de un estereotipo, sucede que cuando la información es positiva es más fácil desconfirmar que confirmar, mientras que con la información negativa ocurre lo contrario, es más fácil confirmar que desconfirmar (Doise, 1982 y 1985; Tajfel, 1984). En otras palabras, es más difícil cambiar los contenidos negativos de un estereotipo, que los contenidos positivos. La tendencia es que las informaciones negativas sobre un grupo tengan más arraigo y estabilidad que las informaciones positivas.

Ingenualmente, se puede pensar que para cambiar o desactivar un estereotipo sería suficiente que las personas tuviesen más información positiva, tomaran conciencia de que lo están utilizando y decidiesen cambiarlo. Esa es la idea que está en la base de la mayoría de las campañas de sensibilización, por ejemplo, de prevención de la drogadicción y de prevención de transmisión de enfermedades contagiosas. Sin embargo, eso

no es tan sencillo, la utilización de los estereotipos y prejuicios, en muchos aspectos, escapa al control racional y a la voluntad de los sujetos, actuando de manera muy sutil en la vida cotidiana. En la práctica, se constata que las representaciones poseen una dimensión afectiva que muchas veces determina una incoherencia con la propia racionalidad. Banchs (1995), en un estudio sobre el incesto en una determinada familia, pone de manifiesto el importante papel que juegan las emociones en la construcción de las representaciones sociales. La autora afirma que como mínimo “**las emociones mediatizan la información que seleccionamos**” (1995, p. 108).

Cada sujeto participa en un conjunto de sistemas simbólicos que va a determinar básicamente su visión de mundo, su manera de ver las cosas. Su manera de relacionarse con los demás estará determinada por los valores y la concepción del mundo que se comparta en el grupo donde está inmerso. Cada persona no se relaciona con el mundo y con los demás de manera neutral y desprovista de estereotipos, se relaciona siempre en función de su medio, de su historia, de sus afectos y de un sistema de fidelidades y comparaciones entre grupos.

### **3.3. Comparación intergrupala y construcción de la identidad social**

Según Tajfel (1984), el yo se construye en parte por la conciencia de pertenecer a uno o varios grupos o categorías sociales, formando el concepto de sí, al mismo tiempo que se distingue de los “otros”. La **identidad social** sería el conjunto de factores del concepto de sí mismo de un individuo que se forma a partir del “conocimiento de su pertenencia a ciertos grupos sociales y a la significación emocional y evaluativa que resulta de esta pertenencia” (Tajfel, 1972, citado en: Bourhis, Gagnon y Moïse, 1996, p.150).

Como podemos fácilmente deducir, hay muchos mecanismos afectivos y simbólicos que se movilizan en la construcción de una identidad social satisfactoria, y en la transformación de aquellos aspectos o factores que sean considerados menos favorables a esta empresa. En este proceso, podemos observar la valorización o desvalorización de realidades culturales que se asemejen o se distancien de los ideales construidos y/o introyectados por los miembros de los diferentes grupos sociales, en general, muy marcados por los ideales de las culturas dominantes.

Lorenzi-Cioldi y Doise (1996) resumen en el siguiente cuadro los principios básicos y las conclusiones de la Teoría de la Identidad Social (T.I.S.), sistematizados por Tajfel y Turner (1979):

#### Cuadro I.1 – La identidad social según Tajfel y Turner

1. *Los individuos intentan mantener o aumentar su autoestima – intentan acceder a una concepción positiva de sí mismos.*
2. *Los grupos sociales o categorías (y el hecho de pertenecer a ellos) están asociados a connotaciones positivas o negativas. Debido a ello, la identidad social puede ser positiva o negativa según las valoraciones (que tienden a ser compartidas socialmente, ya sea dentro o entre los grupos) de dichos grupos que contribuyen a la identidad social de un individuo.*
3. *La valoración del propio grupo está determinada por la relación con algunos grupos específicos por medio de comparaciones sociales en atributos o en características cargadas de valor. Las comparaciones que desembocan en una diferencia positiva entre el grupo de pertenencia y el otro grupo producen un prestigio elevado; las comparaciones que implican una diferencia negativa dan lugar a un bajo prestigio.*

*A partir de estas propuestas, Tajfel y Turner deducen los siguientes principios teóricos:*

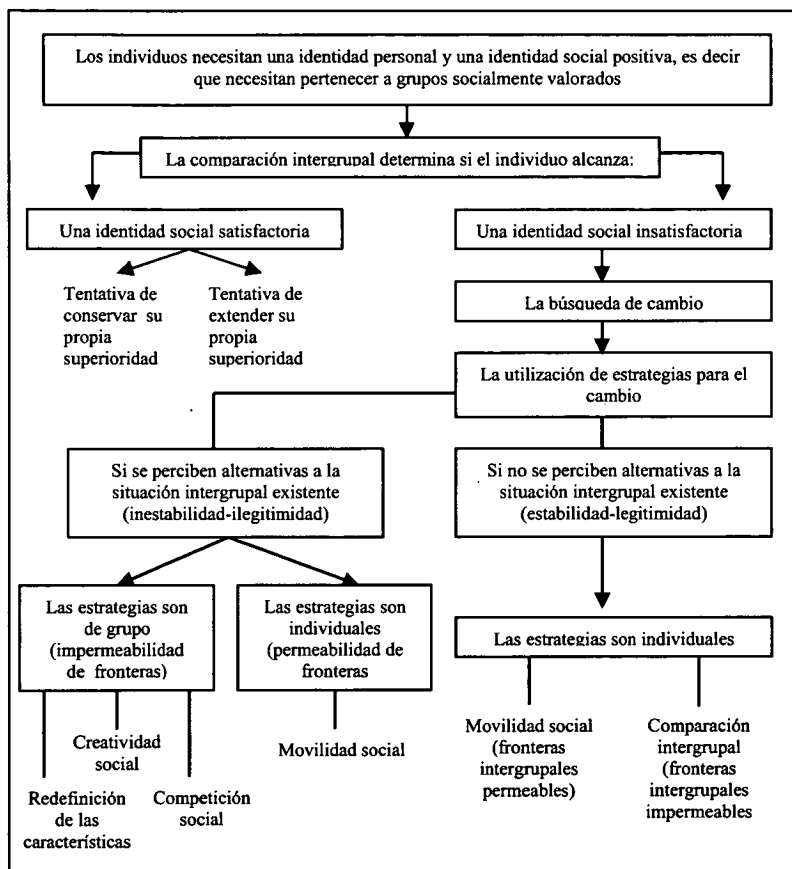
1. *Los individuos intentan acceder (o mantener) una identidad social positiva.*
2. *La identidad social positiva se basa, en gran medida, en las comparaciones favorables que pueden hacerse entre el grupo de pertenencia y algunos otros grupos pertinentes. El grupo debe ser percibido como positivamente diferenciado o distinto de los demás grupos pertinentes.*
3. *Cuando la identidad social no es satisfactoria, los individuos intentan abandonar el grupo para unirse a un grupo más positivo, y/o diferenciar al grupo en un sentido más positivo. (Tajfel y Turner (1979-1986).*

(Lorenzi-Cioldi y Doise, 1996, p.76).

El concepto de sí se forma a partir de la imagen que los otros significantes (Berger y Luckmann, 1964), personas y grupos que mantienen unas relaciones sociales significativas para el sujeto, reflejan y transmiten de uno mismo y del grupo o grupos al que pertenece y con los que se identifica, implicando procesos cognoscitivos, afectivos y simbólicos, tanto personales como sociales. Ayestarán (1987), a partir de la teoría del núcleo central de las representaciones sociales desarrollada por Abric (1984), considera “la representación del grupo como elemento nuclear del que dependen las otras representaciones: la del otro, la de uno mismo, la del sistema de atribución utilizado en el grupo” (p. 266).

Según Ovejero (2000b), “la identidad positiva que se posee, o incluso que se desea, está estrechamente relacionada tanto con los grupos a los que se pertenece (grupos de pertenencia) como con los grupos a los que se desea pertenecer (grupos de referencia)” (p.203). La pertenencia a diferentes grupos sociales por los mismos individuos ha sido trabajada en la T.I.S. (Tajfel, 1984) como refiriéndose a niveles de identidad social, tomando de diferentes grupos de pertenencia y de referencia los valores y normas que marcan las pautas de relaciones y conductas individuales y sociales. La formación de la identidad personal se construye, así, a partir de múltiples identidades colectivas y se dan en procesos de comparación, que han sido conceptualizados como “identidad comparativa” (Huici y Ros, 1993).

**Cuadro I.2 – Representación esquemática de la Teoría de la Identidad Social**



(Capozza y Volpato, 1996, p. 43)

Algunas hipótesis comprendidas en la teoría de la identidad social, y que nos interesan particularmente en esta investigación, se refieren a las comparaciones para definir el valor del endogrupo y a la utilización de estrategias individuales y/o colectivas para resolver los efectos perjudiciales

para la autoestima de una identidad social negativa. **“La pertenencia a grupos no apreciados o menospreciados provoca malestar, incluso un sufrimiento. La gente aspira a modificar la situación existente y a obtener una imagen positiva de sí”** (Capozza y Volpato, 1996, p. 42). Recordamos con Ovejero (2000b) que “tener una autodefinición positiva es una de las más básicas necesidades humanas” (p. 202).

En los procesos de comparación intergrupales, uno de los factores que vienen siendo estudiados en la construcción de las identidades sociales es la diferencia de status entre los grupos que se comparan (Capozza y Volpato, 1990; Roccas y Schwartz, 1993). Capozza y Volpato (1990 y 1996) apuntan como dimensiones importantes en las comparaciones del endogrupo con otros grupos significativos: el **poder**, la **riqueza** y el grado de **desarrollo socioeconómico**. Según estos autores, la identidad social no es satisfactoria si el endogrupo es juzgado inferior al grupo de referencia comparativa en estas dimensiones. Además, afirman que “una identidad social insatisfactoria, es decir negativa o menos positiva de lo que se desea, determina el empleo de estrategias para elevar la autoestima” (Capozza y Volpato, 1996, p. 42).

El **status** influye en la manera en que los miembros de un grupo representan al grupo de pertenencia, a sí mismos y a los demás, y marca las pautas de las relaciones con otros grupos. “En particular, las diferencias de prestigio refuerzan la interdependencia de los grupos” (Lorenzi-Cioldi y Doise, 1996, p. 87). Esta interdependencia no se expresa solamente en procesos evaluativos, sino también en las relaciones económicas y de producción, donde los grupos que consiguen hacerse valorar más positivamente consiguen controlar también los valores de mercado. “Las desigualdades de poder y de status entre los grupos sociales acarrear inevitablemente desigualdades en la distribución de recursos materiales y simbólicos” (Bourhis, Gagnon y Moïse, 1996, p. 157).

En la Teoría de la Identidad Social (T.I.S.) nos parecen especialmente pertinentes para esta investigación, los aspectos referentes a las estrategias de cambio, que se activan, en el caso de pertenencia a un grupo considerado inferior o menospreciado, para construir una identidad social satisfactoria a partir de una identidad social insatisfactoria. Para la elección de estrategias de cambio en la construcción de identidades sociales más satisfactorias, dos condiciones son simbólicamente importantes en la

percepción de la evaluación del propio grupo y del grupo dominante: la **legitimidad** y la **estabilidad** de las valoraciones (Tajfel, 1984). Se observa aquí el papel de las construcciones ideológicas en la percepción de los grupos y en las valoraciones atribuidas, "...los mecanismos de deformación cognitiva, habitualmente elaborados por el grupo dominante, pueden llevar a los miembros de los grupos desfavorecidos a considerar su situación como equitativa y legítima. Esta legitimación de la situación disminuye el deseo de los grupos desfavorecidos de emprender las acciones colectivas necesarias para mejorar su situación" (Bourhis, Gagnon y Moïse, 1996, p. 159).

Montero (1990), estudiando sobre la Identidad Nacional en venezolanos, desarrolla el concepto de "**altercentrismo**", donde un grupo dominado cultural y económicamente elige y valora más positivamente elementos simbólicos de exogrupos dominantes. Ese grupo de referencia -"Otro social externo"-, se instituye como modelo positivo y centro de comparaciones, muchas veces hipervalorado en contraste con la infravaloración construida del endogrupo. Montero señala también el "fatalismo" como parte del conjunto de representaciones sociales asociadas a la infravaloración del endogrupo, que puede estar relacionada con la percepción de estabilidad que apunta la T.I.S., así como, en contrapartida se mantienen elementos simbólicos, rituales y distantes, en el intento de mantener la identidad social positiva del endogrupo (Montero, 1995).

Un aspecto importante, identificado por varios autores como asociado a los procesos de altercentrismo, es la construcción de una dicotomía entre la identidad social y la personal. Los sujetos admiten la pertenencia a un grupo infravalorado, pero niegan que ellos como individuos se vean afectados por estas evaluaciones y características. Rivera (1991), estudiando a grupos de puertorriqueños, encuentra una marcada divergencia entre la evaluación grupal y la autoevaluación personal, donde esta última obtiene valoraciones siempre más elevadas que la primera. Este autor sugiere que los participantes en el estudio podrían tener, en cierta medida, internalizado el estereotipo sobre los puertorriqueños, despersonalizando estas categorías para indicar que los demás son así, pero no uno mismo.

Otra estrategia también utilizada para la construcción de una identidad social positiva por los grupos infravalorados es la comparación con grupos considerados inferiores, estableciendo, en cierta medida, niveles de categorías. En el estudio de Montero (1990), citado anteriormente, la

autora indica que los venezolanos utilizan estas estrategias al compararse con los bolivianos, que son infravalorados en las comparaciones.

Según la teoría de la identidad social (Tajfel, 1984), si se considera **legítima y estable** la desventaja valorativa del endogrupo, las estrategias de construcción de una identidad social satisfactoria serán de tipo individual. En otras palabras, si el individuo considera justificada la desventaja y, además, permanente o sin visos de cambios significativos por un largo período de tiempo, buscará salidas personales o estrategias individuales para cambiar su situación de pertenencia. En este caso, una de las estrategias más comunes es la **movilidad social**, donde el individuo procura abandonar el propio grupo menospreciado y pasar al exogrupo valorado positivamente, adoptando sus características culturales y sus valores fundamentales (Capozza, Bonaldo y Di Maggio, 1982; Lorenzi-Cioldi y Doise 1996; Tajfel, 1984)

Estas cuestiones vienen a contribuir sobremanera en el estudio que nos ocupa, en lo que se refiere al análisis del éxodo rural como una estrategia individual para participar en una identidad social mejor valorada, como ha sido durante varias décadas la sociedad urbana, en detrimento de la rural. Se observa la utilización de estrategias individuales, aunque el fenómeno haya afectado a miles de personas, porque se veían las diferencias de valoraciones grupales como justificadas por el mito de las bondades de la industrialización y de la concentración del desarrollo, que ha excluido de él a la mayor parte del territorio español, y, además, sin visos de posibilidades de cambios positivos en los estereotipos sobre el endogrupo. Cumpliendo así los dos criterios de legitimidad y estabilidad de la desventaja valorativa, señalados anteriormente.

Capozza y Volpato (1996) señalan como característico, un fenómeno similar en Italia, la emigración al norte en los años 50 – 60 de los italianos del sur, como endogrupo valorado negativamente con relación a los del norte, que estaban más desarrollados socioeconómicamente. “En aquellos años los meridionales, que consideraban legítima y estable la desventaja del endogrupo, resolvían sus problemas materiales y psicológicos emigrando, solos o con la familia, al norte y tratando de integrarse en la sociedad septentrional” (p. 43). Este fenómeno de migración también se ha observado en España, donde andaluces, castellanos y gallegos, principalmente, se trasladaban al País Vasco, Cataluña, Madrid y a países del norte.



Tajfel, con su Teoría de la Identidad Social ha generado un gran impulso a la comprensión de los fenómenos de discriminación y conflictos intergrupales, partiendo de un punto de vista original en aquel momento, por su nivel de análisis claramente social, con la atención centrada en las relaciones de las minorías enfrentadas a las mayorías. En este sentido, Ayestarán y Martínez Taboada (1992) señalan que la conformación de un grupo social se fundamenta, además de la identificación social, en la construcción de una **representación social endogrupal** en relación con su posición en la jerarquía social y el grado de compromiso con el cambio social. Esta representación está vinculada a la posición intergrupala y a la formación de la identidad social del grupo, permitiendo observar la relación con los procesos de comparación social estudiados por Tajfel.

La clara complementariedad entre la teoría de las representaciones sociales y la teoría de la identidad social nos puede facilitar el análisis y comprensión de algunos aspectos psicosociales de los procesos de despoblamiento del medio rural y orientar hacia la utilización de estrategias colectivas de construcción de identidades sociales satisfactorias, que apunten al desarrollo integral y sostenible del territorio y de las personas que en él habitan. La teoría de las representaciones sociales nos ofrece herramientas conceptuales y metodológicas para conocer la concepción dominante del medio rural y los afectos vinculados a esa concepción. Al mismo tiempo, la teoría de la identidad social pone de manifiesto las estrategias utilizadas por individuos y grupos para satisfacer la necesidad de construir una identidad personal y social positiva. De la misma manera, ambas teorías nos apuntan las posibilidades de búsqueda de estrategias colectivas de construcción de una identidad social satisfactoria a partir de la transformación de las representaciones sociales y de la valorización de las características del propio grupo y de su entorno.

A nuestro entender, ésta es una idea clave para el diseño de programas de desarrollo que no se centren solamente en lo económico, sino en la construcción de identidades sociales positivas que sostengan el territorio y el aprecio por la cultura propia, como fundamentales para la satisfacción personal de sus habitantes. Sin embargo, hay que considerar esta línea de trabajo no como una forma de psicologización de los problemas sociales, que, como bien advierte Ibáñez (1996b), es una de las trampas de las ideologías dominantes, reduciendo a procesos intraindividuales lo que son procesos sociohistóricos de construcción de la significación de la

realidad, sino como base para pensar, proyectar y construir el desarrollo integral, endógeno y sostenible de los territorios rurales, desmontando mecanismos de dominación de ciertas culturas en detrimento de otras.

## **II – Medio Rural: la construcción de un espacio territorial y conceptual**

### **1. ENFOQUES CONCEPTUALES ACERCA DE LO RURAL**

Lo rural es un entorno conceptual y territorial determinado por su contexto social, histórico, cultural y económico, pero del que no es fácil elaborar una definición y, como veremos más adelante, los diferentes autores no se ponen de acuerdo a la hora de definirlo y delimitarlo. Lo que sí parece evidente es que no existe una sola ruralidad, sino que en cada territorio, más o menos amplio, la ruralidad se construye a partir de unas bases territoriales, culturales y productivas heterogéneas. Lo que también es interesante destacar, es que el medio rural viene experimentando transformaciones significativas en los estilos de vida y en las relaciones sociales y económicas en las últimas décadas, en muchos aspectos marcadas por las pautas de la mundialización cultural y económica, pero aun así cada territorio posee especificidades que deben ser consideradas en los análisis sociales.

Una importante polémica en el seno de la sociología rural, y en las demás ciencias sociales que vienen interesándose por la ruralidad, tiene relación con la delimitación del propio objeto de estudio. Parece existir unanimidad al reconocer que existe una realidad específica que puede ser categorizada como “rural”, sin embargo hay muchas divergencias en las delimitaciones y características atribuidas a esa categoría. Un significativo y polémico eje de análisis en los estudios sociales sobre la ruralidad viene siendo formulado alrededor de si es lo rural un espacio geográfico localizado y localizable donde se forman las personas y sus relaciones socioculturales, o si son las relaciones sociales las que definen el territorio en la construcción social de una localidad – *¿una localidad construida socialmente o una sociedad construida localmente?* (Gray, 2000).

Seguramente existen factores que permiten afirmar que ambas posibilidades coexisten en la compleja realidad, donde los cambios vividos

en las comunidades rurales, hasta hace pocos años identificada con las actividades de producción agroganaderas, ahora en evidente retroceso, hace más difícil la ubicación de este marco de investigación, que no es más que un pequeño reflejo de las importantes transformaciones vividas por la propia sociedad "rural". Marsden, *et al.* (1993) señalan la necesidad de revisar las teorías, comprendiendo la interacción entre lo social y lo espacial como claves para las nuevas cuestiones del cambio en el medio rural.

Algunos autores optan por una definición basada en criterios espacio-demográficos para delimitar las comunidades rurales, más con fines metodológicos que epistemológicos. Este es el caso de Camarero, Sampedro y Vicente-Mazariegos (1992) en el estudio que realizan sobre mujer y ruralidad, en el que identificaron la necesidad de "determinar entre el conjunto de asentamientos (en España) cuáles son rurales y cuáles urbanos... Los criterios a utilizar son múltiples: importancia de la actividad agraria en el asentamiento, distancia a núcleos urbanos, densidad, tamaño de población... En nuestro caso, la decisión ha sido sencilla. La escasa disponibilidad de información ha determinado que debemos reducir la ruralidad a una simple cuestión de tamaño de población" (Camarero, Sampedro y Vicente-Mazariegos, 1992, p. 12). Aunque en la práctica el uso de criterios espacio-demográficos es bastante frecuente, estos autores reconocen los inconvenientes de su utilización, por las limitaciones que impone, haciendo rurales asentamientos que están en áreas de influencia metropolitanas y que, manteniendo el estatuto de municipio, se han transformado en barrios de las grandes ciudades y excluyendo asentamientos que aun teniendo una población importante, mantienen estilos de vida y actividades productivas que difícilmente se definirían como urbanos.

Halfacree (1993) ha estudiado las definiciones de lo rural y establece una clasificación en dos grandes grupos: definiciones descriptivas y definiciones socio-culturales. Las definiciones descriptivas se basan en variables como población, migración, urbanización, uso de la tierra, aislamiento, empleo, etc. Utilizando estas variables se han elaborado diferentes definiciones, que Halfacree (1993) clasifica entre: estadísticas, administrativas, grado de urbanización, regiones funcionales, agricultura y tamaño y densidad de población. Sin embargo, para el autor este tipo de definiciones "son mejores como herramientas de investigación sobre aspectos específicos de lo rural, que como vías de definición de la ruralidad"

(Halfacree, p.25). El segundo grupo de definiciones se centra en las características socioculturales de la población y de sus estilos de vida, asumiendo que las circunstancias demográficas y territoriales están relacionadas con comportamientos y actitudes.

Diferentes aproximaciones a lo rural se han efectuado cuando se ha trabajado sobre este objeto de conocimiento y análisis. Quizás el criterio predominante en dichas aproximaciones se haya construido a partir de establecer las diferencias entre lo rural y lo urbano, como dos realidades antagónicas, e incluso en conflicto (Halfacree, 1993), donde lo rural ha estado asociado a lo estable, integrado, rígido y al control social, y lo urbano al dinamismo, modernidad, flexibilidad y libertad individual (Red, 2000).

Haciendo un repaso por las concepciones de lo rural que más han influido en la elaboración del conocimiento sobre esta realidad, destacamos algunas teorías. La teoría del *continuum* rural-urbano ha sido muy significativa en la sociología rural norteamericana. Esta teoría fue elaborada a partir de los planteamientos de Tönnies (1887/1957), que lanzaba serias dudas sobre las bondades de la industrialización y que poseía una concepción nostálgica de las sociedades rurales tradicionales. La teoría, que tuvo un amplio respaldo ideológico en las sociedades anglosajonas, propone la superación de la visión dicotómica entre lo rural y lo urbano. Basándose en los planteamientos de Tönnies, Sorokin y Zimmerman (1929), se proponen enumerar las diferencias fundamentales entre el mundo rural y el urbano, considerando dimensiones características del campo y de la ciudad, como trabajo, empleo, movilidad social, medio ambiente, densidad de población, etc. (Froehlich, 2000; Newby, 1983). La teoría del *continuum* rural-urbano ha supuesto una aportación teórica significativa en el desarrollo de la sociología rural que ha marcado las concepciones de la ruralidad, principalmente en el mundo anglosajón, aunque con un esquema de comprensión de lo rural, que Newby denomina "*fantasía de Disneylandia*". (1983, p.42), por la visión excesivamente idealizada de la vida rural.

La teoría del *continuum* fue cuestionada en estudios posteriores y, a mediados de los años sesenta, el trabajo de Pahl (1966) descarta de forma definitiva esta teoría. "Efectivamente Pahl consideraba que los conceptos "rural" y "urbano" no eran ni variables explicativas ni categorías sociológicas"

(Newby, 1983, p. 44), sentando así las bases para pensar lo rural y lo urbano no en términos de un continuo espacial, sino a partir de criterios socioeconómicos, donde en la misma localidad se pueden encontrar relaciones sociales y de producción características de las sociedades rurales o de las sociedades urbanas, desvinculándolas de los ámbitos espaciales concretos. Pero Pahl (1966) descarta lo rural como objeto de estudio y opta por lo local y lo nacional como categorías de análisis más adecuadas.

En estudios posteriores, aparece un enfoque predominante de los factores económicos en la definición de la ruralidad, llegando incluso a sustituir lo rural por la agricultura como categoría de análisis. Sin embargo, a nuestro entender, reducir lo rural a lo agrario es una simplificación excesiva del objeto de estudio, que desdibuja la realidad del medio rural en su multiplicidad de agentes, actividades y funciones. Más adelante abordaremos con más detenimiento la cuestión de la fuerza de lo agrario en la configuración de la identidad rural y sus implicaciones en la legitimación de las relaciones de poder establecidas.

Volviendo a las concepciones de lo rural, más recientemente con el desarrollo regresivo de las actividades agroganaderas, se viene definiendo lo rural y lo urbano como formas de relaciones y experiencias vitales, independientemente de la ubicación espacial de las mismas (Red, 2000).

En la Unión Europea se ha observado un importante cambio en la concepción de la ruralidad, pasando de estar exclusivamente vinculada a las actividades agrarias, como se constata en el documento "*Un futuro para la agricultura europea: Orientaciones de la Comisión*" (Comisión Económica Europea, 1985), a una perspectiva mucho más amplia con el emblemático documento "*El futuro del mundo rural*" (Comisión Económica Europea, 1989), publicado por la Comisión solamente cuatro años después. Se produce un claro cambio de enfoque, de una perspectiva centrada en la producción a una perspectiva territorial, como señala García Bartolomé (1991). Sin embargo, estas definiciones político-administrativas son poco precisas, no facilitando el trabajo de conceptualización sobre lo rural.

En el marco del presente estudio, parece más congruente la definición de Entrena (1998) donde "lo rural es una construcción social contextualizada en el marco de unas coordenadas temporales y espaciales...el espacio territorial rural es concebido como un ámbito social que es, al mismo tiempo, substrato condicionante y producto de procesos de acción conducentes

a su construcción y cambio social” (p. 19). Así, partimos desde una búsqueda de comprensión de la complejidad del objeto de estudio, como una permanente construcción social, donde lo que hacemos no es ajeno a este proceso, sino una parte del mismo, con especial énfasis en los aspectos de la identidad personal y colectiva. La tarea de análisis de la construcción y transformación de la ruralidad implica, desde nuestro punto de vista, la deconstrucción del objeto, a partir de una visión no sólo económica, sino profundamente marcada por lo político, lo cultural, lo social, lo afectivo y lo ideológico.

## 2. LOS MODELOS DE DESARROLLO COMO MARCOS DE REFERENCIA PARA LAS TRANSFORMACIONES DEL MEDIO RURAL

### 2.1. La noción del desarrollo en el pensamiento neoliberal

Como apunta Sevilla-Guzmán (1983a), para comprender los procesos de formación y transformación del espacio rural es necesario un acercamiento a partir de dos ejes que han permitido relevantes aproximaciones a lo rural: el estudio de los modelos de desarrollo que han marcado las pautas de las transformaciones y de las representaciones en la ruralidad, y los estudios campesinos, que desde una perspectiva multidisciplinar han propiciado un análisis sobre el campesinado, la agricultura y la sociedad rural en general. Así, empezaremos este apartado con una visión panorámica de la evolución de la noción de desarrollo y los diferentes modelos que se han sucedido, pero que, al no ser lineales, también han convivido, y siguen conviviendo, simultáneamente.

Pensamos el concepto de desarrollo no como algo simple y natural, sino como un constructo histórico-cultural que implica muchos matices y connotaciones, y en lo que nos ocupa, tiene una significación especial, pues viene sirviendo de marco de referencia para la construcción de las representaciones sociales de la ruralidad, así como de las directrices y de las estrategias de intervención aplicadas en las transformaciones y adaptaciones del medio rural a nuevos modos de producción de bienes y de la misma vida

cotidiana. El medio rural viene siendo modelado a partir de las necesidades y perspectivas de desarrollo, profundamente marcadas por pautas urbanas e industriales. Así, nos parece importante repasar brevemente el proceso de institución de aquellos modelos de desarrollo que más se destacan como marco referencial.

A la noción de desarrollo, con frecuencia ha ido emparejado el concepto de crecimiento, siempre desde una perspectiva urbano-industrial. Esta vinculación está marcada por la crisis del mundo capitalista en los años 1929-1930, con una desorganización del sistema económico y una importante situación de paro. No siendo una crisis aislada, ésta ha caracterizado los propios movimientos de expansión del sistema capitalista mundial, que encontró una salida a las crisis con una política de crecimiento económico.

“Así, el crecimiento pasó a ser uno de los fenómenos más importantes de nuestro tiempo. Durante miles de años la sociedad humana evolucionó lentamente, pero a partir de la revolución industrial la producción de bienes y servicios materiales se incrementó sustancialmente, alcanzando su ritmo más acelerado desde la década de los cincuenta. La afluencia de bienes materiales y la posibilidad de satisfacer necesidades crecientes en magnitudes y diversificación, mediante la expansión de la producción mercantil, se identificaron fácilmente con el desarrollo, y el aumento de la cantidad de bienes disponibles se transformó en el fin último del desarrollo” (Bifani, 1999, p. 68).

La propia noción de desarrollo, que está cargada casi exclusivamente de connotaciones económicas, más que sociales o humanas, surge vinculada a un ideal de sociedad urbano-industrial, basada en un ansia de crecimiento ilimitado y en el consumo infinito de bienes y servicios materiales. Sin embargo, este sistema se ha mostrado insostenible y las crisis del sistema capitalista se siguen sucediendo. Sin cuestionar las causas de los problemas, se buscan los medios para garantizar la supervivencia del capitalismo y, además, su expansión. Al identificar los problemas intrínsecos a una política de desarrollo basada en el crecimiento económico ilimitado, no se buscan sus causas, sino que se pone especial énfasis en los aspectos de control de los mismos y en la supervivencia del sistema capitalista.

Según Rostow (1961), un exponente significativo de las tesis neoliberales, los procesos de desarrollo pasan por cinco etapas:



- ***Sociedad tradicional:*** marcada por el carácter autárquico de los sistemas de producción y organización social, las relaciones sociales primarias y una economía a pequeña escala basada principalmente en la economía de subsistencia y las transacciones comerciales directas.
- ***Etapas previa al despegue:*** anterior a la industrialización, se mantiene el sistema de producción de la sociedad tradicional, pero se construye un Estado moderno.
- ***Periodo de despegue:*** donde avanza la industrialización y la expansión económica se extiende por toda la sociedad.
- ***Etapas de madurez:*** donde la industria sobrepasa a los sectores básicos y asimila tecnología avanzada.
- ***Etapas de consumo de masas:*** en la que se generaliza la mejora de la calidad de vida de la población.

Esta secuencia de etapas se sistematizó a partir del estudio de países denominados desarrollados. Las etapas se consideran históricas y se suceden en un proceso de superación de todas y cada una de ellas. En esta perspectiva, el desarrollo es considerado natural, en el que superada una etapa se pasa a la siguiente, y así sucesivamente. Se puede pasar por crisis en algunas etapas, pero éstas se van sucediendo indefectiblemente.

En el desarrollo económico desde la perspectiva liberal, cada sociedad se encuentra en algún punto de este proceso evolutivo y después pasará a los siguientes, hasta alcanzar el nivel de desarrollo de las ciudades en los países más ricos. En este caso, las sociedades rurales estarían en el primer estadio de este proceso evolutivo: **sociedades tradicionales**, vinculadas a procesos productivos arcaicos y que necesariamente deben ser superados, avanzando a etapas de mayor desarrollo. Esta concepción de desarrollo está marcada por una visión socioantropológica evolucionista y demuestra una clara tendencia etnocéntrica, formulada a partir de la vida en las ciudades de los países más desarrollados.

Concepciones diferentes del desarrollo se han sucedido, y visiones más críticas cuestionaron el modelo liberal-capitalista. A finales del siglo XIX y principios del XX se formularon las teorías conflictuales del

desarrollo, donde la primera referencia se debe a Marx. Para él, el desarrollo de los sistemas de producción genera un proceso de cambio social, que nace del conflicto entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de propiedad que intentan limitarlo (Marx y Engels, 1966).

Posteriormente se formularon las teorías de la dependencia, más o menos cercanas a los paradigmas del marxismo, estas teorías explican el subdesarrollo a partir de la dependencia económica de las sociedades industriales desarrolladas. Las economías dependientes, basadas en relaciones de producción desiguales, con criterios impuestos desde fuera para atender a intereses económicos ajenos provenientes de las sociedades industrializadas, están obligadas a permanecer en el subdesarrollo. A este respecto, es interesante la aportación de Wallerstein (1984), que elabora una teoría sobre el Sistema-Mundo, planteando la existencia de un sistema económico mundial, que tiende a traspasar las fronteras políticas y culturales, y que se organiza a través de la división del trabajo a nivel geográfico, existiendo un centro que controla y explota el resto del sistema y una periferia que suministra materias primas y mano de obra barata a los sistemas productivos del centro. Habría todavía en ese sistema un espacio intermedio, la semiperiferia, en la que se integran una serie de regiones ubicadas entre las explotadoras y las explotadas (Entrena, 1998).

Sin embargo, en todas, tanto liberales como críticas, subyace, en mayor o menor medida, un modelo urbano-industrial de organización social, con una concepción del desarrollo estrechamente vinculada a las ideas de crecimiento y modernización del modelo productivista. El predominio del pensamiento liberal y las leyes de mercado marcan las pautas de socialización y de profesionalización en nuestras sociedades. “Por medio de semejantes complicidades pasivas se ha ido imponiendo poco a poco una visión llamada neoliberal, conservadora, en realidad, que se sustenta en una fe, propia de otros tiempos, en la inevitabilidad histórica fundada en la primacía de las fuerzas productivas sin más regulación que las voluntades concurrentes de los productores individuales... el economismo provoca la desmotivación y la apatía al anular la política e imponer una serie de objetivos indiscutidos: crecimiento máximo, competitividad, productividad” (Bourdieu, 1999, pp. 70-71).

El medio rural viene siendo gestionado desde los grandes núcleos urbanos, que son también los núcleos del poder económico y político,

basándose en los modelos de desarrollo que conducen a un mayor crecimiento económico, medido con los parámetros del neoliberalismo y con vistas a aproximarse a los ideales urbanos. Esa tendencia se ha plasmado durante décadas en un proceso de imitación de los cánones estéticos y de consumo de las ciudades. El resultado de esta uniformización del pensamiento y de los estilos de consumo fue, como mínimo, la pérdida de un importante patrimonio etnográfico y arquitectónico, además del despoblamiento del medio rural. El ideal de desarrollo urbano ha marcado unos estilos de vida donde el consumo ilimitado de bienes manufacturados es una prioridad vital también en las comunidades rurales.

## 2.2. Aproximaciones a nuevos modelos de desarrollo rural

En contraste con los modelos anteriores, han surgido en las últimas décadas planteamientos de desarrollo que no se basan en el productivismo, sino en la sostenibilidad. El deterioro del planeta, la depredación de los recursos naturales y la esquilma de los recursos no renovables, así como la degradación de la calidad de vida en los grandes centros urbanos, han generado una mayor conciencia ecológica, que se fundamenta en la necesidad de equilibrio entre el desarrollo económico y la conservación medioambiental. Este modelo trata de fomentar la calidad de vida, desvinculando el crecimiento y el desarrollo del consumo ilimitado de bienes materiales y del modelo productivista.

Un nuevo modelo de desarrollo supone un verdadero cambio de paradigma, procurando crear nuevos escenarios y relaciones de producción, basándose en la producción de bienes de calidad y no en el consumo masivo e indiscriminado. Tres son los pilares de estos nuevos modelos de desarrollo: endógeno, sostenible e integral.

### 2.2.1. Endógeno:

Un cambio en las perspectivas de crecimiento económico viene reconociendo la importancia y el potencial de los **sistemas de producción locales**, apostando por las iniciativas vinculadas al territorio y a sus recursos. “La idea central es que el sistema productivo de las ciudades y regiones crece y se transforma utilizando el potencial de desarrollo

existente en el territorio mediante las inversiones que realizan las empresas y los agentes públicos, bajo el control de la comunidad local” (Vázquez Barquero, 2000, p. 95). Queremos señalar que en esta afirmación de Vázquez Barquero hay un predominio excesivo de los aspectos económicos en el desarrollo, dejando a las comunidades el limitado papel de controlar las inversiones. Entendemos que gran parte de las empresas y de los agentes públicos que participan en el proceso de desarrollo endógeno forman parte de la comunidad local, y que éste potencia la integración al territorio de recursos humanos y económicos entre los agentes internos y externos a la comunidad local, que, en última instancia, es la que moviliza estos recursos y sostiene las iniciativas a largo plazo. Creemos que las grandes empresas que se instalan en un territorio ajeno, no promueven procesos de desarrollo endógeno, considerando que la riqueza producida suele escapar a la dinámica de las comunidades locales, sin que éstas se beneficien de manera integral del desarrollo, más bien quedándose relativamente al margen.

El desarrollo es endógeno cuando busca estrategias a partir de los recursos propios de cada territorio, partiendo de las potencialidades inherentes a las características socio estructurales y del patrimonio de las comunidades locales. Parte del diseño de actuaciones vinculadas a la realidad del territorio, buscando vincular el desarrollo a las características culturales, económicas y sociales, con una revalorización de las actividades tradicionales. La realidad de la economía mundial está demostrando que las actividades económicas que no estén directamente arraigadas en un espacio geográfico y sociocultural, es decir, aquellas que puedan ser desterritorializadas atendiendo a criterios estrictamente de rentabilidad económica, sin ningún tipo de identidad definida, se instalarán en aquellos lugares donde la mano de obra y las materias primas sean más baratas, con mejor accesibilidad que abaraten también los costes de transporte, cuya imagen puede ser representada por los polígonos industriales de las grandes ciudades, también muy presentes en los países menos desarrollados.

### 2.2.2. Sostenible:

El desarrollo sostenible parte de dos aspectos fundamentales: el primero es la imposibilidad de crecimiento ilimitado en un planeta finito y

con recursos limitados, enfatizando los límites e implicaciones ecológicas de los modelos de producción; en segundo lugar resalta la solidaridad con las generaciones futuras y la necesidad de preservar los recursos naturales y ambientales para salvaguardar la calidad de vida de los que todavía están por venir. Es un planteamiento de planificación a largo plazo, midiendo las consecuencias de las acciones actuales para el medio ambiente, que pasa a ser visto no sólo como fuente de recursos, sino como escenario de la vida y también como el depósito de los residuos resultantes de las actividades económicas, que pasa a ser una preocupación fundamental.

"El concepto de desarrollo sostenible no se refiere a un estado estable, fijo, de armonía, sino a situaciones de cambio. Enfatiza el carácter dinámico del desarrollo y reconoce la existencia de conflictos y desequilibrios que son, en sí mismos, reflejo de situaciones cambiantes, dinámicas. Lo primero debe examinarse tanto en su dimensión cuantitativa de velocidad de expansión (crecimiento del PIB, aumento del consumo per cápita, etcétera), aspecto privilegiado por las teorías del crecimiento económico, como también en sus dimensiones cualitativas y desde la perspectiva de las condiciones que posibiliten un proceso conducente al mayor bienestar social." (Bifani, 1999, p. 77)

En este planteamiento, el medio rural adquiere un nuevo papel, pasando de la perspectiva productivista a la conservacionista. Una de las nuevas funciones del mantenimiento de los núcleos de población rurales hace referencia a la labor de conservación paisajística y medioambiental de la actividad agroganadera. La proliferación de los incendios en los bosques mediterráneos es uno de los síntomas más evidentes del abandono de los espacios naturales, uno de los efectos del despoblamiento y de la reducción de la actividad agroganadera familiar y de subsistencia, que hacía una importante labor tradicional de limpieza de los montes.

Pero la sostenibilidad del desarrollo no se concibe sólo en términos ecológicos, el desarrollo será sostenible también social, económica y políticamente; contribuyendo a superar las situaciones de exclusión social, generando empleo y recursos técnicos y económicos para satisfacer las necesidades de la sociedad, permitiendo gestionar y ordenar el patrimonio del Sistema Territorial sobre el que se actúa (Gómez Piñeiro, 1999). El desarrollo sostenible, basado en criterios de sostenibilidad social, económica

y política, además de medioambiental, también está relacionado con la calidad de vida de la población, tanto rural como urbana. Se destaca la interdependencia de los ámbitos rural y urbano, en cuanto territorios, con diferencias funcionales y organizativas, pero como partes integrantes de un mismo ecosistema.

### 2.2.3. Integral:

El desarrollo integral contempla todas las dimensiones de la vida, centrándose en el desarrollo humano y no sólo en los aspectos económicos. En un interesante estudio de 25 proyectos de desarrollo financiados por el Banco Mundial con el propósito de analizar la sostenibilidad a largo plazo, Michael Cernea (1995) observó que 13 de ellos eran insostenibles. El autor afirma que “el financiamiento insuficiente no se hallaba entre las principales causas de su carácter insostenible” (p. 37). Más bien los factores determinantes identificados estaban relacionados con aspectos socioculturales, falta de participación de la población, dificultades de organización, de capacitación y de relaciones humanas en el interior de los proyectos. Con ello el autor hace hincapié en la importancia de las variables sociales para el éxito de las iniciativas económicas y en los proyectos de desarrollo.

El desarrollo humano no puede ser sólo económico, el ser humano es mucho más complejo, y las sociedades humanas están construidas a partir de entramados socioculturales, estructurales y simbólicos que permean y conforman todas sus posibilidades de materialización y subjetivación. Una estrategia de desarrollo basada solamente en los aspectos económicos, en la dinamización productiva de un territorio, está reproduciendo y fomentando las relaciones de desigualdad que establecieron los desequilibrios territoriales y sociales. Una estrategia de desarrollo integral procura fomentar la construcción de personas y relaciones más solidarias, que enriquezcan todos los aspectos de la vida humana en una comunidad.

Se puede observar una transformación significativa en los modelos de desarrollo, que en gran medida han determinado también los cambios en la construcción de las sociedades rurales y en las representaciones que les han vehiculado, a partir de las sociedades

urbanas, como ideales de referencia al que todos los territorios deberían aspirar. Si seguimos las evoluciones de los modelos de desarrollo, es posible encontrar pistas para un análisis de las representaciones de la ruralidad que han ido emparejadas a las transformaciones de las sociedades rurales a partir de las demandas y necesidades personales y colectivas, generadas por la producción social de las identidades en la postmodernidad.

### 3. LO RURAL COMO CONSTRUCCIÓN SOCIAL

Muchos autores están de acuerdo en apuntar la gran importancia y magnitud de las transformaciones que se vienen experimentando en el medio rural (Cruz y Red, 2000; Entrena, 1998; García Bartolomé, 1991 y 1993; Hervieu, 1995 y 1999; Martínez *et al.*, 2000; Marsden, 1992 y 1999; Moyano, 1999; entre otros). Los procesos de globalización económica y cultural están afectando ineludiblemente a lo rural, que como señala García Bartolomé (1991): “han resquebrajado la clásica dicotomía rural-urbano, campo-ciudad, agricultura-industria” (p.87). Aunque no esté tan claro que esta dicotomía haya existido algún día, sin lugar a dudas la multifuncionalidad -y la consciencia de ello- que vienen adquiriendo los espacios rurales en la sociedad global, hace que las relaciones campo-ciudad y rural-urbano sean cada vez más permeables y difusas, potenciadas por las modernas infraestructuras, los desarrollos biotecnológicos y las nuevas tecnologías de la información.

La cuestión del desarrollo del medio rural, así como las explicaciones para sus transformaciones, no pueden reducirse a los aspectos económicos. La búsqueda de comprensión de los procesos de cambio en las sociedades rurales y la creación de alternativas a las actividades productivas tradicionales, claramente en recesión, pasan necesariamente por las esferas sociales, culturales, políticas e ideológicas, además de la económica.

De la misma manera que los modos de producción material tradicionales han sido el resultado de los estilos de vida y de las relaciones comerciales y sociales que satisfacían las necesidades de las poblaciones en momentos pasados, también los cambios en los estilos de vida y en las relaciones producen nuevas necesidades y cambios en los modos de

producción, generando procesos que permiten a los actuales residentes del medio rural satisfacer las necesidades materiales, sociales y culturales generadas en las sociedades contemporáneas mundializadas.

### **3.1. Lo agrario en la definición de la ruralidad**

La identidad de lo rural siempre ha estado, o ha sido, vinculada a las actividades agrarias y ganaderas, tanto a nivel económico, como sociológico y estético. Aunque en los territorios rurales siempre han existido diferentes actividades productivas, como la extracción mineral, las artesanías, las pequeñas industrias de transformación, etc., ha sido lo agrario la marca de identidad de lo rural. Seguramente, porque efectivamente ha implicado a una gran parte de los habitantes del medio rural en las actividades de producción, pero además por gestionar y ocupar una considerable parcela de los recursos naturales de los pueblos, en una gran extensión de territorio.

La agricultura, no solamente ha dado identidad al medio rural, sino que ha modelado los recursos naturales (aguas, tierras, flora y fauna), transformando y domesticando los espacios agrestes. De tal forma que, hoy en día, la desaparición de la actividad humana en los territorios rurales puede convertirse en un verdadero desastre ecológico, por el deterioro de los ecosistemas humanizados desde hace siglos. Una de las transformaciones que se está produciendo es en la concepción de la actividad agrícola como estratégica para la conservación medioambiental, cambiando la perspectiva productivista que primaba hasta ahora.

Pero la realidad es una disminución del peso específico de la actividad agraria en las economías de las sociedades occidentales industrializadas, principalmente a partir de los años 50. Transformaciones éstas que están muy vinculadas a la mecanización de la agricultura y los progresos en la biotecnología, que han aumentado la productividad y rentabilidad agrarias, al mismo tiempo que han generado un excedente de mano de obra en el campo. A medida que en las ciudades la necesidad de mano de obra ha crecido, con la industrialización concentrada en los polos desarrollistas, se ha observado en la agricultura un aumento de la dedicación a tiempo parcial, la industrialización de la actividad



agroganadera, así como el importante crecimiento del sector servicios. En el medio rural actual predomina cada vez más la pluriactividad, donde la agricultura en muchos territorios europeos, y para muchas familias, pasa de tener un papel central y prioritario a un papel complementario e, incluso, en muchos casos, marginal (Hervieu, 1995).

Con cambios estructurales tan significativos, es de comprender que se tambaleen los cimientos de la identidad rural y que la diversificación económica sea parte de un proceso más amplio que abarca también la diversificación cultural, social, política y representacional de los espacios y poblaciones rurales.

La constitución de la Europa Comunitaria, siendo un factor externo y, en muchos sentidos, ajeno a los habitantes del mundo rural, está introduciendo significativos elementos de transformación en los ámbitos de referencia de los agricultores, que pasan de depender de las circunstancias climatológicas y de condicionantes del entorno inmediato, más o menos controlables, a tener una relación de dependencia económica directa con “algo” que se llama “PAC” (Política Agraria Común) y que se materializa en trámites burocráticos y muchos papeles, a cambio de ‘ayudas económicas’. Los pequeños agricultores pasan a experimentar nuevas actividades relacionadas con la gestión administrativa y con la burocracia. Y, sobre todo, tienen el conocimiento de que controlan todavía menos los factores que influyen en la rentabilidad de sus producciones, y de que los centros de decisión (incluso sobre qué plantar) escapan a su comprensión.

La realidad agraria se viene haciendo más compleja a partir de la diversificación de los estilos de producción y de vida que cohabitan en los espacios rurales, movilizandoo nuevos elementos de conformación de las identidades personales y colectivas, aunque se siga constatando la fuerte utilización de lo agrario como parámetro de referencia en la identificación de la ruralidad.

### **3.2. El papel de los nuevos pobladores**

Uno de los aspectos que está cambiando en el medio rural es una relativa inversión del flujo migratorio, aún minoritaria, pero cualitativamente

importante. Como pone de manifiesto, por ejemplo, una investigación desarrollada en la Sierra de Béjar (Salamanca): “En un primer momento, el éxodo rural al que aludimos, en España se da en los años 1950-1960, mediante grandes flujos migratorios a las zonas industrializadas y con la emigración al extranjero. Hoy empieza una tercera migración a la inversa; la de los jóvenes que, desde hace dos décadas, por la falta de oportunidades de empleo principalmente, vuelven la vista a los espacios rurales en busca de lo que parece, en ocasiones, buenas y hasta únicas oportunidades... Contamos con una nueva repoblación, ‘simbólica’ en términos numéricos, que puede ser un potencial de desarrollo humano en estas zonas” (Martínez *et al.*, 2000, pp. 215-216).

La migración de la ciudad hacia el campo es más acentuada en Francia, Alemania, Países Bajos, Bélgica y Reino Unido (Comisión Económica Europea, 1989), pero en España viene creciendo en las dos últimas décadas y los asentamientos rurales también vienen siendo receptores de nuevos pobladores urbanos, que van cambiando las actitudes y actividades en los pueblos, contribuyendo a una mayor diversificación sociocultural en estos entornos, imprimiendo dinamismo al tejido social y acelerando los procesos de cambio en lo rural.

En el año 2000, la revista LEADER Magazine, del Observatorio Europeo LEADER – Comisión Europea, ha publicado un monográfico sobre la cuestión de la **repoblación del medio rural** en los territorios con programas de desarrollo. En este documento los autores reconocen la importancia del fenómeno de la inmigración urbana en el medio rural y las especificidades de este proceso, que, por supuesto, no es masivo, sino al contrario, muy selectivo y complejo. Por ejemplo, no están claramente identificados los factores que determinan la elección de determinados territorios como atractivos a la migración y cómo otros no lo son.

Basados en el fenómeno de migración de las ciudades al campo, algunos autores apuntan a un ‘**renacimiento rural**’ en las últimas décadas (Bryden, 2000; García Bartolomé, 1993; Marsden, 1991; entre otros). Empezando a finales de los años 60 y consolidándose las tendencias en los 70 y 80, se ha registrado un aumento de población en numerosas zonas rurales, principalmente en las áreas próximas a las ciudades; aunque las áreas alejadas, más aisladas o con difícil accesibilidad, como las zonas de montaña, siguieron perdiendo población. El envejecimiento de la

población y éxodo de jóvenes ha generado una situación en muchas regiones rurales que inviabiliza el relevo generacional y el despoblamiento de muchas regiones parece inevitable. Sin embargo, en algunas áreas rurales se ha observado en los últimos años una estabilización demográfica, lo que significa que se está frenando la emigración hacia las ciudades y la inmigración está en aumento, de tal suerte que, en algunos territorios, los de fuera están tomando el relevo de los mayores rurales.

Además de la importancia cuantitativa que tiene la migración de las ciudades al campo, los factores cualitativos son quizás los más significativos en los cambios socioculturales que se vienen configurando en el medio rural. Bryden (2000) apunta que la mayoría de las personas que se instalan en el campo pertenecen a grupos de población con poder adquisitivo alto, que huyen de los problemas urbanos: entornos empobrecidos, inseguridad ciudadana, problemas de tráfico y tiempos de desplazamiento, grandes aglomeraciones, contaminación ambiental, degradación de los espacios públicos, etc. Se está observando que los nuevos residentes jóvenes del medio rural son personas con cualificaciones profesionales y con buenas capacidades para generar recursos económicos. Por otro lado, hay otros dos grupos importantes de nuevos pobladores: los jubilados que deciden instalarse en pueblos, fenómeno que se observa principalmente en las zonas de costa y con climas benignos, más que en las zonas de montaña, y la de las personas que deciden retornar a sus regiones de origen, con una vida económica y familiar bastante estable. El denominador común suele ser la búsqueda de mejor “calidad de vida”, que cada vez se está asociando más a lo rural que a lo urbano, que aparece actualmente representado por la artificialidad, el consumismo, el deterioro de las relaciones sociales, la competitividad, el estrés y la contaminación. Martínez *et al.* (2000) señalan que vienen “las ‘nuevas familias’ en busca del tan deseado concepto de ‘calidad de vida’, lejos de la patología social generada en la ciudad, productora de un crecimiento negativo de ésta. Como calidad de vida se busca luz, silencio, aire puro, tranquilidad, serenidad, Naturaleza. Como una terapia de los nuevos valores, que son, en parte, la vuelta a determinados valores tradicionales, habiendo fracasado los que se habían asociado al tan traído y llevado ‘bienestar social’, derivado del modelo económico actual” (p. 216).

La integración de los nuevos pobladores en los entornos rurales viene configurando cambios socioculturales significativos. La OCDE

refleja estos cambios en el documento “*Formulation de la politique rurale (Nouvelles tendances)*” (1989), donde señala que: “La sociedad rural se ha transformado en términos de su composición sociológica y de sus nuevas tendencias culturales. Las recientes migraciones de la ciudad hacia el campo han contribuido a diversificar las bases socioculturales y los centros de interés” (Citado en: García Bartolomé, 1991, pp. 92). En los programas de desarrollo rural llevados a cabo en Europa desde 1990, se constata que muchas de las nuevas empresas e iniciativas fueron creadas por emprendedores y emprendedoras que migraron de la ciudad al campo, generando un mayor dinamismo socioeconómico en su entorno rural, al trasladar ideas y capacidad de iniciativa a una realidad social más estancada. En muchos casos, las iniciativas puestas en marcha por urbanos establecidos en el medio rural han servido de palanca para que los lugareños se decidiesen a emprender nuevas actividades, rompiendo temores e incertidumbres. Tenemos muchos ejemplos en iniciativas de turismo rural que están ampliamente consolidadas en diferentes regiones de España.

Por otro lado, estas transformaciones socioculturales también suponen ciertos **conflictos**, pues representan la convivencia de diferentes estilos de vida y formas de pensar. En palabras de Corraliza (2000): “...la ciudad construye a las personas, vale decir, determina su manera de pensar, sentir y actuar” (p. 170). Si esto es así, si los espacios sociales y económicos y las formas de organización social determinan la manera de ser y de pensar de las personas, también los pueblos determinarán en cierta medida la forma de pensar de sus habitantes. Y la convivencia entre ellos será la integración de estas diferentes formas de vida, con la necesidad de construcción de elementos comunes y vías de comunicación.

En muchos pueblos, principalmente en los más pequeños, los habitantes se han acostumbrado a utilizar libremente los recursos públicos o a gestionarlos en función de intereses personales y/o familiares. La llegada de nuevos residentes muchas veces supone compartir esos recursos o tener que llegar a acuerdos y dar justificaciones, que no siempre son fáciles. Por otro lado, el recién llegado también tiene sus costumbres, expectativas y valores, que muchas veces no se corresponden con las del nuevo ambiente, exigiendo, por un lado, capacidad de adaptación y respeto por lo existente, y, por otro, iniciativa para construir el propio espacio.

Bryden (2000) también apunta causas subjetivas a los conflictos entre nuevos y antiguos residentes del medio rural, basados en la percepción y la imagen que se tiene de la vida rural, que pueden provocar dificultades, principalmente sociales y políticas, a nivel local.

Grasser, encargado de la política de acogida del Consejo Regional de Limousin (Francia) donde se llevó a cabo un programa específico de repoblación humana, afirma: “Si bien hoy, según un sondeo realizado entre los habitantes de Limousin, el 80% de la población local está convencida de la necesidad de acoger a nuevos habitantes, hubo que pelear duramente para sensibilizar a los habitantes rurales... es difícil para la población rural, que no ha logrado retener a sus propios hijos, admitir que su región pueda atraer a personas de la ciudad” (Legrand, 2000).

Aun con dificultades, lo cierto es que la integración de nuevos residentes provenientes del medio urbano está influyendo en los cambios del medio rural, acelerando los procesos de transformación sociocultural y construyendo un nuevo y variado perfil de habitante rural, así como de las actividades que se desarrollan.

### **3.3. Influencias de la globalización en el medio rural**

Es imposible hablar de lo local sin hacer referencia a lo global/mundial. La mundialización de la economía y de la cultura son realidades que se están imponiendo a velocidades de vértigo. Lo que se entiende hoy por globalización no es un proceso reciente, sino que empezó en la era de los descubrimientos, hace más de 500 años, con las colonizaciones económicas y culturales de otros continentes por los países europeos. La propia modernización, presupone un proceso de globalización, donde se difundieron pautas modernas del mundo urbano-occidental a las demás partes del mundo (Entrena, 1998).

Sin embargo, la singularidad del proceso de globalización actual, que se distingue de la mundialización del sistema capitalista que se inicia en el colonialismo, se basa "en la ramificación, densidad y estabilidad de sus recíprocas redes de relaciones regionales-globales, empíricamente comprobables, y de su autodefinición de los medios de comunicación, así

como de los espacios sociales y de las citadas corrientes icónicas en los planos cultural, político, económico y militar" (Beck, 1998, p. 31).

La veloz intensificación de los procesos de globalización, influenciados principalmente por el mercado económico mundial y las nuevas tecnologías de la información, permite que seamos testigos de la configuración y consolidación de redes transnacionales de intercambios económicos, sociales, culturales y políticos. El mundo se hace cada vez más pequeño con la facilidad para la circulación de información, productos, ideas y personas. Aunque, todavía, la circulación de personas está muchísimo más controlada que la de capitales, donde la inmigración a los países más ricos es considerada al mismo tiempo una necesidad y una grave amenaza.

"La globalidad nos recuerda el hecho de que, a partir de ahora, nada de cuanto ocurra en nuestro planeta podrá ser un suceso localmente delimitado, sino que todos los descubrimientos, victorias y catástrofes afectarán a todo el mundo y que todos tendremos que reorientar y reorganizar nuestras vidas y quehaceres, así como nuestras organizaciones e instituciones, a lo largo del eje 'local-global'. Así entendida, la globalidad ofrece a nuestra consideración la nueva situación de la segunda modernidad" (Beck, 1998, p. 30). En este proceso, lo rural adquiere en las últimas décadas nuevas connotaciones y funciones, más relacionadas con esta etapa, que Ulrich Beck denomina "segunda modernidad" y con las demandas de servicios para el ocio y vinculados a la preservación y protección de espacios naturales. Como veremos más adelante, se observan transformaciones significativas en las imágenes de la ruralidad, ligadas más estrechamente a la naturaleza y a la calidad de vida.

Como parte del mismo proceso, en este momento de acelerada globalización, de desterritorialización, de avanzadas tecnologías, hay también una revalorización de lo local, de lo tradicional, con una fuerte búsqueda de identidades propias muy vinculadas a los territorios, a los espacios y raíces históricas locales, donde lo rural adquiere un nuevo papel. Frente al riesgo de uniformidad que puede suponer la globalización, se rescata la singularidad de lo local, en lo cultural, en lo paisajístico, en la producción artesanal, etc. Lo rural recobra otro sentido y significado, vinculado a las especificidades propias de sus culturas como recursos para el

desarrollo socioeconómico. El territorio rural tiene un papel primordial en esa configuración de las identidades socioculturales, especialmente en el sostenimiento de aquellos elementos que las definen y diferencian de otras, habiendo un fuerte movimiento de revalorización de la ruralidad. Aunque no se puede lanzar campanas al viento, hay que analizar concretamente en qué términos se da este proceso de rescate de los valores rurales y qué significa eso, qué es lo que se está revalorizando, cómo y por qué.

En palabras de Entrena (1998): “En el caso concreto del medio rural, la globalización es la realidad determinante de las transformaciones estructurales que en él se están experimentando, pero, también es el pretexto de determinadas actuaciones de orientación neoliberal que repercuten en la gradual desarticulación de su espacio territorial, o discurso legitimador de políticas agrarias tendentes a adecuar dicho espacio a la presente situación a través de medidas que implican el relegamiento del proteccionismo y la desincentivación de la producción” (p. 72).

Con un Estado cada vez más débil y con una visible pérdida de poder de decisión, en la medida en que el capital y los grupos económicos tienen cada vez más poder, el medio rural se encuentra fragmentado en productos entregados a las leyes de mercado. Por un lado, la producción agroalimentaria; por otro, los servicios de ocio y naturaleza, la conservación medioambiental, etc. Son servicios y productos que adquieren mayor o menor valor en el mercado urbano, entregados a políticas de desarrollo que siguen potenciando las desigualdades territoriales, que son todavía más acusadas en los territorios más débiles en organización social, con menor capacidad para hacerse oír y atender.

### **3.4. Las nuevas funciones del medio rural contemporáneo**

Las transformaciones del medio rural vienen pasando por nuevas demandas y funciones sociales, que se establecen de ordinario desde los centros de poder político y económico, ambos ubicados en las grandes ciudades. El medio rural viene adquiriendo en las últimas décadas, principalmente en los últimos diez años, cierto protagonismo en las políticas de desarrollo, ya no tanto desde la perspectiva productivista, sino por las nuevas funciones que viene asumiendo en la sociedad postindustrial. Funciones que están más ligadas a la conservación medioambiental, a la producción de alimentos y materias primas de calidad, a los servicios y a la calidad de vida.

Es bien sabido, que las transformaciones en los modos de producción agrícola han logrado una alta productividad y rentabilidad. Con el desarrollo biotecnológico y la masiva mecanización del campo, hoy en día se consigue una producción mucho mayor en un espacio mucho menor y con mínima ocupación de mano de obra. “En Estados Unidos, se estima que bastaría con un 4% del territorio para garantizar la cobertura alimentaria del país. En Francia, sabemos que puede concentrarse en 10 departamentos la práctica totalidad de las producciones de porcino, de aves de corral, de terneros e incluso, en parte, de cereales, sin olvidar las hortalizas” (Hervieu, 1995, p. 30).

Paralelamente a la alta productividad, se constata una creciente deslocalización, aproximando las producciones masivas a los ejes de comunicaciones y transportes. Las facilidades de transporte y los avances tecnológicos hacen que se pueda producir casi cualquier cosa en cualquier lugar, desvinculando cada vez más la agricultura de los territorios tradicionales. Hervieu (1995) identifica este proceso como rupturas del mundo agrícola, donde la producción de alimentos deja de estar vinculada directamente a la tierra, hablándose incluso de una agricultura “sin suelo” ( p. 33).

Las transformaciones de lo agrario y la modernización del campo significan la fragmentación de las referencias de identidad social del campesinado y del mundo rural en su conjunto. La diversificación de las actividades y de los residentes en los pueblos supone la ruptura de la hegemonía de la identidad rural construida sobre agrarización del medio rural. Hervieu (1995) afirma que: “se diga lo que se diga y se haga lo que se haga, la agricultura sigue siendo el pivote del desarrollo rural o de la ordenación del territorio” (p. 37). Aunque, esta frase nos parece más la expresión de un deseo, o una declaración de intenciones, que la constatación de la realidad actual del medio rural.

La desagrarización del medio rural supone una pérdida cultural desastrosa para toda la sociedad. Los procesos productivos intensivos representan un deterioro en la calidad alimentaria, que ahora se empieza a notar. La valorización y potenciación de la agricultura y ganadería ecológicas, ligadas a las producciones de calidad, pueden ser una garantía de seguridad alimentaria y una alternativa de salida a la desagrarización, pero



necesita un fuerte apoyo institucional y comercial, que quizás llegue demasiado tarde para reactivar el medio rural español.

Desde luego, un nuevo papel del medio rural, que se viene forjando en los últimos años, está muy vinculado con la producción alimentaria de calidad. Además, esta vinculación se ha potenciado con las sucesivas crisis del sector alimentario en Europa en los últimos años (“pollos belgas”, “vacas locas”, fiebre aftosa, etc...), que ha despertado la desconfianza generalizada, exigiendo medidas de control de calidad y de imagen para recuperar la confianza y adaptarse a nuevos hábitos de consumo. “En lo que se refiere a los productos alimentarios se impone una primera orientación, que consiste en sustituir el objetivo de cantidad por el de calidad” (Hervieu, 1997, p. 7).

Según Ramos y Romero (1993), se pueden señalar las nuevas funciones del medio rural en torno a cuatro ejes:

- Equilibrio territorial: contrarrestando la excesiva concentración de población en las grandes ciudades, evitando el despoblamiento y posibilitando la gestión y ordenación de los amplios territorios.
- Calidad Ambiental: conservación paisajística, mantenimiento de los espacios y recursos naturales, conservación de tradiciones y manifestaciones culturales.
- Producciones de calidad: agricultura ecológica, artesanías agroalimentarias, producción de recursos naturales (agua, aire, energías...), etc.
- Ocio y tiempo libre: con el crecimiento del turismo rural, turismo verde, actividades de ocio en la naturaleza, etc.

El medio rural, que se aleja del papel exclusivo de productor agrario, va adquiriendo nuevas funciones más ligadas a la naturaleza y a la ordenación del territorio. Un medio rural que se configura como válvula de escape a los desastres humanos y ecológicos engendrados en las urbes y asume nuevos papeles en el mercado y en la economía globalizados, aunque diseñados a partir de las ciudades y de los centros de poder para atender a las necesidades de las poblaciones urbanas, que van percibiendo la insostenibilidad del modelo de consumo de la modernidad y demandando

nuevos espacios y estilos de vida. Con las nuevas funciones, el medio rural va construyendo también nuevos procesos de revalorización y dinamización de las comunidades rurales.

Es muy ilustrativo el título de un artículo que aparece en la revista LEADER II Magazine (nº 15), sobre una experiencia de desarrollo rural llevada a cabo por un Grupo de Acción Local en la frontera entre República de Irlanda e Irlanda del Norte, donde se destacó el apoyo a la diversificación de las actividades en un territorio eminentemente agrario “*De la empresa agraria a la empresa rural*” (Observatorio Europeo LEADER, 1997, p. 15). Este título, además del contenido, refleja una estrategia de cambio muy importante que se viene observando en toda Europa, con el objetivo de dinamizar las zonas rurales, potenciando la diversificación y sumándose a la multifuncionalidad del medio rural. Parece claro que, donde las actividades no se diversifiquen atrayendo nuevos habitantes y fijando los jóvenes al territorio, se acentuará el problema del despoblamiento y los pueblos tenderán a desaparecer.

Estas nuevas perspectivas producen profundas transformaciones en la configuración social del espacio rural, donde conviven estilos de vida y actividades muy diversos, que se van consolidando como alternativas económicas para el mantenimiento de la población local y para los nuevos residentes. Con ello, también se observan transformaciones en las representaciones sociales construidas sobre el medio rural y la ruralidad. La imagen compartida colectivamente de lo rural va cambiando, en la medida en que el propio objeto se transforma, aunque no con la misma velocidad.

## **4. CAMBIOS EN LAS REPRESENTACIONES SOCIALES DE LA RURALIDAD**

### **4.1. Los ideales de modernidad y crecimiento en la construcción de las representaciones sociales sobre lo rural**

Como hemos dicho, el modelo de desarrollo neoliberal, que ha marcado las pautas de crecimiento económico y los objetivos de desarrollo en las sociedades modernas, ha influido también en la construcción del universo simbólico de los habitantes, tanto de las ciudades como del medio rural. Las bondades de los estilos de vida, y sobre todo de consumo, de las

ciudades se han propagado también en el medio rural. La necesidad de mano de obra en las ciudades industriales ha ido acompañada de una campaña de promoción de los valores de la modernidad, que ha estado anclada en los antagonismos con los estilos de vida pueblerinos y la desvalorización de estos últimos, incluso su ridiculización.

Las nociones de crecimiento y de 'modernización' han estado profundamente vinculadas a la de desarrollo, siendo metas comunes de éste. En "un contexto de escasez, de subdesarrollo y de estancamiento de las economías... desarrollarse significaba superar sus ancestrales carencias, evitar las hambrunas más o menos cíclicas, alcanzar cotas tecnológicas y unos niveles socioeconómicos y adoptar unas formas de vida equiparables a las urbanas de los países industriales avanzados, concebidas como el anhelado arquetipo de modernidad" (Entrena, 1998, p. 75).

En el sistema capitalista se han establecido correlaciones entre el crecimiento, la modernización y la transformación cualitativamente positiva de la sociedad, donde las sociedades industrializadas son consideradas más avanzadas, y más cercanas a un modelo ideal, que las sociedades rurales tradicionales, que deben ser superadas. Durante mucho tiempo, los parámetros de bienestar en las sociedades occidentales han estado ligados a la vida en las grandes ciudades industriales. La vida en el pueblo era sinónimo de atraso y de pobreza, económica y cultural. La imagen del campesino como alguien "tosco e inculto" ha sido tan fuerte que se llegó a reflejar en el diccionario de la Real Academia Española (1994).

La vida rural, en el siglo XIX y hasta mediados del siglo XX, era considerada en Europa como arcaica y atrasada, que habría que evolucionar hasta alcanzar los umbrales de la vida moderna de las ciudades, que se asociaban a la idea de progreso e innovación, así como al bienestar económico y social. "En general, (la vida rural) tenida por **arcaica y atrasada**, señalándose que la innovación económica y social procedería de las ciudades y de la industria...se le asignaba el papel de **receptora pasiva** de estos procesos que habrían de modelarla y adaptarla...consideran lo rural como **un residuo**" (Newby, 1983, p. 39).

La vida en los pueblos ha sido percibida como un anclaje en el pasado, significando la lejanía de los centros de poder y de decisión, así como de los centros sociales y culturales. "...lo rural solía constituir un

referente cultural de rechazo en aras de un cambio cuyo horizonte utópico se ubicaba en el ámbito urbano-industrial” (Entrena, 1998, p. 123).

Las ciencias sociales de finales del siglo XIX y principios del XX se han ocupado abundantemente de los fenómenos urbanos, procurando comprender, explicar, criticar y/o justificar los modos de organización del trabajo y de las sociedades productivistas. El medio rural, durante muchas décadas, ha sido considerado un consumidor pasivo de los estilos urbanos y un necesario suministrador de materias primas. La modernización del campo y de los procesos productivos en la agricultura fue el objeto monotemático de las políticas e intervenciones en el medio rural, convenciendo a los rurales de la apremiante necesidad de adaptarse a los tiempos modernos y suministrando las recetas de cómo esto habría de producirse. La modernidad ha introducido nuevas tecnologías y nuevas formas de cultivo, así como sistemas diferentes de organización de la vida productiva y social. La ruptura con los estilos de vida tradicionales ha sido todo un reto para la implantación del capitalismo y la industrialización del medio rural.

En las ciencias sociales, salvo excepciones, se han ignorado los procesos de transformación de los territorios rurales y las necesidades y potencialidades de su población. Aún hoy, en España, para muchos científicos sociales la realidad del medio rural es algo lejana, que a veces raya lo anecdótico, casi como lo de “Lepe” (Manuel Rivas, *El País Semanal*, nº. 1297, Domingo, 5 de agosto de 2001, p.92).

Giddens (1976) sostiene una crítica a la teoría de la sociedad industrial, que en muchos aspectos se basa en una creencia de contrastes entre la sociedad agraria tradicional y la sociedad urbana industrial, en la que la primera se suele asociar a la “dominación de las elites terratenientes”, “sancionadas por la religión” y estar enmarcada en un “Estado autoritario”; y la sociedad urbana industrial tendría una estructura “flexible y meritocrática”, caracterizada por la competencia y las relaciones comerciales, donde el poder es compartido, enmarcándose en un “Estado democrático de masas” (pp. 718-719).

Cualquiera que conozca un poco las sociedades urbanas y rurales se dará cuenta de que ese modelo de contrastes, en que se basa la teoría de la sociedad industrial, está bastante lejos de ambas realidades. Sin embargo, curiosamente, estas teorías más que describir y analizar los

procesos sociales en el medio rural, han servido para fundamentar, o más bien legitimar, ciertos tipos de intervenciones urbanas y formas de organización política, que en los territorios rurales dieron como resultado un tejido social desarticulado y una creciente pérdida de poder político y de capacidad de autorregulación socioeconómica. El aumento de la dependencia del medio urbano, además de consecuencias políticas y económicas, o conjuntamente con éstas, viene significando la ruptura de las estructuras sociales identitarias del medio rural, con la desvalorización de las referencias culturales y la consiguiente pérdida de autoestima grupal.

Newby (1983) también cita el trabajo de Sorokin y el de Redfield donde describen la vida rural en los siguientes términos: “aislada, pequeña escala, agraria, inculta, homogénea y con un fuerte sentido de la solidaridad de grupo” (p. 43). En el sentido de ilustrar las representaciones vigentes de lo rural es interesante como Loring (1992) habla de la recurrencia a los estereotipos del ignorante cateto rural, de su retraso, inferioridad y ridiculizable paletéz, frente a la superioridad de los habitantes de la ciudad. Estas representaciones han servido para legitimar la modernización de lo rural y su adaptación a los modelos urbanos-industriales en auge.

Con los diferentes modelos de desarrollo, como hemos comentado anteriormente, se sucedieron perspectivas más críticas acerca de la modernización y las sociedades industriales como paradigma de modernidad. Las teorías conflictuales y las teorías de la dependencia, así como la teoría del centro-periferia, pusieron en entredicho el modelo productivista pensado como etapas sucesivas de mayor y mejor desarrollo. Aún así, estas críticas no llegaron a repercutir en las representaciones de la ruralidad, que seguían compartiendo concepciones ancladas en lo rural como símbolo de lo atrasado. En el pensamiento sociológico, como expone Entrena (1998), lo rural era explicado, más que por sus características o por su propia realidad, en razón de sus carencias en comparación con la realidad urbano-industrial, que marcaba los umbrales de bienestar y las cuotas de progreso y desarrollo a lo que se debería aspirar.

Los adjetivos peyorativos se siguieron empleando para designar la realidad rural: atrasado, marginado, tosco, inculto, cateto, paleta, arcaico, pasivo, etc. Estas palabras han configurado el abanico de calificaciones que han ido forjando las representaciones de la ruralidad

(incluyendo el pensamiento sociológico español), hasta los años cincuenta y entrados los sesenta. Las películas típicas de Paco Martínez Soria, como 'La ciudad no es para mí', han marcado una pauta de consumo de material simbólico e iconográfico que ha reflejado y construido los contenidos representacionales en las relaciones entre el medio rural y la ciudad, donde los rurales eran objeto de ridiculización.

Aún hoy, se observan los lastres de esa mentalidad modernista en la crisis del mundo rural y en los factores psicosociales que afectan al despoblamiento. Gómez Benito y González (1999), en un artículo analizando la situación de la agricultura familiar en la España actual, afirman que: "Los problemas de relevo generacional de muchas explotaciones no tiene tanto que ver con la falta de rentabilidad económica como con **la falta de reconocimiento social y político** de la profesión agraria" (p. 36). "Y mientras la agricultura (retórica aparte) siga siendo sinónimo de precariedad laboral y de falta de consideración social, dicha resultante será un mecanismo de selección negativa de los futuros agricultores" (p. 39).

Así, como se puede observar, parte de los contenidos de las representaciones sociales de la ruralidad todavía están marcados por la idea de carencia y atraso del medio rural, en contraposición a los avances de las ciudades en la modernidad, como fruto de la industrialización y la concentración de riquezas y recursos en el medio urbano. Sin embargo, estas representaciones han experimentado cambios significativos en las últimas décadas, que se iniciaron a partir de los años sesenta y se vienen reforzando significativamente desde los ochenta. Como veremos a continuación, se vienen construyendo representaciones ligadas a la revalorización de lo rural, con una imagen más relacionada con conceptos como la calidad de vida y la conservación de la naturaleza.

#### **4.2. Cambios en las representaciones de lo rural a partir de las tendencias actuales**

En las últimas décadas ha aumentado la percepción de deterioro de la calidad de vida en las grandes ciudades, también se ha observado una tendencia creciente de generalización del pensamiento ecologista, con preocupaciones sobre la conservación del medio ambiente y la

búsqueda de estilos de vida más saludables. La imagen de la ciudad viene siendo cada vez más asociada al estrés, a la inseguridad ciudadana, a la exclusión social, al desempleo, a la artificialidad y a la contaminación medioambiental. En este contexto, hay una revalorización de lo rural, que, como hemos expuesto anteriormente, va adquiriendo nuevas funciones económicas y sociales, más vinculadas al equilibrio territorial, a las producciones de calidad, a la conservación medioambiental, a los valores paisajísticos y a los espacios de ocio.

Una imagen directamente relacionada con la naturaleza y la calidad de vida se viene forjando en las representaciones de la ruralidad. El aumento de la migración de la ciudad al campo de las últimas décadas viene dando muestras, a la vez que influye directamente en la construcción de nuevas representaciones -como un proceso dinámico y dialéctico que es-, de las transformaciones en las perspectivas que se vislumbran para el medio rural. La concreción de alternativas de vida y emprendimientos en espacios rurales, viene demostrando que las transformaciones en las representaciones, no están asociadas a la idea nostálgica de ‘paraíso perdido’, que han marcado los comienzos del pensamiento sociológico crítico con las sociedades industrializadas, como en el caso de Tönnies o, posteriormente, en la teoría del continuum rural-urbano. Se denotan planteamientos de búsqueda de estilos de vida más ligados a la naturaleza y a ritmos de trabajo diferenciados del modelo productivista de la modernidad. Según Froehlich (2000), los reclamos de reencuentro con la naturaleza, la armonía con el entorno, la calidad de vida y el respeto con el medio ambiente, se presentan como las nuevas representaciones sociales de lo rural, que además evidencian la crisis de la idea de progreso continuo y sin límites, protagonista de la industrialización.

Hervieu (1995) evidencia la necesidad de la sustitución de la noción de campo, como **espacio de producción**, donde los agricultores eran los principales responsables de la gestión del territorio, por la de **marco de vida**; con las nuevas funciones del medio rural, que afectan a toda la sociedad, y el aumento de la ocupación estacional del territorio por un número cada vez mayor de población residente en las ciudades. Este autor apunta a la transformación del medio rural en “**territorios de integración**”, donde conviven diferentes estilos de vida.

Mathieu (1998) apunta a un cambio significativo en las representaciones sociales dominantes de la ruralidad en la década de los 90, a partir de dos fenómenos sociales claves: la globalización y las preocupaciones medioambientales. La mundialización de la economía, con la redistribución de la localización de las empresas y del trabajo, y la fuerza de las temáticas medioambientales en el panorama político mundial, con el énfasis en las nociones de desarrollo sostenible y local, configuran, según la autora, la base para la construcción de nuevas representaciones de la ruralidad, con la aplicación de políticas distintas de gestión, tanto del territorio, como de las actividades productivas en el medio rural.

Analizando los cambios de contenido en los discursos sobre lo rural en Francia, Mathieu (1998) señala que, cada vez menos, la ruralidad está asociada a la actividad agrícola, incluso en las esferas político-administrativas y científicas, pasando lo rural a estar cada vez más representado por el 'campo' como sinónimo de paisaje, más específicamente, como paisaje natural. Lo rural, en la última década, ha sido identificado sobre todo con 'naturaleza', como patrimonio a preservar. La autora utiliza la expresión '**estetización de la ruralidad**' para puntualizar esa identificación de la ruralidad principalmente con la estética campestre, que ella señala como predominante en las representaciones sociales de la ruralidad en los años noventa. En este escenario, la agricultura pasa de un papel productivo a un papel de gestión de la naturaleza, y lo rural es un espacio asociado a un modo de vida característicamente ligado a la naturaleza, con valores específicos de singularidad, de convivencia con la naturaleza y de integración en el paisaje (Mathieu, 1998).

Además, la autora señala la convivencia en nuestros días de los diferentes contenidos de las representaciones sobre la ruralidad, tanto asociada a la agricultura como a la naturaleza. También apunta a representaciones dicotómicas y antagónicas entre campo y ciudad, que ella denomina contradictorias, describiendo, al mismo tiempo, la percepción de complementariedad de funciones entre ambos contextos, donde el medio rural ya no estaría sometido a la dominación económica de lo urbano, asociándose lo rural a espacio de residencia y ocio y la ciudad a espacio de trabajo.

Halfacree (1993), cuando analiza la separación entre las representaciones sociales de la ruralidad y los referentes materiales que le



dan origen, afirma que: “En una era descrita como posmoderna, los símbolos aparecen increíblemente ‘liberados’ de sus referencias concretas, esto es extremadamente importante para reconocer explícitamente las diferencias entre el espacio y sus representaciones sociales” (p. 34). Este autor también apunta que el mismo espacio va siendo modelado simbólicamente y físicamente a partir del uso de las representaciones sociales en acción. La disociación creciente entre las representaciones sociales de la ruralidad y el propio espacio rural que les han dado contenido, como señala Halfacree (1993), apunta a la deslocalización de los elementos que hasta ahora han caracterizado lo rural.

En este sentido, Carneiro (1998) plantea la construcción de nuevas identidades rurales y urbanas, no vinculadas al espacio geográfico, sino con una fuerte carga de espacio simbólico. Tanto en la ciudad como en los pueblos, se están viviendo importantes transformaciones, muy marcadas por la globalización económica y cultural, que definen estilos de vida diferentes, con valores y símbolos referentes a las culturas rural y/o urbana, independientemente de su ubicación territorial, y con el énfasis en los aspectos de integración, permeabilidad y complejidad cultural. Este proceso, según Carneiro (1998), “implica un movimiento de doble sentido en el cual identificamos, por un lado, la reapropiación de elementos de la cultura local a partir de una relectura posibilitada por la emergencia de nuevos códigos y, en el sentido inverso, la apropiación por la cultura urbana de bienes culturales y naturales del mundo rural, produciendo una situación que no se traduce necesariamente en la destrucción de la cultura local, sino que, al contrario, puede contribuir a alimentar la sociabilidad rural y reforzar los vínculos con la localidad” (p. 13).

Carneiro (1998), señala también el papel de la diversidad de actividades y relaciones en los cambios en las representaciones de la ruralidad, marcadas cada vez más por la vinculación a la naturaleza. Apunta a la búsqueda creciente de un sistema de valores alternativos a los urbanos, ligados a la industrialización, observándose nuevas tendencias neorruralistas y antipositivistas, en las que el campo pasa a ser reconocido principalmente como espacio de ocio o como opción de residencia. El surgimiento del turismo rural permite el acercamiento a la cultura rural, pero lo rural se transforma en un producto para el consumo urbano.

Gray (2000), revisando las concepciones de lo rural, pone de relieve cómo personas en diferentes ubicaciones sociales expresan y entienden la ruralidad de distintas formas y cómo intereses políticos diferentes son promovidos a través del uso del discurso sobre lo rural. Lejos de buscar una definición de lo rural como territorio, este autor señala que se han venido configurando muchas imágenes de ruralidades y apunta a tres perspectivas: la primera de **valorización** -donde lo rural es asociado a imágenes de la vida en el campo-; la segunda de **desvalorización** -lo rural como atrasado, estancado y deprimido; y una tercera de **invisibilidad** de lo rural -donde lo rural sólo aparece a partir de la dominación desde un punto de vista basado en el mundo urbano-.

Gray (2000) señala los cambios en las representaciones de lo rural presentes en los documentos de la Comisión Europea, que, como ya habíamos apuntado anteriormente, pasan de una imagen vinculada a lo agrario, a definir lo rural a partir de la diversificación y de la heterogeneidad de actividades y de espacios. Se indica además, que en esa redefinición, política e instrumental, lo rural está muy marcado por las nuevas funciones relacionadas con el ocio y la conservación del medio ambiente.

Como podemos observar, la construcción de nuevas representaciones sobre lo rural se aleja del espacio de producción agrícola, que estaban muy marcadas por valoraciones despreciativas a partir de las comparaciones de lo urbano como ideal de civilización. Actualmente, se configuran representaciones de lo rural cada vez más identificado con la naturaleza y el paisaje, también como marco de vida diferente y complementario al urbano y, sobre todo, marcado por la heterogeneidad: de espacios geosociales, de actividades productivas y de estilos de vida. Lo rural aparece cada vez más asociado a la calidad de vida. Según Hervieu (1997): “La idea de calidad es probablemente el elemento principal del cambio económico y cultural que debe llevarse a cabo” (p. 7).

La complejidad de la realidad social hace que convivan actualmente todas y cada una de las representaciones sociales de la ruralidad que hemos podido señalar anteriormente. Se percibe claramente una transformación en las representaciones construidas sobre lo rural en las últimas décadas. Sin embargo, el peso de las valoraciones y prácticas despreciativas de las décadas anteriores sigue marcando la identidad rural y sirviendo de guía de comportamientos en la vida cotidiana en nuestros pueblos. Nos parece cada

vez más significativa la hipótesis de partida de este trabajo, planteando que no son sólo factores económicos los que llevaron al abandono del medio rural. Pensamos que también hay factores relacionados con estrategias de construcción de identidades personales satisfactorias y positivas que han influido en las decisiones de marcharse a las ciudades. Como afirman González Fernández y Camarero (1999): “Lo rural no es una entidad física sino el resultado de la acción social... El intercambio de personas, mercancías y mensajes son los elementos que muestran la existencia de un nuevo marco –de flujos- desde el que pensar lo rural y especialmente el desarrollo” (p. 57).

Concluyendo, queda patente que el medio rural está viviendo un importante proceso de transformación socioeconómica, pasando de la uniformidad del modo de producción agrario a una diversidad sin precedentes. Salimos de un período de hegemonía del modelo desarrollista neoliberal, basado en la productividad urbano-industrial concentrada en grandes centros de desarrollo y territorios rurales periféricos, dependientes y empobrecidos. Empezamos a constatar la coexistencia de modelos de desarrollo diversos y una revalorización de lo rural, como espacio asociado a la calidad de vida y a la conservación del patrimonio natural y cultural. Podemos observar cómo, poco a poco, una imagen uniforme y dominante de lo rural asociada a un estilo de producción agroganadera va dejando paso a un caleidoscopio de imágenes pluridimensionales, con una gran riqueza de experiencias y actividades, incluidas diferentes vías de explotaciones agroganaderas. Sin embargo, el despoblamiento viene dejando huella y la desarticulación del tejido social es patente en los territorios rurales; y en Europa, Castilla y León es un paradigma de desertificación humana. En este contexto, las mujeres tienen un papel fundamental, primero porque fueron las protagonistas del éxodo rural, y después porque es impensable la construcción de un territorio sin la presencia y la participación activa de la población femenina.

En el medio rural, el papel social y profesional de las mujeres siempre ha estado marcado por los repartos de tareas fundamentados en las divisiones de género. La invisibilidad de la participación económica de las mujeres en la renta familiar, además de la responsabilidad en el cuidado de la casa y de las personas dependientes, ha hecho que muchas mujeres buscasen una vida más cómoda e independiente en las ciudades, donde las transformaciones en los papeles tradicionales de género se plasmaron antes

en la realidad cotidiana, y, sobre todo, las mujeres rurales han podido huir del control social férreo de los pequeños pueblos y romper los moldes tradicionales. En el capítulo siguiente exploraremos en detalle las cuestiones de género y sus especificidades en la realidad de los contextos rurales, buscando conocer mejor la construcción de la identidad de género las relaciones con la situación y el papel de las mujeres en el medio rural.

### III – Género y Ruralidad

#### 1. EL SISTEMA SEXO/GÉNERO

Hablar de género no es precisamente una novedad, sin embargo, en los últimos años se ha visto aumentado considerablemente el volumen de escritos e investigaciones sobre el tema en todos los ámbitos del saber: sociológico, antropológico, económico, filosófico, lingüístico y también psicológico. Con la precisión de los conceptos, también se viene aclarando y ordenando el universo de conocimientos. Un primer punto de acercamiento es la distinción entre sexo y género, una precisión conceptual que ha ido tomando cuerpo y cuyo uso se ha generalizado en las dos últimas décadas.

Durante décadas se utilizó el término sexo para designar el tratamiento de todos los temas referentes a las diferencias entre hombres y mujeres. Aún hoy, algunos autores consideran sexo y género conceptos intercambiables (Maccoby, 1988), en una clara confusión conceptual, según Jayme y Sau (1996). El uso del término '*género*' es relativamente reciente, hasta los años ochenta el término sexo era el más utilizado, pero hay que destacar que sexo y género no son sinónimos, pues describen aspectos diferentes de una misma realidad del ser humano (Jayme y Sau, 1996).

Las distinciones entre género y sexo empiezan a formularse conceptualmente a finales de los años sesenta, cuando Millet (1967) plantea que el sexo pueda explicar las diferencias biológicas entre los seres humanos, mientras que el género recoge todas aquellas diferencias culturales y características diferenciales que cada grupo social, cada cultura, tiende a adscribir a cada uno de los sexos.

La utilización durante décadas del término *sexo*, como único para referirse a las cuestiones relativas a hombres y mujeres, sobre todo a las diferencias, ha llevado a que bajo este término se hayan albergado diferentes concepciones. Unger (1979) señala cómo el *sexo* ha sido utilizado como variable independiente y cómo variable dependiente, con importantes diferencias conceptuales. El *sexo*, utilizado como variable independiente, hacía referencia a una realidad biológica, sirviendo para ubicar los sujetos

en dos grupos diferentes, pero esto no significaba que los resultados estaban analizando o reflejando esas diferencias biológicas. Sin embargo, como variable dependiente se ha procurado reflejar los resultados de las diferentes experiencias entre hombres y mujeres, así como su significación social (Barberá, 1998). En el análisis de los diferentes usos del término *sexo*, Unger (1979) propone la utilización de *sexo* en referencia a aquellos aspectos del individuo que poseen una base claramente biológica, aquellas características del ser humano vinculadas con la reproducción y la sexualidad. Mientras que los aspectos que no poseen una base claramente biológica serían designados por el término *género*.

En Fernández (1988) encontramos una definición de *sexo* como una realidad fundamentalmente biológica, considerando también los procesos de sexuación y el desarrollo evolutivo psicosocial. Hay cierto consenso entre diferentes autores y autoras, al utilizar el término *género* para designar una realidad fundamentalmente psicosocial. “El género hace referencia a una realidad compleja fundamentalmente psicosocial, que se asienta, en un comienzo, en la variable *sexo* y que interactúa continuamente con ella a lo largo de todo el ciclo vital” (Fernández, 1988, p. 27).

Sin embargo, al trabajar con los conceptos de *sexo* y *género*, se observa una visión dualista, muy característica del pensamiento occidental, que opone *sexo* a *género*, tendiendo a establecer comparaciones y contrastes (Hare-Mustin y Marecek, 1994). A partir de la crítica a este pensamiento dualista, los estudios de género vienen intentando una aproximación menos dicotomizada (Bem, 1981 y 1993; Fernández, 1996). La antropóloga Rubin (1974) introduce la expresión “*sistema sexo-género*” para indicar la relación entre la realidad biológica y la realidad social, en la medida en que la actividad humana transforma y modela la sexualidad biológica. La autora pone de manifiesto la necesidad de una aproximación más flexible al conocimiento de hombres y mujeres, no como polos opuestos naturalmente, sino como seres con diferencias, por supuesto, pero con muchas más similitudes entre sí que con cualquier otro ser vivo.

La categoría masculino/femenino es continua, gradual y flexible, y tanto hombres como mujeres pueden ser más masculinos o más femeninos en diferentes intensidades. “Masculinidad y feminidad son conceptos que

evolucionan con el tiempo y en función de diversos factores situacionales y experiencias personales vividas, presentando, por tanto, una cierta inestabilidad temporal. El carácter multidimensional de M y F deriva de la inclusión tanto de rasgos de personalidad como de caracteres físicos, actitudes, conductas sociales y valores” (Barberá, 1998, p.27).

Barberá (1998) considera el género “como una dimensión específica, que forma parte de la ‘realidad subjetiva’ del comportamiento humano y que se caracteriza, entre otros rasgos, por tratarse de un factor común a la especie, en la medida en que incumbe y repercute sobre todo ser humano. Sin embargo, la característica de *universalidad* no significa ni que afecte del mismo modo a cualquier persona, ni tampoco a un mismo individuo a lo largo de los distintos momentos de su vida. En cuanto componente integrante de la realidad subjetiva, el género es un concepto dinámico y susceptible de variaciones, tanto de carácter temporal como situacionales e interindividuales” (pp. 18-19).

El género es una dimensión subjetiva construida a partir de la percepción del dimorfismo sexual, que interviene en la construcción y organización del mundo social, en los procesos de representación, interpretación y evaluación de los acontecimientos y del propio individuo (Barberá, 1998; Fernández, 1996; Hare-Mustin y Marecek, 1994). Como destacan Hare-Mustin y Marecek (1994): “La diferenciación de géneros constituye un fenómeno preeminente de la vida simbólica y de la comunicación en el seno de nuestra sociedad” (p. 47). Así, podemos considerar el género un elemento organizador de la vida social, además de constructor de significados.

Según Harding (1996), el género se define como categoría analítica, “en cuyo marco los humanos piensan y organizan su actividad social, en vez de como consecuencia natural de la diferencia de sexo, o incluso como simple variable social asignada a las personas individuales de forma diferente, según las culturas” (p. 17). Para esta autora, la producción de la vida social a partir del género se da a través de tres procesos relacionados entre sí:

- Simbolismo de género: donde la diferencia de género constituye un sistema simbólico “*antiguo, universal y poderoso*”, que asigna un género a entes no humanos, actuando como categoría organizadora de los mundos social y natural a

partir de significados de género. Por ejemplo, se asigna un género a todos los elementos del entorno, las montañas, los huracanes, el país, la ventana, etc. Así mismo, tenemos cultura y razón asociadas a lo masculino y naturaleza y afectividad asociadas a lo femenino. En este contexto, históricamente específico, se han construido instituciones, significados raciales, de clase y culturales, que funcionan como marco de organización humano, atribuyendo metáforas dualistas de género a las dicotomías de la vida cotidiana.

- Estructura de género: donde la actividad productiva (visible e invisible) en la sociedad se fundamenta en una división del trabajo que se establece en función de las atribuciones de género. Dicho reparto de roles y funciones sociales a su vez estructura la organización de la vida cotidiana en una sociedad, constituyéndose un importante elemento económico diferenciador entre los sexos.

- Identidad de género: también la identidad personal se construye a partir de la ubicación en un género u otro, y la socialización diferenciada que se produce construye un sujeto con unas expectativas, unos roles y unos afectos u otros. La identidad de género es la apropiación personal de un modelo de hombre o mujer construidos socialmente en un contexto cultural e histórico determinado, garantizando al mismo tiempo la continuidad de dicho modelo.

Concluyendo, partimos de la perspectiva del género como una construcción social, una elaboración cultural que se produce y reproduce, en sus contenidos y formas, en las relaciones sociales concretas, con las especificidades de cada contexto socioeconómico y cultural y de cada momento histórico (Nogueira, 1999 y 2001). Entendemos el género como un constructo social, que hace referencia a los papeles culturalmente esperados y construidos distintamente para hombres y mujeres (Jayme y Sau, 1996), que guarda estricta relación con el proceso de socialización, donde cada ser humano se apropia del mundo en que viven los otros significantes, con sus valores y roles sociales. En este proceso, la persona también se apropia de los roles sociales marcados para cada sexo,



respondiendo en función de las expectativas y del espacio social adjudicado para cada niño o niña en el entorno familiar y social, aunque lo transforme y adapte a sus individualidades (Barberá, 1998; Fernández, 1996; Nogueira, 1999; Sau, 1993). Cada persona aprende a ser hombre o mujer en la cultura que le ha tocado vivir, de la misma manera que aprende los roles sociales de hijo, hija, padre, madre, estudiante, maestro/a, etc. Al nacer un bebé, uno “ve” el sexo que tiene: inmediatamente se ponen en marcha las estrategias culturales de socialización para que esta persona llegue a ser hombre o mujer. Según los patrones establecidos en cada cultura, se construye el género. Una emblemática frase de Simone de Beauvoir lo expresa muy bien: “*No se nace mujer, se llega a serlo*”.

El género define las posibilidades de ser para hombres y mujeres, asignando diferentes papeles y posiciones sociales, así como valoraciones a lo que se relaciona con lo masculino y lo femenino, determinando relaciones desiguales entre ambos. “El Sistema sexo-género históricamente ha generado una situación de discriminación y marginación de las mujeres en los aspectos económicos, políticos, sociales y culturales, así como en los ámbitos público y privado, estableciendo muy clara y diferenciadamente la intervención de los hombres en la esfera productiva y de las mujeres en la reproductiva” (de la Cruz, 1998).

En el ámbito del desarrollo rural también se puede observar los mecanismos de reproducción y los efectos de la limitación y discriminación de las mujeres, marcado por los estereotipos y los papeles tradicionales de género, a partir de los cuales las mujeres están atadas a las responsabilidades y tareas del ámbito doméstico/reproductivo, asignándose a los hombres la participación en la vida pública y productiva. Analizaremos estas cuestiones con más detenimiento a lo largo del presente estudio.

## 2. LOS ESTUDIOS DE GÉNERO Y SUS DIFERENTES PERSPECTIVAS

Los estudios de género, en todas las áreas del saber, están marcados por las conquistas sociales y políticas que transformaron significativamente la situación de mujeres y hombres en el siglo XX. La incorporación de las mujeres al mercado de trabajo a finales del siglo XIX, las conquistas en

materia de derechos civiles y laborales, han repercutido de manera significativa en la construcción del conocimiento científico. En todos estos cambios, el movimiento y las teorías feministas tuvieron un papel fundamental, que es necesario y justo reconocer. Todavía hay en nuestras sociedades muchos prejuicios contra el movimiento feminista y sus teorías, y vemos, a menudo, cómo se descalifican y ridiculizan sus reivindicaciones sin entablar un debate serio, con argumentaciones fundamentadas, reconociendo sus aportaciones al desarrollo de las sociedades. Las luchas feministas fueron, y son, la plataforma de los cambios en las relaciones de género, posibilitando las transformaciones que venimos experimentando en las posiciones y en los papeles sociales, reproductivos y productivos, de hombres y mujeres.

El feminismo ha aportado a la sociedad el punto de vista y la comprensión de la realidad a partir de la perspectiva de la mitad de la población humana, una **mitad minoritaria** que tenía la palabra y las decisiones secuestradas por las abstracciones y constructos socioculturales elaborados a partir de los intereses de la otra mitad de la población —la masculina— una **mitad mayoritaria**, no en número, sino porque siempre ha detentado el poder político y económico, y ha hablado desde su propia posición como siendo la universal. Pensamos que, la mayor conquista del movimiento feminista, fue romper el velo de invisibilidad que siempre ha encubierto la situación de las mujeres, e incluso su existencia social, visibilizando una situación de discriminación y dominación que, aún hoy, limita las posibilidades de desarrollo personal de las mujeres en todas las esferas de la vida. Las mujeres feministas en sus luchas y reivindicaciones, pero sobre todo en sus propias biografías, mostraron y siguen mostrando otros modelos de ser mujer en un mundo marcado por los mandatos de género y la división sexual del trabajo.

Hasta el surgimiento del movimiento y de las teorías feministas, se había identificado la experiencia y el punto de vista masculino como “la experiencia universal”. Hoy en día, aunque el punto de vista masculino siga siendo dominante, al menos ya no es hegemónico, y las mujeres hacen el necesario contrapunto. El movimiento feminista cuestiona radicalmente los patrones de universalidad establecidos, reconstruyendo y relativizando el conocimiento social, valorizando la riqueza de las diferencias y analizando las implicaciones concretas en los sistemas de relaciones macro y microsociales.

Según Lengermann y Niebrugge-Brantley (1993), la pregunta básica de la teoría feminista contemporánea es: ¿Qué hay de las mujeres? Aunque es una pregunta aparentemente muy simple, tiene un gran poder revolucionario, pues ha llevado a indagar sobre dónde están las mujeres en las situaciones investigadas. “Si no están presentes ¿por qué no lo están? ¿Y si lo están, qué es lo que hacen exactamente? ¿Cómo experimentan la situación? ¿Cómo contribuyen a ella? ¿Qué significa para ellas?” (Lengermann y Niebrugge-Brantley, 1993, p. 355). En este sentido las teorías feministas constituyen un sistema de ideas que busca la comprensión y la explicación de la realidad social y de la experiencia humana contando con el punto de vista de las mujeres, que han empezado a expresarse sin la mediación masculina, intentando mostrar una perspectiva propia, rechazando asumir la perspectiva masculina como la única y universal.

Hay que considerar, sin embargo, que hasta los años 50 las investigaciones y estudios han vivido un período caracterizado como la “ciencia *sin mujer*”. Esta invisibilidad de la mujer en las ciencias en general, tiene un doble sentido: primero, por la utilización de sujetos masculinos en las investigaciones, cuyos resultados se generalizaban a toda la población, estando las muestras compuestas por varones, jóvenes, blancos, universitarios y de clase media-alta, incidiendo nuevamente en la perspectiva masculina como representante de la universalidad. Pero también, la presencia marginal de las mujeres profesionales en los ámbitos científicos y académicos, con poco poder, escasos recursos y relegadas a posiciones secundarias, ha tenido un papel significativo en forjar una *ciencia sin mujer*. Aun así, en este contexto adverso, se fueron perfilando espacios de investigación y producción científica que dieron lugar a lo que hoy se conoce y reconoce como *estudios de género*.

La perspectiva de género en el desarrollo rural tiene mucha relación con las teorías feministas y los estudios de género, como veremos posteriormente, siendo un ámbito receptor de las influencias de estas teorías, aunque mucho más tardíamente. Hasta los años 90 el desarrollo rural en España ha vivido lo que podríamos denominar un *desarrollo sin mujeres*, similar a lo que ocurría con las ciencias hasta los años 50, pero todavía cuatro décadas después. Pero para enmarcar la construcción de la perspectiva de género en el desarrollo rural y entender sus procesos y nuestras propias propuestas, hemos procurado sistematizar brevemente las diferentes perspectivas de las investigaciones de sexo y de género para dar

una visión más completa del desarrollo de esta materia. Según Sandra Harding (1996), se pueden identificar tres perspectivas en los estudios de género: la empirista, la del punto de vista feminista y la posmoderna.

## 2.1. Perspectiva empirista

El empirismo feminista se basa en que el sexismo y el androcentrismo constituyen sesgos sociales, que pueden ser corregidos con la estricta aplicación de la objetividad y la racionalidad, demostrando la falta de fundamento de las discriminaciones sexuales. La perspectiva empirista pone el énfasis en los métodos científicos, en el control de la fiabilidad y la validez en las investigaciones, así como en la objetividad de los resultados, como forma de identificar y denunciar el sexismo y el androcentrismo en la sociedad.

La perspectiva empirista, que se ha ocupado principalmente de las diferencias de género, se ha interesado por comparar, describir y cuantificar los comportamientos y características correspondientes a varones y mujeres, así como a las dimensiones de masculinidad y feminidad (Barberá, 1998). En este sentido, adquieren protagonismo las investigaciones sobre las diferencias de personalidad y motivación, considerando el sexo una variable social. Estos estudios han originado las escalas destinadas a medir caracteres de masculinidad y feminidad, en su mayoría a partir de pruebas de personalidad (Jayme y Sau, 1996). Se dedican muchas investigaciones a identificar las características que configuran lo masculino y lo femenino, como polos opuestos, en las medidas de *rol sexual*. Se desarrollan un gran número de tests y escalas de medida. En este contexto, masculinidad y feminidad son consideradas como atributos, actitudes y comportamientos que constituyen características específicas de hombres y mujeres (Martínez-Benlloch, Barberá y Pastor, 1988). Se plantea un período de estudios de la masculinidad y feminidad como rasgos de personalidad *estables* y *universales*, subyacentes al sexo. Hay que destacar que estos rasgos fueron estudiados como intrínsecos a la condición de masculino o femenino, opuestos entre sí, y que no se han planteado como construcciones socioculturales. Jayme y Sau (1996) señalan que son precisamente estos rasgos, masculino-femenino, los que han sustentado a lo largo de la historia la división de los roles en función del género. Hyde (1994) también apunta

que esta perspectiva hace un arriesgado intento de generalización, sin contemplar las diferencias intragrupalas, dando por hecho la homogeneidad de los hombres y de las mujeres entre sí.

Uno de los trabajos que marcaron la perspectiva empirista es el de Maccoby y Jacklin (1974), en el que las autoras hacen una revisión sistemática de más de 1400 investigaciones sobre diferencias sexuales: cognitivas, emocionales y sociales; concluyendo que parece haber más evidencias de semejanzas que de diferencias, habiendo pocas diferencias bien fundamentadas. Las autoras informaban de la aparición de significación estadística en diferentes variables, procurando identificar cuáles, de entre las diferencias encontradas en los estudios anteriores, podrían considerarse reales y cuáles eran mitos. Los resultados obtenidos por Maccoby y Jacklin (1974) apuntan a la existencia de diferencias significativas en la *capacidad matemática*, donde los varones manifiestan una superioridad en las ejecuciones matemáticas. En cuanto a las *capacidades visoespaciales*, los varones también han obtenido puntuaciones significativamente más altas que las mujeres, en edades entre 11 y 12 años. En el mismo estudio, una tercera habilidad investigada fue la *capacidad verbal*, que las mujeres entre los 11 y los 13 años han demostrado cierta superioridad sobre los varones. Este estudio de Maccoby y Jacklin (1974) marcó un hito en las investigaciones sobre las diferencias sexuales, siendo posteriormente desarrollados, cuestionados y/o corroborados por otras investigaciones, incluidas las revisiones meta-analíticas realizadas más recientemente (Eagly, 1987; Hyde, 1981; Hyde y Frost, 1993; Hyde y Linn, 1988).

Así, también son destacables en la perspectiva empirista los trabajos de Hyde (1981, 1984, 1986; Hyde y Frost, 1993; Hyde y Linn, 1988), aplicando el metaanálisis para determinar la magnitud de las diferencias encontradas entre varones y mujeres. El metaanálisis, que consiste en una técnica estadística sofisticada para volver a analizar los resultados de numerosas investigaciones sobre un determinado tema, permite medir la magnitud de las diferencias encontradas, además de su significación estadística.

Las teorías de las diferencias de género están fundamentadas tanto en explicaciones biológicas como psicosociales. Las que explican las diferencias de género a partir de los factores biológicos parten en

gran medida de un enfoque determinista, donde las características atribuidas a uno y otro sexo son estables, inmutables y bipolares. Con una perspectiva distinta, las teorías que explican las diferencias de género a partir del proceso de socialización aportan muchas novedades al debate al poner el énfasis en el aprendizaje de los papeles sociales de hombres y mujeres, en las normas y patrones de comportamiento diferenciales, cuestionando el determinismo biológico. El género pasa a ser concebido no como innato, sino como el resultado de procesos sociales y culturales, aprendidos a lo largo de la vida en el proceso de socialización. Sin embargo, las críticas mantienen que sigue siendo una perspectiva que privilegia la estabilidad y la inmutabilidad de las características diferenciales de género, cambiando el determinismo biológico por un determinismo social, pero sin cuestionar el carácter prescriptivo y dicotómico del género (Bohan, 1997; Nogueira, 1999).

## 2.2. Perspectiva del punto de vista femenino

La perspectiva denominada de **punto de vista feminista** hace referencia a los estudios que vienen privilegiando el conocimiento desde la óptica de las propias mujeres como protagonistas de los fenómenos sociales estudiados. Partiendo de que el conocimiento de los hombres es parcial, impuesto como universal y construido desde una posición de dominación, las feministas plantean que el punto de vista de las mujeres abre nuevas posibilidades de conocimiento desde su propia experiencia.

Desafiando la validez de los métodos científicos tradicionales, muchas feministas han optado por investigar a partir de las propias experiencias individuales de las mujeres, enfatizando la capacidad de éstas como narradoras válidas en la construcción del conocimiento. Una de las más representativas de esta perspectiva es Gilligan (1982), con su obra "*In a different voice: Psychological theory and women's development*", en la que estudia el desarrollo moral teniendo en cuenta la perspectiva de las mujeres y sus experiencias. Además, partiendo de temas de interés para las mismas, en sus investigaciones le dan mayor énfasis al contexto de las respuestas desde la situación de las mujeres que responden. Gilligan describe la identidad femenina como anclada en las relaciones y vínculos

con los demás, considerando que la moralidad femenina se basa en una *ética de cuidados y de responsabilidad*, y no basada en la *justicia* y los *derechos* como los varones, tal como plantea Kohlberg. Según Fernández Villanueva (1989), Gilligan “muestra con claridad que las mujeres construyen sus opciones acerca de cuestiones morales, en otras premisas menos abstractas y más centradas en la consideración de las condiciones concretas de la problemática moral, que los hombres” (p.197).

Otro exponente de la perspectiva del punto de vista feminista es abanderado por Bem (1974), que propone y desarrolla el concepto de *androginia* (en griego: *andros* – hombre, *gyne* – mujer). Bem (1974, 1975) hace una propuesta sistemática de una *teoría sobre la androginia psicológica*, partiendo de la idea central de que cualquier persona, hombre o mujer, desarrolla, en mayor o menor grado, características etiquetadas como masculinas y femeninas. Estos planteamientos permiten superar el paralelismo entre el dualismo sexual y de género, de manera que los rasgos de masculinidad y feminidad, como comportamientos de género, no se limitan al hecho sexual de ser varón o mujer (Martínez-Benlloch, Barberá y Pastor, 1988). Masculino y femenino pasan a ser conceptualizados como dos dimensiones independientes o cuasi-independientes, que tienen diferentes graduaciones en escalas de medidas independientes y multidimensionales, en lugar de ser considerados los polos opuestos de una misma dimensión (Barberá, 1998). Empieza a haber una valoración positiva de las personas andróginas, en la medida en que tienen desarrollados rasgos, tanto instrumentales (etiquetados como masculinos) como expresivos (femeninos), siendo considerada la androginia como índice de salud mental y adaptación social (Sebastián, 1988).

Las críticas a las teorías e investigaciones en esta perspectiva, se han fundamentado en que las autoras no rompen con los patrones de masculino y femenino, basados en las tipificaciones sociales, reforzando la idea de las diferencias de género. Por un lado, consiguen una revalorización social de las características consideradas femeninas, pero, por otro, legitiman indirectamente la división sexual del trabajo y restringen el acceso a determinados roles de mujeres y hombres.

Las dos perspectivas presentadas parten del estudio de las diferencias de género; en el primer caso, demostrando que éstas son en realidad mínimas y restándoles importancia, y en la segunda perspectiva, al

contrario, poniendo el énfasis en las diferencias encontradas y reivindicando su valor positivo para las mujeres. Hare-Mustin y Marecek (1994) nos hablan de los *sesgos alfa y beta*, en las perspectivas empiristas y del punto de vista feminista. El sesgo alfa sería la tendencia a exagerar las diferencias, y el sesgo beta la tendencia a minimizarlas o ignorarlas. Cuando las autoras hablan de sesgo, no se refieren a probabilidad de error, que implicaría que habría una posición correcta, sino como una tendencia sistemática a resaltar una parte de la experiencia e ignorar otra

Analizando la utilidad del sesgo alfa, con el énfasis en las diferencias de género, Hare-Mustin y Marecek (1994) reconocen la importancia que éste ha tenido en la defensa del valor de determinadas cualidades consideradas femeninas, oponiéndose a la infravaloración cultural de las mujeres; sin embargo, argumentan que también ha servido de apoyo al *status quo*, negando los cambios necesarios en la estructura de la vida laboral y familiar, utilizando las diferencias de las mujeres con respecto a los hombres, para justificar un tratamiento desigual y la asunción de papeles diferenciados, confinando a las mujeres a los papeles tradicionales de género. Por otro lado, el sesgo beta, con la minimización de las diferencias, ha generado una mejora del status de las mujeres, con las conquistas en el campo de la igualdad de oportunidades, así como las luchas por los derechos laborales, con una remuneración igual por igual trabajo. Sin embargo, defender que no hay diferencias entre hombres y mujeres tiene el efecto perverso de que las mujeres tengan que adaptarse a la cultura dominante, que es masculina, sin contemplar las necesidades específicas de las mujeres y las diferencias de poder y de recursos existentes entre mujeres y hombres. Entramos en la libre competencia, pero con puntos de partida muy desiguales. “El hecho de que en el ámbito laboral no se tengan en cuenta las necesidades especiales de las mujeres relacionadas con el alumbramiento de los hijos, es una demostración del sesgo beta, donde las necesidades y las conductas masculinas son las que establecen la norma, ignorándose las experiencias exclusivamente femeninas” (Hare-Mustin y Marecek, 1994, p. 65).



### 2.3. Perspectiva feminista posmoderna

La tercera perspectiva es la **posmoderna**, en la que se prefiere no entrar en la polémica sobre cuál es la 'verdad' sobre las diferencias y similitudes de género, sino que se cuestiona el principio de 'verdad' y a quién sirve cada una de las verdades establecidas. "Dos movimientos intelectuales recientes, el construccionismo y la deconstrucción, ponen en tela de juicio la idea de un único significado de la realidad y una única verdad. En lugar de preocuparse por la búsqueda de 'la verdad', **investigan la forma en que se negocian los significados, el control que ejercen sobre éstos las personas que ocupan posiciones de autoridad y la manera como los significados se representan a través del lenguaje**" (Hare-Mustin y Marecek, 1994, p. 42).

Esta perspectiva actual, para Nogueira (1999) es el resultado de la ecuación de las críticas a las perspectivas anteriores, que, sin embargo, sentaron las bases para una perspectiva posmoderna. Pese a la existencia de muchos trabajos que afirman la inexistencia de diferencias sexuales, un gran número de personas sigue creyendo en distintos posicionamientos de hombres y mujeres relacionados con el trabajo, la familia, las motivaciones, los comportamientos, los afectos, así como con los rasgos de personalidad. A los hombres, se les sigue atribuyendo rasgos como "independencia, agresividad y dominación", mientras las mujeres, se destacan por la "sensibilidad, emocionalidad y delicadeza" (Powell, 1993 en Nogueira, 1999). En este marco, aunque con muchos matices, diversas autoras y autores siguen afirmando la importancia de la continuidad en los estudios sobre las diferencias sexuales (Hyde, 1994; Hyde y Frost, 1993; Nogueira, 2000).

La perspectiva feminista posmoderna, sin embargo, resalta las relaciones de poder, que construyen histórica y culturalmente los papeles sociales de hombres y mujeres. No se pretende un posicionamiento desde 'la verdad', o de naturalización de los papeles sociales, sino que se busca la comprensión de los fenómenos sociales en su complejidad, entendidos como producto de las relaciones sociales en un territorio concreto y en un contexto histórico y cultural. En esta perspectiva, muchas feministas buscan una reconceptualización del género, **no como distinción, sino como un principio de organización social, estructurante de las**

**relaciones de poder entre los sexos** (Gergen, 2001; Nicolson, 2002; Wilkinson, 1997a y 1997b).

La conceptualización construccionista del género “ayuda a reconciliar los resultados empíricos de que mujeres y hombres son más similares que diferentes, en la mayoría de los rasgos y competencias, con la percepción común de que parecen comportarse de forma diferente. Pese a que mujeres y hombres tienen las mismas competencias, el hecho de afrontar diferentes circunstancias, limitaciones y expectativas, resulta que, frecuentemente, toman decisiones distintas en relación con su repertorio de opciones... **es importante tener en cuenta que, frecuentemente, las limitaciones institucionales, la jerarquía social y las relaciones de poder limitan la capacidad de acción de los individuos.**” (Nogueira, 1999, p 183).

En este marco que, como se puede observar, de ninguna manera es uniforme, y que está en permanente construcción, con las contradicciones propias de la sociedad y de las relaciones de género que son objeto de estudio, creemos haber podido dar una idea de las trayectorias de las investigaciones sobre género, así como ofrecer un pequeño esbozo del estado de la cuestión en estos momentos. Pensamos que es interesante servirse de esas luces teóricas para analizar la realidad de las relaciones entre mujeres y hombres en el desarrollo rural y situar nuestra investigación en la transformación de los papeles sociales de género y de lo que éstos representan en el entramado social y económico de nuestros días en el medio rural.

“La actitud posmoderna acepta la multiplicidad, el azar, la incoherencia y la paradoja, cosas todas ellas que los paradigmas positivistas se proponen excluir. La posmodernidad crea una distancia desde el lenguaje, aparentemente fijo, de los significados establecidos, y fomenta el escepticismo acerca de la naturaleza congelada de la realidad. Al reconocer que el significado es aquello que nosotros acordamos, el pensamiento posmoderno describe un sistema de posibilidades. Construir los sexos es un proceso, no una respuesta. Cuando utilizamos el enfoque posmoderno, abrimos la posibilidad de elaborar una teoría sobre los sexos de perspectivas transformadoras hasta ahora no imaginadas. La posmodernidad nos permite ver que, en nuestro carácter de observadores de los sexos, también somos sus creadores” (Hare-Mustin y Marecek, 1994, p. 78).

### 3. REPRESENTACIONES SOCIALES Y ESTEREOTIPOS DE GÉNERO EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD PERSONAL

En la construcción de la identidad personal de todo ser humano influyen multitud de factores. En el primer capítulo hemos visto las bases teóricas de la identidad social y algunos de los factores relacionados con la pertenencia grupal. Ahora, cabe destacar otros relacionados con la construcción de la identidad de género que abarca el conjunto de procesos que permiten a uno/a mismo/a conceptualizarse como hombre o como mujer. En general, un varón o una mujer, construyen su identidad de género identificándose con los miembros de su mismo grupo sexual. Cada sujeto desarrolla la identidad de género a través del aprendizaje de los roles de género, que representa el conjunto de comportamientos, cogniciones y afectos asignados socialmente en una determinada cultura a hombres y a mujeres, aun teniendo en cuenta que hay una gran flexibilidad y variabilidad de patrones interindividuales (Barberá, 1998).

Las identidades de género vienen sufriendo profundos cambios, en la medida en que las pautas y expectativas actuales sobre lo que es ser mujer y hombre son mucho más complejas de lo que eran hasta mediados del siglo XX (García Colmenares, 2000). Las contribuciones de las teorías feministas, como hemos visto anteriormente, han permitido situar las características y las relaciones de género como construcciones sociales, que a lo largo de la historia han venido configurando el universo simbólico en las diferentes sociedades, atribuyendo características y funciones jerarquizadas y asimétricas a mujeres y hombres.

Según Fernández Villanueva (1989), la psicología social aporta una nueva dimensión a los supuestos rasgos de género. “La mayor parte de esos rasgos se generan en el proceso de socialización que no es más que el ajuste del individuo a los modelos de conducta, valores y marcos simbólicos que preexisten, que fueron formulados antes de su nacimiento. Estos valores e identidades simbólicas pasan a ser ideales del yo y son buscados como destinatarios de la identidad social. Todos los individuos hacen suyos algunos valores que la sociedad definió previamente para las personas de cada sexo” (Fernández Villanueva, 1989, p. 200).

En otras palabras, ser hombre o ser mujer, además de las características biológicas que determinan el sexo de un sujeto, depende de un aprendizaje social que está en cierta medida delimitado por las

representaciones sociales y los estereotipos de género. Éstos marcan las pautas de comportamiento que son 'propias' de un grupo sexual u otro, y que fueron construidas por la comunidad cultural a través de la historia. Los estereotipos de género representan las características de comportamientos, sentimientos, actitudes, valores y normas que componen el modelo culturalmente construido de hombre o de mujer, y, según el cual, se espera que se guíen los miembros del grupo social. Esta tipificación de género, que consiste en la simplificación de las características y comportamientos humanos, vinculándoles a asociaciones ligadas al sexo (Bem, 1974, 1975 y 1981), marca las pautas sociales de la educación diferencial de niños y niñas, así como orienta las expectativas de los miembros de la sociedad hacia los individuos varones o mujeres (Bem, 1981; Eagly, 1987; Eagly y Steffen, 1984).

La tipificación de género está muy relacionada con los estereotipos, que como hemos desarrollado en el primer capítulo, son definidos por Tajfel (1984) como imágenes muy simplificadas de categorías de personas, instituciones o acontecimientos y son compartidas por grupos sociales en sus características esenciales. Los estereotipos de género presentan, al menos, dos niveles de conceptualización: los estereotipos de papeles de género, que designan las actividades propias de cada sexo, y los estereotipos de características de género, que expresan los rasgos de personalidad diferenciales de hombres y de mujeres. Estos dos niveles están estrechamente unidos y, a menudo, los estereotipos de características tienen la función de legitimar los papeles que se espera que sean desempeñados por hombres y mujeres. Por ejemplo: las mujeres son consideradas más cariñosas y sensibles que los hombres, legitimando que sean tipificadas como las más adecuadas para el cuidado de niños y niñas.

Barberá (1998), basándose en diversas investigaciones, apunta que los hombres son, más a menudo, representados como independientes, competitivos, proveedores de finanzas, quienes toman la iniciativa con el sexo opuesto, musculosos y de voz grave. Las mujeres son representadas más como cálidas, emotivas, encargadas del cuidado de la prole y la cocina, elegantes y de estructura ósea pequeña. Aunque esta autora argumenta que en los resultados no excluyen a ninguno de los dos sexos de las características referidas, apuntan a que son mayoritarias las respuestas acordes con los estereotipos dominantes.

Fernández Villanueva (1989) afirma que la distorsión de la percepción de las diferencias de género “se acentúa cuando las diferencias entran como ítems perceptivos en el proceso de categorización social. Entonces empiezan a ser *percibidas como unidad, nombradas* como una categoría, *exageradas y evaluadas*. Y cada grupo sexuado utiliza esa categorización para sus propios fines, dependientes siempre del deseo de posicionarse con un determinado poder frente al grupo opuesto” (pp. 200-201). Lorenzi-Cioldi (1993), estudiando las desigualdades sociales entre hombres y mujeres, señala que éstas se hacen más visibles con la introducción de contextos fuertemente estereotipados – el trabajo doméstico como contexto privado y el trabajo fuera del hogar como contexto público. Varias autoras y autores han estudiado la dicotomía entre lo público y lo privado al referirse a los estereotipos de género (Bem, 1993; Eagly, 1987) relacionando los contextos con la asignación de papeles sociales tradicionales en una fuerte tipificación de género.

La identidad de género, en la significación social del mundo, fundamenta la división dicotómica del trabajo y de las actividades cotidianas. Históricamente se ha asignado a las mujeres las tareas y responsabilidades referentes a la crianza de los hijos e hijas y al cuidado y mantenimiento del hogar. Durante muchos siglos se ha venido educando a las mujeres para que ocupen “su lugar” en la comunidad. Un “lugar”, socialmente construido y adjudicado a las mujeres, que las limita a ser esposas, madres y amas de casa. A los hombres competen las tareas referentes a la producción de bienes fuera del hogar, con un desarrollo personal en los ámbitos públicos.

Con estos parámetros, la valorización social de los papeles de género es asimétrica y jerárquica, con un claro dominio de lo masculino y una desvalorización social de lo femenino. Esta distribución de papeles sociales implica una identidad de género fragmentada en las mujeres, en la medida en que el modelo que caracteriza su grupo de pertenencia sexual es infravalorado socialmente. Sau (1996) relaciona este proceso con la teoría de la “similitud percibida”, donde el grupo dominante (los varones) se percibe como un modelo al que el grupo dominado debe imitar. A la vez que el grupo dominado, las mujeres se ven divididas entre intentar imitar al grupo mejor valorado, y cumplir las expectativas asignadas a su propio grupo de pertenencia. Como afirma García Colmenares (2000), “desde edades tempranas, los niños se perciben a sí mismos como más fuertes y superiores,

mientras que consideran débiles e inferiores a las niñas, y les parece normal que las niñas quieran parecerse a ellos, y no al contrario. Asimismo, las niñas intentarán, por un lado, imitar al grupo mejor considerado, pero irán interiorizando, a la vez, los roles tradicionalmente considerados propios de las mujeres” (p. 45).

Diferentes investigaciones apuntan a una mayor rigidez en los papeles de género masculino, sobre los que hay un mayor control social para que no asuman marcas de género tipificadas tradicionalmente como femeninas (Barberá, 1998; Moya, 1993). Este proceso conlleva que los niños desarrollen la identidad de género con las marcas asignadas a lo masculino, basados en una mayor rigidez en los estereotipos de género; mientras que las niñas desarrollan una identidad más flexible y dual, asumiendo el modelo masculino en lo público, y reproduciendo los papeles considerados tradicionalmente femeninos, en el ámbito privado, donde lo privado, como ámbito de lo reproductivo, se ancla en la división sexual del trabajo y se legitima en los estereotipos de género como características intrínsecas a la condición femenina, volviendo al proceso de naturalización de las representaciones construidas socialmente, como hemos expuesto en el capítulo primero.

Camps (1998) se refiere a las identidades asignadas socialmente como “*identidades encontradas*”, a las que opone las “*identidades elegidas*”, como aquellas donde prevalecen en mayor medida las decisiones personales. Por ello, hay que partir de una comprensión de la identidad personal, no como un bloque homogéneo y compacto, donde la identidad es lineal, sino como un conjunto complejo, más o menos integrado, formado por identidades multidimensionales en permanente construcción, que se construyen a partir de las relaciones afectivas y sociales y de las actividades que cada persona experimenta en su entorno. Podríamos, partiendo de esta perspectiva de identidad personal, definir las *identidades encontradas* como las identidades de género asignadas a cada persona, por la familia y el entorno social, dentro de los moldes de lo socialmente conveniente, de los valores y papeles tradicionalmente asignados por la sociedad a varones y mujeres, marcados por los estereotipos de género. “Desde el nacimiento, mujeres y varones nos encontramos con una identidad de género asignada en función de las características biológicas. Las marcas de género se perciben desde los

primeros años, esperando que los niños sean movidos, fuertes, y las niñas dulces, quietas y obedientes...” (García Colmenares, 2000, p. 45).

Según Camps (1998), “hasta hace poco, la mujer se encontraba con una identidad que le impedía acceder a las identidades ‘elegidas’” (p. 91). Esta autora afirma que las mujeres quieren acceder a otras identidades, pero sin renunciar a la realidad femenina, que, siendo una parte importante de sus identidades, no lo es todo. Podríamos definir las *identidades elegidas* como aquellas identidades construidas a partir de las opciones que hacen las mujeres de inserción plena en la vida social y laboral de la comunidad, en el ejercicio de diferentes papeles sociales y profesionales, integrando las experiencias diversas en la construcción de una identidad personal compleja.

La falta de base empírica de la mayoría de las creencias sociales sobre las diferencias de género, ha sido evidenciada durante los últimos treinta años en la investigación psicológica (Hyde, 1981, 1984 y 1986; Maccoby y Jacklin, 1974). Sin embargo, el peso cultural de dichas creencias hace que se mantengan, a partir del principio de complementariedad de los sexos, en la función reproductora (Barberá 1998). Según Banch (2001), tanto a nivel del discurso y sobre todo al nivel de los comportamientos y prácticas sociales, existen fuertes resistencias para aceptar la resignificación de las relaciones e identidades de género, ya que éstas están ancladas en una memoria social patriarcal milenaria.

El movimiento feminista ha producido una verdadera revolución social, generando un cuerpo teórico específico, así como una práctica social que rompe los roles tradicionales de género, posibilitando la construcción de las *identidades elegidas*. Las transformaciones en la sociedad vienen haciendo que el papel de las mujeres sea cada vez más complejo y flexible. Las conquistas sociales para las mujeres se basan en el ensanchamiento de las posibilidades de intervención en el mundo, con nuevas funciones y actividades en los ámbitos públicos y productivos. Sin embargo, no todos los cambios son asumidos positivamente por las mujeres, sino que la complejidad en las funciones sociales de las mujeres vienen también acarreado problemas de fragmentación de la identidad, por el cúmulo de tareas cotidianas que asumen y que muchas veces generan conflictos y contradicciones. Por ejemplo, la mayoría de las mujeres encuentran dificultades para compatibilizar diferentes papeles sociales, como profesionales cualificadas, amas de casas, militantes

políticas... Además, la dificultad se amplifica si consideramos que los hombres no asumen en la misma medida sus responsabilidades en el ámbito doméstico.

Las teorías feministas vienen permitiendo un marco de análisis que intenta eliminar las limitaciones políticas y culturales, a la plena incorporación de las mujeres a todos los ámbitos de la sociedad. Entre tanto, es en la vida social cotidiana donde las conquistas han sido más visibles, aunque hay que señalar que más en lo público que en lo privado. Las posibilidades reales de inserción en el mercado laboral, los logros en la vida académica y profesional para millones de mujeres, han tenido un efecto demostrativo y multiplicador que viene cuestionando las bases de las tipificaciones de género tradicionales fundamentadas en los estereotipos.

Sin embargo, en el medio rural, estas transformaciones sociales han sido mucho más lentas y tardías que las experimentadas por las mujeres en las ciudades. Las mujeres rurales se vieron limitadas a las identidades encontradas durante mucho más tiempo. Así, la vía de la emigración se ha constituido en un atajo para ampliar las posibilidades de conquistas y cambios en la vida cotidiana, accediendo al mismo nivel que las mujeres urbanas. En una expresión muy ilustrativa, Whatmore (1991) afirma que las mujeres han “**votado con los pies**”, al utilizar la huida del medio rural como estrategia de cambio y al socializar a sus hijos, y sobre todo las hijas, para el desarraigo. Analizaremos, en el próximo apartado, las cuestiones específicas de género en el medio rural, intentando comprender los factores psicosociales implicados en esta “elección”.

## 4. TRANSFORMACIONES EN EL PAPEL DE LAS MUJERES EN EL MEDIO RURAL

### 4.1. La industrialización de la agricultura y la división sexual del trabajo agrario

La modernización de la agricultura y su integración en el mercado internacional, ha llevado a una transformación radical en los modos de producción tradicionales, en los cuales las mujeres tenían una *participación activa*. El modelo de producción mayoritario ha pasado a una agricultura



intensiva, más acorde con los modelos industriales y empresariales modernos. En este proceso de transformación se ha producido una apropiación masculina de la producción agraria, así como una revalorización del sector, con mayores cotas de poder y reconocimiento social y económico. Paralelamente, se ha producido la exclusión de las mujeres del sector productivo agrario y su reclusión al ámbito doméstico y a las funciones reproductivas, sin valoraciones sociales y económicas, aumentando su invisibilidad y su dependencia económica de los varones. Además, la pérdida de funciones sociales conlleva a una laguna en aspectos de constitución de la propia identidad social y personal, hasta entonces con un fuerte anclaje en las actividades de producción agroganadera.

Las mujeres, en los sistemas tradicionales de producción agraria habían tenido un papel activo en las labores productivas. Mientras las labores exigían gran cantidad de mano, las mujeres manejaban perfectamente la azada, la guadaña y el rastrillo. Con la modernización de la agricultura y su mecanización, que ha simplificado mucho el trabajo en el campo, las mujeres pasan a ocuparse del huerto para el autoabastecimiento del hogar, como extensión del trabajo doméstico. Los hombres se ocuparán de la producción destinada al comercio, transformando la actividad productiva en ingreso financiero y obteniendo reconocimiento social y mayor poder. Este proceso ha marcado las pautas de disociación entre “el **espacio de lo productivo** (conectado con el mercado, y por tanto fuente de poder, prestigio, autonomía, de existencia social en fin) y el **espacio reproductivo** (espacio del trabajo no mercantil, gratuito, inmensurable al no ser intercambiado, sin existencia social)” (Sampedro, 1996, p. 27).

Sin embargo, las mujeres asumen con exclusividad las tareas del espacio reproductivo, pero sin abandonar las tareas productivas y quedan relegadas al calificativo de “ayuda familiar agraria” en el campo de la producción, sin protagonismo social, pero como mano de obra invisible. Un estudio realizado por Vera y Rivera (1999) en España revela que un porcentaje muy alto de las mujeres (70,6 %), en cuyos hogares hay empresas agroganaderas, trabaja o ayuda en las labores de las mismas. Sin embargo, un porcentaje mucho menor de ellas (41%) participa en la toma de decisiones en la explotación. En este estudio, que investiga sobre la contribución invisible de las mujeres a la economía en el medio rural, se afirma que: “aunque la proporción de mujeres jóvenes de 16 a 24 años es menor que entre las mayores de 35 a 64 años, no obsta para que “echen

una mano” igual unas que otras. Ni siquiera el que haya hijos conviviendo en el hogar parece ser relevante respecto a no trabajar o no ayudar; diríase que, cuando hay un negocio familiar, las mujeres trabajan en él, sin distinción por subgrupos o segmentos de edad” (Vera y Rivera, 1999, p. 166).

Las mujeres que se ocupan de la ‘ayuda familiar’ en las explotaciones agro-ganaderas, ven cómo su actividad es asumida como una prolongación de las tareas domésticas, sin un reconocimiento como actividad laboral y productiva. El trabajo doméstico tiene una serie de ambigüedades que le hacen particularmente proclive a la invisibilidad y a la poca consideración social. No tiene una duración temporal, sino que se dilata indefinidamente durante todo el día y todos los días del año. Al no ser un trabajo remunerado, no hay una valoración cuantificable del cansancio, dedicación, esfuerzo y habilidades que conlleva. En el mismo sentido no admite ni bajas, ni despidos, ni tiene vacaciones, etc.

“La frontera entre el tiempo de ocio y el trabajo o descanso es, a veces, difícil de trazar para las amas de casa. El tiempo de descanso, e incluso de sueño, es con frecuencia tiempo de relativa vigilancia, sujeto a interrupciones y disminuciones en las familias con hijos pequeños o enfermos. Las festividades laborales no traen consigo disminución del número de horas trabajadas, sino que, a menudo, repercuten en un mayor trabajo doméstico por la presencia de los demás familiares en el hogar. Las vacaciones, que sólo disfruta parte de la población ocupada, también se convierten frecuentemente en épocas de considerable agobio doméstico para las amas de casa, que han de atender a un mayor número de servicios personales para su familia, con menos ayuda de servicios parafamiliares (colegios sobre todo) y utillaje doméstico (durante los desplazamientos). Finalmente, tampoco existe, en la mayoría de los casos, jubilaciones o retiros para las amas de casa, que les permitan disfrutar de un largo período sin obligaciones productivas, al alcanzar la edad reglamentaria (sesenta y cinco años, generalmente)” (Durán, 1987, p. 305).

Para las amas de casa, todas las actividades diarias se relacionan con lo doméstico, no se les reconoce desde el exterior otro tipo de necesidades, otros espacios o posibilidades de gestionar su tiempo, al margen de la familia y del hogar. Esto desemboca en situaciones dramáticas de aislamiento y soledad (Intxaurreaga; Iturritxa y Salazar,

1994). Incluso las labores en la explotación agraria son incorporadas a la rutina doméstica como una tarea más en el mantenimiento del hogar.

En la distribución de los papeles funcionales dentro de la familia y en la sostenibilidad del sistema productivo, las mujeres siempre han jugado un papel fundamental. Sin embargo, es un papel minusvalorado social y económicamente que se basa en las relaciones de poder entre géneros y en la división sexual del trabajo. Sampredo (1996) indica las *trampas que entrecruzan las cuestiones de género con las transformaciones del medio rural*, donde la organización familiar tiene un papel estructurador de la sociedad y de los sistemas productivos. La modernización de la agricultura convierte un espacio de producción familiar integral en un espacio de producción empresarial, entrando en los mercados de producción y de consumo capitalistas. Las relaciones de producción se transforman: hay una división funcional de las responsabilidades y de los papeles en los procesos de producción y en la titularidad de los medios de producción.

“La explotación familiar agrícola, adopta, en efecto, la forma de una empresa en la que uno de los miembros de la familia –designado como “jefe de explotación”– detenta el patrimonio familiar –ahora convertido en medio de producción– mientras el resto –con la categoría de “ayudas familiares”– aportan su trabajo gratuito. La esfera de la producción y de la reproducción tiende a disociarse, al menos en lo que a percepción social, derechos patrimoniales y jurídicos se refiere, categorizándose automáticamente, la primera como dominio masculino, y la segunda como ámbito femenino. El trabajo de la mujer, independientemente de su contenido concreto, se considera perteneciente al orden de lo doméstico, y consecuentemente su estatus social y profesional tiende a percibirse como derivado de su condición familiar –de esposa o hija de agricultor – y no de su papel o cualificación laboral” (Sampredo, 1996, p. 76).

Esto pone de relieve la importancia del papel de las mujeres en las explotaciones agrarias, que se basa en la dinámica familiar, como condicionante del futuro del sistema productivo, en buena parte del medio rural. Esta autora relaciona la fuga de mujeres del sector agrario con el rechazo a esta condición de “ayuda familiar agraria”, en el que las mujeres tienen un papel de trabajadoras invisibles y los hombres son los trabajadores reconocidos y reconocibles en las explotaciones familiares.

## 4.2. Estrategias femeninas de huida del medio rural

Las mujeres han utilizado estrategias claras para huir del medio rural y del papel tradicional que se les ha adjudicado. Utilizando la escolarización como herramienta fundamental para el cambio, fueron las madres las responsables de socializar a los hijos, y sobre todo a las hijas, para marcharse del pueblo. Los estudios sirvieron, y siguen sirviendo, de palanca para la independencia económica y el rechazo del estilo de vida agrario. Las madres han materializado sus aspiraciones de tener otro estilo de vida a través de sus propias hijas, priorizando los estudios de las hijas en detrimento de la participación en la actividad productiva agraria familiar. La vinculación de las hijas con las ciudades se ha dado principalmente a través de las instituciones educativas. Era prioritario tener una carrera para no tener que quedarse en el pueblo.

Este fenómeno ha sido estudiado por Díaz Méndez y Díaz Martínez (1995), analizando las trayectorias escolares de los hijos e hijas de ganaderos en Asturias. Las autoras han observado una clara diferenciación de género, marcada por una mayor presencia de las jóvenes rurales en la enseñanza superior. Las investigadoras identificaron, en las familias estudiadas, un vínculo muy estrecho entre las representaciones que tienen las madres de la “mujer de ganadero” y la orientación académica de las hijas. “Las madres, conocedoras de sus limitaciones como transmisoras de un modelo de mujer que no es el que ellas representan, optan por empujar a sus hijas hacia otras agencias socializadoras que les garanticen el aprendizaje de modelos femeninos urbanos. Hacen esto con un claro objetivo: alejarlas del destino al que por su origen están orientadas” (Díaz Méndez y Díaz Martínez, 1995, p. 208).

Podemos percibir claramente la manifestación de las *identidades encontradas* (Camps, 1998; García Colmenares, 2000), concepto que hemos desarrollado anteriormente, como el repertorio de posibilidades de desarrollo personal marcado por los estereotipos de género, que en este contexto sociocultural limita a las mujeres a los papeles sociales tradicionales de amas de casa, madres y ayudantes de los maridos en las explotaciones agrarias. Así mismo, el intento de las madres de que las hijas estudien y se marchen del pueblo está ligado a la construcción de las *identidades elegidas* (Camps, 1998), considerando los condicionantes económicos y sociales que

limitan las elecciones, pero abriendo posibilidades de nuevos papeles sociales y profesionales.

Las madres consideran que los estudios de las hijas son fundamentales para la independencia, como mínimo les abre más posibilidades para un matrimonio considerado mejor. Los matrimonios con ganaderos son mal vistos y considerados como un destino del que hay que ‘salvarlas’. También saben que la escuela va a transformar a sus hijas en mujeres urbanas, socializándolas para la vida en las ciudades. Muchos autores y autoras apuntan a los estudios como la vía de escape para las mujeres del medio rural, considerado como un entorno socioeconómico adverso a la mujer (Camarero, Sampedro y Vicente-Mazariegos, 1991; Díaz Méndez y Díaz Martínez, 1995; García Ramón, 1990; Sampedro, 1996; Navarro, 1999).

En coherencia con esta estrategia, la continuidad de la explotación familiar será responsabilidad de los varones. Normalmente, en las pequeñas explotaciones, esta responsabilidad recae sobre uno o dos de los hijos varones y los demás, o se marchan también a las ciudades, o se emplean en el pueblo, o los alrededores. Las pequeñas explotaciones no pueden garantizar el mantenimiento económico de todos los hijos y sus respectivas familias, así las familias tienden a preparar a uno de los miembros varones para el relevo, garantizando el sustento de los padres y de las hermanas que no encuentren alternativas en las ciudades. Según Díaz Méndez y Díaz Martínez (1995), todos los miembros de la familia suelen aceptar y apoyar las *estrategias educativas* de las madres para ‘urbanizar’ a las jóvenes, y además se fomenta con el progresivo alejamiento de las hijas de las tareas agrarias y ganaderas, provocando una socialización diferenciada para el desarraigo cultural y territorial.

“Las madres, antes que las hijas, se han rebelado, y lo han hecho a través de la única vía permitida en un medio familiar y social en el que ocupan una posición de subordinación: a través del ‘manejo’ del futuro de sus hijas. Su rebeldía ha dado fruto, la marcha de sus hijas es un viaje sin retorno” (Díaz Méndez y Díaz Martínez, 1995, p. 216). Sin embargo, el éxito en esta estrategia de fuga del medio rural ha generado por otro lado la soltería en los varones que se han quedado. Se han marchado las hijas, pero a la vez, las futuras nueras. El relevo generacional en el medio rural, hoy día, es ya inviable.

## 5. NUEVOS PAPELES PARA LAS MUJERES EN EL MEDIO RURAL

### 5.1. Las identidades femeninas y los procesos de desagrarización y multifuncionalidad del medio rural

Con las transformaciones en los sistemas productivos agrarios, en los que la modernización consigue una mayor producción con un mínimo de mano de obra, se ha producido un proceso de expulsión de la mujer del sector, como excedente de mano de obra, y, a la vez, la masculinización de las actividades agrarias. En el medio rural, un número cada vez mayor de la población activa se emplea en sectores no agrarios. Las mujeres están encontrando espacios laborales fuera de las explotaciones agrarias, introduciendo elementos de diversificación en la economía familiar. El sector servicios es el que más ha crecido en las últimas décadas en el medio rural, con una importante ocupación de mano de obra femenina. El número de mujeres empleadas formalmente en sectores no agrarios es abrumadoramente mayor que el de las mujeres agrarias. Sin embargo, la mayoría de las mujeres en el medio rural todavía asume el rol tradicional de 'ama de casa', que como hemos visto suele significar, además de las tareas domésticas y del cuidado de hijos/as y ancianos/as, el de ayuda familiar, sea en la explotación agraria o en el negocio familiar, como extensión del trabajo doméstico.

Pensar en las transformaciones del medio rural es pensar principalmente en dos procesos fundamentales: la desagrarización y la multifuncionalidad (Camarero, 1992, 1993 y 1997; Cruz y Red, 2000; García Bartolomé, 1993; Hervieu, 1997 y 1999; Ramos, 1999; Sampedro, 1996). En la medida en que las funciones del medio rural se van diversificando, la vinculación de hombres y mujeres a las nuevas actividades también está marcada por el género. El reparto y asunción de funciones y papeles en un contexto familiar y social viene siendo marcado por la desagrarización del medio rural y por las conquistas personales y laborales de las mujeres en la sociedad global, pero, al mismo tiempo, por un gran peso de los papeles tradicionales de género y el fuerte control social ejercido en los pequeños pueblos.

En palabras de Rosario Sampedro: “la desagrarización del empleo femenino sólo puede ser entendida, en definitiva, en el contexto de unos mercados de trabajo que demandan de forma creciente mano de obra femenina para actividades no agrarias, en los que se despliegan complejas estrategias familiares de adaptación a las nuevas condiciones agrarias y no agrarias, estrategias que moldean y son moldeadas por posiciones de género, de individuación, a la búsqueda de una mejora de la remuneración, la autonomía y el reconocimiento del trabajo femenino ” (1996, p. 31).

Oldrup (1999) ha realizado una interesante investigación en Dinamarca sobre la reconstrucción de las identidades de las mujeres rurales que, viviendo en explotaciones agrarias, sin embargo, trabajan fuera de la explotación en actividades no agrarias. La autora resalta la magnitud de las transformaciones en las actividades desarrolladas por las mujeres en el medio rural, - en Dinamarca, entre 1974 y 1994 se ha duplicado el número de mujeres rurales que trabajan fuera de las explotaciones agrarias, y de éstas el 76% está trabajando en el comercio (Oldrup, 1999). Estos datos reflejan importantes cambios en los elementos que sostienen la construcción de la identidad social de las mujeres rurales. En este contexto, la autora se propone investigar sobre la identidad de las mujeres que forman este colectivo de trabajadoras no agrarias, pero que viven de cerca la realidad del trabajo agrario. Las conclusiones de la investigación abogan por la existencia de distintas identidades de mujeres rurales, en un escenario cada vez más marcado por la diversificación y la multifuncionalidad.

A partir de la narrativa de las mujeres que viven en explotaciones agrarias sobre sus vidas cotidianas, Oldrup (1999) ha identificado cuatro temas dominantes, que constituyen elementos significativos en la construcción de las identidades sociales en estas mujeres:

1. Construcción de la identidad en relación con el propio “hogar”:

En las entrevistas, la autora ha observado que la relación de las mujeres con sus hogares no es sencilla y tiene un significado importante en la construcción de sus identidades personales. En este sentido, una cuestión planteada por varias mujeres es la imposibilidad de elección del lugar donde se ubicará el hogar familiar, que suele estar condicionado, a priori, por el trabajo del marido en la explotación

agraria familiar. En muchos casos, vivir con un agricultor/ganadero implica vivir en la explotación agraria con la familia de él, donde las mujeres sienten limitada su capacidad de decisión sobre cuestiones referentes al propio hogar, asumiendo unos espacios físicos y papeles sociales organizados con anterioridad a su llegada.

## 2. Negociación en la división generizada del trabajo:

Las mujeres expresan que siguen teniendo toda la responsabilidad en la mayor parte del trabajo doméstico. Sin embargo, procuran construir sus identidades en oposición al modelo tradicional de ama de casa, manifestando reiteradamente no sentirse satisfechas con la rutina del trabajo doméstico y mantener expectativas de que los compañeros vayan asumiendo parte de las labores de la casa. Por otro lado, las experiencias con los hijos e hijas son vividas como muy gratificantes.

## 3 Negociaciones sobre trabajo y ocio en la vida cotidiana:

El estilo de trabajo de las explotaciones agroganaderas, sin horarios, ni días libres, ni vacaciones, y la falta de tiempo para el ocio en la familia, es un tema muy importante en el discurso de las mujeres entrevistadas. Éstas viven la dedicación del marido a la explotación agraria como la cuestión prioritaria para él, que se hace incompatible con las actividades de ocio familiares. Así, las mujeres acaban incorporando a sus funciones la responsabilidad por las actividades sociales y lúdicas de la familia.

## 4. Participación en grupos de mujeres:

Un tema importante para las entrevistadas, es su implicación en grupos de estudio de mujeres, que debaten sobre temas de interés para las participantes. En Dinamarca están surgiendo con fuerza grupos de mujeres vinculadas a las explotaciones agrarias, que debaten, entre otros temas, sobre las especificidades de su realidad cotidiana. Éstas están compartiendo experiencias y construyendo un conocimiento común, ayudándose a formular estrategias individuales y colectivas para



solucionar dificultades cotidianas. En el medio rural es muy frecuente la existencia de asociaciones de amas de casa, sin embargo, las mujeres rurales que se oponen a construir su identidad personal a partir del rol de ama de casa están completamente desvinculadas de estas asociaciones, que están formadas cada vez más por mujeres mayores. Sin embargo, se está generando una mayor variedad de tipologías de asociaciones de mujeres en los territorios rurales.

Esta investigación deja patente, entre otras cuestiones, la diversidad de parámetros y referencias, a partir de las cuales las mujeres rurales están construyendo sus identidades -identidades elegidas-. Las referencias personales identitarias se alejan cada vez más de los papeles tradicionales de género -identidades encontradas-, la diversidad de actividades y funciones sociales asumidas por las mujeres, tanto en el contexto doméstico como en el ámbito público, marcan posibilidades distintas de desarrollo personal.

## **5.2. Los nuevos yacimientos de empleo en la construcción de nuevos papeles sociales y profesionales**

Las nuevas funciones sociales del medio rural, más vinculadas a la calidad de vida, al ocio y a la conservación del patrimonio natural y cultural, como hemos expuesto en el capítulo anterior, están generando una reestructuración de las actividades productivas, con una ampliación del abanico de posibilidades de inserción económica de las mujeres. Tal como indica Lucas (2000) en un estudio sobre formación profesional y otros yacimientos de empleo, “uno de los ámbitos de los Nuevos Yacimientos de Empleo más desarrollados es el ámbito de los servicios de la vida diaria” (p. 287). En el medio rural, éstos están muy vinculados a los servicios a la población local y al turismo rural, siendo las mujeres las protagonistas en estos sectores. El envejecimiento de la población rural viene fomentando la proliferación de residencias y centros de atención a ancianos/as, en los que la plantilla laboral está compuesta, en su gran mayoría, por mujeres. Las artesanías agroalimentarias, la restauración, las pequeñas industrias, entre otros, son sectores con una amplia participación femenina.

El turismo rural y sus actividades complementarias viene siendo el gran escaparate de las transformaciones del medio rural y de vinculación rural-urbano. En la gran mayoría de los establecimientos de turismo rural, son las mujeres las que llevan las riendas del trabajo cotidiano y de la gestión. Curiosamente, en muchos establecimientos de turismo rural, el titular es un varón, siendo, sin embargo, la mujer la que trabaja y gestiona el negocio. Afortunadamente en los últimos años, con los incentivos al empleo femenino, esta tendencia se empieza a invertir. Actualmente, cuando las mujeres promueven una iniciativa de turismo rural asumen la titularidad, y en muchos casos, aunque pretendan trabajar los dos miembros de la pareja, la titularidad recae en las mujeres por las ventajas económicas y el apoyo institucional que se viene prestando.

La mayor inserción de las mujeres en los nuevos yacimientos de empleo puede estar relacionada con la proximidad entre éstos y el trabajo doméstico. Para muchas mujeres el turismo rural no representa una profesionalización real, sino simplemente una prolongación de las tareas del hogar, en la medida en que se amplían las tareas y servicios a la propia familia (limpieza, cocina, atención personal...), a los clientes y ambientes de los alojamientos turísticos. Sin embargo, es importante reconocer que la incorporación de las mujeres a estos sectores, al menos, ha aumentado la visibilidad y el reconocimiento del trabajo femenino. Así mismo, el turismo rural y otros yacimientos de empleo posibilitan a las mujeres un protagonismo en las relaciones públicas comerciales y en las aportaciones económicas a la renta familiar. García Ramón *et al.* (1995) apunta lo paradójico que supone que sea precisamente su rol de género tradicional lo que le ha facilitado a las mujeres la incorporación al turismo rural.

Estas nuevas actividades, que mantienen en cierta medida los estereotipos de género y que suponen más trabajo y esfuerzo añadido a las tareas cotidianas, también tienen aspectos muy positivos. Quizás, el más significativo sea el de permitir romper el círculo de aislamiento sobre las mujeres en los pueblos más pequeños, posibilitando un nivel de relaciones sociales y de intercambios con las ciudades que enriquecen la vida cotidiana. Por otro lado, permite a las mujeres mayor independencia económica y una participación visible en los ingresos familiares. Estos aspectos son fundamentales para la autonomía y la autoestima de las mujeres, una vez que su labor recibe una cuantificación financiera y un reconocimiento social.

De forma muy vinculada con las hipótesis de nuestro trabajo, parece ser que la incorporación de las mujeres a las actividades productivas, relacionadas con el turismo rural, facilita un cambio en la apreciación del propio entorno y en las actitudes hacia él. García Ramón *et al.* (1995), en el estudio sobre “Trabajo de las mujeres, el turismo rural y la percepción del entorno”, parten de la hipótesis de que “la implicación de las mujeres en el turismo rural, les ha llevado a una mayor sensibilización respecto al entorno inmediato (la casa, el jardín y la explotación) y al valor paisajístico de la zona, lo que las convierte en destacadas ‘conservadoras’, y al mismo tiempo ‘promotoras’ del paisaje y del medio ambiente” (p. 118).

En el presente estudio, hemos procurado identificar en qué medida las mujeres emprendedoras, entendidas como aquellas que son responsables de iniciativas empresariales vinculadas a los nuevos yacimientos de empleo, tienen una representación del medio rural, en el que habitan, distinta de otros grupos de mujeres del mismo entorno. Pero además, creemos que la implicación en el turismo rural o en actividades complementarias permite no sólo construir una representación más positiva de su propio entorno, sino también de su grupo social de pertenencia, así como cambiar, en cierta medida, la percepción de las valoraciones atribuidas a los agentes externos, por ejemplo en cómo perciben que lo rural y los pueblos están siendo revalorizados por la gente que vive en las ciudades.



## IV – Perfilando la Investigación

### 1. PLANTEAMIENTOS INICIALES

Las primeras cuestiones que orientan nuestra investigación empiezan a gestarse a partir de la reflexión teórica y práctica sobre la realidad del medio rural en España y los programas de desarrollo rural fomentados por la Unión Europea. Uno de los objetivos claves de las estrategias de desarrollo rural es la fijación de población en los territorios rurales, cuyo problema acuciante es el despoblamiento, fruto del éxodo rural (Camarero, 1993 y 1997; Cruz y Red, 2000; Entrena, 1998; García Bartolomé, 1993 y 1999; García Sanz, 1998a; entre otros). Como hemos expuesto detenidamente en el segundo capítulo, la pérdida de capital humano ha desencadenado una situación de desertificación humana y de anquilosamiento de las estructuras económicas y sociales del medio rural, que ya es casi irreversible.

Ante esta situación, nuestra primera pregunta ha sido: ¿por qué se marcha la gente de los pueblos? Las intervenciones de la Unión Europea en el desarrollo rural responden a esta cuestión desde una perspectiva económica, entendiendo que la población que se marcha del medio rural lo hace por condicionantes económicos, y con un principio muy sencillo: si hay dinero y hay empleo, la población rural no se va a marchar de su medio. Sin embargo, aun así, la gente del medio rural sigue marchándose a las ciudades, y la población sigue disminuyendo. En nuestras reflexiones, nos preguntamos qué otros factores están influyendo en estas decisiones y aspiraciones hacia las ciudades, y en qué medida actúan factores de orden psicosocial en la construcción de la ruralidad actual. Centramos la atención en la construcción de las significaciones y representaciones sociales sobre lo rural y lo urbano, empezando a identificar una imagen despectiva de lo rural y de sus pobladores y una idealización de lo urbano, corroborada y profundizada por la lectura de diferentes autores (Chamboredon, 1980 y 1985; Entrena, 1998; Froehlich, 2000; González y Camarero, 1999; Halfacree, 1993). Nos preguntamos ¿qué representaciones sociales se han construido sobre la ruralidad y cómo éstas se vienen transformando? ¿Qué representaciones tienen las mujeres sobre lo rural y lo urbano?

Se ha visto que el éxodo rural tiene un claro componente de género, en la medida en que afectó más a las mujeres que a los hombres, llevándolas a las ciudades. Es fundamental para la revitalización del medio rural que haya mujeres en los pueblos. Entonces, la consecuente pregunta lógica: ¿Por qué se marcharon más las mujeres del medio rural? Whatmore (1991) apunta a la elección de la vida en la ciudad como una forma de rechazo a la situación de las mujeres en el medio rural, fuertemente atadas a papeles tradicionales de género. Vinculadas al cuidado de la casa y de los niños/as, las mujeres también han tenido siempre un papel fundamental, aunque invisible, en las tareas productivas del campo (Camarero, Sampedro y Vicente-Mazariegos, 1992; Sampedro, 1996; Vera y Rivera, 1999). Pero estas tareas, que hoy en día llamaríamos de 'doble jornada', no son reconocidas como trabajo productivo, sino como extensiones del trabajo doméstico. Así, nos preguntamos ¿en qué medida se relacionan las significaciones y representaciones sociales de la ruralidad, construidas por las mujeres rurales, con sus papeles sociales y laborales en ese contexto?

El medio rural viene sufriendo importantes transformaciones en las últimas décadas, pasando de estar determinado exclusivamente por la agricultura, a una amplia diversificación productiva y cultural (Cruz y Red, 2000; García Bartolomé, 1993). En este sentido, nos planteamos ¿en qué medida se están transformando las representaciones sociales de lo rural para las mujeres de la Montaña Palentina?; ¿qué nuevos contenidos y afectos se están vinculando a la ruralidad, a partir de esas nuevas funciones, que lo rural va adquiriendo para la sociedad urbana?

También es importante destacar la verdadera revolución que ha habido en nuestra sociedad en cuanto a la inserción de la mujer en todos los ámbitos, públicos y privados. Las mujeres están rompiendo con los moldes tradicionales y asumiendo protagonismo en una diversidad de papeles sociales y laborales. En el medio rural, las mujeres están poniendo en marcha iniciativas empresariales vinculadas a los nuevos yacimientos de empleo, como el turismo rural, las artesanías o el cuidado a personas dependientes. Nos cuestionamos sobre los efectos de esas nuevas funciones y actividades, en la construcción de las identidades sociales de género, y en la construcción de las identidades de 'mujer rural'. Con tan significativas transformaciones, tanto en los contextos de ruralidad como en el papel de las mujeres en estos contextos, nos cuestionamos sobre las

transformaciones en las representaciones e identidades sociales, construidas con estas urdimbres.

Así, con todos estos interrogantes, nos planteamos una investigación situada en la Montaña Palentina, donde venimos trabajando desde 1994. El objetivo principal de esta investigación es analizar las transformaciones en el papel social de las mujeres del medio rural y los contextos que intervienen en la construcción de sus identidades sociales, identificando las valoraciones de lo rural y lo urbano como espacios vitales de referencia y sus posibles relaciones con el éxodo rural femenino. Además, procuramos identificar las estrategias femeninas de huida del medio rural empleadas en la zona y sus relaciones con los papeles tradicionales de género.

A partir de nuestras reflexiones y lecturas iniciales, y sobre todo del contacto cotidiano con las mujeres de la Montaña Palentina, planteamos cuatro hipótesis iniciales, que guiaron el trabajo de investigación:

1. Las mujeres de la Montaña Palentina comparten representaciones sociales más despectivas sobre el medio rural que sobre el medio urbano.
2. Las representaciones sociales sobre el medio rural constituyen factores relevantes en la decisión de emigrar, o no, hacia la ciudad.
3. Las representaciones sociales sobre la ruralidad se están transformando con la introducción de valores posmodernos vinculados a las nuevas funciones del medio rural, en el que las mujeres están adquiriendo un protagonismo ascendente.
4. Los nuevos roles de las mujeres en el medio rural posibilitan un proceso de ruptura con las representaciones sociales tradicionales y la construcción de alternativas de participación socioeconómica femenina en las sociedades rurales postindustriales.

## 2. BREVE DESCRIPCIÓN DE LA INVESTIGACIÓN

El contraste de las hipótesis en la presente investigación se ha desarrollado en dos partes complementarias y sucesivas. En la primera

parte se emplean técnicas cuantitativas, y en la segunda técnicas cualitativas, como pasamos a describir brevemente.

## **2.1. Primera Parte de la Investigación**

Esta fase de la investigación, de naturaleza cuantitativa, está diseñada para identificar y analizar las valoraciones que las mujeres de la Montaña Palentina atribuyen a lo rural y lo urbano como contextos vitales de referencia. Optamos por la metodología cuantitativa, que nos permite, en un primer momento, una exploración amplia con un número significativo de participantes, para posteriormente profundizar en las cuestiones identificadas, con una muestra más reducida. Así mismo, queríamos contrastar la relevancia del problema inicialmente planteado y de las hipótesis de partida, con una muestra amplia de mujeres, antes de centrarnos en un pequeño grupo para indagar los contenidos de las representaciones sociales y sus relaciones con la inserción social y laboral de las entrevistadas.

Así, hay que destacar la importancia que tiene en esta investigación la aprehensión de los significados sociales y personales de la ruralidad y de los papeles de género, y el discurso, como vehículo de los mismos. Parker (1992) afirma que los discursos remiten a la idea de que los sistemas de significados son estructuras relativamente constantes que organizan la subjetividad. En el estudio de las representaciones sociales, el lenguaje es un elemento fundamental, tanto en el propio proceso de construcción de las representaciones como en la aprehensión y comprensión de los significados socialmente elaborados. En un primer momento, para poder captar diferentes aspectos de los discursos sobre lo rural y lo urbano, que se constituyen en las relaciones entre diferentes colectivos y que participan en la construcción de las identidades sociales de los miembros de los diferentes grupos de pertenencia, realizamos un intento de cartografiar las representaciones sociales sobre dichos objetos sociales. Elaboramos un instrumento a partir del Diferencial Semántico, desarrollado por Osgood, Suci y Tannenbaum a finales de los años cincuenta. Partimos, así, de un instrumento ampliamente utilizado en investigación social, que permite ubicar los conceptos en el espacio semántico de los participantes de la investigación, en este caso, comparando principalmente las valoraciones atribuidas por tres grupos de mujeres (amas de casa, estudiantes y emprendedoras) a los diferentes conceptos.



Esta primera parte de la investigación está diseñada en dos etapas sucesivas. En la primera etapa, las participantes contestan un conjunto de escalas del Diferencial Semántico, atribuyendo sus propias valoraciones a partir de los siguientes conceptos/estímulo: “rural”, “urbano”, “pueblo”, “ciudad”, “gente de pueblo” y “gente de ciudad”. En una segunda etapa, las mismas participantes atribuyen puntuaciones a las escalas, a partir de cómo imaginan que contestarían los urbanos valorando los siguientes conceptos: “rural”, “pueblo” y “gente de pueblo”. Con estos procedimientos, procuramos identificar y analizar el contraste entre las valoraciones atribuidas por las participantes al propio grupo de pertenencia, y las proyecciones de las valoraciones atribuidas al mismo grupo de pertenencia, por los urbanos, como grupo culturalmente dominante. Sabemos que en el proceso de comparación intergrupala, las representaciones de los grupos dominantes son referencias importantes para la construcción de las valoraciones del propio grupo (Capozza, Bonaldo y Di Maggio, 1982; Montero, 1990 y 1994; Tajfel, 1984).

La principal variable independiente en esta investigación es la actividad laboral de las participantes: amas de casa, estudiantes o emprendedoras. Pero también tomamos como covariables: la edad, el nivel de estudios, el tamaño del lugar de residencia (si reside en pueblos de más de 2000 habitantes o de menos de 2000 habitantes), y el tiempo de residencia en pueblos o ciudades (si ha residido más tiempo en pueblos o en ciudades, o si siempre ha residido en pueblos, considerando pueblos las unidades de población de menos de 10.000 habitantes). La combinación de las variables independientes permite la formación de subgrupos y la comparación de las valoraciones atribuidas por las participantes a los diferentes conceptos.

### 2.1.1. Diseño de la muestra

Para el diseño de la muestra, elegimos un muestreo no probabilístico, basado en criterios, considerando que las características de los subgrupos de población son más relevantes para esta investigación que la pretensión de generalización de los resultados, no justificándose un muestreo aleatorio (Goetz y LeCompte, 1988). En la primera parte de la investigación, la muestra está compuesta por 111 mujeres mayores de 16 años, divididas en tres grupos: emprendedoras (21), amas de casa (39), y estudiantes (51).

La muestra total está compuesta por 111 mujeres, que representa algo más del 1% de la población total de mujeres con edades entre 16 y 74 años residentes en la Montaña Palentina (Instituto Nacional de estadística – I.N.E., 1998). La Montaña Palentina tiene, según el padrón municipal de 1998 (Instituto Nacional de Estadística – I.N.E.), una población total de 28.567 habitantes, de los cuales, 14.197 son mujeres.

El primer grupo, de mujeres emprendedoras, está compuesto por la totalidad de las mujeres que, a partir de los Programas Europeos desarrollados en la Montaña Palentina (LEADER I, LEADER II e Iniciativa Comunitaria NOW), son las titulares de alguna iniciativa empresarial vinculada a los nuevos yacimientos de empleo (turismo rural, artesanía y agroalimentación). La muestra de emprendedoras está formada por 21 mujeres, con edades comprendidas entre 23 y 65 años, con una media de 37,57 años. El grado de juventud es alto entre el grupo de emprendedoras, ya que el 71,4% de las mujeres tienen menos de 40 años. En cuanto a los estudios, el grupo se reparte entre los tres niveles, de forma más o menos equitativa: el 28,6% ha realizado estudios primarios o EGB, el 38,1% ha realizado educación secundaria y el 33,3% terminó estudios universitarios. Hay que destacar que es el grupo con mayor proporción de universitarias. El 90,5% de las emprendedoras que participan en la investigación reside en pueblos de menos de 2000 habitantes, hecho que se debe a la prioridad dada a los pequeños pueblos en los programas de desarrollo que se ha ejecutado en la Montaña Palentina en los últimos años, así como al interés que tenemos en centrar la investigación en los núcleos más despoblados.

Entre las emprendedoras, la mayoría ha vivido algún tiempo en ciudades, y sólo el 23,8% siempre ha vivido en pueblos de menos de 10.000 habitantes. El 28,6% ha vivido más tiempo en ciudades que en pueblos, y casi la mitad de la muestra (47,6%) ha tenido la experiencia de haber vivido en ciudades, pero han vivido la mayor parte de sus vidas en un pueblo.

El segundo grupo está formado por amas de casa, como prototipo del papel tradicional de género atribuido históricamente a las mujeres. La muestra de amas de casa se extrajo de la totalidad de asociadas de la “Asociación de Amas de Casa de Cervera de Pisuerga”, y de las participantes de las Escuelas de Madres de Cervera de Pisuerga y Aguilar

de Campoo, en función de la disponibilidad de las mismas para responder a la encuesta. La elección de la Asociación de Amas de Casa de Cervera de Pisuerga se debe al hecho de que la adscripción de las mujeres a esta asociación, marca en cierta medida, una autodefinición identitaria. La elección de participantes de Escuelas de Padres y Madres tiene por objetivo reducir el sesgo de edad observado en la elevada edad media de las participantes de la Asociación de Amas de Casa, eligiendo un grupo de madres jóvenes de niños y niñas de educación primaria, que en la encuesta se autodefinen como amas de casa.

La muestra de amas de casa está compuesta por 39 mujeres, con edades entre 30 y 73 años, siendo la media de edad de 43,21 años, que, como se puede observar, es significativamente más elevada que en los demás grupos. En cuanto a los estudios, el nivel académico es menor que entre las emprendedoras: el 51,3% de las mujeres tiene formación primaria o EGB; el 35,9% ha finalizado la enseñanza secundaria y el 12,8% tiene estudios universitarios. La mayoría de amas de casa encuestadas reside en pueblos de menos de 2.000 habitantes, y el 33,3% de ellas residen, en pueblos de entre 2.000 y 10.000 habitantes. El 41% siempre ha vivido en pueblos pequeños, el 38,5% ha vivido más tiempo en pueblos, aunque haya tenido la experiencia de vivir algún tiempo en una ciudad, y el 20,5% ha vivido más tiempo en ciudades que en pueblos.

El tercer grupo está formado por la totalidad de alumnas del 4º curso de Educación Secundaria Obligatoria y de los Ciclos Formativos, ubicados en Aguilar de Campoo, como Instituto de la cabecera de la comarca, considerando que este colectivo busca una inserción futura en el mercado laboral, tanto local como en las ciudades.

El grupo de estudiantes es obviamente el más joven, con mujeres de edades entre 16 y 41 años, con una media de edad de 20,37 años. El 56,9% de las estudiantes reside en pueblos de menos de 2.000 habitantes, y el 43,1% reside en Aguilar de Campoo, que es cabecera de comarca. La mayoría de las encuestadas (78,4%) siempre ha vivido en pueblos, el 11,8% han vivido algún tiempo en ciudades, y el 9,8% han vivido más tiempo en ciudades que en pueblos.

### 2.1.2. El instrumento

El instrumento utilizado en la primera parte de esta investigación está construido a partir del Diferencial Semántico, que fue ideado por

Osgood, Suci y Tannenbaum, a mediados de los años cincuenta, como forma de medir el significado de conceptos. Diferentes autores han utilizado el Diferencial Semántico en el estudio de las representaciones sociales, reconociendo la validez de los principios planteados por Osgood, Suci y Tannenbaum (1957/1976): “el parentesco semántico de los conceptos puede ser medido por medio de la distancia que les separa en el seno del mismo campo semántico. Su técnica es la del Diferencial Semántico: es suficiente medir la similitud de conceptos que nos interesan con un conjunto de otros conceptos seleccionados...” (Di Giacomo, 1987, p. 286).

La dimensionalidad del espacio semántico ha sido estudiada por Osgood, Suci y Tannenbaum (1957/1976), que han realizado sucesivos análisis factoriales y correlacionales a partir de las escalas y conceptos que emplearon en el Diferencial Semántico. Los resultados de dichos análisis revelaron la existencia de tres factores o dimensiones que explicaban, predominantemente, la significación de los conceptos. Estas tres dimensiones fueron denominadas: Evaluación, Potencia y Actividad. Según los autores, la dimensión evaluativa es la que está más claramente definida, y explica la mayoría de las escalas. Estas tres dimensiones han sido verificadas y reproducidas posteriormente en numerosos estudios. Bechini (1986), corroborando los estudios de Osgood, y aplicando sistemáticamente la técnica, en estudios en lengua castellana y catalana, presenta los pesos factoriales de 60 escalas del Diferencial Semántico, correspondientes a las tres dimensiones antes referidas, reconociéndolas como las más significativas.

Por ser un instrumento sobradamente conocido y validado en psicología, no nos detendremos en más explicaciones generales, sino que pasamos a describir concretamente el instrumento que se ha utilizado en la presente investigación, sus conceptos, escalas distribuidas por dimensiones, así como el trabajo de campo.

Los conceptos o estímulos:

Como hemos adelantado ya, se eligieron seis conceptos/estímulo, para la primera parte de la aplicación del Diferencial Semántico: rural, urbano, pueblo, ciudad, gente de pueblo y gente de ciudad; y se repiten tres de estos conceptos en la segunda aplicación: rural, pueblo y gente de

pueblo. En esta segunda aplicación de las escalas, los sujetos deben responder poniéndose en lugar de los habitantes de las ciudades, y les pedimos que contesten cómo creen que contestarían los urbanos, al valorar los conceptos relacionados con lo rural. Presentamos el instrumento completo, tal cual fue utilizado en la investigación, en el Anexo 1.

Las escalas bipolares:

Para cada concepto se presenta un conjunto de escalas bipolares, con siete (7) puntos de intervalo, formado por 20 pares de adjetivos antónimos extraídos de las listas propuestas por Osgood et al. (1957/1976) y por Bechini (1986), en función de su relevancia con relación a los conceptos presentados. Las escalas utilizadas son iguales para todos los conceptos, y las valoraciones asignadas a los intervalos van de 1 a 7. El orden de presentación de las escalas y las direcciones de los adjetivos obedecen a criterios de aleatoriedad en ambos casos, y con la disposición al azar, procuramos reducir posibles sesgos.

Como hemos comentado, Osgood et al. (1957/1976) identificaron la existencia de tres factores o dimensiones principales, que agrupaban las escalas y explicaban la significación en las varianzas. Las dimensiones fueron identificadas como: Evaluación, Potencia y Actividad.

Las escalas elegidas para este estudio en cada dimensión son:

EVALUACION	POTENCIA	ACTIVIDAD
- bueno-malo	- flexible-rígido	- caliente-frío
- bonito-feo	- rápido-lento	- activo-pasivo
- agradable-desagradable	- fuerte-débil	- abierto-cerrado
- imperfecto-perfecto	- ligero-pesado	- viejo-joven
- alegre-triste		- hábil-torpe
- pobre-rico		
- abundante-escaso		
- perezoso-trabajador		
- inteligente-tonto		
- aburrido-divertido		
- educado-grosero		

El trabajo de campo en esta primera parte de la investigación se desarrolló de febrero de 2000 a mayo de 2001, después de una aplicación piloto del cuestionario, y el análisis se realizó con la utilización del paquete estadístico SPSS. El trabajo analítico consistió en la comparación de las medias de las valoraciones por grupos y subgrupos de participantes, considerándose para la formación de los grupos de comparación las variables independientes anteriormente descritas: actividad laboral, edad, nivel de estudios, lugar de residencia y tiempo de residencia en pueblos y en ciudades. Se han efectuado dos tipos de comparaciones: primero, comparándose entre las valoraciones atribuidas por un mismo grupo a los diferentes pares de conceptos: rural-urbano, pueblo-ciudad y gente de pueblo-gente de ciudad. Para medir la significación de las diferencias entre las medias y las desviaciones típicas en estos casos, se aplicó el test “t” de Student, para variables independientes. El segundo tipo de comparaciones de medias se ha establecido comparando entre las valoraciones atribuidas a un mismo concepto por los tres subgrupos de participantes. En estos análisis, para medir la significación de las diferencias entre las medias se aplicó la prueba ANOVA de un factor. El nivel de confianza utilizado ha sido, en todos los casos, del 95% y el margen de error de 0,05.

## **2.2. Segunda Parte de la Investigación**

A partir de los resultados del Diferencial Semántico, aplicado en la primera parte, y de las reflexiones teóricas y metodológicas previas, ubicamos las estrategias y métodos cualitativos de investigación. Utilizamos la complementariedad entre las técnicas cuantitativas y cualitativas, aunque con una clara elección de la metodología cualitativa como estrategia de comprensión de la realidad social en sus detalles y matices, que son aquellos aspectos que construyen y mantienen las redes de significaciones y las prácticas sociales.

### **2.2.1. El Estudio de Casos**

En la segunda parte de esta investigación, elegimos el diseño de estudio de casos múltiples, con las entrevistas en profundidad y los grupos

de discusión como instrumentos de recogida de datos. El estudio de casos múltiples consiste en una forma particular de recoger, organizar y analizar datos (Patton, 1980). En general, existe acuerdo en que el estudio de casos implica un proceso de indagación que se caracteriza por el examen detallado, comprehensivo, sistemático y en profundidad del caso objeto de interés (Coller, 2001; García Jiménez, 1991).

Optamos por un estudio de casos múltiples, contrastando las historias y opiniones de diferentes mujeres, rastreando las representaciones sociales y sus contextos de construcción. Optamos por utilizar, en un primer momento, la técnica de las entrevistas en profundidad, y, en un segundo momento, formamos dos grupos de discusión con mujeres de la Montaña Palentina, haciendo siempre del discurso, el vehículo de captación de la realidad a analizar. Pero sobre todo, elegimos estas técnicas con la convicción de que son las propias mujeres las que deben expresarse sobre las cuestiones que les atañen, reforzando al mismo tiempo la reflexión sobre sus condiciones existenciales y opciones personales. Procuramos avanzar en el estudio de las representaciones sociales construidas sobre el medio rural, pero también perfilar la percepción de las protagonistas sobre su propio papel social, y el de las mujeres en general, en este entorno. Las entrevistas se focalizan en 3 grupos de mujeres, siguiendo las pautas de la primera parte: emprendedoras, amas de casa y estudiantes. Los grupos de discusión se organizan con amas de casa y con emprendedoras, después de observar que los discursos construidos por estos dos grupos presentan mayores contrastes.

En la selección de los casos, procuramos atender a los criterios de variedad, abarcando una gama amplia de posibilidades de estilos de vida de las mujeres en los entornos rurales, y de equilibrio, procurando contemplar las características sociológicas de las diferentes muestras descritas en la primera parte de la investigación. Sin embargo, reafirmamos no pretender una muestra representativa, que permita una generalización, sino que buscamos la riqueza de las experiencias. Para la realización de las entrevistas, seleccionamos a 17 mujeres: seis emprendedoras, seis amas de casa y cinco estudiantes. Posteriormente, para contrastar y profundizar la información de los relatos obtenidos en las entrevistas, realizamos dos grupos de discusión, uno con cinco amas de casa, y otro con cinco emprendedoras. Para preservar la identidad de las participantes y sus opiniones, omitimos sus nombres y asignamos a cada caso una etiqueta, que

se compone por un número de orden que va precedido de una clave designando el grupo al que pertenece: emprendedoras (EM), amas de casa (AC) y estudiantes (ES).

### 2.2.2. El papel de la investigadora

Llegados a este punto, es importante ubicar el papel de la investigadora en relación con la comarca investigada. Desde 1994 la investigadora vive en un municipio de la Montaña Palentina, de 120 habitantes, y participa en la ejecución del programa de desarrollo rural de esta comarca, integrado por diferentes proyectos de intervención social y económica, gestionando programas europeos. En este marco, ha coordinado proyectos de formación básica, de formación ocupacional orientados a los nuevos yacimientos de empleo, proyectos de inserción sociolaboral orientados a la población de jóvenes y mujeres, etc. En estos años de trabajo, siempre hemos hecho hincapié en la participación activa de la población en los proyectos y en la cooperación de todos los agentes sociales que actúan en el territorio, como estrategia, y a la vez, como objetivo de la intervención (Cruz, 1998; Cruz y Aguilar, 2002).

Desde 1997, desarrollamos un trabajo específico con las mujeres de la Montaña Palentina, con el objetivo de fomentar la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, y apoyar la inserción sociolaboral de las mujeres. Este trabajo empezó en el marco de la Iniciativa Comunitaria "NOW", gestionado por la Federación de Asociaciones para el Desarrollo de la Montaña Palentina (ADEMPA.) (Cruz, 2000).

Estos años de trabajo y de vida en la Montaña Palentina, nos permitieron conocer a fondo la realidad de esta comarca rural y de sus habitantes. No llegamos a un campo desconocido a empezar una investigación, al contrario, la investigación surge de la problemática cotidiana de las experiencias vividas en este contexto social y cultural. Identificamos el problema de nuestra investigación a partir de la interrelación con los habitantes de la Montaña, y también con los habitantes de las ciudades, como observadora privilegiada de las relaciones, comportamientos y contextos. El acercamiento a las mujeres para la investigación está respaldado por un trabajo previo, legitimado y avalado por la participación de la población.



Por supuesto, la implicación personal de la investigadora en el contexto investigado puede restar objetividad a las miradas y análisis realizados sobre los datos sociales. Sin embargo, creemos que no puede ser más objetiva la mirada que parte del desconocimiento de la realidad investigada, dada por la lejanía. No queremos entrar en las medidas de la objetividad, porque optamos claramente por estudiar la subjetividad a partir de la implicación social. Creemos que las experiencias personales en el contexto de la investigación posibilitan diferentes acercamientos, diferentes miradas, sobre el objeto de estudio. Sobre todo, desde nuestro punto de vista, esta implicación hace que la investigación sea más consecuente, que surja de la práctica social y vuelva a la práctica social con otra mirada, la científica.

Así, es de entender, que no tenemos una posición neutral en los temas que estamos investigando, sino que abogamos por la implicación personal en una práctica social transformadora de las situaciones de desigualdad, en el que las investigaciones deben tener sus raíces, y las teorías y conclusiones deben servirnos para orientar y mejorar el trabajo cotidiano de intervención que llevamos a cabo en los territorios rurales.

### 2.2.3. Instrumentos

El procedimiento utilizado en esta investigación emerge del intento de comprensión de las representaciones sociales y de las significaciones, a partir de la relación entre lenguaje y práctica social. En el intento de comprensión del universo simbólico que construye las relaciones sociales en un determinado contexto, llegamos a las redes de significaciones. Asumimos una perspectiva investigadora de indagar, a partir de los discursos de las mujeres, sobre las prácticas lingüísticas que configuran el entramado de relaciones dibujadas en los contextos rurales, que refuerzan mecanismos de discriminación de género, de expulsión de las mujeres de los territorios rurales, pero que también se va transformando y generando nuevas experiencias de inserción social. Con esta perspectiva, los instrumentos elegidos para la recogida de los datos cualitativos, y que configuran los textos para los sucesivos análisis, son las entrevistas en profundidad y los grupos de discusión.

La elección de la técnica de entrevistas en profundidad se basa en la necesidad de respuestas amplias y reflexiones lo más profundas posibles, para poder extraer significativos materiales para la identificación y el análisis de los contenidos de las representaciones sociales. Esta parte fundamental del trabajo permitirá ahondar en los procesos y trayectorias de vida que explican las decisiones de marchar o no a la ciudad y, además, en la decisión de quedarse, o en la asunción del hecho de no poder marcharse, y las justificaciones personales y sociales a estas vivencias.

Como comentamos anteriormente, para complementar y contrastar la información obtenida en las entrevistas, decidimos la realización de dos grupos de discusión con mujeres residentes en la Montaña Palentina: emprendedoras y amas de casa. El grupo de discusión es una técnica de recogida de datos, de naturaleza cualitativa, que permite recoger información a partir del diálogo entre diferentes personas, en un momento y un contexto determinados, sobre el tema que se desea investigar. En un grupo, la situación específica de interacción social potencia la producción de discursos y el contraste entre diferentes discursos colectivos, que permiten un análisis de las representaciones sociales producidas colectivamente en el marco socio-histórico contextual. En el diálogo grupal se construye un “contenido” a partir de la construcción o transformación de una “relación” (Scheff, 1990).

Después de las entrevistas en profundidad, la realización de los grupos de discusión, con otras protagonistas, posibilita contrastar las opiniones emitidas individualmente, con la integración en un contexto grupal, con sus dinámicas de censuras y motivaciones sociales. Todo el material, tanto de las entrevistas como de los grupos de discusión, fue detenidamente analizado, estableciendo categorías, definiendo códigos y procurando hacer emerger aquellos aspectos y dimensiones del discurso que nos permitan una mayor comprensión de la realidad de las mujeres en los contextos rurales. A continuación, presentamos los resultados y análisis realizados en las dos partes de la investigación.

## V – Las representaciones sociales de lo rural y lo urbano

La primera parte de nuestra investigación consiste en identificar el contenido de las representaciones sociales asociadas a conceptos relacionados con la ruralidad y las valoraciones de pertenencia a este grupo social. Para ello utilizamos un instrumento, construido a partir del Diferencial Semántico, que permite medir el parentesco semántico entre dos conceptos, a través de la distancia entre ellos en un campo semántico. Procuramos, así, ubicar los conceptos relacionados con lo rural y lo urbano en el campo semántico de las mujeres de la Montaña Palentina, identificando algunos contenidos de las representaciones sociales asociadas a éstos. A partir de sucesivos análisis factoriales, contrastados por diferentes investigadores (Bechini, 1986; Osgood; Suci y Tannenbaum, 1957/1976), se identificaron tres dimensiones predominantes, que agrupan y explican las valoraciones: **actividad, potencia y evaluación.**

Como hemos descrito anteriormente, el instrumento diseñado para esta investigación está compuesto por un conjunto de 20 escalas bipolares, formadas por pares de adjetivos antónimos, con siete puntos de intervalo. La **dimensión actividad**, agrupa los siguientes pares de adjetivos: caliente-frío, activo-pasivo, abierto-cerrado, viejo-joven y hábil-torpe. La **dimensión potencia**, agrupa los pares de adjetivos: flexible-rígido, rápido-lento, fuerte-débil y ligero-pesado. Por último, la **dimensión evaluación**, agrupa los pares de adjetivos restantes: bueno-malo, bonito-feo, agradable-desagradable, imperfecto-perfecto, alegre-triste, pobre-rico, abundante-escaso, perezoso-trabajador, inteligente-tonto, aburrido-divertido y grosero-educado. Estos pares de adjetivos fueron utilizados para atribuir valoraciones a partir de seis conceptos-estímulo: **rural, urbano, pueblo, ciudad, gente de pueblo y gente de ciudad.** Una copia del instrumento se encuentra en el Anexo 1.

Para el análisis, se ha procedido a una comparación entre las medias de las valoraciones atribuidas por cada participante a los diferentes conceptos, destacando los resultados estadísticamente significativos. Por el volumen que supone la totalidad de los resultados generados por el programa estadístico, incluiremos en el presente capítulo sólo aquellos

resultados estadísticamente significativos para un **nivel de confianza del 95%**.

Esta primera parte de la investigación se realizó en dos etapas. En la primera etapa, las mujeres atribuyen sus propias valoraciones a los conceptos que les hemos planteado. Después de contestada esta primera parte del diferencial semántico, les volvemos a presentar las mismas escalas referidas a los conceptos **rural, pueblo y gente de pueblo** y les pedimos que contesten atribuyendo las valoraciones que creen que atribuirían los residentes en las ciudades. En esta segunda etapa procuramos identificar cómo perciben las mujeres rurales que su entorno y su grupo de pertenencia son valorados por las personas de los entornos urbanos, considerando estos últimos como un grupo culturalmente dominante y una importante referencia en la construcción de las identidades sociales.

Iniciamos el análisis de los resultados por la comparación entre las medias de las valoraciones atribuidas por las mujeres a los conceptos rural y urbano, a continuación, comparamos los conceptos pueblo y ciudad, y, finalmente, los conceptos gente de pueblo y gente de ciudad. Por último, en esta parte de la investigación analizamos las valoraciones que las mujeres participantes atribuyen a los urbanos comparando con las valoraciones que ellas mismas realizan de los conceptos relacionados con el entorno rural.

## **1. LAS MUJERES DE LA MONTAÑA PALENTINA VALORAN LA RURALIDAD**

### **1.1. Comparaciones entre Rural y Urbano**

Aplicando la Prueba 't' para muestras relacionadas, podemos establecer comparaciones entre las medias de las valoraciones atribuidas a los conceptos rural y urbano a partir de los tres grupos de mujeres participantes –amas de casa, estudiantes y emprendedoras–, como presentamos en la Tabla V.1.

**Tabla V.1 – Comparación de medias entre los conceptos rural y urbano**

<b>Grupos</b>		<b>Emprendedoras</b>	<b>Amas-de-casa</b>	<b>Estudiantes</b>
<b>Dimensiones</b>	<b>Conceptos</b>	<b>Media</b>	<b>Media</b>	<b>Media</b>
<b>Evaluación</b>	<b>Rural</b>	<b>4.73</b>	<b>4.70</b>	<b>4.94</b>
	<b>Urbano</b>	<b>4.36</b>	<b>4.48</b>	<b>4.47</b>
<b>Potencia</b>	<b>Rural</b>	<b>3.90</b>	<b>4.24</b>	<b>4.15</b>
	<b>Urbano</b>	<b>4.68</b>	<b>4.49</b>	<b>4.53</b>
<b>Actividad</b>	<b>Rural</b>	<b>4.07</b>	<b>4.16</b>	<b>4.25</b>
	<b>Urbano</b>	<b>4.53</b>	<b>4.47</b>	<b>4.84</b>
<b>Media</b>	<b>Rural</b>	<b>4.40</b>	<b>4.47</b>	<b>4.61</b>
	<b>Urbano</b>	<b>4.45</b>	<b>4.48</b>	<b>4.58</b>

En el grupo de amas de casa, la comparación entre las medias no presenta diferencias estadísticamente significativas en todas las dimensiones. Sin embargo, entre las emprendedoras, las diferencias recaen principalmente en el eje potencia, donde lo urbano es valorado más positivamente ( $M_U= 4,68$  y  $M_R= 3,90$ ;  $t= -2,878$  y sig. = ,009). Para las estudiantes, los conceptos rural y urbano tienen valoraciones significativamente diferentes en los tres ejes del Diferencial Semántico, aunque no en la misma dirección: lo urbano es valorado más positivamente en los ejes potencia ( $M_U= 4,53$  y  $M_R= 4,15$ ;  $t= -2,308$  y Sig. = ,025) y actividad ( $M_U= 4,84$  y  $M_R= 4,25$ ;  $t= -3,114$  y Sig. = ,003), y lo rural recibe puntuaciones más altas en el eje evaluativo ( $M_U= 4,47$  y  $M_R= 4,94$ ;  $t= 2,984$  y Sig. = ,004). No hay diferencias significativas entre las medias totales de los conceptos rural y urbano, como se puede observar en la Tabla V.1, en ninguno de los tres grupos de mujeres, pues las diferencias en cada eje se compensan en la media final por conceptos.

Las dimensiones potencia y actividad del Diferencial Semántico están relacionadas con adjetivos que implican “poder y fuerza”, en el caso de la potencia, y “movimiento”, en la dimensión actividad. La dimensión evaluación agrupa adjetivos que implican una “valoración” del concepto (Bechini, 1986). En este sentido, considerando el valor que las sociedades modernas atribuyen a los aspectos relacionados con el poder y con el movimiento/actividad en la vida cotidiana, creemos que las dimensiones

potencia y actividad, en las que lo rural recibe puntuaciones más negativas, son factores importantes en las valoraciones de la ruralidad, principalmente para las mujeres más jóvenes, como se comprueba por las respuestas obtenidas.

Procurando identificar algunos aspectos de los esquemas figurativos de las representaciones sociales (Moscovici, 1976; Páez, 1987) en torno a lo rural y lo urbano, realizamos también un análisis detallado por escalas de adjetivos. Los esquemas figurativos permiten una simplificación de las abstracciones sobre el objeto de las representaciones, facilitando la comunicación y guiando los comportamientos en la vida cotidiana (Páez, 1987). Para identificar elementos connotativos en el esquema figurativo, y comprender mejor las valoraciones de las mujeres a los conceptos, procedemos a un análisis por escalas, encontrando las siguientes diferencias estadísticamente significativas:

**Tabla V.2** – Diferencias significativas entre rural y urbano para las emprendedoras.

Estadísticos de muestras relacionadas

Escalas	DF		Media	N	Desviación típ.	Error típ. de la media	t	gl	Sig. (bilateral)
Educa- do- grosero		RURAL	4,71	21	,85	,18	2,939	20	,008
		URBANO	3,81	21	1,08	,24			
Bonito-feo		RURAL	5,95	21	1,36	,30	5,222	20	,000
		URBANO	4,19	21	1,29	,28			
Viejo-joven		RURAL	3,20	20	1,67	,37	-4,404	19	,000
		URBANO	5,35	20	1,04	,23			
Pobre-rico		RURAL	3,76	21	1,18	,26	-3,895	20	,001
		URBANO	4,95	21	,86	,19			
Abundante- escaso		RURAL	3,57	21	1,63	,36	-2,515	20	,021
		URBANO	4,81	21	1,25	,27			
Rápido-lento		RURAL	3,20	20	1,24	,28	-4,959	19	,000
		URBANO	5,25	20	1,33	,30			
Perezoso- trabajador		RURAL	5,29	21	,96	,21	2,256	20	,035
		URBANO	4,62	21	1,02	,22			
Agradable- desagradable		RURAL	5,62	21	1,20	,26	3,315	20	,003
		URBANO	3,90	21	1,55	,34			

**Tabla V.3 – Diferencias significativas entre rural y urbano para las amas de casa.**

Estadísticos de muestras relacionadas

Escalas DF		Media	N	Desviación tip.	Error tip. de la media	t	gl	Sig. (bilateral)																																																																																																																										
Inteligente – tonto	RURAL	5,03	39	1,29	,21	3,140	38	,003																																																																																																																										
	URBANO	4,26	39	1,35	,22				Educado – grosero	RURAL	4,95	37	1,18	,19	3,216	36	,003	URBANO	4,08	37	1,38	,23	Bonito –feo	RURAL	6,05	39	1,39	,22	6,762	38	,000	URBANO	4,03	39	1,37	,22	Viejo – joven	RURAL	3,03	39	1,71	,27	-5,163	38	,000	URBANO	5,08	39	1,31	,21	Bueno – malo	RURAL	5,36	39	1,25	,20	3,826	38	,000	URBANO	4,31	39	1,32	,21	Pobre – rico	RURAL	3,72	39	1,72	,27	-2,550	38	,015	URBANO	4,62	39	1,39	,22	Aburrido – divertido	RURAL	3,92	38	1,32	,21	-3,244	37	,002	URBANO	4,87	38	1,02	,17	Abundante – escaso	RURAL	3,43	37	1,82	,30	-4,297	36	,000	URBANO	4,97	37	1,46	,24	Rápido – lento	RURAL	3,51	39	1,79	,29	-3,941	38	,000	URBANO	5,38	39	1,57	,25	Agradable – desagradable	RURAL	5,62	39	1,48	,24	2,970	38	,005	URBANO
Educado – grosero	RURAL	4,95	37	1,18	,19	3,216	36	,003																																																																																																																										
	URBANO	4,08	37	1,38	,23				Bonito –feo	RURAL	6,05	39	1,39	,22	6,762	38	,000	URBANO	4,03	39	1,37	,22	Viejo – joven	RURAL	3,03	39	1,71	,27	-5,163	38	,000	URBANO	5,08	39	1,31	,21	Bueno – malo	RURAL	5,36	39	1,25	,20	3,826	38	,000	URBANO	4,31	39	1,32	,21	Pobre – rico	RURAL	3,72	39	1,72	,27	-2,550	38	,015	URBANO	4,62	39	1,39	,22	Aburrido – divertido	RURAL	3,92	38	1,32	,21	-3,244	37	,002	URBANO	4,87	38	1,02	,17	Abundante – escaso	RURAL	3,43	37	1,82	,30	-4,297	36	,000	URBANO	4,97	37	1,46	,24	Rápido – lento	RURAL	3,51	39	1,79	,29	-3,941	38	,000	URBANO	5,38	39	1,57	,25	Agradable – desagradable	RURAL	5,62	39	1,48	,24	2,970	38	,005	URBANO	4,62	39	1,48	,24										
Bonito –feo	RURAL	6,05	39	1,39	,22	6,762	38	,000																																																																																																																										
	URBANO	4,03	39	1,37	,22				Viejo – joven	RURAL	3,03	39	1,71	,27	-5,163	38	,000	URBANO	5,08	39	1,31	,21	Bueno – malo	RURAL	5,36	39	1,25	,20	3,826	38	,000	URBANO	4,31	39	1,32	,21	Pobre – rico	RURAL	3,72	39	1,72	,27	-2,550	38	,015	URBANO	4,62	39	1,39	,22	Aburrido – divertido	RURAL	3,92	38	1,32	,21	-3,244	37	,002	URBANO	4,87	38	1,02	,17	Abundante – escaso	RURAL	3,43	37	1,82	,30	-4,297	36	,000	URBANO	4,97	37	1,46	,24	Rápido – lento	RURAL	3,51	39	1,79	,29	-3,941	38	,000	URBANO	5,38	39	1,57	,25	Agradable – desagradable	RURAL	5,62	39	1,48	,24	2,970	38	,005	URBANO	4,62	39	1,48	,24																								
Viejo – joven	RURAL	3,03	39	1,71	,27	-5,163	38	,000																																																																																																																										
	URBANO	5,08	39	1,31	,21				Bueno – malo	RURAL	5,36	39	1,25	,20	3,826	38	,000	URBANO	4,31	39	1,32	,21	Pobre – rico	RURAL	3,72	39	1,72	,27	-2,550	38	,015	URBANO	4,62	39	1,39	,22	Aburrido – divertido	RURAL	3,92	38	1,32	,21	-3,244	37	,002	URBANO	4,87	38	1,02	,17	Abundante – escaso	RURAL	3,43	37	1,82	,30	-4,297	36	,000	URBANO	4,97	37	1,46	,24	Rápido – lento	RURAL	3,51	39	1,79	,29	-3,941	38	,000	URBANO	5,38	39	1,57	,25	Agradable – desagradable	RURAL	5,62	39	1,48	,24	2,970	38	,005	URBANO	4,62	39	1,48	,24																																						
Bueno – malo	RURAL	5,36	39	1,25	,20	3,826	38	,000																																																																																																																										
	URBANO	4,31	39	1,32	,21				Pobre – rico	RURAL	3,72	39	1,72	,27	-2,550	38	,015	URBANO	4,62	39	1,39	,22	Aburrido – divertido	RURAL	3,92	38	1,32	,21	-3,244	37	,002	URBANO	4,87	38	1,02	,17	Abundante – escaso	RURAL	3,43	37	1,82	,30	-4,297	36	,000	URBANO	4,97	37	1,46	,24	Rápido – lento	RURAL	3,51	39	1,79	,29	-3,941	38	,000	URBANO	5,38	39	1,57	,25	Agradable – desagradable	RURAL	5,62	39	1,48	,24	2,970	38	,005	URBANO	4,62	39	1,48	,24																																																				
Pobre – rico	RURAL	3,72	39	1,72	,27	-2,550	38	,015																																																																																																																										
	URBANO	4,62	39	1,39	,22				Aburrido – divertido	RURAL	3,92	38	1,32	,21	-3,244	37	,002	URBANO	4,87	38	1,02	,17	Abundante – escaso	RURAL	3,43	37	1,82	,30	-4,297	36	,000	URBANO	4,97	37	1,46	,24	Rápido – lento	RURAL	3,51	39	1,79	,29	-3,941	38	,000	URBANO	5,38	39	1,57	,25	Agradable – desagradable	RURAL	5,62	39	1,48	,24	2,970	38	,005	URBANO	4,62	39	1,48	,24																																																																		
Aburrido – divertido	RURAL	3,92	38	1,32	,21	-3,244	37	,002																																																																																																																										
	URBANO	4,87	38	1,02	,17				Abundante – escaso	RURAL	3,43	37	1,82	,30	-4,297	36	,000	URBANO	4,97	37	1,46	,24	Rápido – lento	RURAL	3,51	39	1,79	,29	-3,941	38	,000	URBANO	5,38	39	1,57	,25	Agradable – desagradable	RURAL	5,62	39	1,48	,24	2,970	38	,005	URBANO	4,62	39	1,48	,24																																																																																
Abundante – escaso	RURAL	3,43	37	1,82	,30	-4,297	36	,000																																																																																																																										
	URBANO	4,97	37	1,46	,24				Rápido – lento	RURAL	3,51	39	1,79	,29	-3,941	38	,000	URBANO	5,38	39	1,57	,25	Agradable – desagradable	RURAL	5,62	39	1,48	,24	2,970	38	,005	URBANO	4,62	39	1,48	,24																																																																																														
Rápido – lento	RURAL	3,51	39	1,79	,29	-3,941	38	,000																																																																																																																										
	URBANO	5,38	39	1,57	,25				Agradable – desagradable	RURAL	5,62	39	1,48	,24	2,970	38	,005	URBANO	4,62	39	1,48	,24																																																																																																												
Agradable – desagradable	RURAL	5,62	39	1,48	,24	2,970	38	,005																																																																																																																										
	URBANO	4,62	39	1,48	,24																																																																																																																													

**Tabla V.4 – Diferencias significativas entre rural y urbano para las estudiantes**

Estadísticos de muestras relacionadas

Escalas DF		Media	N	Desviación típ.	Error típ. de la media	t	gl	Sig. (bilateral)
Activo – pasivo	RURAL	4,76	51	1,52	,21	-2,279	50	,027
	URBANO	5,47	51	1,41	,20			
Educado – grosero	RURAL	4,86	49	1,29	,18	3,197	48	,002
	URBANO	3,92	49	1,29	,18			
Bonito – feo	RURAL	6,31	51	1,17	,16	9,011	50	,000
	URBANO	3,82	51	1,63	,23			
Viejo – joven	RURAL	3,08	51	1,51	,21	-8,030	50	,000
	URBANO	5,41	51	1,06	,15			
Bueno – malo	RURAL	5,69	51	1,26	,18	5,290	50	,000
	URBANO	4,39	51	1,27	,18			
Hábil – torpe	RURAL	4,98	51	1,29	,18	2,186	50	,034
	URBANO	4,47	51	1,33	,19			
Pobre – rico	RURAL	4,06	51	1,50	,21	-3,000	50	,004
	URBANO	4,96	51	1,30	,18			
Ligero – pesado	RURAL	4,37	51	1,28	,18	3,808	50	,000
	URBANO	3,39	51	1,28	,18			
Caliente – frío	RURAL	3,61	51	1,37	,19	-2,195	50	,033
	URBANO	4,27	51	1,31	,18			
Abundanesca escaso	RURAL	3,75	51	1,66	,23	-4,948	50	,000
	URBANO	5,41	51	1,40	,20			
Alegre – triste	RURAL	5,00	50	1,48	,21	2,338	49	,023
	URBANO	4,22	50	1,52	,21			
Rápido – lento	RURAL	3,37	51	1,30	,18	-7,139	50	,000
	URBANO	5,53	51	1,36	,19			
Imperfecto – perfecto	RURAL	4,32	50	1,19	,17	2,127	49	,039
	URBANO	3,80	50	1,37	,19			
Perezoso – trabajador	RURAL	5,48	50	1,30	,18	2,799	49	,007
	URBANO	4,76	50	1,12	,16			
Agradable – desagradable	RURAL	5,47	51	1,64	,23	4,258	50	,000
	URBANO	4,06	51	1,29	,18			

Como se puede observar, en el análisis de las escalas que componen cada dimensión del Diferencial Semántico, encontramos que las emprendedoras son el grupo que menos diferencias registran. Éstas asocian lo rural a: educado, bonito, trabajador y agradable, pero también



**pobre, viejo, escaso y lento**; a diferencia de lo urbano, que se asociaría a, menos educado, menos bonito, menos trabajador y desagradable, pero también joven, rico, abundante y rápido.

Para las amas de casa, lo **rural** está representado como: **educado, bonito, bueno y agradable, pero también menos inteligente, más viejo, pobre, aburrido, escaso y lento, que lo urbano**. Mientras lo urbano se valora como: inteligente, joven, rico, divertido, abundante, rápido y algo agradable.

Entre las estudiantes es donde encontramos el mayor número de diferencias significativas. Para este grupo, lo **rural** es valorado como: **educado, bonito, bueno, hábil, alegre, trabajador y agradable**, a la vez que es **más viejo, frío, escaso, lento y menos rico y activo** que lo urbano. Lo urbano está representado principalmente como activo, abundante, rápido, trabajador, joven, rico, pero también como grosero, imperfecto y feo.

Como hemos visto en el primer capítulo, las representaciones sobre un mismo tema varían en función de los sujetos y de los grupos sociales. Éstos elaboran criterios de evaluación, a partir de ubicaciones específicas en el contexto social, que también están relacionadas con los papeles sociales desempeñados por cada persona, dentro del propio grupo (Di Giacomo, 1987). Así, constatamos similitudes y diferencias entre las valoraciones que realizan los tres grupos de mujeres con relación a los mismos conceptos: rural y urbano. Podemos observar que los tres grupos, aun abiendo especificidades en las valoraciones como apuntamos anteriormente, comparten las imágenes de lo **rural** asociadas a: **educado, bonito y agradable**, así como **viejo, escaso, lento y pobre**. Al mismo tiempo, lo **urbano** es representado hegemónicamente como: **joven, rico, abundante y rápido**.

Estos significados connotativos que emergen del Diferencial Semántico tienen especial relevancia, considerando que las representaciones sociales sirven de referencia para la comparación intergrupala (Páez, 1987). Según Tajfel y Turner (1979). Los grupos sociales y el sentido de pertenencia a ellos se asocian a connotaciones positivas o negativas, que repercuten en que la identidad social pueda ser, a su vez, positiva o negativa, basándose en dichas valoraciones grupales. Este proceso tiene un importante papel en la construcción de las identidades personales y sociales (Ibáñez, 1988), en la medida en que, como hemos visto, las personas intentan

construir identidades que sean personalmente satisfactorias (Lorenzi-Cioldi y Doise, 1996; Ovejero, 2000b).

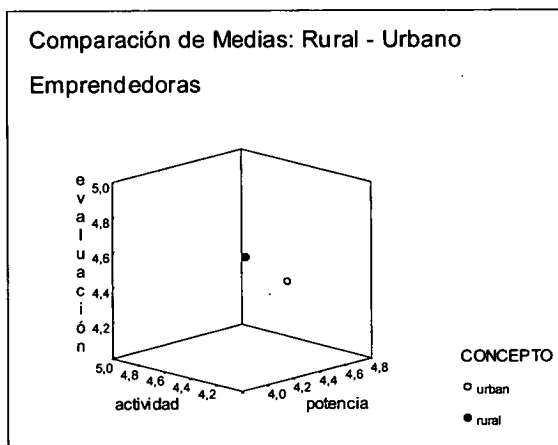
Cuando los individuos pertenecen a un grupo, considerado inferior o menospreciado, con relación a otro grupo importante de referencia, se sienten menos satisfechos de su pertenencia grupal (Enríquez *et al.*, 1993) y movilizan estrategias de cambio para construir una identidad social más satisfactoria (Tajfel, 1984). Capozza y Volpato (1996) señalan que el **poder**, la **riqueza** y el **grado de desarrollo socioeconómico** son dimensiones importantes en las comparaciones del endogrupo con otros grupos significativos, y que la identidad social no es satisfactoria si el endogrupo es minusvalorado en estas dimensiones en relación con el grupo de referencia comparativa.

En nuestra investigación, las valoraciones realizadas por las mujeres de la Montaña Palentina parecen indicar que lo rural es minusvalorado, precisamente, en las dimensiones relacionadas con el poder, la riqueza y la actividad. Con estos resultados, podemos pensar que la huida del medio rural podría constituir una estrategia de integración en un grupo social mejor valorado, como es el urbano, con una búsqueda de estilos de vida más próximos a los ideales urbanos-industriales, que sirven de referencia a los modelos de desarrollo socioeconómico vigentes en las sociedades modernas. En este sentido, la integración en las sociedades urbanas también facilitaría la construcción de identidades sociales más positivas.

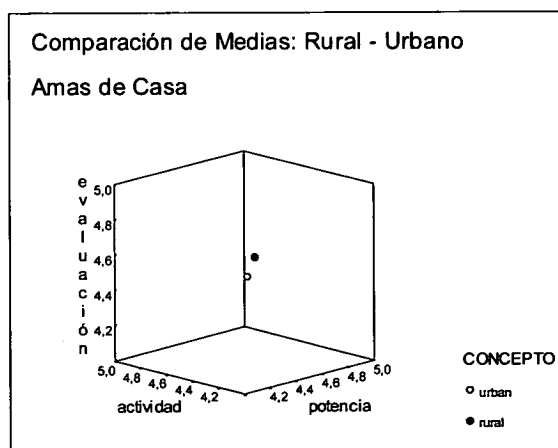
A continuación, presentamos gráficamente las valoraciones medias atribuidas por las participantes a los conceptos de rural y urbano, permitiendo una visualización comparativa en el espacio semántico tridimensional, producido por los ejes del Diferencial Semántico. Aunque estos primeros gráficos sean menos importantes que los posteriores, porque representan menos diferencias significativas entre estos primeros conceptos que entre los siguientes, nos parece importante presentar los gráficos de todos los conceptos investigados, para permitir observar la evolución de las valoraciones, donde las diferencias entre los conceptos se hacen más patentes a medida que pasamos de conceptos más abstractos a conceptos más concretos. Pensamos que las diferencias son más significativas entre los conceptos que representan un mayor grado de implicación afectiva para las participantes. Así, por las respuestas obtenidas, podemos pensar que rural y

urbano parecen ser conceptos más abstractos y con menos carga afectiva que los conceptos de pueblo, ciudad, gente de pueblo y gente de ciudad para las mujeres de la Montaña Palentina, como veremos más adelante.

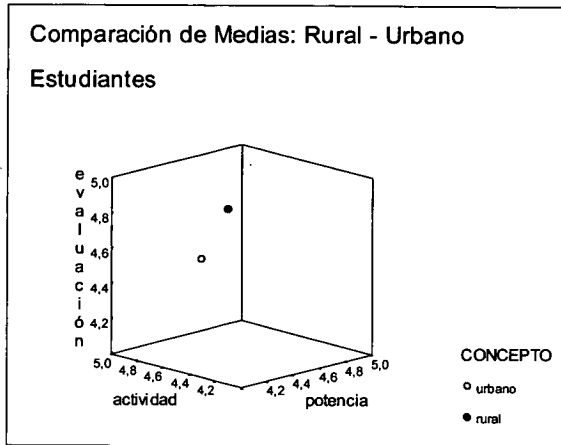
**Gráfico V.1**  
Comparación de valoraciones entre rural y urbano para las emprendedoras.



**Gráfico V.2**  
Comparación de valoraciones entre rural y urbano para las amas de casa.



**Gráfico V.3**  
 Comparación de valoraciones entre rural y urbano para las estudiantes.



Para procurar comprender en mayor profundidad las valoraciones atribuidas por las participantes a los conceptos rural y urbano, procedemos a un análisis considerando las variables independientes que apuntamos anteriormente: edad, lugar de residencia y tiempo de residencia en pueblos o ciudades.

a. Comparaciones por edad:

Aplicando la prueba ANOVA para la comparación entre las medias por grupos de edad, tenemos que lo **urbano**, en el eje **actividad**, es el que tiene valoraciones más distintas y son las únicas diferencias significativas estadísticamente, considerando esta variable. Así, son las más jóvenes (menores de 21 años), que también coinciden que forman mayoritariamente el grupo de estudiantes, las que atribuyen puntuaciones significativamente más elevadas a lo urbano en el eje actividad. De ello se deriva la importancia que atribuyen las mujeres jóvenes a la dimensión actividad, y la proximidad entre las expectativas de las jóvenes en relación con la actividad en la vida cotidiana y el modelo de vida urbano, más asociado a representaciones de movimiento, dinamismo, modernidad y flexibilidad (Red, 2000).

**Tabla V.5 – Comparación por edades para: Media Actividad Urbano**

	N	Subconjunto para alfa = .05	
EDAD		1	2
21 a 40 años	51	4,4771	
Más de 40 años	25	4,5200	
Menores de 21 años	35		5,0000
Sig.		,811	1,000

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

b. Comparaciones por lugar de residencia:

Comparando las respuestas por el tamaño del lugar de residencia de las participantes (residentes en pueblos con menos de 2.000 habitantes, o en pueblos que tienen entre 2.000 y 10.000 habitantes), obtenemos pocas diferencias significativas entre las valoraciones atribuidas a lo rural y a lo urbano, a partir de esta variable. Las amas de casa residentes en pueblos de menos de 2.000 habitantes puntúan más positivamente lo rural en el eje actividad ( $M=4,37$ ) que las que residen en los pueblos de más de 2.000 habitantes ( $M=3,75$ ). Es posible que estas valoraciones se asocien al estilo de vida de las amas de casa en los pueblos más pequeños, donde las actividades relacionadas con la huerta, la ganadería y el cuidado del jardín, suelen ser actividades cotidianas importantes; mientras que las amas de casa que viven en pueblos más grandes pueden tener patrones de actividades más relacionados con el dinamismo y el movimiento de los modelos urbanos, al que nos referimos anteriormente, generando expectativas que los pueblos no suelen responder.

Entre las emprendedoras, la diferencia se ubica en el eje evaluación, donde las que residen en pueblos de más de 2.000 habitantes valoran más positivamente lo rural en esta dimensión. Este resultado parece indicar una mayor satisfacción de las emprendedoras con su entorno, cuando residen en pueblos no tan pequeños. En el caso de las encuestadas, todas las emprendedoras que residen en pueblos de más de 2.000 habitantes, lo hacen en Aguilar de Campoo, que tiene aproximadamente 7.000 habitantes.

Entre las estudiantes, no hay diferencias significativas por lugar de residencia, por lo que esta variable no parece influir en las valoraciones de los conceptos construidas por este grupo.

### c. Comparaciones por tiempo de residencia en pueblos y en ciudades

Comparándose las valoraciones atribuidas por las participantes, en función de la variable tiempo de residencia en las ciudades (ANOVA de un factor), se han obtenido resultados muy interesantes. Analizándose primero con el conjunto de las participantes (N=total), en las valoraciones de lo urbano no se encuentran diferencias significativas relacionadas con la residencia o no, en ciudades. Sin embargo, en las valoraciones atribuidas a lo rural sí se encuentran diferencias estadísticamente significativas. **Las mujeres que siempre han vivido en pueblos valoran más positivamente lo rural, en todas las dimensiones, que las mujeres que han tenido periodos de su vida en ciudades.**

Realizando un análisis en mayor profundidad, con las participantes agrupadas por profesión (emprendedoras, amas de casa y estudiantes), obtenemos unos matices importantes en los resultados. Entre las emprendedoras, las valoraciones de lo rural no varían significativamente según el tiempo de residencia en ciudades. Sin embargo, las puntuaciones de lo urbano en el eje evaluación, sí que presentan variaciones significativas, ya que las mujeres que han vivido más tiempo en ciudades que en pueblos tienen una valoración más negativa de lo urbano. En contraposición, las mujeres que han vivido menos tiempo en ciudades que en pueblos, son las que valoran más positivamente lo urbano en el eje evaluación, como se puede observar en el cuadro que sigue:

**Tabla V.6 – Comparación por tiempo de residencia en ciudades para emprendedoras: Media Evaluación Urbano**

	N	Subconjunto para alfa = .05	
TIEMPO RESIDENCIA EN CIUDADES			2
ha vivido + en ciudades	6	3,9545	
siempre ha vivido en pueblos	5	4,3091	4,3091
ha vivido + en pueblos	10		4,6182
Sig.		,244	,307

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

En el grupo de amas de casa, las diferencias más significativas recaen sobre las valoraciones de lo rural en el eje actividad. Las mujeres que han vivido algún tiempo en ciudades valoran más negativamente lo rural en la dimensión actividad, y, por otro lado, las mujeres que siempre han vivido en pueblos son las que valoran más positivamente lo rural en esta dimensión. Esto se refleja también en las medias totales del concepto rural, como se puede observar en las siguientes tablas:

**Tabla V.7** – Comparación por tiempo de residencia en ciudades, para amas de casa: Media Actividad Rural

	N	Subconjunto para alfa = .05	
TIEMPO RESIDENCIA EN CIUDADES		1	2
ha vivido + en pueblos	15	3,7200	
ha vivido + en ciudades	8	4,2750	4,2750
siempre ha vivido en pueblos	16		4,5250
Sig.		,114	,470

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

**Tabla V.8** – Comparación por tiempo de residencia en ciudades para amas de casa: Media Rural

	N	Subconjunto para alfa = .05	
TIEMPO RESIDENCIA EN CIUDADES		1	2
ha vivido + en pueblos	15	4,1382	
ha vivido + en ciudades	8	4,5836	4,5836
siempre ha vivido en pueblos	16		4,7323
Sig.		,091	,565

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

Para el grupo de estudiantes, tampoco encontramos diferencias en las valoraciones atribuidas a lo urbano en relación con el tiempo de residencia en ciudades. Sin embargo, en las valoraciones de lo rural aparecen diferencias significativas también en la dimensión actividad, que, a su vez, se reflejan en la media total del concepto. Las estudiantes que han pasado más tiempo de su vida en ciudades son las que valoran

negativamente lo rural en el eje actividad, de manera determinante para la diferencia de valoración del concepto.

**Tabla V.9** – Comparación por tiempo de residencia en ciudades para estudiantes: Media Actividad Rural

	N	Subconjunto para alfa = .05	
TIEMPO RESIDENCIA EN CIUDADES		1	2
ha vivido + en ciudades	5	3,0000	
ha vivido + en pueblos	6		4,1667
siempre ha vivido en pueblos	40		4,4200
Sig.		1,000	,583

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

**Tabla V.10** – Comparación media del concepto rural por tiempo de residencia en ciudades para estudiantes: Media Rural

	N	Subconjunto para alfa = .05	
TIEMPO RESIDENCIA EN CIUDADES		1	2
ha vivido + en ciudades	5	3,8300	
ha vivido + en pueblos	6	4,4500	4,4500
siempre ha vivido en pueblos	40		4,7342
Sig.		,091	,434

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

Como se ha podido observar, la variable “tiempo de residencia en ciudades” es importante en la construcción de las representaciones sociales sobre lo rural y lo urbano, principalmente en la dimensión actividad. Las mujeres que han vivido en ciudades, valoran más negativamente lo rural en la dimensión actividad, probablemente porque no responde a las expectativas sobre el ritmo de actividades cotidianas que se han construido a partir de las experiencias vividas en las ciudades. Estos resultados parecen confirmar que las valoraciones atribuidas a los conceptos rural y urbano en la dimensión actividad están siendo relacionados con la valoración del modelo de vida urbano-industrial con representaciones asociadas a dinamismo, modernidad, velocidad, flexibilidad (Red, 2000),



confirmando el modelo urbano como parámetro de comparación para las valoraciones de la ruralidad.

Antes de seguir profundizando en los análisis de estos datos y perfilando conclusiones, preferimos avanzar en la presentación de los análisis sobre los demás conceptos, y así obtener una visión más global de las valoraciones, que nos permitirá obtener conclusiones más fundamentadas e interrelacionadas a partir de una perspectiva más compleja de los resultados. A continuación, presentamos los resultados y análisis correspondientes a los conceptos 'pueblo' y 'ciudad'.

## **1.2. Comparaciones entre Pueblo y Ciudad**

Comparando las valoraciones atribuidas por las mujeres a los conceptos 'pueblo' y 'ciudad', observamos que se encuentran diferencias estadísticamente significativas en los tres grupos de participantes, reflejando más diferencias que entre las valoraciones atribuidas a rural y urbano. Siguiendo la tendencia observada en las valoraciones de los conceptos anteriores, las emprendedoras valoran diferencialmente el pueblo y la ciudad en las dimensiones potencia y actividad, donde el pueblo es valorado negativamente. En la dimensión evaluación, no hay diferencias significativas en las valoraciones de las emprendedoras.

Para el grupo de amas de casa, sólo en el eje potencia se observan diferencias estadísticamente significativas ( $M_p=3,94$  y  $M_c=4,78$ ). Entre las estudiantes, las diferencias se ubican también en las dimensiones potencia y actividad, en ambos casos el pueblo recibe las valoraciones más bajas, pero hay que puntualizar que éstas son superiores a las valoraciones atribuidas por los otros dos grupos.

**Tabla V.11 – Comparación de medias entre los conceptos pueblo y ciudad**

Estadísticos de muestras relacionadas

Grupos		Emprendedoras	Amas de casa	Estudiantes
Dimensiones	Conceptos	Media	Media	Media
Evaluación	Pueblo	4,57	4,63	4,76
	Ciudad	4,51	4,69	4,54
Potencia	Pueblo	3,93	3,94	4,06
	Ciudad	4,73	4,78	4,63
Actividad	Pueblo	3,66	4,31	4,07
	Ciudad	4,83	4,58	4,93
Media	<b>Pueblo</b>	<b>4,21</b>	<b>4,41</b>	<b>4,45</b>
	<b>Ciudad</b>	<b>4,63</b>	<b>4,68</b>	<b>4,65</b>

En un análisis detallado por escalas, encontramos diferencias que apuntan a que las representaciones de **pueblo** para las emprendedoras están asociadas a: **pasivo, viejo, escaso y lento**, así como: **bonito, bueno y agradable**. La ciudad, para las emprendedoras, es representada como: activa, joven, abundante, rica, rápida, y también, imperfecta y desagradable.

Para las amas de casa, las puntuaciones muestran al **pueblo** representado como: **educado, bonito y agradable**, pero también, **viejo, pobre, aburrido, escaso, triste y lento**. Para este grupo de mujeres, la ciudad es representada como: activa, bonita, joven, rica, divertida, abundante, alegre, rápida; pero también, menos agradable que el pueblo. Las estudiantes, a su vez, representan al pueblo como: **educado, bonito, bueno, agradable, viejo, pobre, escaso y lento**. La ciudad para las estudiantes está representada como: activa, joven, rica, abundante, rápida, grosera, fea y desagradable.

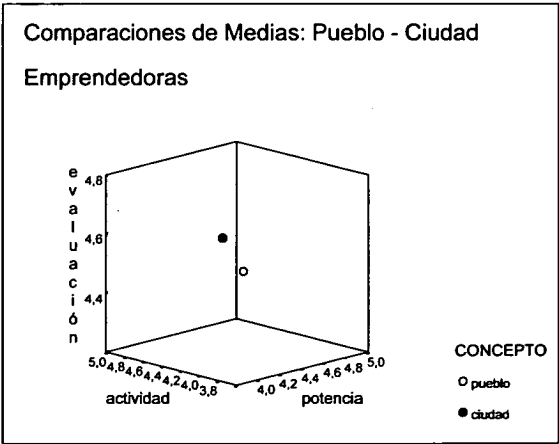
Podemos observar cómo son los aspectos relacionados con el poder y la actividad los que siguen marcando las pautas de minusvaloración de los pueblos, mientras que los aspectos estéticos y de sociabilidad son valorados más positivamente. La valoración que aparece de la 'belleza' de los pueblos

y de la 'fealdad' de las ciudades, puede estar relacionada con los cambios en las representaciones de la ruralidad, como apuntan algunos autores y autoras (Carneiro, 1998; Froehlich, 2000; Gray, 2000; Mathieu, 1998). La percepción de deterioro de la calidad de vida en las grandes ciudades y la búsqueda de estilos de vida más naturales, vienen forjando una representación de la ruralidad asociada a la conservación del medio ambiente, y poniendo de relieve los valores paisajísticos del medio rural. Creemos que en este sentido se podrían explicar las valoraciones atribuidas por las mujeres de la Montaña Palentina destacando los aspectos positivos, sobre todo la belleza, de lo rural y del pueblo en comparación con la ciudad.

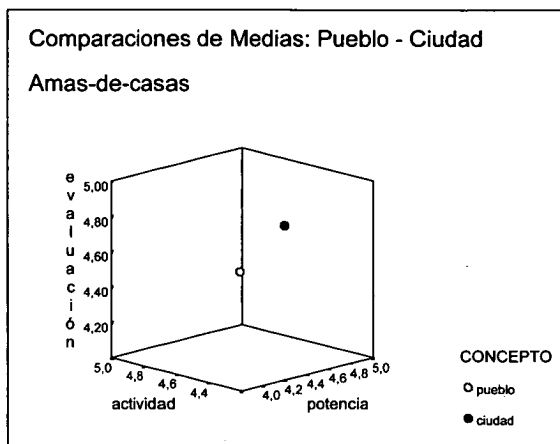
También es interesante destacar que las emprendedoras son las únicas que no tienen una representación del pueblo asociada a la pobreza, mientras los demás grupos sí lo valoran como pobre. Estas representaciones pueden estar implicadas en la decisión de montar un negocio, con una imagen asociada a la posibilidad de éxito económico en el pueblo, visto que muchas de las emprendedoras están en el inicio de sus carreras como profesionales en esta comarca.

En los gráficos que presentamos a continuación, se puede observar la ubicación de los conceptos para los diferentes grupos y cómo aparecen más diferencias entre los conceptos pueblo y ciudad, que en los gráficos anteriores entre los conceptos rural y urbano.

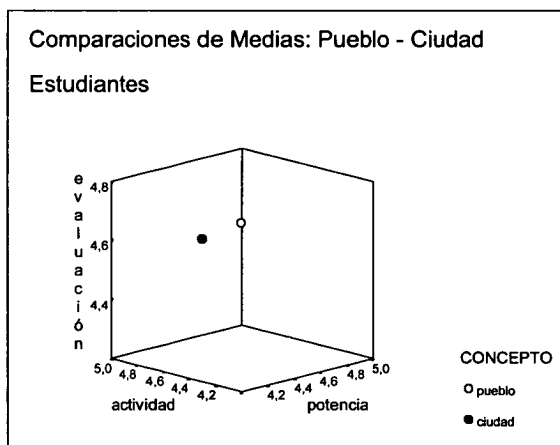
**Gráfico V.4**  
Comparación de valoraciones entre pueblo y ciudad para las emprendedoras



**Gráfico V.5**  
 Comparación  
 de valoraciones  
 entre pueblo  
 y ciudad para las  
 amas de casa



**Gráfico V.6**  
 Comparación  
 de valoraciones  
 entre pueblo y  
 ciudad para las  
 estudiantes



Aplicándose la prueba estadística (ANOVA de un factor) para comparar, entre los tres grupos de mujeres, las medias atribuidas a los conceptos pueblo y ciudad, obtenemos un patrón uniforme de valoraciones,

a excepción de las valoraciones atribuidas al concepto ‘pueblo’ en el eje actividad, donde se distinguen dos subconjuntos muestrales. Como podemos ver en la Tabla V.12, las emprendedoras atribuyen una puntuación significativamente más baja que las amas de casa, al pueblo en el eje actividad, quedando las estudiantes en una posición intermedia. Parece haber un patrón de respuestas en el que las emprendedoras y estudiantes están menos satisfechas con el dinamismo y el ritmo de actividades en los pueblos, mientras que las amas de casa acusan valoraciones más altas, con una mayor adaptación de sus demandas de actividades a la vida rural.

**Tabla V.12 – Comparación entre grupos de mujeres: Medias Actividad Pueblo**

GRUPO	N	Subconjunto para alfa = .05	
		1	2
Emprendedora	21	3,6571	
Estudiante	51	4,0706	4,0706
Ama de casa	39		4,3128
Sig.		,103	,337

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

Como hemos apuntado, en las demás dimensiones no hay diferencias significativas entre los tres grupos de mujeres en las valoraciones de los conceptos pueblo y ciudad.

#### a. Comparaciones por edad

Analizando los resultados obtenidos a partir de la comparación de medias por grupos de edad (ANOVA de un factor), tenemos diferencias significativas en las valoraciones atribuidas a ‘pueblo’ y a ‘ciudad’ en la dimensión actividad. Las mujeres con edades comprendidas entre 21 y 40 años son las que valoran más negativamente el pueblo, en la dimensión actividad, y las mujeres de más de 40 años, las que le valoran más positivamente. Al mismo tiempo, la ciudad en la dimensión actividad es

mejor valorada por las mujeres menores de 21 años, como se puede observar en las Tablas V.13 y V.14.

**Tabla V.13 – Comparaciones por edades para: Media Actividad Pueblo**

EDAD	N	Subconjunto para alfa = .05	
		1	2
21 a 40 años	51	3,9412	
Menores de 21 años	35	4,0057	4,0057
Más de 40 años	25		4,4560
Sig.		,794	,070

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

**Tabla V.14 – Comparaciones por edades para: Media Actividad Ciudad**

EDAD	N	Subconjunto para alfa = .05	
		1	2
Más de 40 años	25	4,5120	
21 a 40 años	51	4,6824	
menores de 21 años	35		5,1371
Sig.		,427	1,000

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

Como podemos observar, las diferencias de valoraciones entre pueblo y ciudad siguen estando ancladas en la dimensión actividad, donde el concepto ‘pueblo’ recibe las valoraciones más negativas, siendo las mujeres más jóvenes las que valoran más positivamente el estilo de vida urbano en esta dimensión.

#### b. Comparaciones por lugar de residencia:

Comparando las valoraciones atribuidas por las mujeres en función del tamaño de la población donde residen, tenemos diferencias significativas en algunas dimensiones. Las emprendedoras que viven en pueblos de menos de 2.000 hab., atribuyen puntuaciones menores al concepto ‘pueblo’ en todas las dimensiones, sin embargo, hay que considerar que de la muestra de emprendedoras (N=21), sólo dos viven en pueblos de más de 2.000 habitantes, restando fiabilidad a estos resultados

en concreto. En las valoraciones hechas por las emprendedoras a la ciudad, no hay diferencias significativas.

Las amas de casa que viven en pueblos de menos de 2.000 habitantes atribuyen puntuaciones inferiores a la ciudad en todas las dimensiones, siendo las diferencias estadísticamente significativas en la dimensión evaluación y en la media total del concepto. Como se puede observar en la Tabla V.15, las amas de casa que viven en pueblos más grandes valoran más positivamente la ciudad en todas las dimensiones. En las valoraciones del concepto ‘pueblo’, esta variable no implica diferencias significativas estadísticamente para las amas de casa.

**Tabla V.15** – Valoraciones medias de las amas de casa al concepto ciudad

Estadísticos de grupo

	RESIDENCIA	N	Media	Desviación típ.	Error típ. de la media
Media Evaluación Ciudad	pueblos < 2000 hab	26	<b>4,4860</b>	,7627	,1496
	pueblos >2000 y <10000 hab	13	<b>5,1049</b>	,9203	,2552
Media Potencia Ciudad	pueblos < 2000 hab	26	<b>4,5962</b>	,8279	,1624
	pueblos >2000 y <10000 hab	13	<b>5,1538</b>	,9045	,2509
Media Actividad Ciudad	pueblos < 2000 hab	26	<b>4,4692</b>	,9311	,1826
	pueblos >2000 y <10000 hab	13	<b>4,8154</b>	,8464	,2348
Media Ciudad	pueblos < 2000 hab	26	<b>4,5038</b>	,6705	,1315
	pueblos >2000 y <10000 hab	13	<b>5,0423</b>	,7937	,2201

Entre el grupo de estudiantes, las diferencias se ubican en el eje potencia del concepto ‘ciudad’, ya que las que viven en pueblos de menos de 2.000 habitantes, atribuyen puntuaciones más altas a la ciudad en esta dimensión. En todo lo demás, no se obtienen diferencias estadísticamente significativas en función de la variable lugar de residencia entre las estudiantes.

c. Comparaciones por tiempo de residencia en pueblos y en ciudades

Considerando el tiempo de residencia en ciudades de las mujeres encuestadas, no encontramos diferencias estadísticamente significativas entre pueblo y ciudad para las **empendedoras**. Para las **estudiantes**, las diferencias significativas radican en la valoración atribuida al pueblo, también en las dimensiones potencia y actividad. Las estudiantes que siempre han vivido en pueblos son las que puntúan más positivamente el pueblo en ambas dimensiones, indicando posiblemente una mayor vinculación afectiva con este entorno y una mayor adaptación entre las expectativas personales y el contexto. Las que han vivido más tiempo en ciudades que en pueblos son las que puntúan más negativamente estos últimos. No hay diferencias en las valoraciones de la ciudad para las estudiantes.

Es interesante observar que las representaciones de la ciudad son más uniformes, aunque muchas de las estudiantes nunca vivieron en contextos urbanos. Sin embargo, la experiencia de haber vivido o no en la ciudad, cambia las perspectivas de valoración de los pueblos, principalmente en las dimensiones potencia y actividad. Esto puede deberse a que el modelo de comparación y de valoración se establece a partir de las sociedades urbano-industriales, que se han impuesto como contexto sociocultural dominante, marcando pautas de consumo y de estilos de vida (Entrena, 1998; Newby, 1983).

**Tabla V.16** – Comparación para estudiantes por tiempo de residencia en ciudades: Media Potencia Pueblo

	N	Subconjunto para alfa = .05	
TIEMPO RESIDENCIA EN CIUDADES		1	2
ha vivido + en ciudades	5	3,2000	
ha vivido + en pueblos	6	3,5833	3,5833
siempre ha vivido en pueblos	40		4,2438
Sig.		,410	,158

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.



**Tabla V.17** – Comparación para estudiantes por tiempo de residencia en ciudades: Media Actividad Pueblo

TIEMPO RESIDENCIA EN CIUDADES	N	Subconjunto para alfa = .05	
		1	2
ha vivido + en ciudades	5	3,1600	
ha vivido + en pueblos	6	3,8333	3,8333
siempre ha vivido en pueblos	40		4,2200
Sig.		,170	,428

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

Entre el grupo de amas de casa encontramos más diferencias significativas. Las valoraciones atribuidas al concepto 'pueblo' son significativamente diferentes en la dimensión potencia. Las mujeres que han vivido más tiempo en pueblos, pero han residido algún tiempo en ciudades, son las que puntúan más negativamente el pueblo en todas las dimensiones, especialmente la dimensión potencia. Las amas de casa que siempre han vivido en pueblos, valoran más positivamente el pueblo en las dimensiones actividad y evaluación.

**Tabla V.18** – Comparación para amas de casa por tiempo de residencia en ciudades: Media Potencia Pueblo

TIEMPO RESIDENCIA EN CIUDADES	N	Subconjunto para alfa = .05	
		1	2
ha vivido + en pueblos	15	3,3000	
siempre ha vivido en pueblos	16		4,3281
ha vivido + en ciudades	8		4,3750
Sig.		1,000	,919

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

**Tabla V.19** – Comparación para amas de casa por tiempo de residencia en ciudades: Media Pueblo

TIEMPO RESIDENCIA EN CIUDADES	N	Subconjunto para alfa = .05	
		1	2
ha vivido + en pueblos	15	3,9567	
ha vivido + en ciudades	8	4,6184	4,6184
siempre ha vivido en pueblos	16		4,7406
Sig.		,078	,740

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

En relación al concepto ‘ciudad’, las diferencias significativas en las valoraciones de las amas de casa radican en las dimensiones evaluación y actividad. Las amas de casa que han vivido más tiempo en ciudades valoran más negativamente este concepto en ambas dimensiones. Las que valoran más positivamente la ciudad, en las dimensiones evaluación y actividad, son las mujeres que han vivido algún tiempo en la ciudad, y las mujeres que siempre han vivido en pueblos atribuyen una valoración intermedia.

**Tabla V.20** – Comparación para amas de casa por tiempo de residencia en ciudades: Media Evaluación Ciudad

TIEMPO RESIDENCIA EN CIUDADES	N	Subconjunto para alfa = .05	
		1	2
ha vivido + en ciudades	8	4,1136	
siempre ha vivido en pueblos	16	4,6136	4,6136
ha vivido + en pueblos	15		5,0848
Sig.		,137	,160

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

**Tabla V.21** – Comparación para amas de casa por tiempo de residencia en ciudades: Media Actividad Ciudad

	N	Subconjunto para alfa = .05	
TIEMPO RESIDENCIA EN CIUDADES		1	2
ha vivido + en ciudades	8	4,0000	
siempre ha vivido en pueblos	16	4,5375	4,5375
ha vivido + en pueblos	15		4,9467
Sig.		,137	,255

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

**Tabla V.22** – Comparación para amas de casa por tiempo de residencia en ciudades: Media Ciudad

	N	Subconjunto para alfa = .05	
TIEMPO RESIDENCIA EN CIUDADES		1	2
ha vivido + en ciudades	8	4,1750	
siempre ha vivido en pueblos	16	4,6219	4,6219
ha vivido + en pueblos	15		5,0200
Sig.		,128	,174

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

La experiencia de haber vivido mucho tiempo en ciudades, para las amas de casa encuestadas, parece ser motivo de atribuir valoraciones más negativas a la ciudad, indicando cierta saturación del estilo de vida urbano. Mientras que son las amas de casa que han tenido la experiencia de vivir algún tiempo en ciudades, pero más en pueblos, las que valoran más positivamente la ciudad, como echando de menos aspectos de la vida urbana, principalmente relacionados con las dimensiones actividad y potencia. Sin embargo, las mujeres que siempre han vivido en pueblos, se quedan en una posición intermedia, aunque valoren positivamente la ciudad en todas las dimensiones.

Como se ha podido comprobar, se confirma la hipótesis inicial de que las mujeres de la Montaña Palentina comparten representaciones sociales más despectivas sobre el medio rural que sobre el medio urbano,

aunque con matices interesantes, como es la valoración de la belleza de lo rural y del pueblo, verificado por la escala 'bonito-feo', donde lo urbano es minusvalorado. A continuación, comparamos las valoraciones de los conceptos 'gente de pueblo' y 'gente de ciudad', entrando cada vez más en aspectos específicos de comparación intergrupala y de construcción de las identidades sociales, en torno a las representaciones sociales de la ruralidad.

### 1.3. Comparaciones entre Gente de Pueblo y Gente de Ciudad

Estableciendo comparaciones entre las valoraciones atribuidas por los tres grupos de mujeres a los conceptos 'gente de pueblo' y 'gente de ciudad', observamos que se encuentran diferencias estadísticamente significativas en todos los grupos, aunque la proporción es menor entre las emprendedoras. Para el grupo de emprendedoras, **la gente de pueblo es más pasiva, vieja, escasa, lenta, así como más educada, buena, cálida y agradable, que la gente de ciudad.**

Para las amas de casa, hay diferencias significativas en más de la mitad de los pares de adjetivos (12 de los 20). **La gente de pueblo es más inteligente, educada, bonita, buena, fuerte, cálida y agradable; pero también, más pasiva, vieja, pobre, escasa y lenta, que la gente de ciudad, según las amas de casa.**

Según las estudiantes, **la gente de pueblo es significativamente más educada, buena, fuerte, cálida, trabajadora, agradable, vieja, pobre, escasa y lenta, que la gente de ciudad.** En la comparación por dimensiones, obtenemos diferencias significativas solamente entre las valoraciones atribuidas por las emprendedoras en la dimensión actividad, en la cual la gente de pueblo recibe una puntuación media inferior.

**Tabla V.23** – Comparación de medias entre los conceptos ‘gente de pueblo’ y ‘gente de ciudad’, para las emprendedoras

Estadísticos de muestras relacionadas

	Media	N	Desviación típ.	Error típ. de la media	t	gl	Sig. (bilateral)
Media Evaluación Gente de Pueblo	4,3870	21	,6784	,1480	,852	20	,405
Media Evaluación Gente de Ciudad	4,2597	21	,4438	9,684E-02			
Media Potencia Gente de Pueblo	3,9881	21	,7003	,1528	-1,574	20	,131
Media Potencia Gente de Ciudad	4,4405	21	,8059	,1759			
Media Actividad Gente de Pueblo	<b>3,8667</b>	<b>21</b>	<b>,8794</b>	<b>,1919</b>	<b>-2,257</b>	<b>20</b>	<b>,035</b>
Media Actividad Gente de Ciudad	<b>4,4857</b>	<b>21</b>	<b>,6052</b>	<b>,1321</b>			
Media Gente de Pueblo	4,1756	21	,6060	,1322	-1,017	20	,321
Media Gente de Ciudad	4,3515	21	,4710	,1028			

**Tabla V.24** – Comparación de medias entre los conceptos ‘gente de pueblo’ y ‘gente de ciudad’, para las amas de casa

Estadísticos de muestras relacionadas

	Media	N	Desviación típ.	Error típ. de la media	t	gl	Sig. (bilateral)
Media Evaluación Gente de Pueblo	4,6224	39	,8019	,1284	1,343	38	,187
Media Evaluación Gente de Ciudad	4,3986	39	,6221	9,961E-02			
Media Potencia Gente de Pueblo	4,3526	39	1,0351	,1657	-,766	38	,448
Media Potencia Gente de Ciudad	4,5321	39	,8295	,1328			
Media Actividad Gente de Pueblo	4,2987	39	1,1110	,1779	-,685	38	,498
Media Actividad Gente de Ciudad	4,4410	39	,6808	,1090			
Media Gente de Pueblo	4,4866	39	,8553	,1370	,289	38	,774
Media Gente de Ciudad	4,4359	39	,5825	9,328E-02			

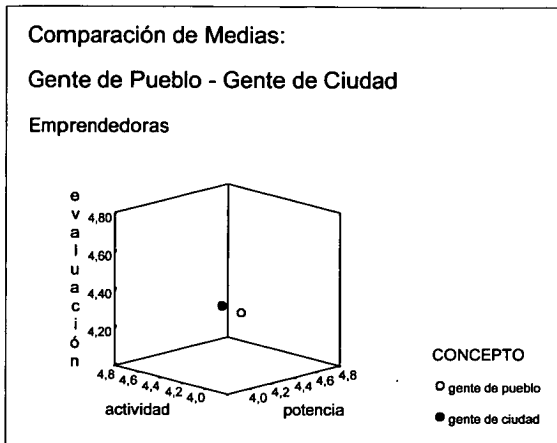
**Tabla V.25** – Comparación de medias entre los conceptos gente de pueblo y gente de ciudad para las estudiantes

Estadísticos de muestras relacionadas

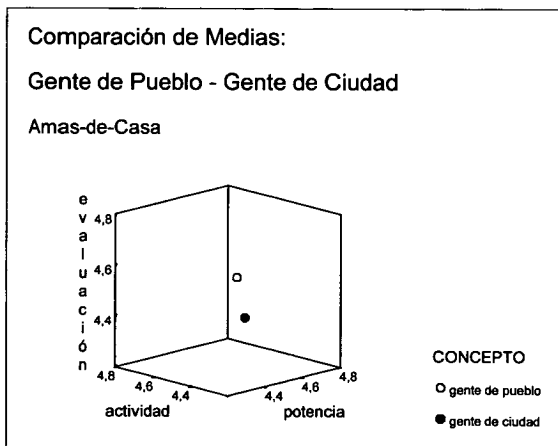
	Media	N	Desviación típ.	Error típ. de la media	t	gl	Sig. (bilateral)
Media Evaluación Gente de Pueblo	4,5472	51	1,0806	,1513	,151	50	,881
Media Evaluación Gente de Ciudad	4,5179	51	,7960	,1115			
Media Potencia Gente de Pueblo	4,2598	51	1,0523	,1474	-,821	50	,416
Media Potencia Gente de Ciudad	4,4216	51	,7289	,1021			
Media Actividad Gente de Pueblo	4,2980	51	1,2544	,1756	-,1268	50	,211
Media Actividad Gente de Ciudad	4,6118	51	,9010	,1262			
Media Gente de Pueblo	4,4273	51	1,0592	,1483	-,489	50	,627
Media Gente de Ciudad	4,5228	51	,7306	,1023			

Como podemos observar, las diferencias no son significativas por dimensiones, pero éstas son importantes para realizar las gráficas comparativas que presentamos a continuación:

**Gráfico V.7**  
 Comparación de valoraciones entre 'gente de pueblo' y 'gente de ciudad', para las emprendedoras

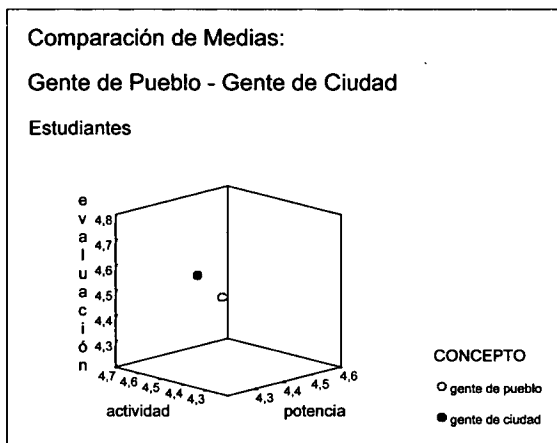


**Gráfico V.8**  
 Comparación de valoraciones entre 'gente de pueblo' y 'gente de ciudad' para las amas de casa





**Gráfico V.9**  
**Comparación**  
**de valoraciones**  
**entre 'gente de**  
**pueblo' y 'gente**  
**de ciudad', para**  
**las estudiantes**



Como podemos observar, se mantienen las tendencias de los conceptos anteriores, y lo rural, el pueblo y la gente de pueblo reciben valoraciones más positivas en la dimensión evaluación, en escalas como bueno, educado, bonito y agradable, pero las valoraciones son negativas en las dimensiones potencia y actividad, en las que, lo referente a urbano, recibe valoraciones significativamente más altas.

**a. Comparaciones por grupos de edad:**

Comparando por grupos de edad, no hay diferencias significativas en las valoraciones atribuidas al concepto 'gente de pueblo', en ninguna de las dimensiones del Diferencial Semántico. Sin embargo, aparecen diferencias significativas en las valoraciones del concepto 'gente de ciudad', en las dimensiones evaluación y actividad. Las mujeres menores de 21 años son las que valoran más positivamente a la gente de ciudad, tanto en la dimensión evaluación como en la dimensión actividad, como se puede observar en las tablas que siguen:

**Tabla V.26** – Comparaciones por edades para: Media Evaluación Gente de Ciudad

	N	Subconjunto para alfa = .05	
EDAD		1	2
21 a 40 años	51	4,3058	
Más de 40 años	25	4,3164	
Menores de 21 años	35		4,6831
Sig.		,948	1,000

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

**Tabla V.27** – Comparaciones por edades para: Media Actividad Gente de Ciudad

	N	Subconjunto para alfa = .05	
EDAD		1	2
Más de 40 años	25	4,3520	
21 a 40 años	51	4,4275	
Menores de 21 años	35		4,8000
Sig.		,683	1,000

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

b. Comparaciones por lugar de residencia:

Estableciendo comparaciones en función del lugar de residencia de las participantes, observamos que las emprendedoras que viven en pueblos de menos de 2.000 habitantes atribuyen puntuaciones inferiores a la gente de pueblo, en la dimensión evaluación ( $M=4,35$ ), que las emprendedoras que viven en poblaciones más grandes ( $M=4,77$ ). Por otro lado, las amas de casa que viven en pueblos de más de 2.000 habitantes valoran significativamente menos a la gente de pueblo en la dimensión actividad ( $M=3,75$ ), que las que viven en poblaciones más pequeñas ( $M=4,57$ ). No hay diferencias significativas en las demás dimensiones del concepto 'gente de pueblo'. Entre las valoraciones de los tres grupos de mujeres al concepto gente de ciudad tampoco hay diferencias estadísticamente significativas.

c. Comparaciones por tiempo de residencia en pueblos y en ciudades:

Observamos que al contrastar los resultados entre las participantes en función de la variable tiempo de residencia en la ciudad, obtenemos algunas diferencias significativas estadísticamente, entre las emprendedoras y las amas-de-casa. La muestra de estudiantes es homogénea, en cuanto a las valoraciones de los conceptos, si consideramos el tiempo que hayan residido en ciudades o en pueblos.

Entre las emprendedoras, las diferencias radican en las valoraciones del concepto 'gente de pueblo' en la dimensión actividad, y del concepto 'gente de ciudad' en la dimensión potencia. Las emprendedoras que siempre han vivido en pueblos atribuyen puntuaciones inferiores a la gente de pueblo en la dimensión actividad, al mismo tiempo en que atribuyen las puntuaciones superiores a la gente de ciudad, en la dimensión potencia. Por lo tanto, podemos concluir que las emprendedoras que siempre han vivido en pueblos son las que menos valoran la gente de pueblo en los aspectos relacionados con el dinamismo, y destacan los aspectos relacionados con el poder de la gente de ciudad.

**Tabla V.28** – Comparaciones para emprendedoras por tiempo de residencia en ciudades: Media Actividad Gente de Pueblo

	N	Subconjunto para alfa = .05	
TIEMPO DE RESIDENCIA EN CIUDADES		1	2
siempre ha vivido en pueblos	5	3,2000	
ha vivido + en ciudades	6	3,8333	3,8333
ha vivido + en pueblos	10		4,2200
Sig.		,181	,407

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

**Tabla V.29** – Comparaciones para emprendedoras por tiempo de residencia en ciudades: Media Potencia Gente de Ciudad

	N	Subconjunto para alfa = .05	
TIEMPO DE RESIDENCIA EN CIUDADES		1	2
ha vivido + en pueblos	10	4,1250	
ha vivido + en ciudades	6	4,4583	4,4583
siempre ha vivido en pueblos	5		5,0500
Sig.		,436	,174

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

Entre el grupo de amas de casa, encontramos diferencias significativas en las valoraciones del concepto ‘gente de pueblo’, en la dimensión potencia, en la que las amas de casa que siempre han vivido en pueblos puntúan más positivamente este concepto. Al valorar el concepto ‘gente de ciudad’, observamos que las amas de casa que han vivido más tiempo en ciudades que en pueblos son las que valoran más negativamente este concepto en todas las dimensiones.

**Tabla V.30** – Comparaciones para las amas de casa por tiempo de residencia en ciudades: Media Potencia Gente de Pueblo

	N	Subconjunto para alfa = .05	
TIEMPO DE RESIDENCIA EN CIUDADES		1	2
ha vivido + en pueblos	15	3,8500	
ha vivido + en ciudades	8	4,4688	4,4688
Siempre ha vivido en pueblos	16		4,7656
Sig.		,131	,463

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

**Tabla V.31** – Comparaciones para las amas de casa por tiempo de residencia en ciudades: Media Evaluación Gente de Ciudad

	N	Subconjunto para alfa = .05	
TIEMPO DE RESIDENCIA EN CIUDADES		1	2
ha vivido + en ciudades	8	3,9545	
siempre ha vivido en pueblos	16	4,3693	4,3693
ha vivido + en pueblos	15		4,6667
Sig.		,090	,220

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

**Tabla V.32** – Comparaciones para las amas de casa por tiempo de residencia en ciudades: Media Potencia Gente de Ciudad

	N	Subconjunto para alfa = .05	
TIEMPO DE RESIDENCIA EN CIUDADES		1	2
ha vivido + en ciudades	8	4,1875	
siempre ha vivido en pueblos	16	4,2500	
ha vivido + en pueblos	15		5,0167
Sig.		,841	1,000

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

**Tabla V.33** – Comparaciones para las amas de casa por tiempo de residencia en ciudades: Media Gente de Ciudad

	N	Subconjunto para alfa = .05	
TIEMPO DE RESIDENCIA EN CIUDADES		1	2
ha vivido + en ciudades	8	4,0438	
siempre ha vivido en pueblos	16	4,3969	4,3969
ha vivido + en pueblos	15		4,6867
Sig.		,124	,205

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

Podemos observar que las mayores discrepancias se encuentran en las valoraciones de la gente de ciudad, y las mujeres que han vivido más tiempo en pueblos que en ciudades son las que atribuyen puntuaciones más

altas; mientras las mujeres que han vivido más tiempo en ciudades, atribuyen las puntuaciones más bajas. Estos resultados mantienen los patrones de las valoraciones atribuidas a los conceptos anteriores, y se comprueba la relación que existe entre ellos. Las amas de casa que han vivido más tiempo en ciudades parecen valorar más negativamente lo relacionado con lo urbano, aunque esto no se refleje en una mayor valoración de lo rural. Sin embargo, la experiencia de haber vivido algún tiempo en la ciudad parece generar en las amas de casa una mayor idealización de lo urbano, y cabría investigar los motivos que las llevaron a regresar al pueblo, pues no parece haber sido una opción deseada.

## **1.2. Valoraciones de lo rural atribuidas a los/as urbanos/as**

En una segunda fase de aplicación del Diferencial Semántico, se pidió a las participantes que valorasen los conceptos 'rural', 'pueblo' y 'gente de pueblo', según creían que lo harían los "urbanos/as". En este sentido, procuramos identificar la percepción que tienen las mujeres sobre las valoraciones atribuidas a su grupo de pertenencia actual (rurales), por el grupo socialmente dominante (urbanos).

En esta perspectiva, los resultados han sido muy reveladores, pues las diferencias entre las valoraciones son estadísticamente muy significativas, marcando una importante línea divisoria. Las diferencias entre las valoraciones, atribuidas por las propias participantes a los conceptos, y cómo ellas creen que los valorarían los urbanos/as, identifican una clara percepción de minusvaloración de la ruralidad y del propio grupo, por parte del grupo dominante. Cuando nos referimos a los urbanos/as como grupo dominante, nos referimos a urbanos/as como grupo numéricamente mayoritario, pero también a los aspectos culturales, económicos, políticos e ideológicos de la dominación como grupo de referencia.

Así, tenemos que en la media total y en todas las dimensiones de los tres conceptos, 'rural', 'pueblo' y 'gente de pueblo', las participantes atribuyen valoraciones inferiores a los urbanos, en relación con las que ellas mismas han atribuido a estos conceptos. Hay algunos casos en que las diferencias no son estadísticamente significativas, por ejemplo, en la comparación entre la propia valoración de pueblo y la valoración atribuida a los/as urbanos/as, en la dimensión potencia, para el grupo de emprendedoras. Pero, si analizamos detenidamente los pocos casos donde las diferencias no son significativas, nos damos cuenta de que esto ocurre no porque las participantes hayan atribuido valoraciones más positivas a los urbanos/as, sino porque ellas mismas habían atribuido valoraciones negativas a estos conceptos en dichas dimensiones.

**Tabla V.34** – Comparaciones entre valoraciones propias y atribuidas a los urbanos/as, para las emprendedoras

		Media	N	Desviación típ.	Error típ. de la media	t	gl	Sig. (bilateral)
Media Actividad	Rural	<b>4,0667</b>	21	1,0722	,2340	3,072	20	<b>,006</b>
	Rural para urbanos/as	<b>3,2286</b>	21	1,2446	,2716			
Media Evaluación	Rural	<b>4,7294</b>	21	,6534	,1426	3,524	20	<b>,002</b>
	Rural para urbanos/as	<b>3,8139</b>	21	1,0846	,2367			
Media Potencia	Rural	<b>3,9048</b>	21	,7352	,1604	2,099	20	<b>,049</b>
	Rural para urbanos/as	<b>3,4444</b>	21	,7474	,1631			
Media Total	Rural	<b>4,3992</b>	21	,5611	,1224	3,798	20	<b>,001</b>
	Rural para urbanos/as	<b>3,5935</b>	21	,9753	,2128			
Media Evaluación	Pueblo	<b>4,5714</b>	21	,7704	,1681	3,308	20	<b>,004</b>
	Pueblo para urbanos/as	<b>3,7143</b>	21	1,1507	,2511			
Media Potencia	Pueblo	<b>3,9286</b>	21	,6944	,1515	2,193	20	<b>,040</b>
	Pueblo para urbanos/as	<b>3,4405</b>	21	,6978	,1523			
Media Actividad	Pueblo	<b>3,6571</b>	21	,8225	,1795	1,989	20	<b>,061</b>
	Pueblo para urbanos/as	<b>3,1238</b>	21	,7810	,1704			
Media Total	Pueblo	<b>4,2116</b>	21	,6153	,1343	3,001	20	<b>,007</b>
	Pueblo para urbanos/as	<b>3,5119</b>	21	,8647	,1887			
Media Evaluación	Gente de Pueblo	<b>4,3870</b>	21	,6784	,1480	3,543	20	<b>,002</b>
	Gente de Pueblo para urbanos/as	<b>3,7619</b>	21	,9471	,2067			
Media Potencia	Gente de Pueblo	<b>3,9881</b>	21	,7003	,1528	1,412	20	<b>,173</b>
	Gente de Pueblo para urbanos/as	<b>3,7500</b>	21	,8515	,1858			
Media Actividad	Gente de Pueblo	<b>3,8667</b>	21	,8794	,1919	3,041	20	<b>,006</b>
	Gente de Pueblo para urbanos/as	<b>3,1524</b>	21	,9918	,2164			
Media Total	Gente de Pueblo	<b>4,1756</b>	21	,6060	,1322	3,665	20	<b>,002</b>
	Gente de Pueblo para urbanos/as	<b>3,6071</b>	21	,7709	,1682			



**Tabla V.35 – Comparaciones entre valoraciones propias y atribuidas a los urbanos/as para las amas de casa**

		<b>Media</b>	<b>N</b>	<b>Desviación típ.</b>	<b>Error típ. de la media</b>	<b>t</b>	<b>gl</b>	<b>Sig. (bilateral)</b>
Media Actividad	Rural	<b>4,1641</b>	39	,8896	,1424	4,479	38	<b>,000</b>
	Rural para urbanos/as	<b>3,2256</b>	39	1,2584	,2015			
Media Evaluación	Rural	<b>4,7020</b>	39	,6868	,1100	4,082	38	<b>,000</b>
	Rural para urbanos/as	<b>3,8065</b>	39	1,2079	,1934			
Media Potencia	Rural	<b>4,2372</b>	39	1,0371	,1661	3,076	38	<b>,004</b>
	Rural para urbanos/as	<b>3,4744</b>	39	1,3751	,2202			
Media Total	Rural	<b>4,4733</b>	39	,6647	,1064	4,183	38	<b>,000</b>
	Rural para urbanos/as	<b>3,5937</b>	39	1,1711	,1875			
Media Evaluación	Pueblo	<b>4,6315</b>	39	,9249	,1481	3,707	38	<b>,001</b>
	Pueblo para urbanos/as	<b>3,8697</b>	39	1,1558	,1851			
Media Potencia	Pueblo	<b>3,9423</b>	39	1,2023	,1925	1,416	38	<b>,165</b>
	Pueblo para urbanos/as	<b>3,6261</b>	39	1,1821	,1893			
Media Actividad	Pueblo	<b>4,3128</b>	39	1,1265	,1804	3,444	38	<b>,001</b>
	Pueblo para urbanos/as	<b>3,5487</b>	39	1,3671	,2189			
Media Total	Pueblo	<b>4,4140</b>	39	,9382	,1502	3,542	38	<b>,001</b>
	Pueblo para urbanos/as	<b>3,7399</b>	39	1,1404	,1826			
Media Evaluación	Gente de Pueblo	<b>4,6224</b>	39	,8019	,1284	3,761	38	<b>,001</b>
	Gente de Pueblo para urbanos/as	<b>3,9627</b>	39	1,1686	,1871			
Media Potencia	Gente de Pueblo	<b>4,3526</b>	39	1,0351	,1657	2,558	38	<b>,015</b>
	Gente de Pueblo para urbanos/as	<b>3,9103</b>	39	1,1069	,1773			
Media Actividad	Gente de Pueblo	<b>4,2987</b>	39	1,1110	,1779	3,160	38	<b>,003</b>
	Gente de Pueblo para urbanos/as	<b>3,7333</b>	39	1,2669	,2029			
Media Total	Gente de Pueblo	<b>4,4866</b>	39	,8553	,1370	3,664	38	<b>,001</b>
	Gente de Pueblo para urbanos/as	<b>3,8949</b>	39	1,1312	,1811			

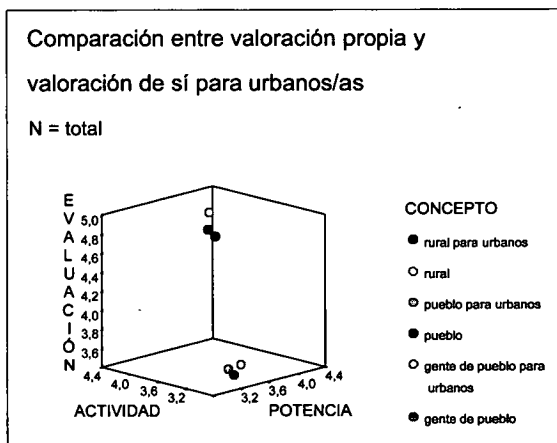
**Tabla V.36** – Comparaciones entre valoraciones propias y atribuidas a los urbanos/as, para las estudiantes

		<b>Media</b>	<b>N</b>	<b>Desviación típ.</b>	<b>Error tít. de la media</b>	<b>t</b>	<b>gl</b>	<b>Sig. (bilateral)</b>
Media Actividad	Rural	<b>4,2510</b>	51	,9756	,1366	8,689	50	<b>,000</b>
	Rural para urbanos/as	<b>2,6667</b>	51	,9705	,1359			
Media Evaluación	Rural	<b>4,9428</b>	51	,7977	,1117	12,078	50	<b>,000</b>
	Rural para urbanos/as	<b>3,1141</b>	51	,8964	,1255			
Media Potencia	Rural	<b>4,1471</b>	51	,8590	,1203	6,346	50	<b>,000</b>
	Rural para urbanos/as	<b>3,0245</b>	51	,8721	,1221			
Media Total	Rural	<b>4,6121</b>	51	,7430	,1040	11,294	50	<b>,000</b>
	Rural para urbanos/as	<b>2,9848</b>	51	,7600	,1064			
Media Evaluación	Pueblo	<b>4,7629</b>	51	,8985	,1258	10,002	50	<b>,000</b>
	Pueblo para urbanos/as	<b>3,1547</b>	51	,8338	,1168			
Media Potencia	Pueblo	<b>4,0637</b>	51	,9537	,1335	6,380	50	<b>,000</b>
	Pueblo para urbanos/as	<b>3,1013</b>	51	,8001	,1120			
Media Actividad	Pueblo	<b>4,0706</b>	51	,9837	,1377	7,308	50	<b>,000</b>
	Pueblo para urbanos/as	<b>2,8441</b>	51	,9338	,1308			
Media Total	Pueblo	<b>4,4500</b>	51	,8213	,1150	9,807	50	<b>,000</b>
	Pueblo para urbanos/as	<b>3,0667</b>	51	,7277	,1019			
Media Evaluación	Gente de Pueblo	<b>4,5472</b>	51	1,0806	,1513	7,790	50	<b>,000</b>
	Gente de Pueblo para urbanos/as	<b>3,0513</b>	51	,9301	,1302			
Media Potencia	Gente de Pueblo	<b>4,2598</b>	51	1,0523	,1474	5,032	50	<b>,000</b>
	Gente de Pueblo para urbanos/as	<b>3,2304</b>	51	,9986	,1398			
Media Actividad	Gente de Pueblo	<b>4,2980</b>	51	1,2544	,1756	7,594	50	<b>,000</b>
	Gente de Pueblo para urbanos/as	<b>2,7647</b>	51	1,0289	,1441			
Media Total	Gente de Pueblo	<b>4,4273</b>	51	1,0592	,1483	7,711	50	<b>,000</b>
	Gente de Pueblo para urbanos/as	<b>3,0157</b>	51	,8677	,1215			

Podemos observar cómo las mujeres rurales perciben una minusvaloración de su contexto y de su grupo de pertenencia por parte del grupo dominante, los/as urbanos/as. Las **diferencias encontradas, son estadísticamente significativas en casi todas las dimensiones**, en los tres conceptos valorados.

A continuación, para facilitar la visualización de las diferencias, presentamos un gráfico comparativo entre las valoraciones atribuidas por las participantes (N = total) a los conceptos rural, pueblo y gente de pueblo, y las valoraciones que ellas creen que atribuirían los/as urbanos/as a los mismos conceptos.

**Gráfico V.10**  
Comparación entre las valoraciones propias y las atribuidas a los/as urbanos/as, relativas a la ruralidad:



Como se puede observar, hay una clara percepción de minusvaloración de los conceptos que se refieren al grupo de pertenencia por parte del grupo dominante en todas las dimensiones investigadas. Seguiremos comparando las diferencias entre los tres grupos de mujeres, en mayor profundidad.

Las estudiantes son las que perciben una minusvaloración más acentuada en todas las dimensiones de los tres conceptos. En este sentido, parece ser muy importante la edad en la percepción de la intensidad de la minusvaloración por parte del exogrupo, siendo las mujeres menores de 21 años las que atribuyen a los urbanos/as las puntuaciones más baja en todas las dimensiones de los tres conceptos.

Por otro lado, entre las amas de casa y las emprendedoras, así como entre los dos grupos de mujeres de más de 21 años, las diferencias no son significativas, siendo las que atribuyen a los urbanos/as las valoraciones relativamente menos negativas de los conceptos que se refieren a lo rural, aunque marcadamente más negativas que las propias valoraciones a los mismos conceptos.

**Tabla V.37** – Comparaciones entre las valoraciones atribuidas a los/as urbanos/as: edia Rural

	N	Subconjunto para alfa = .05	
PROFESIÓN		1	2
Estudiante	51	2,9848	
Emprendedora	21		3,5935
ama de casa	39		3,5937
Sig.		1,000	,999

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

**Tabla V.38** – Comparaciones por grupos de edad entre las valoraciones atribuidas a los/as urbanos/as: Media Rural

	N	Subconjunto para alfa = .05	
EDAD		1	2
Menores de 21 años	35	2,8211	
21 a 40 años	51		3,4637
Más de 40 años	25		3,6982
Sig.		1,000	,310

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

**Tabla V.39** – Comparaciones entre las valoraciones atribuidas a los/as urbanos/as: Media Pueblo

	N	Subconjunto para alfa = .05	
PROFESIÓN		1	2
Estudiante	51	3,0667	
Emprendedora	21	3,5119	3,5119
ama de casa	39		3,7399
Sig.		,054	,320

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

**Tabla V.40** – Comparaciones por grupos de edad entre las valoraciones atribuidas a los/as urbanos/as: Media Pueblo

	N	Subconjunto para alfa = .05	
EDAD		1	2
Menores de 21 años	35	2,9614	
21 a 40 años	51		3,4838
Más de 40 años	25		3,7872
Sig.		1,000	,174

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

**Tabla V.41** – Comparaciones entre las valoraciones atribuidas a los/as urbanos/as: Media Gente de Pueblo

	N	Subconjunto para alfa = .05	
PROFESIÓN		1	2
Estudiante	51	3,0157	
Emprendedora	21		3,6071
ama de casa	39		3,8949
Sig.		1,000	,228

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

**Tabla V.42** – Comparaciones por grupos de edad entre las valoraciones atribuidas a los/as urbanos/as: Media Gente de Pueblo

	N	Subconjunto para alfa = .05	
EDAD		1	2
menores de 21 años	35	2,8529	
21 a 40 años	51		3,6490
más de 40 años	25		3,8200
Sig.		1,000	,461

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

a. Comparaciones por lugar de residencia:

En relación con el lugar de residencia de las encuestadas, se puede observar que entre las **emprendedoras**, las diferencias entre las que viven en pueblos de menos de 2.000 habitantes y las que viven en pueblos

mayores no son significativas, a excepción de la diferencia de valoraciones medias del concepto ‘pueblo’ en la dimensión evaluación. Las emprendedoras que viven en pueblos de más de 2.000 habitantes creen que los urbanos/as valoran más positivamente el pueblo en dicha dimensión.

Entre el grupo de **amas de casa**, las que viven en pueblos de más de 2.000 habitantes infieren valoraciones significativamente inferiores de los urbanos/as a los tres conceptos referentes a lo rural en todas las dimensiones investigadas, siendo las amas de casa que viven en los pueblos más pequeños las que perciben valoraciones menos negativas entre los urbanos/as. En el grupo de estudiantes ocurre un fenómeno inverso, siendo las estudiantes que viven en los pueblos de menos de 2.000 habitantes las que infieren puntuaciones inferiores a los urbanos/as con respecto a los conceptos referentes a lo rural. Sin embargo, las diferencias en el caso de las estudiantes sólo son significativas estadísticamente en la dimensión evaluación del concepto ‘pueblo’, coincidiendo en este caso con la percepción de las emprendedoras.

#### b. Comparaciones por tiempo de residencia en ciudades y en pueblos:

En el análisis de las valoraciones de los conceptos referentes a lo rural que son atribuidas a los urbanos/as, en función de la variable tiempo de residencia en ciudades, hemos podido verificar que no hay diferencias significativas entre las emprendedoras ni entre las estudiantes; no así entre las amas de casa. Para este grupo, las diferencias se ubican en las valoraciones del concepto ‘gente de pueblo’ que se infiere a los urbanos/as.

**Tabla V.43** – Comparaciones para amas de casa por tiempo de residencia en ciudades: Media Evaluación Gente de Pueblo

	N	Subconjunto para alfa = .05	
TIEMPO RESIDENCIA EN CIUDADES		1	2
ha vivido + en pueblos	15	3,4121	
siempre ha vivido en pueblos	16	4,1932	4,1932
ha vivido + en ciudades	8		4,5341
Sig.		,094	,458

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

**Tabla V.44** – Comparaciones para amas de casa por tiempo de residencia en ciudades: Media Potencia Gente de Pueblo

	N	Subconjunto para alfa = .05	
TIEMPO RESIDENCIA EN CIUDADES		1	2
ha vivido + en pueblos	15	3,4000	
siempre ha vivido en pueblos	16	4,0000	4,0000
ha vivido + en ciudades	8		4,6875
Sig.		,163	,111

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

**Tabla V.45** – Comparaciones para amas de casa por tiempo de residencia en ciudades: Media Actividad Gente de Pueblo

	N	Subconjunto para alfa = .05	
TIEMPO RESIDENCIA EN CIUDADES			1
ha vivido + en pueblos	15	3,1467	
siempre ha vivido en pueblos	16	4,0625	
ha vivido + en ciudades	8		4,1750
Sig.			,057

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

**Tabla V.46** – Comparaciones para amas de casa por tiempo de residencia en ciudades: Media Gente de Pueblo

	N	Subconjunto para alfa = .05	
TIEMPO RESIDENCIA EN CIUDADES		1	2
ha vivido + en pueblos	15	3,3433	
siempre ha vivido en pueblos	16	4,1219	4,1219
ha vivido + en ciudades	8		4,4750
Sig.		,083	,424

Se muestran las medias para los grupos en los subconjuntos homogéneos.

Las amas de casa que han vivido algún tiempo en ciudades, pero más tiempo en pueblos, son las que perciben las valoraciones inferiores al concepto 'gente de pueblo' en todas sus dimensiones, por parte de los

urbanos/as, pudiéndose reflejar ciertas experiencias de discriminación o contacto directo con prejuicios de los urbanos/as hacia la gente de pueblo. Sin embargo, también es interesante recordar que este grupo de amas de casa atribuye las puntuaciones más altas a la gente de ciudad en las dimensiones potencia, evaluación y en la media total del concepto 'gente de ciudad'. Así mismo, este grupo también atribuye las puntuaciones más altas al concepto 'ciudad', y las puntuaciones más bajas al concepto 'pueblo'. Estos resultados parecen indicar una mayor idealización de la ciudad por las amas de casa que han vivido una pequeña parte de sus vidas en ciudades, así como una valoración más negativa del pueblo y una mayor percepción de minusvaloración de la ruralidad por parte de los/as urbanos/as. Parece difícil, a la luz de estos resultados, pensar que puedan construir identidades sociales satisfactorias a partir de su propio grupo de pertenencia, y será importante investigar las estrategias que han utilizado para ello.

El análisis de las escalas del Diferencial Semántico nos ha permitido recoger una visión panorámica de las valoraciones del medio rural, que, hoy por hoy, están vigentes entre las mujeres de la Montaña Palentina, así como realizar un análisis comparativo por grupos. Como se ha podido verificar, considerando las valoraciones medias de cada concepto, se confirma la primera hipótesis de nuestra investigación: "Las mujeres de la Montaña Palentina comparten representaciones sociales más despectivas sobre el medio rural que sobre el medio urbano". A partir del marco teórico de referencia que hemos estado trabajando, tanto con la teoría de las representaciones sociales como la teoría de la identidad social, los resultados obtenidos en esta primera parte de la investigación parecen indicar que se confirmaría también nuestra segunda hipótesis de trabajo, en la que afirmamos que "las representaciones sociales sobre el medio rural, constituyen factores relevantes en la decisión de emigrar o no a la ciudad". Sin embargo, antes de seguir con las conclusiones, presentamos el análisis de los datos de la segunda parte de esta investigación, que vendrán a complementar y profundizar los análisis realizados hasta este momento.

A continuación, presentamos los análisis elaborados a partir de los discursos de las mujeres de la Montaña Palentina, extraídos de diecisiete entrevistas en profundidad realizadas a emprendedoras, estudiantes y amas de casa, y de dos grupos de discusión realizados con



emprendedoras y amas de casa. En éstos procuramos profundizar sobre temas referentes a las representaciones sociales de lo rural y lo urbano, sobre las relaciones personales con personas de las ciudades, pero principalmente sobre los papeles sociales de las mujeres en los contextos de ruralidad, las transformaciones que se vienen observando en las últimas décadas, y en los aspectos referentes a la construcción de las identidades sociales de las mujeres rurales.



## **VI - Indagando en la construcción de las identidades sociales de las mujeres rurales**

Venimos indagando sobre las representaciones sociales de la ruralidad construidas por las mujeres de la Montaña Palentina y sobre su propio papel en el medio rural, y cómo se van tejiendo las relaciones entre ambos. El éxodo rural ha afectado principalmente a las mujeres jóvenes, dejando como consecuencia la desarticulación del tejido social, el despoblamiento y la imposibilidad de relevo generacional en las zonas rurales. El interés en la comprensión de estos procesos, y la búsqueda de estrategias de dinamización social y económica del medio rural, que fijen la población femenina, nos llevan a elegir a las mujeres que siguen viviendo en la Montaña Palentina como narradoras válidas de sus propias vivencias y expectativas, para guiarnos en este camino.

En esta investigación, estamos dando prioridad al lenguaje, como proceso, no sólo de expresión, sino de construcción de la realidad social. A través del lenguaje, se establecen las relaciones sociales, por ejemplo, de igualdad o de discriminación, que afectan claramente a las mujeres y a la construcción de sus identidades, las elecciones que hacen y las decisiones que toman. Utilizamos el análisis del discurso como una herramienta para poner de manifiesto las representaciones que construyen los comportamientos y las relaciones sociales en los contextos rurales (Parker, 1988; Potter, 1998). “El análisis del discurso propone que la experiencia, lo psicológico, el sentimiento, son siempre inevitablemente identificados, etiquetados y contruidos a través de la narrativa, luego, del lenguaje y del discurso” (Nogueira, 2001, p. 221).

Realizamos 17 **entrevistas en profundidad** con mujeres de la Montaña Palentina, pertenecientes a tres grupos: seis emprendedoras (EM), seis amas de casa (AC) y cinco estudiantes (ES). La selección de los casos, en cada uno de los grupos, obedece a criterios de variedad, de modo que puedan facilitar una mejor comprensión de los fenómenos vividos por las mujeres en el medio rural. Sin buscar la representatividad, procuramos abarcar un amplio campo de posibilidades en cada uno de los grupos de mujeres. Elegimos participantes de diferentes edades, con y sin cargas familiares, diferentes trayectorias personales, y algunas de ellas relacionadas

con las actividades agro-ganaderas. También, la vinculación con la ciudad ha sido un criterio importante en los tres grupos que hemos seleccionado: mujeres que siempre han vivido en pueblos, y otras que han residido en ciudades.

Después de las entrevistas, para enriquecer y contrastar la información, realizamos dos **grupos de discusión**, uno con cinco emprendedoras (GE), y el segundo con cinco amas de casa (GA). Tanto en las entrevistas como en los grupos de discusión, procuramos identificar y analizar los contenidos de las representaciones sociales de lo rural y lo urbano, las explicaciones que cada colectivo ha elaborado sobre su entorno y sobre los papeles sociales desempeñados por las mujeres, así como los procesos de construcción de identidades sociales desde la perspectiva particular de inserción personal y profesional de cada una de ellas, en su contexto y desde una perspectiva de género.

A partir de los análisis del Diferencial Semántico, los resultados señalan algunos factores como más significativos, en la construcción de las representaciones sociales sobre la ruralidad y en las decisiones de marcharse a las ciudades, especialmente la **edad** y el **tiempo de residencia en ciudades**, a lo largo de la vida de las mujeres. Con el propósito de profundizar y ampliar, a través de las entrevistas y grupos de discusión, los resultados obtenidos, mantenemos estos dos factores en el análisis cualitativo y, además, considerando las características específicas de los colectivos femeninos en el medio rural, también añadimos otros tres factores importantes para nuestro análisis: **trabajo**, en el sentido de relación entre lo doméstico y lo remunerado en la división sexual del trabajo; si las mujeres tienen, o no, **cargas familiares**; y si pertenecen, o no, a familias dedicadas a las actividades de **producción agroganaderas**, considerando la importancia simbólica que tienen las actividades agrarias en los contextos rurales.

A continuación, presentamos de forma esquemática los factores que organizan los grupos de casos trabajados y que orientan las perspectivas de análisis llevadas a cabo. Para preservar el anonimato de las participantes, los casos están etiquetados con dos letras que indican el grupo al que pertenecen, y un número de identificación: AC – amas de casa; ES – estudiantes; y EM – emprendedoras. En los grupos de discusión, tenemos: GE – grupo de emprendedoras y GA – grupo de amas de casa.

**Cuadro VI.1 – Factores y subgrupos para el análisis de las entrevistas:**

<b>FACTORES</b>	<b>SUBGRUPOS</b>	<b>AMAS DE CASA</b>	<b>ESTUDIANTES</b>	<b>EMPRENDEDORAS</b>
<b>EDAD</b>	Menores de 21		ES2; ES3 y ES4	
	Entre 21 y 45	AC3	ES1 y ES5	EM1; EM3; EM4 y EM5
	Mayores de 45	AC1; AC2; AC4; AC5 y AC6		EM2 y EM6
<b>TRABAJO</b>	Doble jornada	AC1; AC2 y AC5	ES5	EM2 y EM3
	Equidad – reparto tareas			EM1; EM4; EM5 y EM6
	Trabajo doméstico	AC3; AC4 y AC6	ES1	
<b>CARGAS FAMILIARES</b>	Sí	AC1; AC2; AC3; AC4; AC5 y AC6	ES5	EM2; EM3 y EM6
	No		ES1; ES2; ES3 y ES4	EM1; EM4 y EM5
<b>RESIDENCIA</b>	Siempre en pueblos	AC1; AC2; AC3 y AC4	ES2; ES3 y ES4	EM2
	Más en pueblos	AC5 y AC6	ES5	EM3
	Más en ciudades		ES1	EM1; EM4; EM5 y EM6
<b>FAMILIA AGRO-GANADERA</b>	Sí	AC1; AC2; AC5 y AC6	ES2 y ES5	EM2 y EM3
	No	AC3 y AC4	ES1; ES3 y ES4	EM1; EM4; EM5 y EM6

**Cuadro VI.2** – Factores y subgrupos para el análisis de los grupos de discusión:

FACTORES	SUBGRUPOS	AMAS DE CASA	EMPRENDEDORAS
EDAD	Entre 21 y 45	GA2	GE1; GE3; GE4; GE5
	Mayores de 45	GA1; GA3; GA4; GA5	GE2
TRABAJO	Doble jornada	GA1; GA4 y GA5	GE1; GE2; GE3 y GE4
	Equidad – reparto tareas		GE5
	Trabajo doméstico	GA2; GA3	
CARGAS FAMILIARES	Sí	GA1; GA2; GA3; GA4 y GA5	GE1; GE2 y GE3
	No		GE4 y GE5
RESIDENCIA	Siempre en pueblos	GA1; GA2 y GA5	GE4
	Más en pueblos	GA3 y GA4	GE5
	Más en ciudades		GE1; GE2; GE3
FAMILIA AGRO- GANADERA	Sí	GA1; GA4 y GA5	GE5
	No	GA2; GA3	GE1; GE2; GE3 y GE4

Cada uno de estos factores de análisis representa estilos de vida y de actividades cotidianas, importantes para las mujeres que viven en el medio rural, y que pueden estar marcando diferencias en la construcción de las identidades sociales, así como una mayor o menor satisfacción con las identidades personales. En los Cuadros VI.1. y VI.2. podemos observar la diversidad de estilos de vida protagonizados por las mujeres del contexto rural, que, en gran medida, están relacionados con las transformaciones de la ruralidad que se vienen dando en las últimas décadas. Considerando este panorama, de complejidad creciente, vivido por las mujeres del medio rural, a través de las entrevistas y grupos de discusión, queremos investigar cómo: “las representaciones sociales sobre la ruralidad se están

transformando con la introducción de valores posmodernos vinculados a las nuevas funciones del medio rural, en el cual las mujeres están adquiriendo un protagonismo ascendente” (hipótesis 3); y si “los nuevos roles de las mujeres en el medio rural posibilitan un proceso de ruptura con las representaciones sociales tradicionales y la construcción de alternativas de participación socioeconómica femenina en las sociedades rurales postindustriales” (hipótesis 4). Además, de seguir profundizando acerca de las representaciones sociales más despectivas sobre el medio rural, y sus posibles influencias en los procesos migratorios hacia las ciudades, que orientaron la primera parte de nuestra investigación y que no dejan de seguir suscitando cuestiones.

Iniciamos el análisis explorando en los discursos de las mujeres sobre lo rural y lo urbano, las comparaciones que se establecen en los contextos de referencia, identificando los contenidos que articulan el universo simbólico de los grupos de mujeres y las representaciones sociales en estos temas, que afectan a las acciones cotidianas. A continuación, procuramos investigar en las especificidades de las relaciones que se establecen entre género y ruralidad como dos procesos que participan en la construcción de las identidades sociales de las mujeres, y que tienen diferentes perspectivas, a partir de la ubicación social y laboral de las protagonistas. Las explicaciones que las mujeres manifiestan sobre el éxodo femenino, y las estrategias de fuga del medio rural, constituyen una aportación fundamental para conocer los procesos de discriminación de las mujeres y de abandono del medio rural. Por último, intentamos conocer la contribución de los nuevos yacimientos de empleo para mejorar las condiciones de vida de las mujeres, y en qué medida éstas se están convirtiendo en protagonistas en algunos sectores económicos emergentes.

# 1. LAS MUJERES HABLAN DE LO RURAL Y LO URBANO

En el análisis de los discursos de las mujeres sobre lo rural y lo urbano, como veremos a continuación, hay imágenes o núcleos interpretativos que aparecen como ejes organizadores de las representaciones sociales, sirviendo de guías para la relectura interpretativa de los discursos de nuestras protagonistas. Estos núcleos interpretativos pueden ser resumidos en el siguiente cuadro:

**Cuadro VI.3.** – Núcleos interpretativos de las representaciones sociales sobre lo rural y lo urbano:

<b>Conceptos</b>	<b>Núcleos Interpretativos</b>		
RURAL	<i>Agrario</i>	<i>Espacio vital</i>	<i>Naturaleza y espacio de ocio</i>
URBANO	<i>“Tierra de posibilidades”</i>	<i>Estética urbana</i>	<i>Estrés</i>

Observamos que las actividades de la vida cotidiana, tanto productivas como de tiempo libre, son factores que determinan de manera importante, la construcción de los contenidos simbólicos y representativos de los conceptos que estamos investigando. A continuación, presentamos detalladamente los análisis referentes a cada núcleo interpretativo, que emergen de los discursos de las mujeres de la Montaña Palentina, y su articulación en sus contextos concretos de producción.

## 1.1. Representaciones sociales de la ruralidad

Las representaciones sociales se construyen a partir de una red de significados sobre un tema (objeto), que se organizan en torno a un núcleo figurativo, que permiten un sistema de interpretación de la realidad y



orientan las acciones de los miembros de un grupo social (Ibáñez, 1988; Jodelet, 1986). Hemos podido identificar, a partir del análisis de los discursos, la existencia de tres ejes temáticos o repertorios interpretativos (Wetherell y Potter, 1996; Potter, 1998) que organizan las representaciones sociales sobre la ruralidad: lo rural como *agrario*, lo rural como *espacio vital* y lo rural como *naturaleza y espacio de ocio*.

Las transformaciones sociales y económicas que vienen ocurriendo en los territorios rurales están muy marcadas por la desagrarización y por la diversificación de las actividades (García Bartolomé, 1993; Hervieu, 1995 y 1999). Durante muchos siglos, los territorios rurales han construido sus identidades sobre la base de la producción agraria, que empleaba la mayoría de la población y gestionaba la mayor parte del territorio. La organización social y familiar estaba orientada a la producción agraria, y las representaciones de lo rural estaban vinculadas directamente con la agricultura y la ganadería (Mathieu, 1998). A partir de la industrialización y urbanización de los grandes núcleos de población, las representaciones de la ruralidad han estado marcadas por el contraste con las ciudades, que se han erigido como modelos de desarrollo y progreso, mientras que el medio rural se quedaba anclado en el pasado, como una realidad a ser superada (Entrena, 1998).

En las últimas décadas, con el deterioro de la calidad de vida en las grandes ciudades y el desastre medioambiental que se está produciendo a partir del modelo de desarrollo neoliberal, se viene observando una revalorización de lo rural. Los territorios rurales vienen adquiriendo nuevas funciones sociales y económicas (Ramos, 1999), se diversifican la economía y los estilos de vida. También las representaciones sociales de la ruralidad van cambiando. Mathieu (1998) apunta a que los contenidos de los discursos sobre la ruralidad están cada vez menos asociados a la agricultura, y cada vez más representados por el paisaje campestre. La naturaleza empieza a tener un mayor relieve en las imágenes de lo rural, asociándose con más fuerza a la calidad de vida y a los espacios de ocio.

En este sentido, en los discursos de las mujeres de la Montaña Palentina, hemos podido identificar estas dos imágenes relacionadas a la ruralidad: lo agrario y la naturaleza, con contenidos y valoraciones muy diferenciados. Sin embargo, hemos observado un tercer eje de contenidos

sobre lo rural, que están más relacionados con lo que hemos denominado '*espacio vital*', vinculado a aspectos de la organización práctica de la vida cotidiana. Observamos, a partir del análisis de las entrevistas y grupos de discusión, que son representaciones que están muy marcadas por los estilos de vida y de consumo urbanos, que se imponen como modelos globalizados y generan patrones de necesidades, considerados importantes para la vida moderna, que en gran medida están determinando algunas de las valoraciones del medio rural.

Veremos detalladamente los contenidos de las representaciones sociales de la ruralidad, construidos por las mujeres de la Montaña Palentina, que se organizan en torno a los tres ejes figurativos: agrario, espacio vital y naturaleza.

### 1.1.1. Lo rural como agrario

Una de las representaciones simbólicamente más fuertes de lo rural está asociada al trabajo y al estilo de vida agrarios. Las actividades agrarias marcan las representaciones del mundo rural con mucha más fuerza que cualquier otra actividad o realidad social del mismo contexto. Esta representación está tan arraigada, que se refleja incluso en que, a nivel administrativo, las políticas y programas de desarrollo rural dependen del Ministerio de Agricultura, y no de cualquier otro Ministerio u organismo público. A nivel cotidiano de las realidades del medio rural, las entrevistas y grupos de discusión indican imágenes muy homogéneas en los discursos sobre el trabajo agrario, haciendo referencia, sobre todo, a una vida de sacrificio y austeridad, con muchas limitaciones. Observamos como el contenido del discurso se repite entre los tres grupos de mujeres, amas de casa, estudiantes y emprendedoras, y, además, se corrobora en los grupos de discusión:

- “Yo tenía amigas que sus padres eran labradores y estaban **esclavas del todo**. Eso sí era un **trabajo duro**...”(AC3)
- “Así que, de momento, lo de ser agricultor nadie, nadie nos hemos propuesto. A mí no me gusta, me parece **muy esclavo**, todos los días de lunes a domingo.” (ES2)

- “Porque lo de **vivir sufriendo**, como han vivido mis padres y mis suegros... Y al final, el dinero que tengan es de privarse de gastárselo, levantarse a las siete de la mañana e irse a la cama a las 12, machacadas. Una **vida de austeridad, dureza, trabajo**... pues la gente joven no quiere eso.” (EM3)
- Por mucho que busques, en una ciudad no hay vaquerías, no hay gente que viva de las huertas, aquí hay gente que está todavía entre las vacas... La gente trabaja como auténticas bestias.” (GE4)
- “No te extrañes de que estén todos fuera, porque entonces, la esclavitud que habíamos tenido nosotras, no queríamos para los hijos. Les tenías que mandar fuera, porque aquí, **el trabajo era muy esclavo**. El campo es muy esclavo.” (GA5)

Dos expresiones son claves en las referencias a las actividades agrarias: la comparación con el trabajo **esclavo** y la calificación del trabajo **duro**. En las entrevistas, éstas son utilizadas reiteradamente por una de las estudiantes más jóvenes, cuyos padres son agricultores, por tres de las amas de casa (tanto jóvenes como mayores y vinculadas, o no, a la ganadería), así como por dos de las emprendedoras (una joven y otra mayor, ambas vinculadas a la ganadería). En los grupos de discusión, vuelven a aparecer estas expresiones, principalmente entre las mujeres de familias agricultoras. Observamos, además, que la edad no es un factor determinante en estas representaciones de lo agrario, pues el discurso se repite, tanto en las mujeres mayores, como en las más jóvenes.

Parece importante, sin embargo, la vinculación familiar con las actividades agroganaderas. En este sentido, todas las mujeres que tienen vínculos con lo agrario, sean estudiantes, amas de casa o emprendedoras, expresan con más fuerza las representaciones sobre lo agrario, que hemos comentado. Por otro lado, aun las mujeres mayores de 45 años que no tienen una vinculación familiar directa con el sector agro-ganadero, todas hacen referencia a lo agrario en algún momento de las entrevistas y de los grupos de discusión, empleando también los mismos calificativos referentes a la

dureza del trabajo agrario, que las mujeres vinculadas directamente al sector. Sin embargo, entre las mujeres más jóvenes, sólo se refieren a lo agrario aquellas que están vinculadas al sector, las demás ni lo mientan. Este dato, nos hace suponer algunas transformaciones en las representaciones sociales de la ruralidad, pasando de un período en que lo agrario era la referencia por antonomasia para la identidad rural, a un período donde hay otras imágenes referentes, como veremos más adelante, que se reflejan principalmente en los discursos de las mujeres más jóvenes y de las emprendedoras oriundas de la ciudad.

En la medida en que lo rural se percibe como más asociado a lo agrario, las representaciones sociales son más negativas, y conllevan cierto rechazo por parte de las mujeres.

- “En los pueblos, la mujer está muy tranquila, la maquinaria ha mejorado muchas cosas, hoy hay un par de meses de trabajo fuerte, y el resto del año, tranquilo. Pero, la mujer del campo, por mucho que las expliques no lo ven así, no acaban de entenderlo y no quieren estar en los pueblos; claro que, en estos sitios, no hay más que una huerta y las vacas. Antes era más sacrificado, ahora no se ordeña, se tiene para cría, es más trabajo en la época de parir y cuando llega la siega, pero es un mes. Pero las mujeres, aquí no quieren estar.” (EM6)
- “Y aquí en el pueblo no tienes muchas posibilidades, es solo ser agricultor y la ganadería la tienes que atender todos los días y es **muy atado**... Yo no comparo el campo con otro trabajo. El campo me parece **muy esclavo**, muy, muy, muy...” (GA1)

La **similitud en los discursos** de los diferentes grupos de mujeres sobre lo agrario, hace suponer la fuerza del proceso de naturalización de las representaciones, que son descontextualizadas, simplificadas y transmitidas a los demás miembros del grupo. Una de las estudiantes expresa los contenidos de las percepciones de la actividad ganadera que le han sido transmitidos por su madre:

- “Tienes que trabajar de lunes a domingo, no tienes ni un día para poder decir que te tomas unas vacaciones, nada. Mis

padres nunca han tenido vacaciones, y yo muchas veces se lo digo. **Y mi madre me lo dice: ‘con la ganadería no se puede ir a ningún lado, todos los días tienes que estar allí, mañana y noche.’** (ES2)

También en los grupos de discusión, cuando se aborda el tema del trabajo agrario, se manifiesta el rechazo a ese estilo de vida, principalmente entre las mujeres de familias ganaderas, y el abandono de la actividad como la mejor alternativa para los hijos e hijas.

- “A las cuatro de la mañana íbamos allá a Salinas a acarrear, a por el trigo, con la manta en el carro. Cuando amanecía ya estábamos en la tierra y a desayunar, a veces una copa de orujo. ¡Las hemos pasado moradas!” (GA4)
- “Yo no sé ni cómo estamos vivas... Y, claro, eso no lo quieres para tus hijos.” (GA1)

Se puede constatar la imagen de lo agrario asociada al sacrificio, a la dureza del trabajo y la desvalorización de la actividad agraria entre las mujeres de la Montaña Palentina. Independientemente el grupo al que pertenecen, el discurso sobre las labores y las personas del campo está marcado por las representaciones negativas y de rechazo social, aun siendo ellas mismas provenientes de familias agricultoras y ganaderas, o por eso mismo. La generalización del discurso, que es compartido por los grupos, nos puede dar idea del proceso de naturalización de las representaciones sociales, que están ya profundamente arraigadas en el imaginario social. Por ejemplo, cuando EM2 dice que el campo “es muy esclavo, **por excelencia...**”, atribuyendo una característica intrínseca al campo como natural y no como fruto de los procesos económicos y sociales que le llevaron a ser lo que es:

- “El campo era muy duro. El campo aquí pegó un bajón de miedo. Era una vida muy dura, muy dura. **Es muy esclavo, por excelencia.** No tiene un sábado, un domingo, ¡mucha esclavitud! **Más bien por la organización del trabajo,** no hay días libres... Nada, a mi ese trabajo no me gustó nunca nada, ni vacas, ni nada... A mí eso nada. No me gusta nada,

nunca y he luchado contra viento y marea porque mi hijo no se quedara con ello, fíjate.” (EM2)

Este fragmento de entrevista nos muestra, además de la contradicción interna del discurso, que en un momento habla de la “esclavitud por excelencia”, y en la frase siguiente habla de que el problema es “la organización del trabajo”; también una diferencia sutil, pero que nos parece importante, entre el discurso de las emprendedoras vinculadas al sector agroganadero y las otras participantes. Esta misma mujer y también EM3, ambas emprendedoras ligadas al sector, una mayor y la segunda más joven, señalan que las dificultades de las actividades agroganaderas residen en la organización del trabajo, cuestionando la naturalidad de la situación. Sin embargo, como se observa en el discurso, no perciben posibilidades de cambio. Lo que en la práctica se traduce en que la única posibilidad es el abandono de la actividad:

- “O se plantea la **alternativa de la ganadería de otra forma**, o se plantea vivir aquí de otra cosa..” (EM3)

Recordamos la importancia de la estabilidad y de la legitimidad en la percepción de las diferencias intergrupales en la teoría de la identidad social (Tajfel, 1994) para las estrategias de cambio. Podemos observar en los discursos de las mujeres de familias ganaderas que la percepción de estabilidad es muy fuerte, no planteando posibilidades de cambio alternativas al abandono de la actividad agraria.

Las representaciones de lo agrario, vinculado al sacrificio, a la pobreza y a la dureza del trabajo para las mujeres, se han construido también en las comparaciones con el trabajo asalariado, muy propio de las relaciones de producción industrial ligadas a la imagen de modernidad. Mientras en el medio rural, las representaciones han estado marcadas por los estilos de producción tradicionales, considerados a partir de la revolución industrial como arcaicos y que debieran ser superados (Entrena, 1998), en las ciudades predominaba el trabajo asalariado. Los agricultores y ganaderos tenían que organizar los gastos, en función de la inestabilidad de los ingresos, que dependían de los factores naturales y de las condiciones del mercado. Los estilos de consumo modernos en España están más relacionados con la estabilidad laboral del trabajo asalariado,

principalmente en la época de mayor desarrollo industrial de las ciudades –hasta los años 60– con salarios mensuales asegurados.

La industrialización de las ciudades ha estado acompañada del desarrollo de las extracciones mineras para la producción de energía. En la primera mitad del siglo XX, fue el auge de las explotaciones mineras en la Montaña Palentina, con una parte importante de la población asalariada en las minas de carbón. La convivencia entre las familias mineras y agricultoras ha puesto de manifiesto las diferencias entre los estilos de vida agrarios tradicionales y los industriales modernos. Las comparaciones intergrupales han contribuido a construir un sistema de representaciones que sobrevalora los aspectos relacionados con la modernidad industrial, sobre todo en los momentos de apogeo desarrollista, cuando las posibilidades de consumo de bienes y servicios eran muy desiguales en el medio rural español.

En este contexto, la vida de las mujeres era marcadamente diferente en las familias agricultoras y en las familias asalariadas. En las familias agricultoras, las mujeres tenían siempre un papel productivo y reproductivo, trabajando en lo doméstico y en el campo. Mientras tanto, en las familias asalariadas, las mujeres se ocupaban de lo doméstico, y los hombres se ocupaban del trabajo remunerado, pues la minería no ocupaba, por lo general, mano de obra femenina. Aunque, en ambas estructuras familiares las mujeres estuviesen subordinadas a los varones, en el caso de las mujeres agricultoras, éstas tenían además una doble jornada de trabajo. Por otro lado, como hemos podido observar a partir del grupo de discusión con las amas de casa, en las familias con menos recursos económicos se compatibilizaba el trabajo de la mina con el trabajo del campo, que ocupaba también la mano de obra familiar femenina. En muchos hogares de la cuenca minera palentina, los maridos trabajaban en la mina y después en el campo, mientras las mujeres trabajaban en el campo y en lo doméstico. En estas situaciones, había doble jornada para todos, aunque las de las mujeres fuesen continuas y sin descansos.

- “Algunas éramos mixtas, porque vivíamos del campo y de la mina. Y decían que éramos mixtas. Porque el marido trabajaba en la mina y nosotras en el campo. Ellos también en el campo, claro, de que salían de la mina.” (GA4)

En la entrevista a una de las amas de casa (AC4), hija y esposa de mineros, pero que nunca se dedicaron al campo, podemos identificar las

comparaciones establecidas por las mujeres rurales entre los dos modelos de vida, y cómo se van construyendo las relaciones comparativas entre estos dos grupos:

- “Mi padre siempre fue de la mina. Había la mitad obreros y la mitad labradores. ¿Y tú sabes cómo se destacaba? Pues mira, el labrador tiene que ser ahorrador, porque este año si tiene buena cosecha, tiene que ahorrar por si el año que viene no la tiene. Pero nosotros cobrábamos todos los meses y, entonces, nosotras íbamos de abrigo, gastábamos zapatos, y **las labradoras estaban más reprimidas y se notaba muchísimo**. En la comida lo mismo, si mataban un cerdo, había que guardarlo y el chorizo guardarlo por si venía algún forastero. **Y las mujeres hacían la casa, el campo, hacían todo, y nosotras no...** Nosotras estuvimos en la escuela hasta los 14 años, mi madre nos llevaba con maestros a dar clases particulares, y entonces, nosotras hemos estado todo el tiempo en las clases. Pero estas labradoras iban con los corderos, salían en mayo, y esos niños ya no iban a la escuela, iban con los corderos y los ‘jatos’ (terneros) pequeños. Entonces, la diferencia que había era tremenda.” (AC4)

Como se puede observar, hay una imagen de lo agrario vinculada a la dureza del trabajo, que incluso privaba a las hijas de ir a la escuela. El trabajo en la minería era considerado muy duro y poco deseable, sin embargo, el trabajo en el campo, en muchos casos, ni siquiera era una opción planteada para los hijos e hijas.

- “Preferían cualquier otro trabajo menos la mina. Mi marido decía, que de ninguna manera ver a un hijo suyo metido por el agujero. Te buscas cualquier otro trabajo, menos la mina. (¿Pero la gente, qué prefería: la mina o el campo?) – La mina, porque sabían que al final de mes tenían un dinero, y en el campo.... El campo es muy esclavo.” (GA4)
- “El campo es muy esclavo. En la mina trabajaba solo el marido, trabajaban ocho horas, y el resto del tiempo... En el



campo es noche y día, todos los días. Y es el marido y todos de alrededor.” (GA1)

Actualmente, vemos que las diferencias entre las familias asalariadas y las agricultoras no son tan marcadas, pero hay muchos aspectos que persisten, como la doble jornada de las mujeres, sin remuneración, considerada “ayuda familiar” en las familias agricultoras. Lo que actualmente se denomina como “doble jornada” o “doble presencia” es el esfuerzo de compatibilización del trabajo reproductivo y del trabajo productivo (García Colmenares, Puleo y Carranza, 2002). También las mujeres asalariadas soportan una doble jornada, ocupándose del trabajo doméstico y del trabajo asalariado; sin embargo, el trabajo que realizan fuera del hogar tiene una remuneración económica y un reconocimiento social distinto a lo doméstico, mientras que **en el caso de las mujeres agricultoras, el trabajo agrario es considerado parte del trabajo doméstico.**

Esta ama de casa (AC4), hija y esposa de mineros, no habla de las dificultades del trabajo en las minas de carbón, seguramente por la posición social de esta mujer en concreto, hija de un directivo, alejada de las actividades cotidianas más penosas del trabajo en las minas. Pero también, quizás, porque incluso para ella, al hablar de lo rural, las representaciones estén más marcadas por lo agrario, y otras realidades de su propio entorno queden más diluidas en el imaginario social.

Podemos observar, además, que las representaciones sociales sobre la ruralidad se van articulando con las demás significaciones en la vida cotidiana, adquiriendo sentido y funcionalidad, regulando las decisiones futuras. Las representaciones sociales se insertan en la vida cotidiana, y los diferentes significados se articulan para tener funciones prácticas de orientación de las tomas de decisiones y en las situaciones de interacción social. Observamos en el discurso de las entrevistadas, cómo las representaciones sociales de lo agrario han estado influyendo, por ejemplo, en la elección de las futuras parejas. Los agricultores son despreciados para las uniones afectivas, pues representan un vínculo irremediable con los papeles agrarios tradicionales.

- “Y las mujeres, que casarse con un labrador o ganadero no se casaban. Por el trabajo, ¿qué iba a trabajar la gente una vez que espabiló: casa, hijos, fincas...? No, no lo querían. Mi

suegra, que son también labradores, y decía: aquí no se queda nadie. Ella, enseguida puso los hijos a estudiar, tenía un hermano sacerdote y... los tres hijos con carrera. Ella decía: aquí no se queda nadie porque esto es una esclavitud. Mi suegra decía: 'mira, no dejo aquí a ninguno, porque no le quiere nadie... Como no se case con una pastora... la pobre'. Vamos, pastora, que puede ser tan buena... pero que no tenía nada. Para casarte de labradora no lo quería nadie." (AC6)

- "Antes no queríamos nadie (el matrimonio con un labrador). Pero si tiene tierras, se buscaba también. Eran las familias las que buscaban... Pero nosotras ya estábamos hartas de tierras, como para ir con uno que tendría tierras." (GA5)
- "Si te decía de uno que era labrador, ya no, ya no interesaba." (GA4)

Podemos observar cómo en los matrimonios con los agricultores está implícita la aceptación de la condición de trabajadora agraria, pero sin reconocimiento formal. Cuando las mujeres aceptan casarse con un agricultor, implícitamente aceptan el trabajo que conlleva, "casa, hijos, fincas...", doméstico y agrario entran en el mismo lote. Hoy en día, en la formación de las familias, también quedan patentes los intentos de desvincularse de lo agrario, predominando las representaciones sociales despectivas. Una de las estudiantes, hija de agricultores, no descarta la posibilidad de casarse con un agricultor, pero lo vincula a la imposibilidad de desarrollar la propia profesión, atribuyendo a las mujeres de los agricultores el papel de "estar ahí con él", que también es una forma de prejuicio hacia estas uniones. Se observa, además, en el discurso de esta estudiante, la percepción del matrimonio como única salida vital, mientras que la vida profesional queda supeditada a ésta, como una posibilidad secundaria.

- "Por ejemplo, si yo tuviera un marido agricultor, **no me quedaría más remedio que estar ahí, con él**. Pero a ser posible, lo que quiero es buscarme yo un trabajo y no depender de nadie." (ES2)

Podemos observar cómo las representaciones sociales de lo agrario tienen connotaciones despectivas para todos los grupos de mujeres, independientemente de las edades y de la vinculación con las actividades agroganaderas. Éstas marcan un fuerte rechazo a la vida en el medio rural ligada a lo agrario. La uniformidad en los discursos pone de manifiesto la fuerza simbólica de las mismas representaciones sociales sobre lo agrario, llevando a mujeres tan dispares a utilizar términos muy similares para referirse a una realidad social tan compleja. Veremos a continuación que los demás núcleos interpretativos, que aglutinan otras representaciones de la ruralidad, son menos hegemónicos, con más diversidad de significaciones y valoraciones para las mujeres.

### 1.1.2. Lo rural como **espacio vital**

Hay otro discurso sobre lo rural que se construye en torno a lo que hemos denominado '*espacio vital*', y hace referencia a las significaciones atribuidas por las mujeres a aspectos de la vida cotidiana en los pueblos: las perspectivas laborales, los servicios considerados necesarios, la educación de los hijos e hijas, las relaciones de vecindad, el control social, etc. Son cuestiones muy amplias, y podemos constatar que hay divergencias entre las valoraciones que se expresan. Sin embargo, llaman la atención las representaciones de lo rural y la vida en el pueblo, asociadas a las carencias o a lo que "no hay" y a una visión masivamente pesimista del futuro en los pueblos. Algunas mujeres, por otro lado, destacan la tranquilidad como un valor y la vida en el medio rural como un privilegio.

Las mujeres más jóvenes son las que más asocian lo rural a las carencias, pero no son las únicas, es un discurso muy generalizado en las representaciones de la ruralidad. Para muchas, las representaciones de lo rural están marcadas por las carencias, por lo que "no hay": "no hay nada", "no hay trabajo", "no hay opciones"...

- "Aquí **no hay apenas nada**. Es un pueblo... Y luego los pueblos no son muy atractivos. Te gusta salir y ver cosas, en un pueblo **no tienes nada para ver**... Aquí son las tienditas de siempre, **sin nada**..." (ES4)

- “Aquí, aquí **nada**. Aquí **nunca has podido hacer nada**. Tenías la escuela hasta los 14 años y ya... Porque a los de la ciudad hasta les das más valor de lo que tu quieres. En los pueblos **no hemos tenido cultura, no hemos tenido nada, nos hemos tenido por nada...** Yo creo que en los pueblos **no hay nada**. Yo creo que en los pueblos no, y debe ser general en los pueblos...” (AC4)
- Una diferencia muy gorda es que aquí como **hay menos posibilidades para todo**, también hay menos posibilidades de encontrar trabajo (GE1).

Las entrevistas y los grupos de discusión indican que las mujeres que han vivido siempre o más tiempo en pueblos expresan mucho pesimismo en las perspectivas de futuro para los pueblos, en un discurso compartido sobre las carencias en el medio rural. La reiteración de estos aspectos del discurso, relacionados con el espacio vital y las carencias, parece indicar la construcción del marco de justificaciones socialmente aceptables para el abandono de los pueblos, por las mujeres. Parece como si dijese: “como aquí no hay nada, tengo que – **estoy obligada a** – marchar a la ciudad para conseguirlo...”

- “Pues aquí, en Aguilar, como **no hay mucho trabajo** y además cada vez va a peor...” (ES4)
- “La gente de mi promoción de C.O.U. aquí queda creo que dos o tres. Pero es normal, porque el que ha estudiado una carrera, ¿a qué va a aspirar aquí? A menos que monte un negocio, pero aquí no se puede aspirar a... Tu estudias y si quieres un puesto un poco interesante, **aquí no lo vas a tener. Es imposible.**” (ES5)
- “En el pueblo **no había** futuro, **no había** mucho que elegir y marché para mejorar la calidad de vida.” (AC5)
- “Tienes que mandar los hijos fuera, porque aquí no hay trabajo y el trabajo que hay es muy esclavo... Muchos han estudiado y sacado una carrera.” (GA5)

El énfasis en las carencias del medio rural en el discurso de las amas de casa, incluso resta valor a algunos aspectos percibidos como

positivos, pero no tan importantes como para justificar la opción de quedarse a vivir en el pueblo.

- **“En las zonas rurales lo único que tienes es un paisaje privilegiado, un ambiente sano, sin contaminación y una vida super-tranquila, aunque el resto de servicios, no tiene servicios.”** (AC5)
- **“Hombre, tranquilidad, en los pueblos pequeños, pero... pero...”** (GA3)

Por otro lado, la mayoría de las mujeres que han vivido en las ciudades y han elegido vivir en un pueblo expresan diferentes significaciones, más optimistas y ponen de relieve aspectos positivos de la realidad cotidiana en el medio rural. Algunas estudiantes, que tienen más edad y han vivido en ciudades, destacan también aspectos positivos de la vida en el pueblo, valorando sobre todo la tranquilidad.

- **“La primera diferencia aquí es la tranquilidad...”** (ES1)
- **“Yo siempre he vivido aquí, menos los años que he estado estudiando en Palencia, siempre he vivido en Sta. M<sup>a</sup> de Mave. Y me gusta, porque siempre he vivido en un pueblo... Me gusta la tranquilidad, la cantidad de cosas que puedes hacer, porque como el tiempo es tan amplio. Aquí puedes hacer miles de cosas que en una ciudad no te da tiempo a hacer ni la mitad...”** (ES5)

Entre las emprendedoras es notable un cambio de significaciones, se observa más el peso de la opción por vivir en un pueblo, destacándose una valorización de los aspectos positivos de la vida en el medio rural, como el paisaje, la libertad, la tranquilidad, etc.

- **“Después de conocer esta zona, que me llamó mucho la atención en cuanto a paisajes, actividades diferentes a lo que hacer en la ciudad. Me hizo pensar si realmente me apetecía venirme aquí, se juntó un poco todo. Yo busqué trabajo para el verano, que es cuando no tengo trabajo allí, y al final me salió para más tiempo. Era cuestión de decidir hacer lo**

mismo aquí o allí. Mi novio estaba aquí y las condiciones de vida son mejores y más baratas. Y todo me hizo decidirme por vivir aquí.” (EM5)

- “Me parece fenomenal vivir en un pueblo. Considero que es mucho mejor para casi todo. Para el desarrollo mental. Por ejemplo, para los niños... Porque es más relajante, tienes más tiempo para pensar, tienes un espacio para ti, para pensar o para hacer nada. Cosa que en una ciudad es más difícil.” (EM1)
- “A la gente que nos gusta el campo esto es comodísimo. Salgo de mi casa y en dos minutos estoy en el campo”. (GE2)
- “Vivir en el campo es una cuestión de calidad de vida. Madrid, por ejemplo, está muy bien para cuatro días, pero para vivir hay que echarle muchos...” (GE3)

La **tranquilidad** del medio rural es el aspecto positivo más destacado por la mayoría de las mujeres, sobre todo por las emprendedoras, en contraposición con los aspectos relacionados con el estrés de las ciudades.

- “Me encuentro muy tranquila, muy a gusto aquí”. (AC3)
- “Conozco mucha gente que ha venido a vivir en un pueblo, creo que buscando tranquilidad, salir un poco del agobio de la ciudad. Creo que en la ciudad es siempre más agobiante, te oprime más. En un pueblo se está más libre.” (GE1)
- “Necesito muy poquito, soy muy poco exigente, pero que esté el monte cerca. Yo necesito espacio y silencio, eso es mi calidad de vida. Y la gente, lógicamente, tampoco soy eremita.” (GE2)

Una de las emprendedoras, que siempre ha vivido en el pueblo, destaca también su opción por la vida en el medio rural, sin embargo, señala una brecha generacional en la apreciación de la tranquilidad, percibiendo que la tranquilidad del pueblo no es tan positiva para las personas más jóvenes.

- “Es una vida más tranquila, **pero, para las personas mayores**. Es muy tranquilo. A mí, siempre me ha gustado. Me ha gustado siempre aquí mucho, nunca me he planteado marchar” (EM2)

En las representaciones de lo rural como espacio vital, uno de los aspectos destacados por las mujeres entrevistadas es la percepción de un mayor control social en los pueblos que en las ciudades. Son las emprendedoras las que más destacan el peso de las relaciones sociales tan próximas en los pueblos. Podemos observar en los discursos que se percibe una presión social más fuerte sobre las mujeres que sobre los hombres, y de entre éstas, más sobre las que construyen modelos de vida distintos a los estereotipos y las tipificaciones de género relacionados con el papel tradicional de las amas de casa. Observamos la asignación de un *locus* social a las mujeres y los mecanismos de vigilancia para que se ocupe esa posición, en el cumplimiento de las expectativas sociales y de los mandatos de género, que condicionan las relaciones humanas. Varias de ellas, tanto entre las que vinieron de fuera como las que son del pueblo, señalan dificultades para **adaptarse al control social** de la familia y de los vecinos y vecinas en los pueblos, y, en este sentido, apuntan ventajas en el anonimato de las ciudades:

- “En Santander vas por la calle y nadie se fija en ti, como se suele decir... Mi idea sería volver para Santander, pero por la familia. Y porque es otro estilo de vida, aquí enseguida te conocen, enseguida **te ponen en un sitio...**” (ES1)

Varias mujeres han señalado a las sociedades rurales como más “machistas”, teniendo la percepción de más discriminación por cuestiones de género en los pueblos. Por el contrario, las ciudades son representadas como ambientes donde se ha desarrollado más la igualdad entre mujeres y hombres.

- “En el medio rural, como las oportunidades de trabajar son más escasas, es la mujer la que se queda sin trabajo. La

sociedad sigue siendo machista, y más en los pueblos que en la ciudad, aunque en las ciudades también...” (EM4)

- “La mujer en el medio rural no ha evolucionado tanto como en las ciudades. Aquí sigue estando con mucha menos libertad. Sí que ha evolucionado, claro que sí, pero no tanto como en la ciudad. Aquí sigues teniendo mucha presión, pero es lógico, porque en los pueblos ya sabemos lo que pasa, todos nos conocemos, sabemos la vida de todos. Entonces, la presión sobre la mujer es mucho mayor que en la ciudad.” (ES5)
- “Porque en una ciudad, entre un hombre y una mujer no hay diferencias, pero todavía en el mundo rural sigue habiéndolas. Es algo muy asumido por todos.” (GE4)

Observamos cómo la presión social sobre las mujeres es percibida como un problema propio de la vida en los pueblos, como intrínseco a la constitución de los pueblos y menos como una cuestión de género. Que los hombres tengan más libertad y las mujeres estén más sujetas al control social es percibido como “lógico”, formando parte de la naturaleza del pueblo y no como fruto de las estrategias socialmente construidas de dominación de las mujeres. Dentro de esa lógica “propia de los pueblos”, las mujeres han elegido mayoritariamente entre dos opciones: amoldarse a los patrones tradicionales de género, o marcharse a la ciudad. Sin embargo, las emprendedoras, que son las que más perciben la presión social, son también las que más están intentando ampliar ese *locus* social asignado a las mujeres por los papeles tradicionales de género, y quedarse en los pueblos.

- “En una ciudad hay un montón de mujeres más, puedes hacer un montón de cosas que nadie te va a señalar, ni te va a hacer nada. Y en los pueblos pequeños todo el mundo se conoce y todos controlan a los demás. Y creo que los hombres tienen más libertad en los pueblos que las mujeres.” (EM1)
- “También hay mucho **control social**, porque quedarte a vivir en un pueblo donde están tus padres y tus suegros... En la ciudad, como mucho te pueden controlar un poco tus



vecinos... La gente es mucho más libre de hacer lo que le da la gana en ese sentido.” (EM3)

- “Lo único que echo de menos es el anonimato de la ciudad, aunque procuro no preocuparme si la gente te conoce más o menos. Voy pasando, pero lo que menos me gusta del pueblo es no ser una persona anónima... Este es un sitio tan pequeño, que sabes positivamente que la gente te conoce.” (GE1)
- “El inconveniente de aquí es que no puedes dar un paso sin que te controlen, los vecinos, la familia. Todo el mundo sabe de tu vida...” (GE4)

Como se puede constatar, la cuestión del control social por parte del entorno es un tema importante en la valoración que las mujeres hacen del medio rural, principalmente para aquellas mujeres que no están limitadas a las tareas y rutinas exclusivas de la vida familiar y doméstica. Parece que las mujeres que están casadas y tienen familia, y también se dedican a otras actividades profesionales o de formación, son las que acusan ese control social, pues tanto las estudiantes solteras como las amas de casa no lo han manifestado. En la medida en que las amas de casa están más adaptadas a los patrones tradicionales de género, chocan menos con las estrategias de control social de las familias y del vecindario. Las emprendedoras, al asumir papeles sociales que escapan al ámbito doméstico, están más expuestas a las críticas y a las presiones sociales, que procuran mantener los patrones tradicionales.

Por otro lado, vemos que hay también un espacio temático en las representaciones sociales de la ruralidad que se construye en torno a las relaciones y necesidades de la vida cotidiana, las comparaciones con los/as urbanos/as, las interacciones sociales, las demandas de servicios, los estilos de consumo y las perspectivas laborales. Podemos observar que el discurso de las mujeres en torno a estos temas es menos homogéneo que en torno a lo agrario, habiendo diferencias importantes en las representaciones. Identificamos diferencias entre los grupos de mujeres, siendo las actividades desempeñadas como amas de casa, estudiantes o emprendedoras, una variable importante. El discurso más optimista de las emprendedoras contrasta con el de las amas de casa y de las estudiantes, que expresan más énfasis en las carencias del medio rural. Así mismo, la

procedencia de las mujeres y el tiempo que han vivido en ciudades determinan formas de percibir el medio rural que resaltan los valores y/o las carencias. Las mujeres que siempre han vivido en pueblos son las que más acentúan las percepciones de carencias del medio rural. Las mujeres que han vivido más en ciudades, llaman la atención especialmente sobre la tranquilidad y una mejor calidad de vida en el medio rural.

También el tamaño de los pueblos de residencia marca diferencias importantes, en cuanto a los temas relacionados con el espacio vital, una de las emprendedoras que vive en Aguilar de Campoo ha puesto de manifiesto en el grupo de discusión las ventajas de las cabeceras de comarcas con relación a los servicios.

- “En Aguilar dentro de lo que cabe, de ser rural y de ser Montaña Palentina, es el centro de servicios. Mal que bien, a mí me es cómodo llevarles a la guardería. Yo sé que vivo en un sitio privilegiado del mundo rural, porque es donde lo tienes todo.” (GE3)

A lo que otra emprendedora (GE2) respondió que este tipo de pueblos se parecen demasiado a una ciudad y que ella prefería vivir en los más pequeños. Sin embargo, en la realidad, uno de los flujos migratorios más importantes se está dando hacia las cabeceras de comarca, acentuando el despoblamiento de los núcleos de población más pequeños.

### 1.1.3. Lo rural como **naturaleza y espacio de ocio**

Las transformaciones en las sociedades rurales vienen acompañadas de la construcción de nuevas representaciones sobre la ruralidad. El modelo de desarrollo económico, basado en la producción y el consumo ilimitado de bienes, que ha concentrado la población en grandes núcleos urbanos, ha generado un gran deterioro de la calidad de vida en las ciudades y viene poniendo en peligro todo el ecosistema global. Después de décadas de denuncias y de campañas, empieza a generalizarse una mayor conciencia medioambiental y conservacionista. En este contexto, el medio rural empieza a adquirir una multifuncionalidad creciente, con nuevas funciones de preservación medioambiental, de

producción agroalimentaria de calidad y de espacio de ocio. Mathieu (1998), analizando los discursos sobre lo rural en Francia, apunta a un cambio significativo en las representaciones sociales de la ruralidad, que pasan a estar cada vez más identificadas con el patrimonio natural. Lo rural pasa en las últimas décadas, principalmente a partir de los años noventa, a asociarse con un estilo de vida característicamente ligado a la convivencia con la naturaleza y a una valorización del paisaje campestre (Froehlich, 2000; Gray, 2000; Mathieu, 1998).

En este sentido, observamos especialmente entre las entrevistas y los grupos de discusión de las emprendedoras, y sobre todo entre las que vinieron de ciudades, la aparición de representaciones sociales que revalorizan la ruralidad a partir de la identificación con la naturaleza, vinculando lo rural a los tiempos de ocio y a la calidad de vida.

- “En mi tiempo libre sí que aprovecho estar aquí en el pueblo, en un sitio con tanta naturaleza. No hago la vida típica que pudiera hacer en una ciudad, salir de noche, copas, cines, bares... No lo hago, aprovecho que salga el sol para ir al monte, excursiones, setas, moras... La verdad es que sí aprovecho estas cosas.” (EM4)
- “...Aquí nunca he llorado de soledad porque te hace compañía el gato, el perro, un vecino que pasa, es el todo, salir a la calle y ver un pájaro, ver que el árbol ha cambiado de color, la nieve, esas cosas que te llaman la atención y que en una ciudad pasan desapercibidas.” (EM6)
- “Nos hubiese dado lo mismo aquí, que allí, que allá, pero cerca de la montaña. De hecho, en Gredos, cuando estuvimos viviendo allí, fue metidos en el último pueblo allá cerca de la montaña. ¡Tenemos que ver monte y tenemos que ver verde!” (GE2)

Considerando que las representaciones construidas por las mujeres que siempre han vivido en los pueblos están más marcadas por lo agrario, como referencia de la identidad rural, y por cierto rechazo a este estilo de vida tradicional, podemos pensar que estas nuevas representaciones de la ruralidad vienen estando asociadas a apropiaciones urbanas de los espacios

rurales, tanto a nivel simbólico como físico, y que están siendo asociadas con perspectivas más optimistas acerca del futuro de estos territorios.

- “Lo que les gusta ahora a la gente de ciudad es venir a zonas rurales los fines de semana, vacaciones. Antes todo el mundo iba a la playa y ahora hay mucha gente que le encanta venir a la montaña.” (AC5)
- “La gente que viene a descansar, dice: ‘¡qué bien se vive en estos pueblos, qué tranquilidad!’ Es gente amante de la naturaleza, les gusta andar. Antes, todo lo que era de pueblo, la gente lo rechazaba, ahora es diferente. Ahora la gente que viene ama la naturaleza, por lo menos en un 90%” (EM2)

Las transformaciones en las representaciones de la ruralidad son evidenciadas por el cambio en las percepciones de los valores rurales en las últimas décadas, pasando de las representaciones negativas de lo agrario a una valorización más positiva de aspectos más ligados a la naturaleza. También los valores estéticos del patrimonio histórico-artístico, como parte de los valores paisajísticos de los pequeños pueblos, son puestos de relieve en las imágenes evocadas por las emprendedoras en el grupo de discusión.

- “Antes de montar el hotel estuvimos mirando para montar algo en la costa, hicimos varios viajes de fin de semana y vacaciones. Pero es que son unos pueblos espantosos, nada de sabor... Vienes aquí, y aunque estás hasta los mismísimos de aquí... Cualquier pueblo, ya no te digo Aguilar, que es muy grande y tiene mucha historia. Es que cualquier pueblo tiene historia, tiene sabor, tiene algo que sabes que puedes seguir viviendo y no te vas a cansar... Aquí, nada más llegar, fue ver las cuatro piedras de Aguilar y decir: ¡Ah, todo esto es nuestro y qué interesante es!” (GE3)

La experiencia de vivir en una ciudad y la diferencia de perspectivas que se adquiere con la edad, pone de manifiesto nuevas percepciones de lo rural, como explica esta ama de casa, que en la infancia y juventud estaba ligada al sector agrario y tenía una imagen de lo rural

marcada por las representaciones de sacrificio y trabajo duro. Sin embargo, en las tres últimas décadas, en las que estuvo viviendo en la ciudad y después volvió al pueblo, pero se desvinculó del sector agrario, hubo un cambio significativo en su forma de percibir y apreciar lo rural.

- “Yo, ahora, disfruto mucho más si voy a mi pueblo y me subo hasta la Cueva del Cobre, disfruto de cada cosa, cada animal, del aire, de todo. Y eso, antes, pasaba de ello y ahora no. Yo, en aquellos tiempos, veía un paisaje muy diferente. Pues un paisaje de trabajo, sacrificio y duro. Era igual de bonito que hoy, pero yo no tenía esa visión.” (AC5)

Se observa mucha diferencia entre las significaciones de lo rural vinculado a la naturaleza, de las representaciones construidas a partir de lo agrario. En el primer caso, las representaciones están vinculadas al placer y al disfrute de la vida en el medio rural, en el segundo, las vinculaciones con lo agrario evocan básicamente las relaciones de producción, identificadas con el ‘sacrificio’ y el ‘trabajo duro’. Tal como hemos visto, las representaciones de la ruralidad están, en mayor o menor medida, marcadas por los tres núcleos temáticos: lo agrario, la naturaleza y el espacio vital. Podemos observar que la construcción de representaciones, más marcadas por unos aspectos que por otros, tiene relación con las trayectorias vitales, las actividades que desempeñan las mujeres y las expectativas que manifiestan de cara al futuro. Por ejemplo, prácticamente todas las estudiantes han manifestado el deseo de marcharse a la ciudad en los próximos años, como veremos detalladamente más adelante. Esto corrobora las percepciones de algunas emprendedoras, que tienen la imagen de que la gente de los pueblos está deseando marcharse a la ciudad, principalmente las y los más jóvenes.

- “La gente que ha nacido en el pueblo y que vive en el pueblo, lo que pretende es irse. Y alguien como yo, que ha visto mundo, que ha vivido en varias ciudades y ahora se viene a vivir aquí, lo ven extraño, no creen que sea normal. De mis amigos, muy pocos se quedarían aquí.” (EM5)
- “En el pueblo donde vivo hay algunos jóvenes, uno o dos años mayores que yo, pero que no hablan conmigo. Al

principio sí hablaban, pero creo que por la novedad. Querían saber quiénes éramos, de dónde veníamos y cómo habíamos ido a parar ahí desde Valladolid. No entienden cómo es posible que yo prefiera vivir en ese pueblo y no en Valladolid. Cosa que me hacía una gracia terrible. Yo también pienso, cómo ellos pueden preferir marcharse a quedarse ahí.” (EM1)

- “Yo veo que la mayoría de la gente joven se quiere marchar, gente muy joven. Luego hay una edad en la que ya te quieres quedar, treinta y tantos... A lo mejor, porque, igual, ya has visto más comodidades aquí o te ha desencantado la ciudad.” (GE3)

Vemos que las mujeres más jóvenes tienen representaciones sociales sobre la ruralidad más negativas, principalmente en los temas relacionados con lo rural como espacio vital, que, a la vez, se corresponde con los resultados obtenidos en el Diferencial Semántico, en el que las estudiantes valoran más negativamente lo rural, en los ejes potencia y actividad. Los datos, tanto del Diferencial Semántico como de las entrevistas y grupos de discusión, indican que las expectativas e intereses de las mujeres más jóvenes están más acordes con los estilos de vida y de consumo urbanos. Seguiremos profundizando en este aspecto del análisis, por ser fundamental para comprender el proceso de migración que afecta principalmente a las mujeres jóvenes. A continuación, analizamos las representaciones sociales de lo urbano procurando conocer mejor el mosaico del universo simbólico de las mujeres rurales, que afectan a sus acciones y a las perspectivas de futuro para el medio rural.

## **1.2. Representaciones sociales de lo urbano**

La construcción de las representaciones sociales de la ruralidad también está marcada por las referencias y contrastes con las representaciones de lo urbano. El grupo y el contexto de referencia en las comparaciones, que se han venido estableciendo y reforzando socialmente desde la industrialización, ha sido el urbano. Hemos visto que el proceso de comparación intergrupala es muy importante en la construcción de las identidades sociales (Tajfel, 1984). El hecho de pertenecer a un grupo o

categoría social implica que ese grupo o categoría tiene connotaciones positivas y negativas en relación a otros grupos o categorías de referencia.

En el caso de la ruralidad, las comparaciones se han establecido en el último siglo con los contextos urbanos, considerados como el ideal de modernidad y desarrollo. Así, hemos investigado en los discursos de las mujeres de la Montaña Palentina sobre las representaciones sociales construidas sobre lo urbano. Mientras las representaciones sobre lo rural están organizadas en torno a lo agrario, el espacio vital y la naturaleza, las representaciones sobre lo urbano están construidas también en torno a tres núcleos centrales: *'tierra de posibilidades'*, *estética urbana* y *estrés*.

### 1.2.1. Lo urbano como la **'tierra de posibilidades'**

Una de las representaciones más destacadas de las ciudades es la que se construye en torno a las posibilidades de actividades y relaciones sociales. Las mujeres destacan las posibilidades de formación para sí y para los hijos e hijas, la facilidad de acceso a los servicios sanitarios, sociales y culturales, como constitutivos de la propia naturaleza de las ciudades. Se construye la imagen en torno a lo urbano como 'la tierra de las posibilidades', sobre todo entre las estudiantes y las amas de casa. Éstas, aunque hayan 'elegido' no marcharse del pueblo, parecen tener en lo urbano una referencia importante de identidad con la proyección de sueños y de lo que harían si viviesen en la ciudad.

- **“Siempre ha podido vivir mejor la (mujer) de la ciudad, porque siempre se han aprovechado más de los adelantos. Porque mira, ya han salido unas lavadoras y valen 16.000 ptas. Pero, entonces, 16.000 ptas., tenías que estar medio año para juntarlas, o más. Pero si tú estás en una ciudad, donde tú puedes ganarte algo, tú dices, me voy a trabajar unos meses para comprarme la lavadora. Pero es que las de los pueblos, aunque quisieras, no podías... Aunque estés allí y digas, no me muevo del pueblo, mejor estaba en el pueblo... pero como no lo sabes, te parece que vas a estar mejor allí...”**  
(AC4)

- “Parecía que vivían mejor las de la ciudad, más cómodas.” (GA4)
- “En la ciudad es otra cosa, van al café... En los pueblos... Es otro ambiente el que tienen en las ciudades.” (GA1)

Como se puede observar, hay una imagen de que las mujeres en las ciudades han podido tener más libertad e independencia económica, aunque la situación de subordinación a los varones y de discriminación fuese la misma que en los pueblos, en las ciudades las mujeres parecían tener más posibilidades de desarrollo personal. Sin embargo, en los pueblos, la mayor parte de las actividades de las mujeres, productivas y reproductivas, estaban vinculadas al ámbito doméstico y sin remuneración económica, generando una marcada dependencia de los varones en los núcleos familiares.

- “Pues en sus casas (de las mujeres en la ciudad) a lo mejor las cosas no eran muy diferentes, pero si la mujer quería ganar un duro, podía. Pero, en un pueblo, no.” (AC4)

Nuevamente, podemos comprobar que la valorización de lo urbano en los ejes potencia y actividad del Diferencial Semántico están muy acordes con los discursos de las diferencias percibidas por las mujeres, de las posibilidades de acceso a los servicios educativos, sociales, sanitarios y culturales en las ciudades y de las limitaciones de éstos en el medio rural.

- “En una ciudad tienes más para ver, además, tienes más oportunidades de estudiar. Y pensando en un futuro, cuando tengas hijos, pues tienes más fácil acceso a las universidades, que están en las ciudades.” (ES4)
- “Para los críos si estuviésemos en un sitio más grande para estudiar...” (AC3)
- “Mira, los que han vivido en la ciudad han tenido la oportunidad de dar unos estudios mejor para sus hijos, que los que estamos aquí. Si tus hijos han querido estudiar, pues



los padres tienen que sacrificarse el doble, porque tienen que pagar el sitio donde se queden y todo eso...” (AC1)

Un aspecto a destacar es la fuerza de los papeles tradicionales de género en la homogeneidad entre los discursos de una estudiante de 20 años, sin cargas familiares, y de dos amas de casa de 37 y 48 años, con cargas familiares, quienes plantean las mejores oportunidades educativas que las ciudades ofrecen a los hijos e hijas. En el caso de la estudiante, vemos cómo la preocupación por los futuros hijos puede estar justificando la opción de marcharse a la ciudad, en un discurso que viene siendo vehiculado, durante las últimas décadas, por las madres en el medio rural.

Aunque este discurso sea más fuerte entre las amas de casa, también entre las emprendedoras existe la percepción de que en las ciudades hay muchas más posibilidades que en los pueblos, principalmente en los temas referentes a la inserción profesional y la oferta de servicios.

- “Sí, se lo montan muy bien (los de las ciudades), tienen un mogollón de servicios de apoyo para cuidar a sus hijos, o para encontrar personas que les echen una mano. En la ciudad hay un mogollón de ofertas y actividades de tiempo libre, carteleras de cines y teatros, los mejores bares de copas... Hay tanta oferta, y lo bien que se lo pasan, y lo bien que se lo montan. Y lo que más envidia me da a mí, es la cantidad de posibilidades que tienen de encontrar a alguien que se haga cargo de sus hijos y poder hacer cosas. Al final, es una cuestión de calidad de vida. Los mejores médicos. Un pediatra a la puerta de casa, de la Seg. Social, a elegir, de mañana o tarde. Colegio también a elegir, actividades extraescolares, cursos de natación gratis a niños desde los 3 años, y aquí, a partir de 7 años, sólo en verano y ¡si pillas! Y que encima te lo vengán a contar así, y dices: ¡yo estoy haciendo el canelo!” (EM3)
- “En una ciudad, lo de siempre, el abanico es más grande y tienes más posibilidades de encontrar un trabajo. Aquí es más difícil.” (GE4)

La perspectiva de las mujeres, en muchos casos, se construye pensando en el desarrollo futuro de los hijos e hijas, y las posibilidades que les brindan las ciudades, en contraste con las limitaciones percibidas en los pueblos. Como hemos podido ver, para las mujeres que tienen cargas familiares, el énfasis en las comparaciones entre lo rural y lo urbano recae en la desigualdad de posibilidades de acceso a los servicios educativos y de cuidado de los hijos e hijas. Los discursos vienen reforzando los sentimientos de discriminación de las mujeres rurales. Entre las emprendedoras, estas desventajas se hacen más patentes porque repercuten directamente como obstáculos a las propias necesidades de desarrollo profesional. Las emprendedoras con cargas familiares se enfrentan cotidianamente a la falta de servicios en el medio rural y a la comparación con los servicios ofertados en las ciudades, marcando importantes desigualdades en el desarrollo profesional de las mujeres y reforzando los vínculos con los papeles tradicionales de género.

### 1.2.2. La valorización de la **estética urbana**

Los estilos de consumo de las sociedades modernas, a través de todos los medios de comunicación social y de masivas campañas de consumo, vienen generando nuevas necesidades en las poblaciones. Los procesos de globalización cultural afectan principalmente a la ampliación de los mercados de consumo de los productos de las multinacionales, exportando los estilos de las sociedades urbano-occidentales a todo el planeta. Este proceso genera la apropiación de modelos simbólicos de las sociedades culturalmente dominantes, por parte de las culturas menos valoradas. Montero (1984) ha investigado sobre el concepto de *altercentrismo*, en el que un grupo dominado cultural y económicamente valora más positivamente elementos simbólicos de exogrupos dominantes. El grupo externo de referencia se constituye como modelo positivo y centro de comparaciones, en las que el grupo de referencia es hipervalorado y el endogrupo es infravalorado (Montero, 1984). En la Montaña Palentina, se observa, principalmente entre las estudiantes más jóvenes, una gran valorización de la estética urbana, asociando lo urbano a la 'belleza', con la posibilidad de "ver escaparates" como un valor.

- “¡Jo! De la ciudad, me gusta todas sus cosas. Cuando he ido de vacaciones a algún sitio así... **Es mucho más bonito, tienes más cosas para ver**, para salir. Aquí, pues no, aquí tienes... Y eso que es un pueblo muy bonito y sigues teniendo muchas cosas... Pero **una ciudad es más entretenida**. No sé, nunca he vivido, es lo que me imagino que puede ser. No sé, tienes más cosas para ver, aprendes más que en un pueblo.” (ES4)
- “Me gusta Burgos porque es una ciudad pequeña, una ciudad muy grande, me agobiaría. Conozco Burgos, sé andar por ahí y **tienes escaparates para ver**, tienes más tiendas, conozco a la gente... A mí me gusta mucho Burgos, y en cuanto puedo me escapo para allá.” (ES2)

Las amas de casa, en el mismo sentido, destacan la belleza de los jardines y parques, y las posibilidades de dar paseos por la ciudad, remarcando las diferencias entre el paisaje rural y la estética urbana.

- “Sería diferente (vivir en una ciudad), me daría **muchos paseos por la calle Mayor, parques...** no me gusta mucho el cine, pero iría al teatro, que me gusta más, los toros, siempre estoy deseando ir a los toros. Cosas que aquí no tienes...” (AC3)
- “Yo, ahora mismo, estoy viviendo en Palencia, y yo, ahora mismo, me cojo nos vamos a dar un paseo y: - oye, vámonos por **estos jardines, mañana vas por allí**, yo que sé...” (AC4)

Las emprendedoras también citan las posibilidades de actividades en las ciudades, los escaparates vuelven a aparecer como un aspecto significativo de las actividades urbanas.

- “En la ciudad, tu puedes salir con las amigas a tomar un café, a ver escaparates, a ver una exposición de pintura, a ver el tal museo que han puesto, que han cambiado la exposición...” (GE3)

Los escaparates parecen tener un papel destacado en la estética urbana, y en las actividades cotidianas de las ciudades. Parecen un referente simbólico de primer orden, en las imágenes de lo urbano, que merecería una investigación específica con más detenimiento. Sin embargo, en el contexto de este estudio queremos destacar los escaparates como una constante en los discursos de las mujeres, que recoge una gran carga de simbolismo estético urbano, y representan las posibilidades de actividades de ocio y de consumo más acordes con los modelos dominantes de progreso y modernidad.

### 1.2.3. Lo urbano asociado al estrés

Las mujeres que han vivido en ciudades hacen menos referencia a los aspectos de estética y de estilos de consumo urbano, representados por el énfasis en los escaparates, y resaltan sobre todo el ritmo de vida cotidiana en la ciudad y la calidad de vida y de relaciones, con una valoración más negativa. Algunas mujeres, sobre todo entre las emprendedoras, son muy críticas con la ciudad, rechazando totalmente la posibilidad de vivir en un entorno urbano.

- “En la última fiesta del pueblo, estaba hablando con un italiano que vino y me decía que tenía que tener valor para vivir aquí, que había echado por la borda un montón de cosas. Y te voy a decir lo que he echado por la borda: una gente que le da lo mismo estar rodeado de gente que de animales, un montón de ruidos desagradables, un aire irrespirable, un agua que no se puede beber, un follón de gente por todos los sitios que es invivible...” (GE2)

Dos estudiantes de FP de Grado Superior, ambas con responsabilidades familiares, se muestran algo más críticas con la ciudad que sus compañeras más jóvenes, destacando el estrés y la falta de tiempo como propios de las ciudades. Hay que considerar que ES1 también ha destacado la tranquilidad como valor positivo en lo rural.

- “En Santander, siempre ves corriendo a la gente de un lado para otro, sin tiempo...” (ES1)
- “Aquí puedes hacer miles de cosas que en una ciudad no te da tiempo a hacer ni la mitad. Solamente en desplazamientos y en las colas que tienes en todos los sitios, no te da tiempo a nada.” (ES5)

Las emprendedoras son las que más enfatizan los aspectos urbanos, referidos al estrés y la falta de tiempo, seguramente porque las experiencias vividas en las ciudades estaban relacionadas con la inserción en el mundo laboral y la realización de actividades diversas. El asumir diferentes papeles sociales parece crear una mayor sensibilidad en la percepción de la falta de tiempo y del estrés en las tareas cotidianas.

- “Vivir en una ciudad, me parece que va todo demasiado deprisa y se pasa el tiempo muy rápido. Yo, cuando vivía allí, tenía la sensación de que perdía el tiempo tontamente. Aquí, a veces también, pero allí más deprisa... Yo, ahora mismo, me veo incapaz de vivir en una ciudad. Me gusta mucho ir para ver a los amigos y tomar unos ‘vinillos’, pero nada más. Yo sería incapaz, me agobia muchísimo. Si no me quedara más remedio, sí, pero no me gustaría nada.” (EM1)

Sin embargo, también parece que, más que criterios tangibles de medida del estrés o del empleo del tiempo, hay un contraste entre las representaciones de la tranquilidad de lo rural y el estrés, como característica intrínseca al modelo de vida urbano, que se relaciona con la velocidad y la rapidez. Esto se puede observar en el discurso de una de las emprendedoras, que dice que en el pueblo también está siempre “corriendo”, sin embargo, el estrés lo relaciona con la ciudad.

- “El ritmo te condiciona en una ciudad, tendría un ritmo más acelerado. Simplemente, el moverte de un sitio a otro sería complicado, pero **también me paso aquí todo el día corriendo**. Aquí, el rato que tienes para descansar y despejarte, lo tienes mucho más fácil el dar un paseo por el campo, **es más tranquilo...**” (EM4)

En el discurso de las amas de casa no encontramos referencias a las representaciones sociales de la ciudad asociadas al estrés, y no parecen percibirlo de forma destacable.

### **1.3. Las comparaciones entre lo rural y lo urbano en la construcción de las representaciones sociales: los otros**

Algunas mujeres, entre las amas de casa y las emprendedoras, perciben una proximidad creciente entre los estilos de vida rural y urbana, superándose las marcadas dicotomías (García Bartolomé, 1991). Sin embargo, siguen percibiendo una imagen negativa del pueblo y de sus gentes, por parte de los que viven en las ciudades, existiendo rivalidades y sentimientos de recelo en las relaciones sociales.

En relación con los resultados de la primera parte de esta investigación, es importante observar cómo los discursos también reflejan las percepciones de valoraciones despectivas de los urbanos/as hacia lo rural, corroborando los resultados obtenidos a través del Diferencial Semántico. El contraste entre los resultados del Diferencial Semántico y el análisis de las entrevistas y de los grupos de discusión, permite realizar una triangulación de datos, que viene a ratificar algunas conclusiones previas. En las entrevistas y en los grupos de discusión, las mujeres también manifiestan percibir una valoración despectiva, por parte de los residentes en las ciudades, con relación al medio rural y a sí mismas.

- “Tú escucharás ahora en la radio: los paletos, los del pueblo, la boina, la cachaba... Y, claro, ¡yo estoy con eso que trino! ¡Fíjate! Porque, no hay diferencia, nada... y en los jóvenes menos.” (AC1)
- (¿Por qué cree que se marchó tanta gente a las ciudades?) – “Por lo mismo que me voy a marchar yo, porque estoy hasta las narices. Y luego viene la segunda parte, que yo estoy empezando a darme cuenta ahora y que creía que estaba más que superado. Vienen los de la ciudad, en plan astilla, a contarnos todo lo maravilloso y bonito que hay allí. Pero la

verdad, es que tienes pocos argumentos para rebatirles.” (EM3)

- “Es el día de hoy, que (aún) vienen y se creen que las de los pueblos nos chupamos el dedo.” (GA3)

Las críticas también se hacen a quienes emigraron de los pueblos y después vuelven marcando diferencias y procurando demostrar superioridades. Según se desprende de los discursos de las mujeres, una práctica importante para los que estaban viviendo en las ciudades era aparentar, frente a los que se quedaban en los pueblos, las buenas perspectivas alcanzadas con la nueva vida en las ciudades, demostradas principalmente por los niveles y estilos de consumo.

- “¡Uy, vamos al pueblo! Que se piensan, que ahí en el pueblo no hay Dios... Y muchos, no precisamente los nacidos en la ciudad, los que se han ido de aquí, que es peor...” (AC1)
- “Se oía que las de la ciudad, igual no estrenaban vestido en todo el tiempo y venían a los pueblos y aquí se lo ponían. Nos hacían de menos, claro. Cuando venían al pueblo, se ponían de punta en blanco.” (GA1)

Una de las emprendedoras, que vino de la ciudad a vivir en un pueblo, aporta otra perspectiva en la percepción de las rivalidades entre los rurales y los urbanos. Siendo ella misma de ciudad, narra algunas dificultades en la integración con los vecinos del pueblo. Al final del fragmento de la entrevista, se puede observar cómo se expresa la representación de que los rurales necesitan “modernizarse un poco”, reforzando la idea de modernidad, ligada a la ciudad, y confirmando, en cierta medida, las percepciones de las mujeres locales.

- “Creo que tienen que cambiar el pensamiento de muchos, que todavía se creen que cuando llega alguien de la ciudad, les quitará algo, o... Creo que les molesta un poco. No sé cuál es el razonamiento, pero creo que no les gusta mucho. Pero cuando van cambiando las generaciones, cada vez más la gente de pueblo y la gente de ciudad son la misma. No hay distancia entre la mayoría de la gente. Pero creo que mucha

gente de pueblo debería pasar una temporadilla en la ciudad, para ver lo que se cuece y modernizarse un poco.” (EM1)

Abric (1987) ha investigado sobre el papel de las representaciones sociales en las situaciones de interacción social, demostrando que las acciones son determinadas por las representaciones preexistentes sobre la situación y sobre los sujetos implicados, más que por condiciones objetivas. Así mismo, considerando la gran importancia de las emociones en la construcción y transformación de las representaciones sociales (Banchs, 1995 y 1996; Harré, 1996), podemos comprender que las representaciones despectivas sobre lo rural vienen determinando dificultades y anquilosamientos en las situaciones de interacción entre los rurales, como grupo social infravalorado, y los urbanos, como grupo social dominante.

A partir de los discursos, podemos observar que con estas representaciones y rivalidades, se ponen de manifiesto algunas dificultades en la integración de los nuevos residentes en las sociedades rurales, y de rurales en las ciudades, que terminan reforzando los estereotipos tradicionales en torno a lo rural y a lo urbano. Y ante la pregunta: ¿Cómo era la relación con la gente que se había marchado a la ciudad, cuando venían al pueblo?, algunas contestan:

- “Bien. Escuchando todas las alabanzas y grandezas.” (GA2)
- “¡Yo ni las escucho! Ni antes, ni ahora, ni pasado mañana...” (GA1)

También podemos observar el movimiento inverso, cuando van personas de los pueblos a vivir a la ciudad. Una de las entrevistadas, comenta las dificultades de integración experimentadas al marcharse a estudiar a una ciudad:

- “No tengo demasiado buen recuerdo de cuando estudiaba en Valladolid. No me llegué a adaptar nunca. Como que yo me sentía poco integrada. A medida que pasaron los cursos, en tercero, ya tenía un grupillo de la Escuela, ¡un poco mejor! Pero nunca me llegué a integrar demasiado... Mi relación con mis compañeros de la Escuela era con gente que era de



pueblos, la mayoría de Palencia. No sé si fue casual o nos fuimos buscando... La verdad es que es como más fácil entenderte con gente que es de por aquí, tienes más intereses comunes.” (EM3)

Observamos cómo las relaciones entre los de fuera y los lugareños tienen limitaciones, y los miembros de cada grupo forman vínculos sociales más fácilmente entre sí, sean en la ciudad o en el pueblo.

- “Me relaciono muy poquito (con la gente del pueblo) y con unos pocos. Otros les saludo y nada más. Tengo amistad con gente que, como nosotros, han venido de la ciudad al pueblo.” (EM1)

Por otro lado, hay una valoración positiva de los intercambios entre la gente que siempre ha vivido en los pueblos y la gente que ha venido de fuera, dándose necesariamente situaciones de aprendizaje mutuo. Estos intercambios parecen haber sido importantes para la transformación de la situación de las mujeres en los contextos rurales, que, según una de las amas de casa, estaban “más cerradas”. Pero volveremos específicamente a estos temas más adelante, para profundizar en las cuestiones de género.

- “!Mira que hemos ido aprendiendo con vosotras; (las mujeres más jóvenes y venidas de la ciudad), porque en las casas, con sus más y sus menos, he tenido hijos y están estudiando... luego con la gente que habéis venido, que estáis preparadas, pues oye, te quedan cosas... No sé, me parece a mí que nos ha ayudado mucho, que estábamos más cerradas antes... Tú sabes lo que es para nosotras ver a una chiquita como vosotras, que nos habéis dado charlas, que nos habéis dado cursos, que reuniones, que ‘oye, mirar estos folletos que estas empresarias que han salido’... Todo eso es vida. Que vemos que la mujer está más estimada que antes” (AC4)

Un tipo de relación diferente es el que se establece entre las personas que residen permanentemente en los pueblos y los y las turistas que vienen a temporadas. Aun así, hay divergencias en las valoraciones

expresadas, habiendo cierto consenso entre las participantes del grupo de amas de casa, en una valoración positiva de la gente que viene por el turismo.

- “Decían el otro día en la peluquería de Cervera que se ponían malos cada vez que venía la gente de fuera: que protestan, que si las boñigas, que si olía mal... Yo le decía: estoy contenta, hay dos casas rurales, aquí en el pueblo, y me gusta ver gente...” (GA5)
- “Yo agradezco que vengan. No me molesta nadie, que se vea movimiento.” (GA4)

Otro aspecto que nos parece importante en la construcción de las representaciones sociales de la ruralidad son las comparaciones que las mujeres establecen entre lo rural y lo urbano, en el acceso a los servicios y a la percepción de desventaja social o de discriminación del medio rural. Este aspecto está directamente relacionado con lo rural, como “*espacio vital*”, y lo urbano como “*tierra de posibilidades*”, que hemos identificado y analizado anteriormente. Estas percepciones de discriminación son puestas de manifiesto, principalmente, por las mujeres con cargas familiares y por las emprendedoras, que demandan más facilidades de acceso a los servicios, que en las ciudades son considerados imprescindibles.

- “Ni cuestión de enseñanza, ni salud, nada. En cuestión de servicios, nada, ni para solucionar asuntos, nada, tienes que desplazarte para todo... Porque una pareja que se decide a montar su vida en el medio rural, pues no tiene muchas facilidades.” (AC5)
- “Tienes un hijo y las pasas canutas para encontrar a alguien que se quede con él. Ves día a día los inconvenientes... Yo estoy a 20 minutos de cualquier cosa, 20 minutos de un supermercado, 20 minutos de una gasolinera, de un banco, de un cajero, de un centro de salud... a 20 minutos de cualquier posibilidad de trabajo fuera de casa que yo me planteo... Hay diferencia de una escuela rural a cualquier otro colegio. Y no lo comparo con una capital, sino con un pueblo como

Cervera. Cuando con todos estos servicios vas notando que **eres un ciudadano de tercera**, pues ¡te jode!” (EM3)

Como podemos observar, hay una percepción de desvalorización de los pueblos y de las personas que viven en los pueblos que no se refiere sólo a qué pueden pensar las personas de las ciudades sobre la gente que vive en los pueblos, sino que también hay una percepción de discriminación por parte de las administraciones públicas. Cuando una mujer, emprendedora, pone de manifiesto que las condiciones materiales de acceso a los servicios considerados básicos en las sociedades desarrolladas actuales están favoreciendo la construcción de identidades sociales de las personas del medio rural, como “ciudadanos de tercera” (EM3), están reforzando la percepción de estabilidad de las desigualdades percibidas y fomentando el empleo de estrategias de cambio (Tajfel, 1984), como el abandono del medio rural.

Además de la fuerte percepción de estabilidad en las diferencias intergrupales entre rurales y urbanos, con la infravaloración de lo rural como endogrupo de referencia, que como hemos visto, tiene un papel importante en el empleo de estrategias de cambio para la construcción de identidades sociales más satisfactorias (Bourhis, Gagnon y Moïse, 1996; Tajfel, 1984), en algunos casos, ha quedado explícita la legitimación de las desventajas de los pueblos por la falta de población. Las mujeres perciben las discriminaciones, pero algunas las ven legitimadas por la baja densidad de población, entrando en el discurso de la necesidad de rentabilidad económica de los servicios, aun siendo públicos.

- “La gente que viene a la montaña, pues es que no tiene mucho de donde poder escoger de servicios, **porque no puede haber muchos, que no da para estar abiertos**, entonces, hay muy poco donde escoger.” (AC5)
- “La pena es que no hay algo de ambiente aquí, para nosotras. **Somos tan pocas** (mujeres en el pueblo), teníamos que hacer algo para estar todas juntas y hacer alguna cosa entretenida, aquí en el pueblo” (AC3)
- “En cuestión de servicios, nada. Ni para solucionar asuntos, nada, tienes que desplazarte para todo. Porque, claro, tampoco sería rentable tener aquí una oficina para, no sé,

cualquier servicio que se te ocurra, una oficina de hacienda o de la seguridad social o de lo que sea, **pues somos pocos habitantes y entonces no sería rentable**, me imagino, para la administración el tener servicios en todas las regiones. Ese es el mayor problema que existe en las zonas rurales.” (AC5)

Según Lorenzi-Cioldi y Doise (1996), la infravaloración de un grupo social refuerza las relaciones de interdependencia con el grupo dominante. Sin embargo, esta interdependencia no se expresa solamente en los procesos representativos y simbólicos, sino que el grupo dominante adquiere más poder, en la medida en que el grupo infravalorado es más dependiente. Estas relaciones de dominación y dependencia se manifiestan también en las relaciones económicas y de producción, con mayor poder en el control de los mercados, y de los recursos públicos. Por ejemplo, los productos alimenticios de manufacturados en las ciudades, son mucho más caros, que las materias primas producidas en el campo. Esto que parece una consecuencia “normal” dentro de la lógica de mercado, es la fabricación de la riqueza a partir del valor añadido, determinado por los centros de poder, y tiene consecuencias negativas en las periferias, como el medio rural. A partir de la lógica economicista de concentración de riqueza y de población, vemos cómo se recortan los servicios en los pueblos y se concentran en las ciudades, obligando a los habitantes del medio rural a largos desplazamientos, mayores gastos económicos y a moverse por ambientes que les son ajenos, reforzando el círculo de dependencia e hipervaloración de las ciudades.

Bourhis, Gagnon y Moïse (1996) apuntan que las desigualdades de poder y de status entre los grupos conllevan desventajas en el reparto de los recursos materiales y simbólicos. Esto se refleja claramente en el diseño de las políticas y en el reparto de los recursos económicos, que siempre se hacen desde los núcleos de poder, administrativos y económicos, que están en las ciudades. No hay ninguna política, ningún “Plan Nacional”, que se diseñe desde el medio rural, ni siquiera regionales o provinciales. Hasta las directrices o programas de desarrollo rural se diseñan desde las grandes ciudades. En el caso de Castilla y León, empiezan en Bruselas y terminan en Valladolid, pasando por Madrid.

## 2. LAS MUJERES HABLAN DE SER MUJER EN EL MEDIO RURAL

La construcción de las identidades sociales se establece en un marco de valoraciones del grupo de pertenencia y de comparaciones con los grupos socialmente dominantes que sirven de referencia (Lorenzi-Cioldi y Doise, 1996; Ovejero, 2000; Tajfel, 1984; entre otros/as). En este caso, estamos analizando las relaciones comparativas que se han establecido entre mujeres rurales y urbanas. Las representaciones de la ruralidad se vienen transformando, a la par que la propia realidad social y económica del medio rural, y las mujeres van construyendo nuevos papeles sociales y profesionales relacionados con las nuevas funciones de conservación medioambiental y de calidad de vida en las sociedades posmodernas. Para comprender las motivaciones que llevaron a tantas mujeres a marcharse a las ciudades, hemos procurado reconstruir el mosaico de las representaciones sociales sobre las mujeres rurales y urbanas y las valoraciones de los estilos de vida de unas y otras, desde la perspectiva de las mujeres que viven en la Montaña Palentina. La interacción con las mujeres que se marcharon ha sido permanente en las familias y en los pueblos de esta comarca, y las comparaciones son inevitables. Así, hemos procurado analizar las comparaciones intergrupales, a través de las narrativas sobre ese proceso de convivencia, y de las transformaciones en los papeles sociales y laborales de las mujeres a partir de las nuevas funciones del medio rural.

### 2.1. Representaciones sociales de las mujeres rurales

Las representaciones sociales construidas en torno a las mujeres rurales están muy vinculadas al papel tradicional de género, cuidado de la casa y de la familia como destino femenino, y, a la vez, a las representaciones de lo agrario, como una vida de sacrificio y trabajo duro. Según Harding (1996), la identidad de género es el conjunto de dimensiones de la identidad personal que se desarrollan a partir de la socialización diferenciada en un modelo de hombre o mujer, construidos socialmente en un contexto cultural e histórico, procurando la perpetuación de dicho modelo. Pensamos que la huida del medio rural de

las mujeres, además de estar marcada por las representaciones sociales de la ruralidad, también responde a los intentos de romper con los papeles tradicionales de género en los contextos rurales, con una percepción de posibles modelos diferentes de género asociados a la vida urbana.

Seguramente, si investigásemos sobre las representaciones sociales de género en los contextos urbanos, los contenidos no estarían muy alejados de las representaciones que aquí se adjudican a las mujeres rurales, asociadas a los papeles tradicionales femeninos y a las identidades encontradas. Sin embargo, para las mujeres rurales, las referencias de comparación con las mujeres urbanas se construyen sobre la base de los **contrastes** y a partir de una fuerte **idealización de lo ajeno**. Las entrevistadas manifiestan la existencia de un antes y un ahora, con cambios importantes en la evolución de la situación social de la mujer; sin embargo, siguen percibiendo menos posibilidades en el medio rural para que las mujeres se liberen de las tipificaciones de género, siendo que las representaciones de las ciudades aparecen nuevamente asociadas a la ‘tierra de posibilidades’.

- “Me parece que muy marginadas las mujeres rurales... Éramos menos nosotras, las de ciudad vivían mejor y nosotras menos, hasta hace unos 20 años, que ya has visto que... Muchas veces, me lo dice mi hermana (que vive en Valladolid), que cómo aguantáis en un pueblo, que ¡qué vida tenéis!... Pero a lo mejor, vida la puedes tener aquí, en un metro cuadrado, porque aunque haya muchos escaparates, tú vives mejor, porque si no te gusta comprar, ni ir fuera... Pero es que ahora se ha repartido más todo, pero antes los pueblos no... y las mujeres menos...” (AC4)
- “Pues creo que la mujer ya no se diferencia tampoco, con la forma de pensar, una mujer de la ciudad y una mujer rural. Creo que ya no, antes sí, pero ahora no... **Es que una mujer que se quedaba en el medio rural: ¡apaga y vámonos!** Lo que se relacionaba con el entorno, que era muy poco, porque ha ido a menos, a menos, a menos... y prácticamente, en algunos pueblos no quedan mujeres. En pueblos pequeñitos, la mayoría son hombres.” (AC5)

Podemos observar que las participantes, principalmente las amas de casa, identifican los cambios significativos en la situación de las mujeres rurales con una percepción de mayor equiparación entre las condiciones de vida en las ciudades y en los pueblos. Se pone de manifiesto una percepción de infravaloración de las mujeres que se quedaban en los pueblos, que estaban sometidas a una fuerte “marginación” (AC4). En el discurso del ama de casa (AC4), cabe destacar la presión de las mujeres que se marcharon a la ciudad, en este caso, la hermana, despreciando la vida en el pueblo y obligando, a la que se queda, a elaborar justificaciones, excusándose por no haberse marchado.

La expresión que utiliza AC5: “... **Es que una mujer que se quedaba en el medio rural: ¡apaga y vámonos!**”, muestra una representación muy extendida de las pocas posibilidades de desarrollo que se percibían para las mujeres, como si tuviesen un solo destino quedándose en el medio rural, y que éste no era deseable.

En el grupo de discusión de amas de casa quedó patente que todas han querido marchar a la ciudad, algunas lo lograron y retornaron, y otras no les dejaron marchar. Pero todas han aspirado a vivir en la ciudad.

- “A mí no me dejaron marchar, tenía aquí bastante, con mi madre enferma... Mi hermano sí se marchó a Valladolid, con 18 años fue voluntario a la mili y allí se quedó, venía los veranos.” (GA1)
- “A Madrid tuve yo probabilidad de ir a casa de unos parientes, pero no me dejó mi padre. Yo quería ir, pero mi padre decía que mientras tuviera cinco dedos en cada mano que yo no marchaba a ningún sitio Yo, en aquellos años, sí quería marchar.” (GA2)
- “Veías marchar a las otras y tú también querías y...” (GA4)

Otras entrevistadas, principalmente entre las más jóvenes, cuestionan la mejora real en la situación de las mujeres rurales, destacando un mayor aislamiento de las mujeres como consecuencia del despoblamiento, y que éstas siguen asumiendo, mayoritariamente, las tareas domésticas y de cuidado de las personas dependientes.

- “La vida de la mujer rural siempre ha sido muy dura y sigue siendo muy dura. Porque, si no es por el coche, es para morir. Sola en tu casa, con los hijos, sin ver a nadie, sin ver caras nuevas. Sobre todo, ahora, ¿a quién ves? A todos los que están a tu lado, que tienen una media de 80 años. Es durísimo. De cualquier forma es muy duro. La mujer rural ha evolucionado, pero sigue desempeñando muchos papeles. Fíjate, la mujer que tiene animales, o tiene fincas, sigue trabajando en la tierra, además, es la que lleva la casa, la que educa a los hijos, la que lleva todo referente a los colegios... El peso es de la mujer, sigue siendo.” (GE5)

Aun habiendo diferencias en las apreciaciones de cambios en las tareas de las mujeres en el medio rural, seguimos observando la fuerza de los mandatos de género (Lagarde, 1996), marcando las pautas de división del trabajo entre hombres y mujeres, y orientando las expectativas de los miembros del grupo social hacia los papeles generizados (Bem, 1981).

- “Siento que lo que se espera es que sea como mi suegra... Esperan que sea sumisa y calladita, que aguante, que tire, que se ocupe solo de los hijos, del marido y de la buena marcha de todo. El marido es el que haga, que venga y que figure, y que se lleve los honores. En el fondo, esperan que lo hagas todo. Que encima de que seas una buena madre y ama de casa, y si eres capaz de trabajar fuera mejor, y si encima tienes un buen trabajo mejor, y si ganas un buen dinero mejor... Aquí en esta casa, que atiendas bien a los hijos y a la casa, y si además eres lista y tienes una carrera, eso también adorna... ¡Pero que no salgas mucho!” (EM3)

Las amas de casa de mayor edad en el grupo de discusión también manifestaron la reclusión en el hogar como un mandato social para las mujeres, después del matrimonio. Los comportamientos socialmente esperados de las mujeres casadas suponían una ruptura importante con las actividades realizadas en la soltería, principalmente sociales y lúdicas. Estos cambios marcaban diferencias de roles entre las mujeres casadas y



las solteras, estando las primeras mucho más limitadas al contexto, físico y simbólico, de su propio hogar, con el aislamiento de las relaciones sociales.

- “Te casaste, la cagaste. Te casabas y ya no ibas ni al baile, ni al bar, ni a nada. (GA4)
- “Sí algunas veces, se lo digo a mi marido, que llevo ya cuarenta y tantos años en la cárcel.” (GA1)

Hablando de los roles de las mujeres en las familias rurales, una de las entrevistadas comenta una experiencia concreta, realizada en su municipio, de formación de auxiliares de ayuda a domicilio. El servicio de ayuda a domicilio, que es considerado un nuevo yacimiento de empleo, presta apoyo a las personas mayores, principalmente que viven solas, en las tareas domésticas y sanitarias, con el objetivo de facilitarles que sigan viviendo en sus propios hogares con unas condiciones de vida dignas. Este servicio emplea principalmente a mujeres, por la proximidad con los papeles tradicionales de género, en el que las mujeres se ocupan de lo doméstico. Sin embargo, aun siendo acordes con las tipificaciones de género culturalmente reproducidas, son las mujeres de la propia familia las que tienen que ejercer ese papel, y el servicio de ayuda a domicilio en muchos pueblos, principalmente para los hombres mayores, es considerado una transgresión de los papeles tradicionales. El que venga una mujer que no sea de la familia a hacer ese trabajo, de forma profesional, es, en cierta medida, rechazado, y solo se acepta cuando no hay una mujer de la familia próxima que lo pueda realizar.

- “En la Pernía hicieron un curso de ‘Ayuda a domicilio’ para empezar a formar auxiliares. Empezaron a hacer prácticas, y todo el mundo estaba alucinado, porque eso de que entre alguien en casa para atender a un anciano, **que no sea su hija o su nuera...**” (EM3)

Así, el trabajo de la mujer no se limita al cuidado de su casa y de sus hijos e hijas, sino que también le corresponde el cuidado a las personas mayores de su familia y de la familia del marido, además de la ayuda en las labores agrarias. Las mujeres siguen siendo responsabilizadas de las

labores en el ámbito doméstico. Algunas mujeres, principalmente las emprendedoras, precisamente porque asumen diferentes papeles dentro de la familia y del campo laboral, perciben con mayor fuerza la presión de la sociedad local para intentar perpetuar los modelos de hombre y mujer tradicionales, que están culturalmente vinculados a los mandatos de género.

- “Volvemos a lo del control social. Por ejemplo, se espera que una mujer haga una serie de cosas y del hombre no: que se ocupe de las tareas de la casa, de los hijos, de las personas mayores... eso sigue siendo así, y de un hombre no se espera eso. En mi familia, mi padre acaba de jubilarse y mi madre, y mi suegra... ellas siguen llevando el peso de la casa y todos lo ven normal, ellos de eso no hacen nada. Yo, de la mayoría de la gente joven que conozco, sigue siendo así. Nosotras somos las que tiramos de la casa y de los niños, eso sigue siendo normal y es lo que se espera, no cambia” (EM3)
- “A la gente mayor le choca la poca vida que ellos ven de mí. Este fin de semana he oído comentarios al respecto, que siempre estoy haciendo cosas en la calle, de acá para allá. Ellos no están acostumbrados a ver a una mujer así. Pocas veces se ve a las mujeres fuera de la casa, y que no estén en la huerta o haciendo las compras.” (GE2)

Existe una percepción mayoritaria de **importantes diferencias** entre las mujeres de los pueblos y las mujeres de las ciudades. Las participantes destacan una evolución en la situación de las mujeres rurales, aunque se enfatizan las desventajas que todavía viven las mujeres del medio rural con relación a las mujeres urbanas. No se observan diferencias significativas entre los discursos de las emprendedoras, de las amas de casa o de las estudiantes, sobre las mujeres rurales. Las diferencias expresadas reflejan más las experiencias vividas con el tiempo, por la edad y las cargas familiares, que las experiencias de inserción laboral en el contexto. Hay un discurso muy generalizado en estos temas.

- “No sé, aquí se espera que la mujer sea una persona que no se meta con nadie, que no cree problemas, que está en su casa,

con su familia, aunque trabaje o haga lo que quiera, que no meta bulla. En la ciudad da más igual, a lo mejor es porque hay más mujeres. Puede ser un poco lo mismo, pero no tan intenso.” (GE3)

Se observa en los discursos de las entrevistadas, que las mujeres que viven en los pueblos son representadas como más determinadas por los papeles tradicionales de género, limitadas a las tareas domésticas y de crianza, con menos alternativas que las mujeres de las ciudades para desempeñar otros papeles. Al referirse a la actualidad, la vinculación con las labores agrarias pierde algo de fuerza, por el claro retroceso del sector agrario en la zona, a partir del cual el papel de las mujeres queda limitado a lo doméstico, y algunas de las participantes incluyen las labores agrarias, exclusivamente, como extensiones de lo doméstico. Es destacable que al referirse a la vida de las mujeres en las ciudades, las representaciones están más marcadas por la imagen de igualdad entre hombres y mujeres y por el desempeño de papeles diferentes de los domésticos, abarcando, de forma especial, las relaciones sociales. Se percibe una fuerte idealización de lo urbano, y en la realidad cotidiana, la mujer sigue estando discriminada y sometida a las relaciones asimétricas de género.

- “Tienen que seguir cambiando muchas cosas, que en todas partes se considere a la mujer de la misma manera. Porque, en una ciudad, entre un hombre y una mujer no hay diferencias, pero todavía en el mundo rural sigue habiéndolas. Es algo muy asumido por todos.” (EM4)
- “La vida de las mujeres en los pueblos es más de casa. En la ciudad tienen más cosas que hacer, ver gente, hacer otras clases de actividades, como estudiar... Tienen más medios en una capital que en un pueblo.” (GE4)

En algunas entrevistas aparece implícitamente que las transformaciones en la situación de las mujeres en el medio rural hacia mejores condiciones de vida están condicionadas al abandono de la actividad agraria. Quizás, por la falta de reconocimiento del papel productivo de las mujeres en el sector agrario y por la sobrecarga del trabajo doméstico, que se suma además a la infravaloración social de lo

agrario. Como del trabajo doméstico no parece haber visos de liberarse, las mujeres intentan que, al menos, no se acumule con el agrario.

- “La señora que ha nacido aquí, que ha vivido aquí siempre tiene una vida muy doméstica, muy cerrada en su casa, la familia... Y, sin embargo, me parece que trabaja muchísimo. No se limita solo la vida a la casa, sino al ganado, el huerto, creo que **se hinchan a trabajar y luego la gente joven va buscando otras salidas.**” (EM4)
- “La mujer de antes que nació en el medio rural, hace de todo, sabe todo y trabaja porque siempre va a tener tres gallinas y dos conejos... La mujer con el trabajo en el medio rural, suele ser ese trabajo que no encontrarás nunca en el medio urbano. Si el medio rural o el medio agrario ha salido adelante, ha sido gracias a las mujeres, que **trabajan como auténticas bestias, y todavía las hay así.**” (GE2)

Una cuestión a resaltar es la diversificación de las actividades laborales de las mujeres, que empieza a ser percibida también en el medio rural. La creciente presencia de las mujeres en el sector servicios, especialmente en los nuevos yacimientos de empleo, viene marcando posibilidades de construcción de nuevos papeles sociales, como señalan algunas de las entrevistadas, principalmente entre las emprendedoras.

- “Las mujeres que se dedican a las tareas del campo, agricultura y ganadería, las veo de dos clases: las que lo llevan bien y las que lo llevan mal. Las que las ves, y te da la sensación de que deberían haberse marchado hace mucho tiempo. Pero hay las que lo llevan fenomenal, que todos los días hacen lo mismo y se las ve felices. Y las mujeres que se dedican a **otros tipos de trabajo, que en teoría no tienen nada que ver con la vida en un pueblo, pues creo que lo llevan mejor.**” (EM1)

Se pone de manifiesto la creciente diversidad de actividades laborales en el medio rural, “otros tipos de trabajo”, que parecen reportar, según una de las emprendedoras, más satisfacciones que las actividades

agroganaderas. Las nuevas funciones del medio rural se van plasmando en posibilidades de inserción laboral para las mujeres que quieran seguir viviendo en los pueblos, asociándose a mayores grados de satisfacción personal. El problema del éxodo, para muchas mujeres, está más asociado al estilo de vida y a las posibilidades de desarrollo y satisfacción personal, que al tamaño de la población.

## **2.2. Relaciones comparativas con las mujeres urbanas**

La construcción de una identidad personal satisfactoria es una necesidad básica del ser humano (Ovejero, 2000), el proceso de comparación intergrupala sienta las bases para las valoraciones del grupo de pertenencia a partir de las valoraciones con grupos de referencia culturalmente dominantes. En el caso de las mujeres del medio rural, hay dos grupos dominantes de referencia: los hombres, y las mujeres urbanas. En cuanto a las comparaciones con los hombres, los estereotipos de género organizan el mundo social a partir de la asimetría de género, en el que las mujeres son infravaloradas. Este aspecto lo analizaremos más detenidamente en lo sucesivo, cuando tratemos de la división generizada del trabajo. Pero hay otro colectivo muy importante en la construcción de las referencias de identidad, que son las mujeres urbanas, que participan en la similitud del género, pero por otro lado participan del poder cultural y económico de lo urbano sobre lo rural, propiciando una gran mitificación sobre la vida de las mujeres en las ciudades.

En los procesos de comparación intergrupala, diferentes autores apuntan a que el status influye en las representaciones del grupo de pertenencia y en las representaciones construidas sobre los grupos de referencia (Bourhis, Gagnon y Moïse, 1996; Enríquez *et al.*, 1993; Lorenzi-Cioldi y Doise, 1996). Parece importante recordar lo que señala Montero (1984), a partir del estudio de la identidad nacional de los venezolanos: un grupo dominado, cultural y económicamente, valora más positivamente elementos simbólicos del grupo dominante, que es elegido como modelo y centro de comparaciones, siendo muchas veces hipervalorado.

- “¡Diosas! No hace tanto tiempo, no hace tanto, las veíamos como yo te digo, como Diosas. (AC2)

- “En la ciudad era diferente, porque las que venían de la ciudad, no es que vivieran mejor, porque vivir mejor no era que trajesen un abrigo de visón, y que no es eso. Pero siempre eran más abiertas que nosotras, nosotras siempre más cobardes, mas retraídas, yo que sé...”(GA4)

Se observan diferencias importantes entre las representaciones construidas sobre las mujeres del propio grupo y las urbanas; mientras las rurales se enmarcan en el ámbito de lo doméstico, las representaciones de las urbanas son construidas en torno a lo público, a las posibilidades laborales y a la vida social, e incluso la estética es la de estar fuera del hogar. Las mujeres urbanas son vistas como más jóvenes, cuidadas, arregladas y maquilladas, mientras las de los pueblos se perciben más envejecidas y abandonadas en los aspectos estéticos.

- “Ahora, a medida que va el tiempo, que las ves venir de la ciudad, pues también dices: oye, fíjate, que **están más jóvenes que nosotras**. ¿Por qué? Porque se cuidan más, a nosotras que nos salgan arrugas, que nos salgan... ¿qué nos importa a nosotras? Pero a ellas no, ellas se cuidan más. Cuando viene mi hermana, siempre me deja cachivaches por ahí. ‘Ah, pero ¿no tienes de esto, ni lo otro?’ Por ahí anda rodando – ‘ah, pues mira, date de esta sombra.’ Ella toda arreglada, toda peripuesta... Mi otra hermana (que vive también en el pueblo) y yo, lavadas y a correr. Nosotras más dejadas, menos presumidas, menos... no sé. Porque andamos todas iguales, unas con más y otras con menos, en zapatillas... Pero en la ciudad no, eso es otra cosa, siempre me lo ha parecido.” (AC4)
- "La mujer de una ciudad se sentía más liberada, más realizada, tenía muchas más posibilidades de mejorar, ya no sólo intelectualmente, sino de mejorar en todos los sentidos.” (GA2)
- “No sé, te parecía que vivían mejor que tú, que tenían más, que...” (GA1)

Se puede constatar la importancia de las comparaciones que se han establecido con las mujeres que se marcharon del pueblo, en la

construcción de las identidades de las mujeres que se han quedado. La ciudad se ha forjado en el universo simbólico de las mujeres del medio rural como un espacio de libertad y de desarrollo personal, mientras que en el pueblo prevalece la perspectiva de continuidad con los papeles tradicionales, principalmente para las mujeres. Las mujeres más jóvenes reproducen el mismo discurso de las amas de casa mayores, en el que las mujeres que se queden en los pueblos están destinadas a ser amas de casa y las mujeres que se marchan a la ciudad pueden decidir sobre su futuro.

- “Hay diferencias, porque las mujeres en la ciudad tienen un trabajo más... Es distinto de aquí, porque aquí casi todas son amas de casa o así. Pero allí, hay mucho más trabajo que aquí, y **una mujer se puede situar en cualquier lado.**” (ES3)
- “Y los hombres que marchaban a la ciudad se colocaban bien ellos, unos se casaban con chicas de aquí y otros con chicas de fuera, pero se colocaron muy bien. Los de por aquí, se marcharon casi todos para el País Vasco, y la industria era tremenda y **los sueldos los más grandes de España.** Y entonces, se situaba muy bien la gente y **las mujeres, ya te digo que bueno... mejor que mejor...** Y te daba envidia de la que se marchaba.” (AC4)

Aunque la mitificación de las mujeres urbanas está muy presente en la mayoría de los discursos, principalmente entre las amas de casa y las estudiantes, hemos encontrado un ama de casa y ganadera que construye cierta crítica, procurando romper los espejismos.

- “... los que se iban, muchos han pasado muchísimas fatigas, pero vuelven al pueblo como si vienen de las Américas, y yo en ningún momento he creído que eso era así.” (AC2)

Otro aspecto interesante que aparece en el discurso de las mujeres es una creencia naturalizada de que las mujeres que marchan a la ciudad se van a insertar en el mundo laboral, como dejando claro de antemano en los acuerdos con los hombres y con los familiares, el papel que quieren asumir.

- “En una ciudad, porque esperan que haya más trabajo, o porque van con la mentalidad muy clara de que van a trabajar, está como más establecido que van a trabajar los dos. No sé si dentro de la casa comparten, o no, creo que siguen compartiendo poco, pero tienen más claro que hay que buscar a alguien que te eche una mano con el cuidado de los niños, de la casa o de los abuelos...” (EM3)
- “Antes se marchaba a la ciudad a servir, ahora es a trabajar...” (GA4)

Realizando un análisis comparativo entre los tres grupos de mujeres participantes, podemos observar que las representaciones son muy homogéneas. Las diferencias percibidas están relacionadas más con la procedencia de las entrevistadas y con las edades. Las estudiantes reproducen el discurso que podría ser de sus madres y que es muy acorde con el de las amas de casa, enfatizando más los aspectos de posibilidades laborales para las mujeres en las ciudades, en cierta medida, justificando su propia opción de marcharse en el futuro, como veremos más adelante. Las amas de casa, principalmente las mayores, hablan más desde la perspectiva personal de las vivencias de interacción y comparación con las mujeres de las ciudades, que han experimentado a lo largo de sus vidas. Las limitaciones que han vivido para liberarse de los roles tradicionales parecen influir en una mayor idealización de las mujeres urbanas.

Se percibe claramente la idealización de los contextos urbanos, asociados a la igualdad entre hombres y mujeres. Nuevamente, aparecen las representaciones asociadas a las actividades, al poder, al dinamismo y la riqueza de lo urbano, que permitirían a las mujeres participar en condiciones más igualitarias del mundo social y laboral. Mientras las mujeres rurales están ancladas en lo doméstico, las mujeres urbanas son vinculadas a los contextos profesionales y son hipervaloradas como más jóvenes, activas e independientes. Las críticas propias a esa idealización excesiva del grupo de referencia son casi inexistentes, al contrario, se buscan las justificaciones para reforzarlas. Se aprecian, en general, más oportunidades de desarrollo personal y profesional para las mujeres en las ciudades que en el medio rural, donde se perciben más obstáculos a la igualdad entre mujeres y hombres. Sin embargo, también debemos resaltar



que, mientras en las entrevistas individuales algunas amas de casa expresan más abiertamente la idealización de lo urbano, en el grupo de discusión de amas de casa se percibe la presión del grupo, y observamos cómo se refuerzan mutuamente en la “elección” de quedarse en el pueblo, aumentando la valorización personal, aun después de que todas expresaron el deseo de haberse marchado a la ciudad.

- “Mejor vida, yo creo, que nos damos en los pueblos pequeños. Estamos ya aclimatadas a esto... Y los que vienen de afuera, dos meses o uno, y no les mandes quedarse ya más.” (GA3)

Comprendiendo mejor el proceso de construcción de las identidades sociales de las mujeres rurales, es de entender que se movilicen estrategias de cambio que favorezcan identidades sociales más satisfactorias. En este sentido, la perspectiva que apuntan las mujeres para cambiar las condiciones de pertenencia a un grupo social infravalorado, es la migración a las ciudades. Es la forma más sencilla de pertenecer a un grupo socialmente bien valorado y dominante cultural y económicamente.

A continuación, profundizamos en los papeles sociales de género y en el reparto de las tareas dentro y fuera del hogar. Hemos visto que las representaciones de las mujeres rurales están muy marcadas por la vinculación a lo doméstico y a la subordinación a los varones, con fuerte presión de los mandatos y estereotipos de género, limitando la plena integración social de las mujeres rurales. Por otro lado, hay testimonios interesantes de ruptura con estos mandatos y la implicación en la transformación de los papeles sociales tipificados como masculinos y femeninos. Investigamos en ese reparto de roles y en las experiencias de las mujeres en diferentes funciones dentro de la sociedad rural.

### **2.3. División generizada del trabajo: trabajo doméstico *versus* trabajo remunerado**

El análisis realizado por Harding (1996) sobre la estructura social de género pone de manifiesto que una forma de organización de la

actividad productiva, visible e invisible, de una sociedad, está fundamentada en la división del trabajo en función de los atributos de género. Esta realidad aparece marcadamente en los discursos de las mujeres entrevistadas, definiendo roles y funciones sociales cotidianas que se basan en un reparto de tareas a partir de la asimetría de género. El género es una categoría simbólica que organiza la vida social y productiva, atribuyendo significados dualistas de masculino y femenino a todos los aspectos de la vida cotidiana. Este simbolismo de género implica valoraciones asimétricas a lo que se significa como masculino o femenino. Históricamente, nuestra cultura se ha construido valorando lo que se asocia a lo masculino: la razón, la inteligencia, la fuerza, la vida pública, el trabajo, el dinero...; y minusvalorando, o despreciando, lo que se ha asociado a lo femenino: la afectividad, la sensibilidad, la debilidad, lo doméstico... El simbolismo de género también ha fundamentado lo que Harding (1996) define como estructura de género, en el que la actividad productiva se organiza a partir de una división del trabajo entre hombres y mujeres. Los hombres han asumido los espacios públicos de producción material y simbólica, acaparando el reconocimiento social a las actividades consideradas propias del género masculino, mientras a las mujeres se le han adjudicado, y ellas han asumido, las tareas referentes a lo privado, a lo doméstico y al cuidado de los demás, actividades marcadas por la invisibilidad en los ámbitos públicos y carentes de reconocimiento social y económico.

“A pesar de la importancia del ámbito doméstico, sin el cual sería imposible el mismo ámbito público, las tareas domésticas no son socialmente valoradas. No hay simetría de poder y de reconocimiento entre las dos esferas. En las sociedades industriales sólo es reconocido como trabajo el que recibe remuneración. El trabajo remunerado concede un margen de autoridad, autonomía y reconocimiento social a quien lo realiza. Además, la asimetría de los dos ámbitos se refleja en que las decisiones (políticas, económicas, culturales) tomadas en el ámbito público suelen afectar al ámbito doméstico o privado. La inversa no puede cumplirse” (Carranza y Puleo, 2002, p. 17).

En el análisis de los discursos de las mujeres de la Montaña Palentina, vemos cómo el simbolismo y la estructura de género están marcando la construcción de las identidades sociales de las mujeres

rurales. En gran medida, las mujeres asocian el reparto de tareas, propio de las estructuras asimétricas de género, a las representaciones del medio rural, como si las desigualdades y la dominación masculina fuesen características propias de lo rural, construyendo una idealización de lo urbano como una sociedad de igualdad entre hombres y mujeres; sin considerar que en todas las sociedades se han construido relaciones jerarquizadas entre hombres y mujeres, y que las mujeres urbanas están igualmente sujetas a las discriminaciones del dominio masculino. Analizamos el reparto de tareas y la división sexual del trabajo desde la perspectiva de nuestras narradoras y las relaciones que se establecen en la vida cotidiana de amas de casa, estudiantes y emprendedoras.

### 2.3.1. División sexual del trabajo agrario

Podemos observar por el discurso, principalmente de las amas de casa, la descripción que hacen de los diferentes papeles que desempeñan, predominando las tareas relacionadas con la casa y la familia. El trabajo productivo de éstas en el campo es considerado una extensión de las labores domésticas, corroborándose las conclusiones de estudios anteriores (Sampedro, 1996; Vera y Rivera, 1999).

- “Pero si nosotras no tenemos tiempo (de ir a cursillos). No apetece porque no tenemos tiempo. Tenemos una familia un poco amplia, entonces,, tienes que atenderlos, lavar, planchar... tendríamos que estar corriendo. El tema de la huerta... pues, te gusta ahora mismo tener unas cosas ahí, las vacas...” (AC2)

En general, el trabajo de las mujeres en las labores agroganaderas dentro de las explotaciones familiares no es asalariado y es considerado complementario al trabajo doméstico. La modernización de la agricultura ha llevado a una división en la estructura de producción agraria, con una diferenciación propia de los modelos modernos de industrialización, en el que se distinguen dos ámbitos: familia y empresa (Sampedro, 1996). Barthez (1982), analizando la agricultura como *relación familiar de*

*producción*, identifica el origen del proceso de desvalorización del trabajo femenino en el ámbito agrario, a partir de la división entre familia y empresa. “Es así como, a partir de este mismo proceso de división, se construye la desvalorización del trabajo de las mujeres en la producción agrícola, consagrándose el rol familiar como su ámbito social específico; en este contexto, el trabajo femenino en la explotación agrícola aparece como no productivo, en la medida en que, por su carácter femenino, procede de la familia y no de la empresa” (Barthez, 1982, p.184).

Así, el trabajo de las mujeres en las explotaciones familiares agrarias es definido como una “ayuda” al trabajo del marido, como podemos observar en diferentes discursos sobre los roles de las mujeres entrevistadas. Identificamos este proceso de acoplamiento de las tareas agrarias al trabajo doméstico, principalmente entre las amas de casa, sea en el discurso de ellas mismas como protagonistas, sea en el discurso de las estudiantes sobre sus madres, o entre las emprendedoras cuando se refieren a otras mujeres vinculadas a la agricultura y ganadería. Aparece la **doble jornada** institucionalizada en la vida cotidiana de las amas de casa rurales, que asumen las labores del campo como parte de sus tareas domésticas, o como una ayuda en las labores consideradas responsabilidad de los hombres, por enmarcarse en el ámbito productivo. Sin embargo, ese papel de ayuda familiar no es esporádico y puntual, sino que es continuado e integrado en las rutinas cotidianas de las mujeres.

- (¿Qué hacías antes de abrir la casa rural?) – “Ayudar al marido. Pues ir a ayudar... a la ordeñadora, la remolacha y lo que hacía falta. Teníamos huerta y fincas...” (EM2)
- “Vamos a llevar las vacas, hacemos el recorrido despacito, y nos empleamos un tiempo. Que podía ser menos tiempo, pero como nos gusta y nos encontramos a gusto en ese tiempo... después nos metemos en nuestras casas. Hacemos nuestras labores, la labor de la casa. Tú sabes que sembramos los huertos y atendemos nuestros hijos... cuando vienen quieren todo hecho... Tenemos nuestros ganados en la cuadra... Que has de dedicar mucho tiempo, **pues el poco tiempo que tienes libre, tienes que dedicarlo ahí.**” ((AC2)

- “El campo es muy esclavo. En la mina trabajaba solo el marido, trabajaban ocho horas y el resto del tiempo... En el campo, es noche y día, todos lo días. Y es el **marido, y todos los de alrededor.**” (GA1)

La consideración de que las labores propias de la ganadería se realizan en el tiempo libre es muy importante para que comprendamos hasta qué punto éstas son concebidas como extensión del trabajo doméstico, en el caso de las mujeres agroganaderas. Queda patente la doble jornada a la que están sometidas las mujeres rurales, que no es solo patrimonio de las mujeres que tienen un trabajo remunerado, muy propio de los contextos urbanos, sino que es una característica institucionalizada del reparto desigual de tareas, propio de las estructuras generizadas. Las mujeres han asumido la participación en las tareas productivas, sin que los hombres hubiesen asumido su parte de responsabilidad en las tareas domésticas, generando una fuerte sobrecarga de trabajo para las mujeres. Éste, que es un fenómeno reciente en los contextos industrializados, con la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo remunerado, sin embargo, es muy antiguo en lo referente a las tareas agrarias, en el que las mujeres han sido siempre las responsables del trabajo doméstico, además de participar en el trabajo del campo.

- “En los pueblos, las mujeres trabajan igual que los hombres. Eso fijo, por lo menos en esta zona, las mujeres trabajan en el campo, igual que los hombres, más luego en casa y los niños. Y en una ciudad, sí, las mujeres tienen trabajo, pero yo no comparo el campo con otro trabajo.” (ES2)
- “Ellos tenían también mucha labor, pero las mujeres tenían lo de fuera y lo de dentro. Las mujeres, tenías que salir al campo y volver y hacer lo de casa. Los domingos, ir a lavar al río para que el lunes tuviese el marido el buzo limpio para ir a trabajar.” (GA5).

Las amas de casa, que también se dedican a las labores agroganaderas, comentan las dificultades para su profesionalización, en un sistema económico y cultural en el que el reconocimiento profesional se da

al trabajo de los hombres, el alta de la mujer en la seguridad social, cuando ha sido posible, suponía un gasto más para la familia, y no era considerado una inversión en el negocio familiar.

- “Estuve dada de alta de soltera y de casada también, y después me dieron de baja a los dos años de casarme, como el marido trabajaba de carpintero... Porque mi marido era autónomo, era el jefe de familia, vamos a poner... y yo, no podía ser ganadera, me dieron de baja y yo estaba trabajando, ya te digo, como lo hago hoy... las vacas y lo demás... y echaron todo abajo. Lo solicitamos, fui a Palencia, lo denegaron... ahora como han visto que tengo muchísimos años pagados me dieron de alta otra vez.” (AC2)
- “Pasaba con muchas mujeres, que llevaban la ganadería y la huerta, pero estaban como amas de casa. ¡Claro que pasaba! ...Un tiempo no te podías poner y después ya sí, pagar como pagaban ellos y dos pagos tan altos en eso... pues... es ni más ni menos por lo que no se han estado puestas (dadas de alta).” (GA1)

Se constata cómo a la hora de legalizar la situación profesional de los trabajadores miembros de la familia, es prioritario que estén los hombres dados de alta en la seguridad social. Cuando por cada miembro dado de alta hay que pagar una cantidad, las familias suelen priorizar que sean los hombres los trabajadores visibles, mientras, como vemos en diferentes discursos, las mujeres desempeñaban igualmente funciones productivas en las explotaciones agrarias, pero invisibles:

- “Había que ir al ganado por la mañana, luego venías y tenías que hacer las labores que te daba tiempo de la casa, y después, dependiendo de la época del año, pues tenías que sembrar, recoger, trillar, todo esto. Y en invierno, pues con la nieve, aprovechabas para dar más vuelta un poco a la casa, para coser ropa que se descosía...” (AC5)
- “El día mío es hacer la labor de casa, lavar, coser, planchar, pasear... Ahora es labor y no es labor, es entretenimiento

también. Pero antes, tenías que ir al campo, la huerta, el ganado, tenías también unos cerdos...” (GA1)

Una de las emprendedoras, titular de una explotación ganadera, nos describe las dificultades para romper con las estructuras de género en la división del trabajo agrario. Se observa el peso de la doble jornada, con el trabajo agrario añadido al trabajo doméstico, y el peso específico de las tareas ligadas a la crianza de los hijos e hijas, como los obstáculos que se crean a la profesionalización de las mujeres. Esta emprendedora, aun siendo legalmente la titular de la explotación, tiene serias dificultades para desempeñar este papel, que es apropiado por los varones de la familia.

- “Mi marido tiene su trabajo, que es veterinario, y estábamos estudiando el tema de las ayudas de la UE y estuvimos viendo cómo nos beneficiaba. Echamos números y parece ser que todo cuadraba para que fuera yo la titular de la ganadería... ¡Pues fui yo!... La pieza clave de la explotación es mi marido. Que yo fuera o dejara de ser la titular, ha sido por conveniencias. Yo me he dejado, pero realmente es su proyecto.” (EM3)

Como podemos observar, el peso de las tipificaciones de género muchas veces impide el desarrollo profesional de las mujeres en el sector agrario, sobre todo cuando intentan un protagonismo profesional, y no asumen las labores del campo sólo como extensión del trabajo doméstico. Los estereotipos de las características de género legitiman la reproducción de roles de género, a partir de características consideradas intrínsecamente femeninas o masculinas. Los hombres son considerados más productivos manejando los tractores, y las mujeres son las mejores cuidando de los niños, con un claro reparto del trabajo que obedece a las estructuras tradicionales de género. Esto lo podemos ver reflejado en otras palabras de la misma ganadera:

- “Yo soy hija, nieta, hermana y mujer de ganaderos... En mi casa yo trabajaba, también antes se curraba más. La instalación que había en mi casa, ahora la heredó mi hermano, la ha mejorado y tampoco ahora se trabaja de la misma manera.

Pero cuando nosotros éramos pequeños, sí, se compatibilizaba más con la agricultura. Mi padre sembraba remolacha, patatas... Yo me pasaba el verano currando y atendiendo a las vacas. Ahora es impensable ir a cuidar las vacas con un palo y con un perro todo el día, ¡es impensable! Y se ordeñaba, por ejemplo, con unas instalaciones que daba mucho trabajo...” (EM3)

Cuando se profesionaliza la agricultura y la ganadería en esta zona, las mujeres son recluidas al ámbito doméstico. En este caso concreto, es el hermano el que hereda la explotación de los padres y el marido y el suegro son los que dirigen y trabajan en la explotación, de la que ella es titular.

### 2.3.2. Valoración del trabajo de las mujeres

Un aspecto importante de la división generizada del trabajo es la valoración atribuida a los trabajos considerados femeninos, que es distinta a la valoración de los trabajos considerados masculinos. En otro sentido, también es muy diferente la valoración que recibe el trabajo de las mujeres, siendo siempre prioritario en las organizaciones familiares el trabajo de los hombres.

- “En estos momentos, aquí yo creo que es más tranquila la vida de la mujer, antes era diferente. Yo lo que he visto en estos pueblos es que la gente joven se cierra mucho, no se comunican. Antes era, campo por la mañana, animales por la tarde y llegar a casa y sentarse, y la mujer lo mismo, más las tareas de la casa. Ahora, la mujer se ocupa de la casa y los niños, menos en la época más dura. Ahora quien trabaja más es el hombre y antes los dos, incluso más la mujer.” (EM6)

En los discursos de algunas mujeres, todavía podemos observar cómo el trabajo de los hombres está más valorado socialmente. Lo que describe antes esta emprendedora (EM6), la mujer se ocupa de la casa, de los niños y de las labores del campo cuando es necesario, pero ella



considera que “quien trabaja más es el hombre”. Está muy extendida la percepción de que las tareas domésticas no son trabajo, y las mujeres manifiestan a través de sus discursos la desigualdad y discriminación femenina en el ámbito laboral (Fernández Villanueva *et al.*, 2003). Utilizando los análisis de Harding (1996) sobre el simbolismo de género, las diferencias de género constituyen un sistema simbólico que actúa como categoría organizadora del mundo social, podemos entender que el trabajo de las mujeres en el ámbito doméstico ha sido culturalmente designado como “las labores” (femenino), sin reconocimiento social, y “el trabajo” ha tenido una valoración social y una remuneración económica, asociado a lo masculino y al trabajo del hombre, fuera de lo doméstico.

- “Cuando nació mi segundo hijo, mi marido se metió en la mina, y **yo seguía sin trabajar** y menos con vacas e hijos, bueno fuera de casa, porque limpiaba la cuadra, llevaba las vacas a pacer...” (EM6)
- “Para las mujeres, yo creo que sigue habiendo pocas ayudas. Es más como amas de casa o cuidar niños y ya está. No creo que tengan muchas salidas. Además, la mayoría de las mujeres, quitando las que trabajan en las fábricas de galletas, que han empezado desde muy niñas, la mayoría son amas de casa... No me gustaría ser ama de casa, yo, por ver a mi madre, a mí la casa se me caería encima. Me gustaría hacer más cosas, aunque **no sea trabajar. ¡Me encantaría trabajar!**” (ES4)
- “Aquí es más tranquilo. Llevan el niño al colegio, bueno, quizás **porque la mayoría de las que conozco tampoco trabajan**. Y te quedas con las amigas tomando algo, te coges el niño del colegio, vas a casa, haces la comida o te planchas tu ropa... No lo sé, están menos estresadas, quizás.” (ES1)

En el medio rural hay una diversificación creciente en los sectores productivos, que deviene de lo que diferentes autores vienen designando como multifuncionalidad del medio rural (Hervieu, 1997; Knickel y Renting, 2000), y que viene determinando diferentes posibilidades de inserción sociolaboral para las mujeres. En el discurso de estudiantes y

emprendedoras están conviviendo las referencias a los aspectos de la vida profesional, y sus perspectivas de inserción en el mercado laboral, con la asunción de los roles de madre y esposa. Es interesante observar el uso de los verbos en condicional, cuando se refieren a las posibilidades de realizar un trabajo remunerado, mientras se asume sin dudas los roles de esposa y madre. Esto indica que lo primero es considerado una opción, y lo segundo un destino.

- “¡Me **encantaría trabajar!** Aunque si tienes hijos y todo, igual un trabajo a tiempo parcial, que no te llevara todo el tiempo...” (ES4)
- “Sí, tengo idea de tener un hijo, pero quería acabar este curso... Mi idea sería compaginarlo todo: yo trabajar, mi marido que siguiera trabajando, y el niño... Yo creo que si te pones a tener un hijo, son los dos o tres primeros años lo que te necesita realmente... Pero creo que el primer año, ni trabajaría. Si tuviera un trabajo fijo o estable, mantenerlo, pero si no estuviera trabajando, es posible que ni lo buscara ese año. Mi marido es algo que dice que es cosa mía. Como soy yo la que...” (ES1)

Observamos cómo mujeres jóvenes asumen la división sexual del trabajo, en el que las tareas de la casa y la crianza de los hijos e hijas son propias de las mujeres, y el trabajo remunerado fuera del hogar es propio de los hombres. En este sentido, van planificando de antemano estrategias para intentar compatibilizar la vida laboral y familiar, considerando, sin embargo, que sus responsabilidades principales están relacionadas con los papeles tradicionales de género. En el imaginario de las mujeres y en la organización práctica de la vida cotidiana, los maridos tienen continuidad en sus rutinas, y las mujeres son las que se adaptan a las nuevas responsabilidades. Se construyen las condiciones materiales de la doble jornada femenina, o el desarrollo profesional queda postergado.

- “Cuando nazca el bebé, **tendré que organizarme mucho**, cosa que no he hecho nunca, nunca he tenido horarios. Ahora tengo que intentar llevar una vida más organizada, un poco normal, comer a unas horas y no ir corriendo a todas partes.

Me va a exigir mucha organización, no sé si yo, como autónoma, lo podré hacer, pero no me quedará más remedio... Pienso que **mi marido, profesionalmente, de horarios no cambiará, tendrá más responsabilidad** y más peso, porque él tiene muy claro su papel de mantener la familia. Él no va a cambiar sus horarios, más cuando piensa que es tan responsable, su cambio va a ser más de cabeza que real. Intentará sacar tiempo para el bebé, imagino, los fines de semana. Si yo tuviera un trabajo más estable, sí me gustaría que fuese más a medias, que cada uno cambiase al 50%, pero tampoco puedo hacerlo. No me siento con fuerza moral de hacerlo, aunque espero no llevar toda la carga, espero que compartamos cosas. Los primeros años, pienso que un bebé dependerá más de mí, simplemente es algo biológico, cada tres horas las comidas, es inevitable que tú estés ahí pegada” (EM4)

Aparecen las diferencias biológicas como discurso de legitimación de la organización desigual del trabajo de crianza, el bebé dependerá más de la madre durante los “primeros años”, por el tiempo de lactancia, que no suele durar más de seis meses. Pero las mujeres utilizan ese discurso para justificar la ausencia del padre en las responsabilidades de cuidados de la prole y evitar así los conflictos. Cuando esta emprendedora (EM4) dice no sentirse con fuerza moral para exigir que se compartan las tareas de la casa y de la crianza, vemos el peso de los mecanismos sociales de **culpabilización** a los que están sometidas las mujeres que asumen papeles distintos a los tradicionales, sintiéndose responsables de compatibilizar familia y profesión. Se puede constatar cómo estas mujeres, al referirse a su inserción profesional, ya parten de la búsqueda de estrategias de compatibilización entre la vida familiar y laboral, mientras eximen a los hombres de las tareas familiares. El tiempo de las mujeres tiene una plasticidad que posibilita, en la vida cotidiana, intentar “compaginarlo todo” (ES1) o “tirar y tirar” (GE3), con un alto coste personal en muchos casos.

- “Creo que va mucho en formas de ser. Yo soy así, que  **tiro y tiro de todo**. Que **no me relajo**, sabiendo que los niños están con su padre. **Siempre parece que es cosa mía.**” (GE3)

- “La culpa muchas veces es nuestra, porque lo intentamos hacer todo...” (GE1)
- ”Muchas veces es que ni preguntas si él puede hacer una cosa. Que igual él va a estar en casa y no pasa nada... Pero como crees que no lo va a hacer bien, pues ya lo hago yo. Y es un problema nuestro, y vas cargando y vas cargando, con más y más cosas.” (GE3)

Las mujeres asumen que su tiempo tiene que ser elástico y permitirles realizar todas las tareas, tanto laborales como domésticas, sintiéndose incluso culpables por su incapacidad para poder con todo. Estas mujeres tienen muy interiorizado que las actividades profesionales de los hombres están por encima del reparto de las responsabilidades domésticas. De la misma forma, la vida profesional de ellas está supeditada a las de sus compañeros:

- “Antes de casarme estaba trabajando de auxiliar administrativo en una auto-escuela y me hicieron contrato indefinido. Pero al casarme, como le destinaron para acá, dejé el trabajo y me vine con él. Luego me puse a estudiar el año pasado y estuve trabajando en Gullón, pero tampoco. Por los horarios de mi marido y el mío, pasábamos mucho tiempo que era, hola y adiós y poco más; y lo dejé... ¡Hombre! Mi marido sería feliz si yo estoy todo el día en casa, metida en la cocina y limpiando.” (ES1)
- “Un poco lo de siempre, casa y familia, a la mujer, y el trabajo, al hombre, incluso el salir, sale más el hombre, hace más vida social... Los jóvenes van cambiando mucho. En el medio rural, como las oportunidades de trabajar son más escasas, es la mujer la que se queda sin trabajo.” (EM4)

Un caso muy claro de la priorización del trabajo remunerado para los hombres, y de lo doméstico para las mujeres, y del consenso social que legitima esa división generizada del trabajo, nos la aporta un ama de casa del grupo de discusión:

- “Mi hija estaba trabajando en la fábrica en Aguilar, entonces, cuando hubo los despidos de hace cinco o seis años, le despedían el marido, y se pusieron de acuerdo con la empresa para que despidiesen a ella y se quedase él. (¿Por qué?) Porque, hombre, era más normal que trabajase él y no que se quedase en casa. ¿Qué iban a hacer, trabajar ella y él quedarse en casa? Él igual no encontraba otro trabajo. Y ¿qué iban a hacer?” (GA4)

Como se puede observar, la renuncia a un puesto de trabajo fijo, que hace esta mujer, obedece a una clara prioridad social a la inserción de los hombres en el mercado laboral. Estas familias no conciben la posibilidad de que los hombres asuman las tareas en el ámbito doméstico y las mujeres tengan el papel de trabajadoras remuneradas. El trabajo de las mujeres todavía es considerado una ayuda complementaria a la renta familiar, nunca tiene un valor protagonista.

### 2.3.3. El reparto de las tareas domésticas

La doble jornada laboral de las mujeres es una realidad cotidiana, tanto en las ciudades como en el medio rural. Incluso entre las mujeres agricultoras, que siempre han sido responsables de las tareas de la casa y del cuidado de la prole, además del trabajo agrario. El reparto desigual en las labores domésticas y de cuidado de personas dependientes suele suponer para las mujeres una obligación ineludible, que se suma a las horas de trabajo fuera del hogar, con una gran sobrecarga de roles y de responsabilidades (García Colmenares, Puleo y Carranza, 2002). Las mujeres van incorporándose al mercado laboral, sin embargo, los hombres todavía no asumen en la misma proporción sus responsabilidades en el ámbito doméstico.

- “No es lo mismo sin tener hijos, que teniendo dos hijas. No es lo mismo lo que te planteas al principio del matrimonio, que lo que va resultando después. De lo que dice que se va a enrollar el otro, a lo que realmente se enrolla en casa el otro, que es nada. **Porque las hijas, sólo te pesan a ti, porque al**

**otro le da lo mismo.** No me he puesto con el tractor nuevo, porque no me voy a subir con la niña de un año, colgada y la otra detrás. Y para eso no puedes decir: ¡quédate con la niña que yo voy a hacer prácticas con el tractor! Sí que he tenido ganas y me he subido a ver cómo es el tractor. Pero no vas a quitar a alguien que lo hace y, además lo hace bien, y como estar con las niñas nadie lo hace mejor que yo, y como mi marido en estas situaciones lo único que hace es dejar las niñas a mi suegra... ¡pues ya paso!” (EM3)

- “El hombre trabaja en la fábrica y luego se va a dormir. Pero igual, por ejemplo, ella sale a las dos y va, o a buscar al niño, o a la compra, o va a hacer no sé qué cosa... Es ese tirar. (GE3)
- “Y además, es adelantar trabajo para mañana. Voy a ver si preparo no sé qué, la ropa o no sé qué, a planchar la ropa para mañana, etc.” (GE1)

Las mujeres expresan cómo las tareas del ámbito doméstico, de la casa y el cuidado de la familia, han sido y siguen siendo responsabilidades femeninas. Los estereotipos de género continúan siendo utilizados para legitimar un reparto desigual de las tareas productivas y reproductivas, siendo las tipificaciones de género una atadura para las mujeres a la hora de asumir diferentes papeles sociales, cuando muchos hombres no parecen estar dispuestos a ampliar también sus papeles al ámbito doméstico.

- “En el sentido de trabajar yo, por ser mujer, no veo ningún problema. Ahora, en el sentido de **trabajar yo, por ser madre, pues siempre son muchas responsabilidades.** Aparte, que mis hijos tienen ahora unas edades todavía muy difíciles, un año el pequeño, y la mayor tiene seis años y ya es un poco independiente...” (GE3)

Existe una percepción, cada vez más clara, de la socialización diferencial de hombres y mujeres. Las mujeres han sido educadas para desempeñar los roles referentes al ámbito doméstico, mientras que los hombres son educados para dedicarse a los ámbitos laborales y sociales,

pero además también para despreciar las tareas domésticas y de cuidado de la prole.

- “A los chicos siempre les daban carrera. Era más importante que un hombre fuera a buscar un oficio, pero una mujer, ¿para qué? A los hombres les mandaban a estudiar, bien fuera a Palencia, Barruelo o a Aguilar. Pero a las chicas, a la fábrica o a servir, no había otro sitio.” (AC3)
- “Los que salían a estudiar, chicos. En aquellos tiempos les llevaban a los frailes, por que no podían pagar tampoco una carrera.” (GA1)

Las sociedades, también las rurales, tienen fuertes mecanismos de control y de socialización para que hombres y mujeres se adapten a los roles de género construidos socialmente. La división sexual del trabajo, en la que el ámbito doméstico corresponde a las mujeres y es infravalorado socialmente, aparece reflejada en el discurso de las mujeres entrevistadas, independientemente del grupo al que pertenecen.

- “Es más egoísmo... porque ellos han vivido así en sus casas, lo han vivido con sus padres. Mi marido ha tenido dos hermanos, y él y sus hermanos eran los gallitos. Sabes, las hermanas a fregar, a lavar, y ellos a las fiestas y bien planchados y bien peinados... Ahí estábamos nosotras, que no nos dejaban hacer nada. Si tú querías hacer una cosa, enseguida: ¡cuidado que eres mujer! Y tú a casa a las nueve y con sol. Los chicos a las ocho de la mañana y las chicas a las nueve de la noche y con sol. Entonces, hemos estado muy presas y éramos todas iguales en los pueblos. Y nosotras, dentro de lo que había, estábamos en buena posición, entonces de las que mejor aquí...” (AC4)
- “**Los hombres eran unos patriarcas.** ¿Mis hermanos? Bueno, ellos se iban al pantano, a nadar, todos saben nadar. Ellos, en casa ni hincarla, yo, ni nadar, ni nada... Los hombres trabajaban en lo de ellos, pero en casa les tenías que poner hasta un vaso de agua, lo que sea. **Y todavía...** Si no hago la cama yo, no la hace nadie. Y si no pongo la comida,

no la pone nadie. ¡**Todo las mujeres!** Pero encima, estaba así visto, que consideraban que lo tenías que hacer todo. Y lo veían normal, las mujeres ¡hala! Ibas a la tierra a escarbar y el surco, el mismo que él, y luego cuando venías a casa, ellos no.” (EM2)

Las entrevistadas ponen de manifiesto la socialización de las mujeres en los roles femeninos, vinculados a las labores domésticas, y las limitaciones que se han impuesto a las mujeres en los procesos de educación. Pero muchas, principalmente las emprendedoras, reflejan que la situación no ha cambiado tanto como parece. Los hombres siguen sin responsabilizarse del ámbito doméstico, viéndose éstas sobrecargadas con dobles o triples jornadas de trabajo.

- “No tengo tiempo libre. Me gustaba mucho el tema de las manualidades, la restauración, andar en bici, también ir al pantano en verano a tomar el sol. Pero, como ahora me levanto con mis hijas puestas, desayuno con mis hijas, como con mis hijas, meriendo y ceno con mis hijas... Ni siquiera veo la tele, no puedo ver ni un telediario, porque me siento con ellas y no me apetece nada que vean esas cosas...” (EM3)
- “Soy consciente de que, en muchos aspectos, sí hay más dificultades para que las mujeres entren en el mundo del trabajo en esta zona, en el mundo rural, porque, además de por educación, la mayoría de las mujeres tienen niños o están casadas, y las impide mucho tomar la decisión de trabajar.” (GE5)

Los hijos e hijas son un obstáculo a la inserción laboral sólo para las mujeres, que tradicionalmente se han responsabilizado de su cuidado y educación, siendo difícil, hoy en día, que los hombres asuman igualmente estas responsabilidades. Las emprendedoras procedentes de las ciudades también ponen de manifiesto que, en las ciudades, el papel social de las mujeres no es muy diferente al de las mujeres que siempre han vivido en los pueblos. El reparto de las tareas domésticas sigue siendo desigual, y la



educación de las mujeres en las ciudades también las socializa para los roles tradicionales de esposa y madre.

- “Yo lo he visto en mi casa, en mi casa éramos nosotras las que recogíamos la mesa, a mi hermano nunca se le exigía nada, aunque nosotras hemos podido luchar más, porque no era justo. Pero los padres, por lo menos en mi casa, nos han educado en el machismo, en que las chicas tienen que ir por allí y los chicos por allá.” (EM5)

Un aspecto interesante a resaltar, es la **naturalización** (Moscovici, 1976; Jodelet, 1986) en los discursos sobre la adjudicación de los papeles de género. Hay una fuerte representación, muy acorde con los estereotipos tradicionales de género, que, habiendo hombres en la casa a las mujeres no les corresponde desempeñar un trabajo remunerado, o éste no es necesario, sino una opción. Al mismo tiempo, en muchos hogares se da por hecho (esta representación es todavía más fuerte) que, habiendo mujeres en la casa, a los hombres no les corresponde realizar las tareas domésticas y de cuidados.

- “Era la única que se quedaba ya, porque mis hermanas habían marchado todas y **los hermanos no era cosa de que se quedasen ahí con mi madre, era una hija... teniendo hija... Y me casé en Cervera, encima contentos, ya no me movía de aquí.**” (AC6)
- “Y en aquellos tiempos, los hombres, las tareas de la casa no las hacían. **Como no fuese alguien que no tuviera una mujer...** Las tareas de la casa, se suponía que eran de una mujer...” (AC5)

Las mujeres muestran cambios en los discursos sobre el reparto de las tareas domésticas, y los hombres empiezan a asumir funciones dentro del ámbito doméstico. Sin embargo, en ningún momento se habla de un reparto igualitario entre hombres y mujeres; aún hoy en día, el reparto es desigual, y la sobrecarga, y sobre todo la responsabilidad, recae en las mujeres. El trabajo de los hombres en el ámbito doméstico, en muchos discursos aparece como una “ayuda” a la mujer, que sigue siendo considerada la responsable de estas tareas.

- “Mi padre y mi hermano no sabían hacer nada, pero mira si han cambiado las cosas (con la muerte de la madre), **ahora mi hermano hace de todo en la casa...** Mi padre no sabía nada porque estábamos mi madre y yo, pero ahora hace la lumbre, limpia todo, friega, hace camas, lo comparten. **Ahora han aprendido.**” (AC3)
- “Abandonando la casa mucho, en verano, ni te cuento. Los fines de semana mi casa un caos, todo revuelto, te olvidas de la casa. Mis hijos friegan, recogen el comedor, los tengo bien educados, su habitación es de ellos, yo les lavo y les plancho la ropa, lo demás es de ellos, **me ayudan, no me puedo quejar.**” (EM6)
- “El trabajo del hombre siempre vale más que el de la mujer. Ellos friegan un día los platos y ya tienen para toda la semana. Han hecho muchísimo...” (GE4)

Una de las anécdotas, contada por una emprendedora ganadera, nos muestra cómo, desde la infancia, las discriminaciones por motivos de género sirven a los hombres para adquirir o mantener privilegios a partir de relaciones asimétricas, fundamentadas en el simbolismo de género (Harding, 1996). No es sólo una cuestión de reproducción de patrones considerados naturales, sino también **estrategias de poder** en las relaciones entre hombres y mujeres (Cabruja, 1996; Foucault, 1999), que convierte una visión masculina estereotipada, en una verdad universal naturalizada:

- “Mi hija tiene un tractor de juguete pequeñín que nos regalaron cuando compramos el grande. Y cuando vinieron sus primos y andaban turnándose, como su primo no quería respetar el turno de ella, uno de los argumentos fue: ‘¡Eh!, tú, ve a jugar con la bici o con el cochecito -aquél (el de la muñeca), porque las niñas, además, no se montan en los tractores’. Ella se quedó callada...” (EM3)

Según Harding (1996), la “visión fundada en las actividades de los hombres es, a la vez, parcial y perversa; ‘perversa’ porque invierte de forma sistemática el orden de las cosas: sustituye la realidad concreta por lo abstracto... Es más, la visión del hombre no sólo es falsa, porque el grupo dirigente puede hacer que su visión falsa se convierta aparentemente en verdadera” (p. 130). Lo que un grupo considera verdad, se va construyendo en las relaciones sociales e institucionalizándose a partir de la asimetría de género, que transforma las relaciones de poder en actividades “adecuadas por naturaleza” a un sexo u otro, estando las actividades asignadas a las mujeres carentes de valorización social. “El conjunto de restricciones legales y sociales impuesto a la participación de las mujeres en la vida pública hace que sus actividades características parezcan, tanto a los hombres como a las mujeres, simplemente naturales, simple continuación de las actividades de las termitas o simios hembras (como lo considerarían los sociobiólogos) y, por lo tanto, objetos apropiados para las manipulaciones de los hombres de lo que perciben como natural” (Harding, 1996, p. 131).

Una de las amas de casa, que actualmente es Concejala en el municipio donde reside, destaca que las transformaciones en el papel de las mujeres y la participación en actividades fuera del ámbito doméstico, reorganiza las relaciones de poder entre hombres y mujeres, disminuyendo la dominación masculina.

- “Con los maridos también ha cambiado, porque te encuentras más apoyada. Como la vida te va abriendo caminos, te parece que no, pero te encuentras más arropada, ya por las hijas, tus sobrinas o tus amistades, te vas encontrando... Ahora, para mi marido, peor, para mí, mejor. El progreso ha sido más para mí que para él, porque **el poder que has ido ganando tú, lo ha ido perdiendo él**. Pero también, **¿por qué iba a tenerlo todo una persona?** En una casa, no es que mande más el marido o menos la mujer, no es que yo tenga más mando o menos mando. **Es que sepamos respetarnos, que lo que yo hago tiene un valor, y lo que tú haces tiene su valor.**” (AC4)

Podemos concluir, que las identidades de las mujeres y su inserción social están muy marcadas por las responsabilidades en el ámbito doméstico, que se les adjudican desde tiempos históricos. Estamos ante lo que denominamos “identidades encontradas” (Camps, 1998; García Colmenares, 2000), en las que los roles sociales y productivos están distribuidos por género. Salir de estas tipificaciones y construir “identidades elegidas” supone para las mujeres romper esquemas y, en muchos casos, chocarse con los mecanismos de control social que se establecen en las familias y en los pueblos, como ha sido puesto de manifiesto, principalmente por las emprendedoras. Algunas mujeres se van transformando en **modelos transgresores** para los estereotipos de género tradicionales, asumiendo papeles tradicionalmente masculinos y luchando para que los hombres asuman cada vez más papeles en el ámbito doméstico. También así, se van abriendo caminos de participación e integración de las mujeres en todos los ámbitos de la vida cotidiana, social y profesional.

- “Hay más libertad para las mujeres, por ejemplo, yo tengo un coche a la puerta de casa y hago más o menos lo que quiero, dentro de un orden, porque claro, voy con las niñas... Pero tienen que cambiar todavía muchas (cosas). Por ejemplo, me he enterado este verano que hay hijas de ganaderos, de 18 – 20 años, que andan manejando rotoempacadoras. Pero hace falta que se acostumbren a eso, porque total, seguro que sus hermanos lo han hecho con 17 y 15 años y a nadie le pareció raro. ¡Es una lucha!” (EM3)

Se construyen nuevos modelos para las mujeres, que amplían sus expectativas hacia todos los ámbitos de la vida productiva y privada. También en el medio rural, muchas mujeres están rompiendo los estereotipos tradicionales y abriendo posibilidades de integración profesional y social, como lo apuntan en diferentes entrevistas.

#### **2.4. La percepción del papel de la Iglesia en la discriminación de las mujeres**

El género es una construcción social, en el que los hombres y mujeres forman parte de un universo simbólico de características y roles

diferenciados. El grupo social delimita los atributos y papeles considerados propios de cada sexo, que conlleva a una organización de las estructuras sociales con el reparto de tareas y funciones específicas entre los miembros del grupo adscritos a cada género (Nicolson, 1996). En cada sociedad, las Instituciones tienen un papel fundamental en la socialización de sus miembros y en el mantenimiento de los repartos de poder. La Iglesia Católica es una Institución poderosa en la sociedad española, que lo ha sido todavía más en tiempos pasados y tiene una organización y unos valores marcadamente masculinos.

Dos de las mujeres entrevistadas, un ama de casa y una emprendedora, hicieron referencia al papel de la Iglesia Católica en la discriminación de las mujeres. Aunque muy brevemente, no queremos dejar de reflejar la importancia que tuvo, y tiene, esta institución en el mantenimiento de los papeles tradicionales de género, anclando las mujeres en el ámbito doméstico y en las funciones de madre y esposa. Históricamente, la Iglesia ha culpabilizado a las mujeres cuando intentaban no someterse a los cánones patriarcales, reforzando visiblemente el control social sobre éstas y el poder de los hombres. El simbolismo de género (Harding, 1996) está presente, tanto en los modelos masculinos, encarnados en los sacerdotes, como en los valores y modelos femeninos, transmitidos a través de los discursos de éstos. Consideramos el discurso en términos foucaultianos (Foucault, 1979, 1987 y 1999), que implica no sólo el lenguaje verbal, sino las representaciones y acciones humanas: las prácticas sociales.

- “La mujer se ha liberado bastante en ciertas cosas, sobre todo, por ejemplo, en temas de religión. Ha cambiado tanto, que los pobres curas se van a quedar sin clientes.” (EM3)
- “Los curas, antes, también hacían mucho daño a la mujer. Y cuando venían los misioneros, todo en contra nuestra... O sea, que era una, otra y otra... Así que muchas veces decimos de que los **nervios y depresiones**, pero lo trae mucho lo que ha habido atrás.” (AC4)

El papel de la Iglesia en la reproducción de los estereotipos de género y la división sexual del trabajo, es percibido por las mujeres como muy importante, y los curas y misioneros refuerzan el poder de los varones y la sumisión de las mujeres. Observamos la alusión a los problemas de salud, que vienen siendo asociados a las mujeres en mayor medida que a los hombres. Estudios epidemiológicos confirman que la mayoría de los cuadros de neurosis, se dan entre las mujeres, con una mayor incidencia de depresiones entre el colectivo de amas de casa (Carranza y Puleo, 2002). “No es extraño que, las mujeres que realizan trabajo remunerado, se depriman menos que las mujeres que se dedican exclusivamente al trabajo doméstico, porque el trabajo, como sinónimo de empleo remunerado, es beneficioso en cuanto a la reportación económica, el ambiente que lleva asociado generalmente, la estructuración del tiempo que supone –las amas de casa suelen percibir su tiempo como una sucesión lineal, sin cortes-, la realización y valoración personal, el contacto con otras personas...” (Carranza y Puleo, 2002, p.32).

Las estructuras institucionales, como la Iglesia, al perpetuar los papeles tradicionales de género, también favorecen el funcionamiento del sistema económico y la construcción de parámetros de división del trabajo, fundamentados en el simbolismo de género, en el que las mujeres están todavía atadas, por lastres culturales y estructurales, al ámbito doméstico, del que son las máximas responsables y excluidas del ámbito público, que es socialmente considerado responsabilidad de los varones.

- “Que te tenían a menos. Eso de la mujer sobresalirse un poco, no lo veían bien ellos, no les gustaba. Entonces, al no gustarles, ellos te tiraban para atrás un poco. Y cuando yo entré en el ayuntamiento, que si te va a doler la cabeza, que si vas a coger enemistades... ¿Por qué tengo yo que coger enemistades?... Que no, hombre, que no... y mi marido me desanimaba mucho.” (AC4)

Se pone de manifiesto la percepción de los intentos de mantener la invisibilidad de las mujeres en los pueblos, considerando que son inevitables los cambios en la situación de las mujeres, pero intentando mantener y reforzar los papeles tradicionales. Se convive con la

incorporación de las mujeres a la vida pública, pero que sigan respondiendo en la vida privada como antes, y que no sea muy visible su inserción en lo público. Un doble papel, con una doble moral. Tenemos muy claro, sin embargo, que esta realidad no es exclusiva del medio rural, aunque pueda ser más visible en este entorno.

### 3. EXPLICACIONES DE LAS MUJERES AL ÉXODO RURAL FEMENINO

Para intentar comprender mejor el proceso de éxodo femenino que se ha vivido en los territorios rurales, hemos indagado sobre las posibles motivaciones de las mujeres que se marcharon y las explicaciones construidas por nuestras participantes para este proceso. Procuramos establecer posibles relaciones entre la huida del medio rural y el “voto con los pies”, como expresa Whatmore (1991), en contra de una situación de mayor explotación de las mujeres en el medio rural, con la sobrecarga de la doble jornada, del trabajo agrario invisible, del mayor control social y del peso de los papeles tradicionales de género. Las respuestas de las mujeres establecen una clara vinculación entre el deseo de cambiar de roles, más que por cuestiones económicas, por abrir posibilidades de desarrollo personal y profesional para las mujeres del medio rural, provenientes de un entorno percibido como mucho más opresivo en las relaciones de género y vinculado a la imagen del “trabajo duro”. Al preguntarles: ¿Por qué crees que marcharon más mujeres que hombres de los pueblos?, obtuvimos, entre otras, las siguientes respuestas:

- “Porque **vivían mejor los hombres que las mujeres**. En los pueblos, siempre había bares, partidas y tertulias y cenas y solo iban hombres, ni una mujer. Pero, entonces, las mujeres decían: ¿pero yo no valgo más que para estar haciendo calcetines? ¡pues me largo a ver que pasa! Todas las mejoras eran para los hombres. Porque mi marido ya salía a echar la partida y ya cenaban en el bar, o se iban entre amigos fuera, o

a una fiesta en Potes o donde fuese. Pero, es que nosotras no...”(AC4)

- “**La mujer ha estado siempre discriminada** y se ha sentido un poco **explotada**. Había que trabajar en casa de ama de casa, y en el campo, entonces pues nada agradecido. Y buscabas, yo creo, que mejorar. La mujer, igual también es más lanzada y tiene menos miedo a la aventura. Yo creo que por eso nos marchamos más mujeres.” (AC5)
- “**Las mujeres marcharon de los pueblos para escapar**, sí, sí, sí, claro que marcharon. ¡Esto no lo aguanto! Tu piensa que cuando se compró la lavadora, primero, las de la ciudad y nosotras cargadas... O sea, que **siempre ha podido vivir mejor la de la ciudad**, porque siempre se han aprovechado más de los adelantos.” (AC4)
- “Pues yo creo que marcharon más mujeres porque estaban hartas y **rompieron filas**. Dijeron: a ver por donde sale el sol, pero ¡yo me largo de aquí!” (GA4)

Como se puede observar, las amas de casa establecen una clara relación entre la situación de discriminación de género y las posibilidades de desarrollo personal para las mujeres en las ciudades, y la decisión de marcharse del medio rural. Podemos constatar que los factores psicosociales están determinando, en gran medida, los comportamientos. Solamente dos de las amas de casa han citado la cuestión económica como motivación para el cambio a la ciudad, aun así, muy escuetamente. Las demás, hablan de la salida a la ciudad como una alternativa a una situación de discriminación social.

- “Pues por ganar (dinero), porque en casa antes había 6 y 7 personas y no se podía estar en casa” (AC2)
- “Las mujeres tuvieron que salir porque aquí no había trabajo, los hombres tenían el trabajo de la mina.” (GA4)

También es interesante observar, que las que no se marcharon, en ningún caso han manifestado la opción de quedarse. Seguir viviendo en el pueblo, fue fruto de las circunstancias, de las necesidades de la familia o



de la inercia de la vida cotidiana, y no una voluntad definida y realizada. Algunas mujeres han decidido volver después de vivir en la ciudad, pero las que no han salido nunca del pueblo han sentido envidia de las que se marcharon, o simplemente atribuyen el hecho de quedarse a la “pereza” de marcharse, y no a la voluntad de quedarse:

- “Aunque lo veías un poco bajo, **te daba envidia de la que se marchaba**, sí, sí... Yo me quería haber ido fuera. Entonces, marchaban de aquí muchas chicas a servir a Bilbao o a Madrid. Pero mi padre nunca nos dejó... Y ese habría sido un buen... porque podrías haberte situado.” (AC4)
- “Porque **nos ha dado pereza y no hemos tenido esa decisión**, puede ser. Sí, porque también podíamos haber marchado” (AC1)
- “Yo, en aquellos años, sí quería marchar.” (GA2)
- “Veías marchar a las otras y tú también querías ir. De aquí marcharon muchas...” (GA1)

Las explicaciones del éxodo rural femenino expuestas por las emprendedoras, que son, en su mayoría, oriundas de ciudades que han decidido vivir en el medio rural, tampoco difieren mucho de las explicaciones dadas por las amas de casa. Entre las causas del éxodo, predominan las representaciones de la vida dura del trabajo en el campo y de la sobreexplotación de las mujeres en los entornos rurales, así como las perspectivas educativas y laborales que se abren en las ciudades. Las limitaciones al desarrollo personal y la dedicación exclusiva a las tareas del hogar, como destino ineludible, marcan la decisión de emigrar a las ciudades, según las emprendedoras. Entre las que se quedaban en el pueblo, estaba muy acentuada la imagen de la mujer como la “criada” de la familia, con lo que ello conlleva de carga de trabajo y de desprecio por ese papel social.

- “Las mujeres en los pueblos trabajaban como animales, no se las reconocía el trabajo, el machismo era terrorífico y las hijas no querían eso, después de ver a las madres, se marchaban directamente, era normal, **una chica en el pueblo**

**era la criada de la casa, del padre, de los hermanos, de todo.” (EM6)**

- **“Aquí las opciones eran esas: casarte con un agricultor o ganadero y tener que cuidar a la familia del susodicho y a los padres, o marcharse.” (EM3)**

Hablando del éxodo rural actual, que afecta a las mujeres más jóvenes, las explicaciones contemplan también la curiosidad como motivación al éxodo, las posibilidades de nuevas experiencias y de desarrollo personal y profesional, que se asocian con las ciudades, así como la búsqueda de huir del control social, asociado a la vida en los pueblos, como motivación para el cambio. El modelo de consumo y el ritmo de vida urbano marca las aspiraciones de las mujeres más jóvenes, que desean experimentar las vivencias de la vida en la ciudad.

- **“Buscan conocer cosas nuevas, conocer la vida allí. La mayoría de ellos ha vivido aquí siempre, les tiene que dar la sensación que en la ciudad se vive mejor y ofrecen más cosas, es normal que tengan esa inquietud. Me imagino que les tire un poco lo que me pasó a mí, irse de casa de sus padres, hacer lo que quieran, ese anonimato de que hablábamos, supongo que es normal.” (EM5)**
- **“Sí, vale, para vivir aquí está bien, pero es que te cansas. Llevamos viviendo aquí 18 años, y te acaba cansando esto. Lo que pasa es que aquí para vivir está bien, pero queremos conocer sitios nuevos, gente nueva. Pero, los fines de semana, aquí.” (ES3)**

Analizando el discurso de las amas de casa, hemos podido constatar lo que Díaz Méndez y Díaz Martínez (1995) han descrito como el “manejo” del futuro de los hijos/as, por parte de las madres que, no estando satisfechas con su propio destino, han procurado socializar a los hijos, y sobre todo a las hijas, para marcharse del pueblo y construir un futuro diferente. Las perspectivas de las mujeres en los pueblos, hasta las últimas dos décadas, estaban muy delimitadas, según los discursos de las mujeres, a lo que llamamos “*identidades encontradas*” (Camps, 1998; G<sup>a</sup>. Colmenares, 2000), vinculadas a los papeles tradicionales de género. Las

alternativas, según las perspectivas de las madres, pasaban por la huida de los pueblos. La posibilidad de construir las “*identidades elegidas*”, estaba en las ciudades.

Vemos en el relato de una de las amas de casa, cómo ha socializado a la hija para marcharse, mientras el hijo ha “podido” desarrollar el aprecio por la vida en el pueblo:

- “Yo, a mi hija la dije que se buscara algo que mereciera la pena y que ella emprendiera un camino. Pero, claro, en el pueblo... Pues, yo le dije: ¡Que en el pueblo no te quedas! ¿Qué vas a hacer en el pueblo? Como has pasado tú por ello, **a la hija parece que no la quieres ver donde tú has estado.** Y a mi hijo no le des ciudad... Porque **con el hijo es distinto**, a lo mejor se ha inclinado más por las cosas de su padre. Y mi hija, a lo mejor, se ha inclinado más por las mías. Es decir: - ‘He oído a mi madre decir toda la vida que ¡vaya esclava!, que nunca ha podido esto, que nunca ha podido lo otro, y ¿yo también? ¡¡anda ya!’” (AC4)

Como se puede observar, el tratamiento de las perspectivas de futuro de un varón y de una mujer en el pueblo, por parte de las madres, ha sido completamente diferente. El destino de las mujeres era percibido como una continuidad de las vidas de sus madres, y éstas intentaron cambiarlo. Se ha motivado especialmente a las mujeres para que se marchasen del medio rural, aunque también a los varones, como se puede observar en esta otra situación:

- “Mi suegra, que son también labradores, y el hijo pequeño y con un capitalazo que no te haces idea y que podría vivir aquí perfectamente, y decía: aquí no se queda nadie. Ella enseguida puso los hijos a estudiar, tenía un hermano sacerdote y... los tres hijos con carrera. **Ella decía: aquí no se queda nadie porque esto es una esclavitud. Mi suegra decía: ‘mira, no dejes aquí a ninguno, porque no le quiere nadie...’**” (AC6)

Pensamos que el éxodo rural no puede ser explicado simplemente a partir de una perspectiva economicista, pues como estamos comprobando, hay factores de orden psicosocial claramente implicados en las decisiones y opciones personales y familiares. La agricultura y la ganadería suponen recursos económicos importantes para las familias, sin embargo, la falta de reconocimiento social de los trabajadores del campo, puede estar orientando sus aspiraciones personales hacia otros horizontes. Respecto a las mujeres, los factores psicosociales se reflejan en las representaciones sociales de la ruralidad y en las relaciones de dependencia y de discriminación que se establecen entre el campo y la ciudad, además, las desigualdades por motivo de género están muy presentes y constituyen factores añadidos a los anteriores.

Las mujeres han utilizado verdaderas estrategias para marchar del medio rural, encontrando las fórmulas para vincularse a las ciudades y, a la vez, legitimar sus decisiones y su partida del pueblo, construyendo sus vidas en las ciudades, sin romper afectivamente, o creando el mínimo conflicto posible, con las familias de origen. A continuación, presentamos las estrategias que se identifican a partir de los discursos de las entrevistadas.

#### 4. ESTRATEGIAS FEMENINAS DE HUIDA DEL MEDIO RURAL

Como hemos expuesto, las mujeres han utilizado estrategias claras de huida del medio rural y del papel tradicional con el que se han encontrado (Díaz Méndez y Díaz Martínez, 1995). Cuando utilizamos la expresión estrategia, hacemos referencia a una serie de pasos que se realizan para la consecución de un fin u objetivo deseado, aunque, la utilización de las estrategias que hemos identificado no parecen una decisión consciente de sus protagonistas, sino un aprovechamiento, para lograr una transformación de las situaciones no deseadas, de las posibilidades que se presentaron en el escenario socioeconómico que estaban viviendo. Las mujeres han realizado recorridos o itinerarios de inclusión en las ciudades, que les han permitido marcharse legitimadas de sus pueblos de origen. El empleo de redes sociales, de familiares y amigos, también aparece como un mecanismo de reproducción de las estrategias empleadas para la huida de los pueblos, facilitando la decisión de

marcharse y la inclusión en la sociedad urbana receptora. Algunas de las estrategias de huida, identificadas en el discurso de las entrevistadas, se siguen utilizando hoy en día para la marcha de las mujeres más jóvenes, perpetuándose algunas fórmulas de vinculación con la ciudad y la vida urbana.

La escolarización ha sido, y sigue siendo, la estrategia básica de vinculación de las hijas con las ciudades, y de socialización para la vida urbana (García Ramón, 1990; Sampedro, 1996). Pero, además de la escolarización urbana, de los discursos de las mujeres emergen otras estrategias, como son la inserción laboral o el matrimonio en las ciudades.

#### **4.1. La huida por los estudios**

El acceso a niveles superiores de escolarización, en todas las sociedades modernas, ha sido considerado el mejor vehículo de movilidad social, permitiendo acceder a mejores puestos de trabajo y facilitando el ascenso en el estatus económico y social. La formación académica, dentro del modelo industrial de la modernidad, en general, abría camino a los puestos de mando y a las profesiones liberales, y los trabajos más rutinarios y que exigían mayor esfuerzo físico quedaban para las personas sin escolarización o con los niveles más básicos. En el medio rural, la escuela fue una puerta de salida del campo y de sus labores. Estudiar una carrera universitaria representaba ascender social y económicamente, y liberarse de la pobreza y del estigma de la ruralidad. Los estudios han sido enfatizados por las familias como el camino para marcharse de los pueblos y poder construir un estilo de vida diferente al rural, tradicionalmente estigmatizado. En muchos casos, las familias que no tenían posibilidades económicas, incluso utilizaban la vida religiosa como trampolín para que los hijos e hijas estudiaran en las ciudades. En la segunda mitad del siglo XX en España, dar estudios a los hijos e hijas fue una prioridad para gran parte de las familias rurales, y este hecho estuvo siempre muy vinculado a la movilidad social, a la posibilidad de “progresar” en la vida y abrazar el estatus urbano.

- “Yo, a mi hija la saqué a los 10 años interna y al hijo a los 11. Y que no se queden como nosotros...” (AC4)

- “No, mi madre lo decía: **fuera, y a estudiar**. Pero el problema era que haces falta en casa, porque el negocio... si no llegamos a tener negocio, ahora estamos con carrera y fuera... **Pero yo, mis hijas carrera..., se meten aquí y no hubieran estudiado**... No, no, a estudiar. Yo lo que quería es que se situaran lo mejor posible y me daba lo mismo aquí que en la ciudad. Yo siempre decía: a estudiar una carrera y no la dejéis.” (EM2)
- “He procurado darles una vida que siempre se pide para los hijos, una vida mejor, te esmeras para **que tengan un futuro mejor del que ha tenido uno, y están estudiando**, ¡Gracias a Dios!, las dos en Valladolid y la pequeña está aquí, en 2º de ESO.” (AC5)
- “Las niñas a los 11 años se fueron a estudiar a Palencia. La pequeña lloraba, porque cuando se marchó la mayor, decía que no la queríamos mandar. Y la decíamos, que sí, que sí, que ya irás.” (GA1)

Diferentes autores y autoras señalan la importancia que se da a los estudios por parte de las familias del medio rural, como vía de acceso al medio urbano y de socialización en su cultura (Díaz Méndez y Díaz Martínez, 1995; García Ramón, 1990; Sampedro, 1996; Navarro, 1999). Las cinco participantes del grupo de discusión de las amas de casa nos cuentan que han tenido nueve hijas y seis hijos, en total, y que todos/as están viviendo en la ciudad. De las nueve hijas, seis han terminado estudios superiores, y de los seis hijos, tres tienen estudios superiores concluidos. A partir del análisis de los discursos, se puede observar que los estudios aparecen, en primer lugar, entre las estrategias activas para el cambio de estatus social en la relación entre rurales y urbanos. Las mujeres que tienen acceso a niveles más altos en los estudios pasan a formar parte de la cultura urbana, que es mejor valorada, y además reciben mayor reconocimiento social por parte de su grupo de procedencia por los logros académicos y sociales.

Los estudios son todavía, hoy en día, una importante forma de legitimación de la marcha de las mujeres a las ciudades, y la mayoría de ellas ya no retorna. Entre las estudiantes, que son las más jóvenes de las mujeres entrevistadas, podemos constatar cómo los estudios son la

estrategia más utilizada para introducirse en la vida urbana y justificar socialmente su permanencia en la ciudad.

- “En una ciudad tienes más para ver, **además tienes más oportunidades de estudiar**. Y pensando en un futuro, cuando tengas hijos, pues tienes más fácil acceso a las universidades, que están en las ciudades.” (ES4)
- “He pensado que hago este curso y luego ya **me voy a Santander a hacer diseño gráfico**... Y ya cuando vaya para allá, nos vamos todas a un piso y **a estudiar allí. Bueno, estudiar... eso espero**. Porque allí, con las amigas y todo, sin nadie que te esté metiendo presión, pues no sé si estudiaremos mucho” (ES3)
- “El otro día, hablando también con profesores del Instituto y me decían de chavalitas que no han acabado la secundaria obligatoria y ya están diciendo que se quieren ir a Burgos a no sé qué... Que han estado aquí por obligación y que, claramente, se ve que no quieren ya estar aquí, que han tenido que estar lo mínimo imprescindible y que cuando tienen ya 16 ó 17 años, intentan marcharse.” (GA1)

Cuatro de las cinco estudiantes entrevistadas, mujeres muy jóvenes y la mayoría nacida en un pueblo, planifican la forma de marcharse a las ciudades. Se constata el interés por las actividades urbanas y la búsqueda de alternativas viables y justificaciones socialmente aceptables para vivir en las ciudades.

- “Pues cuando acabe yo este curso, **tenemos preparado, con unas amigas, para ver si podemos ir todas**. Nos cogemos un piso en Santander, aunque mis padres no creo que me dejen, pero bueno, y **estudiamos**... Una amiga nuestra, que tiene 14 años, y que va con nosotras, dice que al próximo año se quiere venir con nosotras a Santander...” (ES3).

También es patente el sacrificio de muchas familias para dar la formación deseada por sus hijas en la ciudad. Existe un discurso muy generalizado de que los padres quieren lo mejor para los hijos e hijas, y que lo mejor está en las ciudades.

- “Yo conozco a ésta, que la madre está harta, fregando escaleras en hoteles y edificios, el padre conduciendo hasta las tantas... Y una chavala que no ha acabado el bachiller y se ha puesto a hacer un módulo de FP y tiene que ser en Burgos o en Palencia. Estudiando en la privada, piso, y todo lo demás. Es una disculpa para marchar.” (GE3)
- “Ellas dicen: ‘Esto lo he estudiado y no lo he aprobado, pero ahora quiero estudiar estética o peluquería o no sé qué, no sé cuantos y me voy a marchar. Me quiero marchar y me quiero marchar. Porque aquí no me encuentro, porque aquí no...’ Entonces, los padres se sacrifican y pagan lo que haya que pagar.” (GE1)

La escolarización es el camino mejor aceptado socialmente y el más utilizado actualmente para marcharse del medio rural. Tanto las familias, como el entorno social, justifican y alientan la huida del pueblo con motivo de la formación académica. Además de conseguir la vía de introducción en la vida urbana, los y las estudiantes reciben el reconocimiento social por parte de su grupo de referencia, por las capacidades intelectuales demostradas, y por el paso a un grupo de estatus superior.

#### **4.2. La huida por el trabajo**

Con el crecimiento y la industrialización de las ciudades entre los años 40 y 70, la posibilidad de emplearse directamente en fábricas o en casas de familias eran estrategias válidas para las mujeres que querían marchar a las ciudades. La gran demanda de mano de obra en las ciudades facilitaba la salida a las mujeres del medio rural con la inserción directa en el mercado laboral, principalmente aquellas que no tenían recursos económicos para salir a estudiar, o no habían demostrado las aptitudes académicas o el deseo necesarios para justificarlo.

- “Hubo una época, en que marchaba el uno, otro ya... ¡como había puestos de trabajo! Aunque eran unos puestos de trabajo bien duros.” (AC1)



- “Tengo amigas en Palencia, Madrid, Reinosa... Se marcharon después de casadas, pero la de Madrid no, se fue antes, se fue a servir. Tenía ya una hermana allí y se fue, sus padres eran labradores y, claro, no la apetecía.” (AC3)

Las industrias en expansión demandaban mano de obra y no tenían suficiente con la población urbana. El modelo de desarrollo económico concentracionista ha fomentado el crecimiento de grandes núcleos urbanos, con población obrera disponible. Con la incorporación de las mujeres al mercado laboral, también se ha abierto un importante hueco de trabajo en las casas, en las que se ha visto aumentado el poder adquisitivo de las familias. Alguna mujer “tenía” que seguir realizando las tareas domésticas y de cuidados, reproduciendo los papeles tradicionales de género, aunque a través de la tercerización de éstas labores.

Las jóvenes rurales encontraron en el trabajo doméstico asalariado, en la mayoría de los casos de economía sumergida, una vía relativamente fácil de inserción en las sociedades urbanas. Aunque fuese una estrategia poco valorada socialmente por su grupo de referencia, era una forma de abrirse camino en la ciudad, y buscar, después, otras vías de reconocimiento dentro de su propio grupo, muchas veces estudiando concomitantemente.

- “La mayoría de las mujeres iba a servir en casas. Lo veías como un poco bajo, porque que vaya a fregar con una familia y que deje a la madre sola o a lo mejor enferma, lo veías como un poco bajo. Pero ellas, ellas abrían camino. Porque hay muchas familias que, si no las da por marchar de aquí, nunca habrían sido... Poco han podido ser, pero poco habrían sido si no se van. O sea, que acertaron con irse, se han casado, viven bien, pues bueno... **Aunque lo veías un poco bajo, te daba envidia de la que se marchaba, sí, sí.**” (AC4)
- “Mi hermana mayor también estuvo en Madrid y después le escribieron que les buscaría una chica, entonces fue otra hermana. Después ella llevó a A. y después me llevó a mí.”(GA4)
- “Era una cadena.” (GA1)

- “Mi hermana R. y yo estuvimos 4 años en la misma casa, con los mismos señores en Madrid.” (GA4)

Como se puede observar, se van construyendo redes de colaboración en la tarea de marchar a la ciudad. Tanto en el caso de las que van a trabajar como de las estudiantes, hay ciertos mecanismos de facilitación del camino hacia la integración en la ciudad, a través de las personas, amigos/as y familiares que marcharon antes del pueblo.

Hoy en día, estas estrategias de inserción laboral en el medio urbano se siguen empleando, aunque debido al creciente paro que azota a las sociedades urbanas actuales, es más frecuente primero salir a estudiar, introducirse en el contexto urbano, y después quedarse a trabajar en la ciudad. Pero el trabajo sigue siendo un motivo importante para marcharse del medio rural, muchas veces no por cuestiones económicas, que están mejor resueltas en el entorno familiar que en otras épocas, sino por la ruptura con los papeles tradicionales, tanto agrarios como de género, a menudo huyendo también del control familiar y vecinal.

### **4.3. La huida por el matrimonio**

Otra estrategia utilizada por las mujeres del medio rural, que aparece frecuentemente en los discursos, principalmente de las mujeres mayores, es el matrimonio. Casarse con hombres de las ciudades justificaba socialmente el marcharse del pueblo, al tiempo que facilitaba la introducción en el entorno social y familiar urbano. Una posibilidad, también, era casarse con varones del pueblo, que habían marchado antes a las ciudades, en cierta medida, abriendo camino a muchas mujeres. Como vimos anteriormente, el matrimonio con agricultores y ganaderos era rechazado, sin embargo, las chicas y las familias valoraban positivamente la posibilidad de casarse con un hombre de la ciudad o que quisiese vivir en la ciudad y, sobre todo, que ejerciese una profesión fuera del sector agrario.

- “Se casaron todas por obligación, y bien casadas, que no es decir que esta chica que parecía que no valía para nada y se

ha cogido un chico fenomenal, y es una chica que vive muy bien.” (AC4)

- “Marchaban ellos primero, se colocaban, y luego llevaban a las mujeres.” (AC6)
- “Mi hermana se marchó, simplemente, **porque se casó** con el marido que tiene, que él trabajaba en un banco en Madrid. Mi otra hermana también se marchó, porque se casó con un hombre de negocios, que era de Potes. Primero tuvieron aquí un bar, pero él quiso ir a Santander, que tenía allí un hermano, y pusieron allí un negocio de hostelería...” (EM2)
- “De aquí se marcharon muchas, a servir, y también se **casaron muchas**, de aquélla había mucha juventud.” (GA5)

Entre las emprendedoras más jóvenes y las estudiantes, no hay referencia alguna al empleo de esta estrategia, lo que hace suponer que es menos utilizada en la actualidad, o que no sirva como justificación social, considerando el modelo de amor romántico, que predomina en la modernidad, en el que se valorizan los vínculos afectivos en las uniones modernas, más que la necesidad o el deseo de marcharse del pueblo.

#### 4.4. La huida por los hijos e hijas

Enviar a los hijos e hijas a las ciudades suponía, además de las perspectivas de futuro para ellos y ellas, un vínculo de las familias con lo urbano. A través de sus hijas e hijos, las madres también se vinculaban a la vida urbana, directamente, con las visitas, e indirectamente, a través de la cultura y hábitos que las hijas e hijos traían al pueblo. Significaba, de inmediato, tender un puente con la vida urbana y empezar a participar de las ventajas culturales percibidas desde lo rural.

- “Fueron (el hijo y la hija) a Aguilar internos, les llevaba yo la ropa, se lo lavaba, se lo planchaba... Ibas, les llevabas bocadillos, **un entretenimiento para ti: ir y venir**. Hicieron ahí hasta el bachiller, y después ya se fue él a Santander a hacer Minas, y ella se fue a hacer Magisterio en Valladolid.” (AC4)

En gran medida, los hijos e hijas que marchaban a las ciudades representaban una puerta de acceso de las familias al contexto urbano, una motivación para acercarse y mantener ciertas tareas de cuidados y, a la vez, un motivo de orgullo familiar, como un logro de todo el colectivo.

- “Las que hicieron buena carrera, sí que puede decir la madre que está bien colocada, eso sí. Pero otras pobres, que estaban limpiando a la señorita, pues están como nosotras. **Pero las madres: -¡oye mira, está colocada en Bilbao!** - Como si estaba dando escobazos en una pared (risas)... Las madres así: el mío está colocado, pues sí, colocado...” (AC1)

Como se puede observar, el tener los hijos o hijas estudiando o trabajando en una ciudad, era motivo de orgullo para la familia, del que se presumía en el pueblo. Al mismo tiempo, los familiares encontraban en ello su propio vínculo personal con el contexto urbano. Especialmente las madres percibían una ampliación de su contexto de relaciones, tan limitado a lo doméstico, y organizaban una nueva rutina cotidiana, que incluía la visita a los hijos e hijas en la ciudad, y la atención de sus nuevas necesidades urbanas.

Las estrategias para vincularse a las ciudades han sido diversas, pero queda patente que el éxodo femenino, se legitima en las situaciones que hemos identificado y contaba, y sigue contando, con el apoyo de redes sociales, que se tejen entre los pueblos y las ciudades, para promover y facilitar el proceso migratorio.

## 5. LOS NUEVOS YACIMIENTOS DE EMPLEO Y LA CONSTRUCCIÓN DE LAS IDENTIDADES ELEGIDAS

### 5.1. El turismo rural como estrategia para quedarse en el medio rural y la construcción de nuevos papeles sociales y profesionales

En las últimas décadas, el medio rural viene estando marcado por importantes transformaciones, caracterizándose como un contexto en cambio. La reconversión de los sectores productivos tradicionales, como

son la agricultura, la ganadería y la minería, vienen determinando nuevos modelos de organización social y económica. En este marco, las mujeres también construyen nuevos espacios de participación en la economía rural, con un destacado papel en el sector servicios, que ha crecido vertiginosamente en los territorios rurales con relación a los demás sectores, en clara regresión. Las mujeres se posicionan como protagonistas del crecimiento del sector servicios en el medio rural, principalmente, en los llamados **nuevos yacimientos de empleo** (Lucas, 2000), que se desarrollan mayormente en torno a los servicios de proximidad, a los servicios personales y sociales y al turismo rural. En estos sectores económicos, las mujeres han encontrado un importante hueco de inserción en el mercado laboral, tanto como trabajadoras por cuenta ajena como a través de la creación de empresas propias.

En esta investigación, el grupo de mujeres emprendedoras está compuesto principalmente por microempresarias vinculadas al turismo rural. A partir de esta realidad, procuramos analizar en el discurso de las mujeres entrevistadas el papel que viene desempeñando el turismo rural, como agente de fijación de población femenina en los territorios rurales despoblados y de transformación de los papeles tradicionales. En relación con la fijación de población, las principales diferencias, que hemos podido observar entre las emprendedoras y los demás grupos de mujeres (amas de casa y estudiantes), hace referencia a que, mientras las amas de casa demuestran resignación con quedarse en el pueblo, y las estudiantes manifiestan abiertamente el deseo de marcharse, las emprendedoras manifiestan, en mayor medida, una opción por vivir en el medio rural. Las emprendedoras expresan haber buscado estrategias no para huir, sino para quedarse, construyendo formas de realización, en los ámbitos personal y profesional, en este entorno, no siempre sin dificultades.

- “Pero llegó un momento en que la mina se hundió, y pensamos: ¡Va a cerrar! Teníamos 3 hijos: ¿Qué hacemos? ¿Nos vamos? Lo teníamos muy fácil... Pero **nos gusta esto, no queríamos irnos**. La cuadra estaba vacía y nuestra primera idea fue hacer un merendero, pero al irlo levantando vimos que había espacio para habitaciones. Solicitamos ayudas y empezamos así, al principio con miedo por ser un pueblo apartado...” (EM6)

- “Surgía la posibilidad de comprar la casa y nos pareció que sería una combinación muy buena, una casa rural con un taller de restauración. Porque, como mi trabajo no es continuo todo el año, siempre tengo unos meses vacíos, pensé que lo podía compaginar bien...” (EM4)
- “Compramos una casa, una edificación, que en realidad eran dos casas. Decidimos restaurar una para vivir, y la otra para alquilar, y así pagar la hipoteca. Estoy muy contenta.” (GE2)

Como hemos visto en apartados anteriores, existe un rechazo explícito a las actividades agroganaderas, que no siempre va unido a un rechazo al medio rural, sino a una representación que lo vincula a un modelo de producción agraria tradicional, considerada “esclavo” y “duro”. El turismo rural y otros yacimientos de empleo, permiten a las mujeres de familias vinculadas a la ganadería escapar de la división sexual del trabajo que ha asignado a las mujeres los papeles sociales y productivos tradicionales, y construir, lo que venimos denominando, “identidades elegidas” (Camps, 1998; G<sup>a</sup>. Colmenares, 2000). Encontrar, también, una salida laboral alternativa a las labores domésticas como único destino, sin tener que marcharse del pueblo y sin la exclusión del mercado de trabajo.

- “Yo siempre tenía ganas de poder hacer algo en el negocio, pues del estilo del de mi madre, la misma cosa, no hay más que hablar, es que es lo mismo. **Yo siempre con la ilusión de hacer algo que no fuera solamente lo del campo.** Eso lo llevaba atravesado, siempre, es que no me gustaba nada... A mí, eso nada. No me gusta nada, nunca... Te voy a decir una cosa, con **la casa (rural) ahora me encanta.** Aunque tenga que estar muchas horas aquí, y no me importa, soy feliz.” (EM2)

El turismo rural es una actividad productiva y socialmente reconocida en la que las mujeres perciben que tienen más capacidad de decisión que en otros ámbitos, seguramente, por la proximidad con las tareas domésticas y de gestión del hogar, tanto en las actividades prácticas cotidianas como en el espacio simbólico de las mujeres.

- “Yo me siento mucho más promotora de turismo rural, que ganadera. Eso sí que lo he mamado, eso sí que es mi proyecto, y he podido tomar decisiones y parte activa. Y como que me gusta más, porque es algo que **yo puedo controlar más**. Desde donde lo veo hoy, para montar una casa de turismo rural, desde el primer paso hasta el último, me siento capaz de hacerlo yo sola. Y una explotación ganadera, no, ni me lo planteo.” (EM3)

Las mujeres, al convertirse en emprendedoras son, en mayor medida, protagonistas de decisiones, tanto respecto a sus empresas como en sus familias, estando más legitimadas por sus nuevas funciones: la participación social y la aportación económica a la renta familiar.

- “Pero al principio, es una decisión y una inversión muy fuerte. Es mucho... Luego, ya decidí vender la casa donde vivíamos, el apartamento de la carretera, que también se vendió, y con una pequeña ayuda que nos dieron, pues ya... nos echaron un cable.” (EM2)

Esta emprendedora hace referencia a las ayudas económicas europeas como “echar un cable”. En muchos casos, los proyectos europeos han servido para impulsar las iniciativas en un primer momento de toma de decisiones. Seguramente, los mismos proyectos se hubiesen podido llevar a cabo sin las subvenciones; sin embargo, éstas funcionan como agentes catalizadores, sin los cuales las dinámicas emprendedoras no tendrían inicio.

En el caso de las mujeres, esto es especialmente determinante, pues hay una mayor presión familiar en los riesgos empresariales que se asumen con la nueva iniciativa. Cuando los hombres ponen en marcha proyectos empresariales, suele haber apoyo y confianza por parte de la familia al asumir nuevos riesgos financieros. Sin embargo, las mujeres se encuentran con una mayor desconfianza en sus capacidades para los negocios, seguramente por la falta de tradición empresarial femenina y por la falta de reconocimiento social como parte de la discriminación de género. En este sentido, preguntamos a una de las emprendedoras (EM3),

cuya madre es promotora de una casa de turismo rural (EM2), por la reacción de su padre al plantearle la puesta en marcha del negocio. Ella nos contesta:

- “Yo creo que mi padre estaba alucinado. Por un lado sí, y por otro, no. Más que nada, les apetecía que la casa fuera de ellos por un rollo sentimental. Al fallecer mi abuelo, como la casa era de todos los hermanos, era como progresar; hemos conseguido tener un dinero y comprar la casa. Pero de ahí a tener que poner en marcha el negocio... Él, como que lo recalcó mucho: **‘¿vosotras (las hijas) vais a tirar de esto? Porque si no, no lo hacemos’**. **Mi madre iba dejando que las cosas fuesen pasando, porque si le dice a mi padre que ella iba a tirar de lleno...** Como él nos veía bastante animadas y como vio que estábamos currando... Nos vio con ganas...” (EM3)

Las mujeres tienen que demostrar permanentemente, y en mayor medida que los hombres, sus capacidades, sus ganas y la viabilidad económica de sus iniciativas. Por otro lado, para los hombres tampoco es fácil asumir y asimilar el protagonismo de las mujeres en los nuevos yacimientos de empleo, principalmente en el turismo rural, que es un importante escaparate social, con un consolidado reconocimiento público y un elevado nivel de relaciones sociales y profesionales. Sin embargo, aun con algunas dificultades, las mujeres van cogiendo las riendas de los negocios, de los que son, en la práctica, las protagonistas.

- “En principio, el titular de la casa rural era mi padre porque era ganadero y era más fácil conseguir ayudas si él era ganadero. Después, por otros rollos, hemos tenido que cambiar y poner de titular a mi madre. Pero es más real, **en realidad, es ella la que lo lleva. Las casas de turismo rural, en realidad, son las mujeres las que las llevan. Mi padre está un poco celoso.** Aunque la casa la han pagado ellos, se siguió manteniendo el nombre, que es una historia de la familia de mi madre. Una de las cosas que yo he mangoneado últimamente, es poner la factura de teléfono a nombre del titular, por cuestiones de IVA. Y aparece mi



madre, con su nombre y apellidos, y mi padre se ha enterado el otro día mirando la guía... ¡Se ha pillado un mosqueo! **Dice que le hemos anulado, que ya no figura en ningún sitio... Él sentía que perdía poder.** Aunque, en realidad, él no decidía, ni hacía nada..." (EM3)

A medida que las mujeres van adquiriendo protagonismo en los ámbitos económicos y públicos, también afloran las resistencias del sistema patriarcal, y de los hombres en particular, llegando muchas veces a generar conflictos familiares, por la indefinición de los papeles sociales, que hasta entonces estaban pautados por los moldes tradicionales y por la división entre papeles productivos y reproductivos, y la asignación de unos papeles u otros a hombres y mujeres, respectivamente. Con la incorporación de las mujeres a los ámbitos productivos, hay una mayor flexibilidad en los papeles de género y, tanto mujeres como hombres, tienen que reajustarse a un contexto social cambiante.

El turismo rural, aunque no sea una solución para el desarrollo del medio rural, se ha convertido en un complemento de renta importante, e incluso una alternativa económica para muchas familias, principalmente para las mujeres, permitiendo a muchas personas, que desean seguir viviendo en el pueblo, mantener unas condiciones de vida dignas. Así mismo, posibilita la ampliación de las relaciones sociales y la construcción de vínculos directos con las ciudades, a través de turistas urbanos, además de proporcionar una gran visibilidad a las capacidades de sus protagonistas, que salen de las sombras de las tareas domésticas restringidas al ámbito familiar y pasan a prestar un servicio socialmente reconocido y remunerado.

## **5.2. Dificultades añadidas, por cuestiones de género, para las empresarias rurales**

La incorporación de las mujeres al mundo laboral es una realidad actualmente incuestionable, así como es incuestionable que las discriminaciones de género todavía persisten. Las mujeres experimentan todavía dificultades añadidas por cuestiones de género, a la hora de competir en el mercado de trabajo, y al llevar a cabo iniciativas empresariales. La

presión de los estereotipos de género en los ámbitos laborales, y el peso de las tareas tradicionalmente adjudicadas a las mujeres en el ámbito doméstico, aún hoy suponen importantes obstáculos a la plena integración económica y ciudadana de la población femenina.

- “Muchas veces me ha pasado, al llegar a buscar trabajo o negociar un trabajo concreto. Ahora ya menos, pero, **cuando encima de mujer era joven, más joven, era complicadísimo, parecía que estabas jugando, que no eras profesional**, pero a base de años te van tomando más en serio, ahora ya bien.” (EM4)

Parece haber aún muchas dificultades para que las mujeres lleven a cabo iniciativas empresariales, sobre todo, relacionadas con la necesidad de ruptura con los papeles tradicionales de género. Preguntando a las emprendedoras sobre la puesta en marcha de sus negocios, si han tenido dificultades específicas por el hecho de ser mujeres, obtuvimos respuestas como las siguientes:

- “Todas... Me gustaría estar trabajando y dirigiendo. Cuando entramos en la Cooperativa ‘Carne de Cervera’, yo controlaba más, estaba más en el tema de la facturación. Yo sabía los terneros y las terneras que vendíamos, más o menos lo que pesaban, al precio que estaban las canales... Todo eso sí que lo llevaba más, pero ahora... ¡mira!... **Es que ¡sólo se me ocurre a mí tener otra hija! Y más aquí... Y como lo de que lleves la casa y los hijos es muy normal para todo el mundo, pero que lleves otras cosas no...** En esta casa, la primera vez que se me ocurrió ir con un mono a la cuadra, la verdad es que alucinaron: Pero, ¿qué haces tú aquí? ¡Que no hace falta que vengas! Y yo: ¡pero es que lo prefiero, de verdad! ¡Prefiero estar aquí que en mi casa, que estoy de la niña hasta aquí! Vas perdiendo tu terreno y te vas quedando...” (EM3)
- “Eres **tú la que cargas un poco con el tema niños y el tema casa**. Entonces, que voy a salir a cenar: a organizarte la vida;

que voy a llegar más tarde: teléfono a no sé quien; ahora mismo: el pañal, el no sé qué. O sea, **que no desconectas**, y en ese sentido, es mucho más difícil para una mujer que para un hombre. Pero si quieres trabajar, te cuesta más y te estresas más, pero ¡tienes que hacerlo!...” (GE3)

Las mayores dificultades para las emprendedoras radican en la naturalización de los papeles tradicionales de género, en el que a las mujeres se les ha asignado el cuidado de la prole y de la casa, y a los hombres el trabajo remunerado fuera del hogar. En general, en los discursos de las entrevistadas aparecen las exigencias de las obligaciones femeninas vinculadas a las tareas del hogar como un gran lastre, que exige un sobreesfuerzo en las tareas y funciones profesionales. La naturalización de las responsabilidades domésticas asignadas a las mujeres representa una demanda permanente de atención hacia el hogar, sin embargo, las tareas vinculadas al ámbito profesional, son consideradas secundarias, y las mujeres solo pueden dedicarse a lo profesional si las demandas domésticas quedan convenientemente resueltas.

La organización del trabajo y de la vida cotidiana atendiendo a las diferentes dimensiones del mundo generizado, tanto al nivel simbólico como estructural, facilitan el desempeño de los hombres en los espacios públicos y en los contextos laborales y, a la vez, dificultan u obstaculizan el desempeño de las mujeres en estos mismos contextos. Los mandatos de género funcionan como barreras que hay que traspasar para poder cambiar o, al menos, flexibilizar la división sexual del trabajo.

Construir nuevas identidades a partir de papeles familiares y profesionales elegidos por las mujeres supone romper las resistencias del entorno que tiende a mantener el *status quo* de las relaciones de dominación entre varones y mujeres. El discurso de las mujeres entrevistadas sobre las representaciones de lo agrario indica una fuerte cristalización de los estereotipos de género en los contextos agrarios. Sin embargo, los nuevos yacimientos de empleo, y el turismo rural en particular, parecen favorecer la construcción de nuevos papeles sociales y el reparto de funciones y poderes en las familias de las emprendedoras y en la sociedad rural. Las mujeres en este sector, afirman ser más activas en la toma de decisiones que conciernen a los negocios y tienen una mayor riqueza de relaciones sociales y profesionales directas, sean con clientes,

con proveedores y con los compañeros y las compañeras de otros establecimientos, que, poco a poco, van ampliando su ámbito de influencia y de poder fuera del círculo doméstico, facilitando la ruptura con los modelos limitantes de identidades asignadas de género.

## VII – Conclusiones

Al iniciar esta investigación, nuestro interés era ubicar la ruralidad en el universo simbólico de las mujeres que viven en el medio rural, más concretamente en la Montaña Palentina, procurando comprender las posibles explicaciones para el éxodo femenino, que ha dejado el medio rural en la situación actual de despoblamiento y abandono. Nos propusimos **pensar el desarrollo rural a partir de claves psicosociales**, no solamente desde la perspectiva economicista que viene predominando, sino priorizando lo humano, la gente que todavía vive en los territorios rurales, principalmente las mujeres. Cuando hablamos de investigar sobre la situación de las mujeres rurales, estamos articulando dos realidades psicosociales importantes: género y ruralidad. Estas dos dimensiones, han sido investigadas en este trabajo de manera relacionada, procurando abordar el campo de estudio a partir de su complejidad.

Por ruralidad, entendemos una construcción social, un espacio simbólico y a la vez territorial, que experimenta una profunda transformación, marcada principalmente por el declive de las actividades tradicionales, ligadas a la agricultura y ganadería como referencias hegemónicas de identidad. Marcado también por el despoblamiento y por la actual multifuncionalidad, el medio rural viene desarrollando nuevas funciones en las sociedades posmodernas, referidas a la naturaleza, la calidad de vida y los tiempos de ocio. En este contexto, las mujeres vienen construyéndose nuevos papeles sociales y espacios de inserción social y laboral que, a la vez, conviven con los papeles tradicionales de género, que limitan los papeles sociales de las mujeres al ámbito doméstico.

El género constituye una dimensión psicosocial compleja, construida socialmente sobre la base de las diferencias sexuales, que está relacionada con la variable sexo y con la construcción cultural y social, de las características, papeles y funciones sociales que corresponden a los miembros de cada grupo sexual (Barberá, 1998; Fernández, 1988; Harding, 1996). Nuestro campo de investigación se configura en la interrelación entre la ruralidad y el género, teniendo a las mujeres rurales

como protagonistas de la construcción de esta realidad social, cultural y económica, que se establece en el marco de las relaciones de dominación patriarcales.

Hemos intentado comprender cómo las mujeres van significando el mundo concreto en el que viven, van asumiendo las significaciones culturalmente dominantes y, a la vez, transformando esos significados y construyendo nuevos modelos de ser mujer en el medio rural. Cada sujeto se relaciona con el mundo a partir de las representaciones que de él tiene construidas (Abric, 1984). El marco de las representaciones sociales nos ha sido útil como herramienta de investigación de la realidad subjetiva, que se construye en las relaciones sociales de un grupo concreto, en este caso, el de las mujeres de la Montaña Palentina.

Conocer las representaciones sociales de un grupo con relación a un objeto implica conocer el modo como ese grupo interacciona con ese objeto; en el caso que nos ocupa, es la interacción de las mujeres, habitantes de una comarca rural, con su propio medio, y de las decisiones que toman a partir de las representaciones que comparten y que reproducen a través de la socialización. Las representaciones sociales son procesos simbólicos que, según Di Giacomo (1987), se generan en la interrelación entre la pertenencia a un grupo, las emociones y los procesos cognitivos. Como producción social, las representaciones sociales tienen funciones prácticas en la vida del grupo, posibilitando la integración de nuevos conocimientos y la interpretación de la realidad, y orientando las decisiones y los comportamientos (Abric, 1987; Cabruja, 1988; Ibáñez, 1988; Jodelet, 1989; entre otros). Además, las representaciones sociales están implicadas en los procesos de construcción de las identidades personales y grupales, permitiendo a unos grupos definir sus especificidades con relación a otros, y la formación de la conciencia de pertenencia grupal (Ibáñez, 1988).

Considerando cada uno de los planteamientos iniciales de trabajo, podemos concluir que el medio urbano es mejor valorado que el medio rural en aquellas dimensiones que están vinculadas a los modelos de desarrollo industrial y de urbanización dominantes en la modernidad. Teniendo en cuenta los resultados por dimensiones del Diferencial Semántico, lo rural recibe, en general, valoraciones significativamente más bajas en las dimensiones actividad y potencia, y lo urbano es valorado más positivamente. Estas dimensiones están directamente

relacionadas con el dinamismo, el poder y la flexibilidad en las valoraciones de los conceptos, aspectos a su vez, muy marcados en los modelos de sociedad urbano-industrial que se han impuesto como ideales de modernidad (Entrena, 1998). En la dimensión evaluación, las mejores valoraciones están más relacionadas con aspectos estéticos y de sociabilidad, y lo rural es percibido con ciertas ventajas. Así, nos parece muy significativo que, precisamente, los adjetivos que se refieren al poder económico marquen las diferencias comparativas desfavorables hacia lo rural. Este es un resultado coherente con el modelo de desarrollo económico que ha dominado el universo simbólico en el mundo occidental. Además, también la valoración positiva en los aspectos que se refieren a la sociabilidad, ha sido identificada por diferentes autores como una estrategia compensatoria (Montero, 1990) para mejorar la autoimagen grupal o aumentar la cohesión social (Enríquez y cols., 1993).

Podemos identificar en las representaciones sociales sobre la ruralidad, considerando los conceptos que hemos investigado (rural, pueblo y gente de pueblo), **dos ejes de representaciones** que se manifiestan de forma hegemónica en todos los subgrupos de mujeres que hemos analizado. El primer eje de representaciones sobre la ruralidad, que podríamos denominar **socioeconómico**, está asociado, principalmente, a los adjetivos pobre, viejo, escaso y lento. Y un segundo eje, que podríamos denominar **socioestético**, está asociado a los adjetivos bonito, bueno, educado y agradable. Las representaciones de lo urbano son opuestas a las representaciones de la ruralidad en el eje socio-económico, en el que lo urbano es considerado: joven, rico, abundante y rápido. En el eje socioestético no se observan polarizaciones tan acentuadas, y lo urbano también recibe valoraciones positivas y es considerado bonito y agradable.

Hemos podido observar que las representaciones sociales construidas sobre lo rural, aparecen marcadas principalmente por la pobreza y el envejecimiento, como características naturalizadas que subyacen como intrínsecas a la ruralidad. El empobrecimiento y envejecimiento del medio rural no son características percibidas como resultado de los modelos de desarrollo de las últimas décadas, basados en la concentración de la población y de las riquezas en determinados polos urbanos. Lo rural es percibido como bonito y pobre, como si

ambas cualidades fuesen intrínsecas a su propia naturaleza atemporal. Esta descontextualización y naturalización es una parte importante del proceso de abandono del medio rural, donde las características negativas son consideradas legítimas e inmodificables. Para cualquier proceso de cambio social es imprescindible cuestionar esa naturalización y legitimación de la pobreza y del envejecimiento rural y diseñar estrategias colectivas de transformación.

A partir del análisis de los discursos de las mujeres, identificamos tres núcleos distintos en las representaciones sociales de la ruralidad: lo rural como **agrario**, lo rural como **espacio vital** y lo rural como **naturaleza y espacio de ocio**. Lo rural como agrario es un núcleo de significados importante, dadas las alusiones hechas por la mayoría de las mujeres, principalmente las de más edad y las vinculadas a familias agricultoras, que han vivido con más fuerza el papel de ayuda familiar agraria. Sus contenidos, sin embargo, se repiten en los discursos de todos los grupos de mujeres (amas de casa, estudiantes y emprendedoras). Relacionado principalmente con **el eje socio-económico**, anteriormente señalado, hace referencia a imágenes ligadas a un sistema de producción tradicional, que es representado por el “trabajo duro y esclavo”, así como a una vida de “sufrimiento” y “austeridad”.

Existe una gran similitud en los discursos sobre lo agrario, de los diferentes grupos de mujeres, dando idea de la generalización del proceso de naturalización y legitimación de estas representaciones, que son descontextualizadas y transmitidas a través de la socialización, atribuyendo características intrínsecas a lo agrario, desvinculadas de los procesos económicos y sociales coyunturales. La hegemonía de estas representaciones sociales hace difícil plantear perspectivas de cambio social colectivo y apuntan al abandono de la actividad agraria, casi como la única alternativa posible a esa vida de “sacrificio, esclavitud y austeridad”, tal como es representada y rechazada por la mayoría de las mujeres.

El segundo núcleo de representaciones de la ruralidad, que hemos denominado **lo rural como espacio vital**, hace referencia a aspectos de la vida cotidiana, como las perspectivas laborales, el acceso a los servicios considerados necesarios, la educación de los hijos e hijas, las relaciones de vecindad, entre otras. En este sentido, las representaciones de la ruralidad están marcadas por las **percepciones de carencia**. La imagen



recurrente, es que “en el medio rural no hay nada”: **no hay trabajo, no hay servicios, no hay gente...** Estas representaciones están muy presentes en el discurso de las mujeres rurales, principalmente entre las más jóvenes y las amas de casa, que son también, mayoritariamente, nacidas en el medio rural, cuyas referencias comparativas se basan en los modelos urbanos de consumo y de estilos de vida, impuestos culturalmente a través de medios de comunicación, y los sistemas de globalización y dominación económica y cultural desde los centros de poder. Estas representaciones también están marcadas por la perspectiva de género, y las carencias son percibidas con más fuerza por las madres, que necesitan servicios y oportunidades para los hijos e hijas, y también por las mujeres jóvenes, que se ven abocadas al ámbito doméstico si viven en un entorno donde las salidas laborales son percibidas como más restringidas. A lo rural, como espacio vital, se asocian visiones pesimistas de futuro, marcadas por el despoblamiento, que en muchos casos lleva a una justificación social para la migración hacia las ciudades.

Entre las emprendedoras, sin embargo, se observa un cambio notable en las valoraciones de lo rural en relación con el espacio vital, destacándose la **tranquilidad** y la libertad como aspectos positivamente importantes, de la vida en el medio rural. Este grupo de mujeres, que mayoritariamente ha elegido vivir en el medio rural, también es el que más incide en la percepción de un mayor **control social** en los pueblos que en las ciudades, como otro aspecto importante de lo rural, como espacio vital. Para las emprendedoras, el control social al que se ven sometidas es una clara desventaja de vivir en un pueblo pequeño. Las mujeres emprendedoras serán, probablemente, las que menos se adapten a los papeles tradicionales de género, introduciendo nuevos patrones de comportamiento y de organización de la vida cotidiana, al integrar papeles sociales y laborales propios del ámbito público a los tradicionales del ámbito doméstico. Además, son las que más perciben las presiones sociales y familiares como estrategias de mantenimiento de los valores tradicionales en cuestiones de reparto de tareas y funciones sexuales, chocándose más claramente con los límites impuestos por los mandatos de género y buscando, muchas veces, formas de trasgresión y la construcción de alternativas.

En el tercer núcleo de representaciones que hemos identificado lo rural aparece **como naturaleza y espacio de ocio**. A partir de los años 80,

el medio rural empieza a experimentar una creciente multifuncionalidad, alejándose de la agricultura como la actividad productiva principal, y adquiriendo funciones diversas de conservación medioambiental, de producción agroalimentaria de calidad, de preservación del patrimonio paisajístico e histórico-artístico y de espacio de ocio y de calidad de vida. Como se puede deducir, ésta es una perspectiva claramente urbana de lo rural, que va penetrando en el imaginario social de las sociedades rurales. Diferentes autores y autoras señalan, en las últimas décadas, la construcción de imágenes del medio rural asociadas a la naturaleza y a la valorización del paisaje del campo (Froehlich, 2000; Gray, 2000; Mathieu, 1998). Entre las entrevistadas, principalmente entre las emprendedoras, aparece un discurso valorando los tiempos libres y de ocio vividos en el campo, reforzando la opción de vivir en los pequeños pueblos como criterio de calidad de vida. Estas imágenes están más presentes entre las mujeres que han venido de las ciudades a los pueblos, o entre las que, siendo de pueblos, han pasado parte de sus vidas residiendo en ciudades, revalorizando los contextos rurales.

Cada núcleo de representaciones que hemos identificado está marcado por la inserción social y laboral de las mujeres en el contexto rural, y por sus experiencias vitales, que señalan con mayor vehemencia unas perspectivas u otras. Sin embargo, hay que considerar que todas estas significaciones están presentes en la construcción de las representaciones sociales de la ruralidad y están determinando, en mayor o menor medida, las decisiones de emigrar, o no, a las ciudades. Así, las imágenes de lo urbano también son importantes y representan un entorno de referencia cultural, social y económica para el medio rural.

Las significaciones de lo urbano se organizan principalmente en torno a tres núcleos centrales: **la ciudad como tierra de posibilidades** y la valorización de la **estética urbana**, pero también la ciudad como lugar de **estrés**. La ciudad, como tierra de posibilidades, sería la imagen más resaltada por las entrevistadas, y las ciudades son percibidas como contextos más favorables al desarrollo personal y profesional de las mujeres, con menos control social y mayor igualdad entre hombres y mujeres. Para las madres, el énfasis recae en las oportunidades formativas para los hijos e hijas, que ofrecen las ciudades. Y aparece, nuevamente, la oposición entre las representaciones de carencia, asociadas a lo rural, y de abundancia, asociadas a lo urbano.

Otro núcleo de representaciones de lo urbano, importante en el discurso de las entrevistadas, se refiere a lo que hemos denominado **estética urbana**, como alusión a estilos de consumo urbanos, que se materializan, por ejemplo, en los escaparates, como una imagen recurrente para las mujeres, principalmente las más jóvenes. También los parques y jardines urbanos aparecen valorados entre los aspectos estéticos de las ciudades, sobre todo para las mujeres mayores. Por otro lado, las mujeres también asocian lo urbano al **estrés**, la falta de tiempo y las prisas, que aparecen como características de las ciudades, en contraposición con las imágenes de tranquilidad que aparecen asociadas a lo rural.

Aunque muchas participantes perciban una reducción de las diferencias entre los contextos rural y urbano, superándose las dicotomías existentes en décadas pasadas, siguen manifestando sentimientos de recelo y de rivalidades en relación a las personas que viven en las ciudades. Los procesos de comparación intergrupala, que se han establecido paralelamente al éxodo masivo del campo a las ciudades, están relacionados con la infravaloración de lo rural. Las mujeres rurales expresan, de manera significativa, la percepción de una valoración despectiva por parte de los habitantes de las ciudades en relación al medio rural y a sí mismas. Entre los resultados de este estudio, sin lugar a dudas, el más significativo es la percepción que tienen las participantes de ser minusvaloradas por los urbanos/as. Según Ovejero (2000b), “la identidad positiva que se posee, o incluso que se desea, está estrechamente relacionada tanto con los grupos a los que se pertenece (grupos de pertenencia) como con los grupos a los que se desea pertenecer (grupos de referencia)” (p.203). La formación de la identidad personal se construye, así, a partir de múltiples identidades colectivas, que según Huici y Ros (1993), se dan a partir de procesos de comparación, y que estas autoras han conceptualizado como “identidad comparativa”.

Considerando que las representaciones sociales tienen una función práctica de orientación de las acciones en la vida cotidiana, el deseo de marcharse a las ciudades estaría en coherencia con los contenidos de las representaciones sociales, identificados hasta este momento de nuestra investigación. Las mujeres, principalmente las más jóvenes, al emigrar a la ciudad estarían buscando un entorno representado por la riqueza y la juventud, dos características que resumen los anhelos más profundos de las civilizaciones occidentales modernas. Recordamos que, Capozza y

Volpato (1990 y 1996) apuntan el **poder**, la **riqueza** y el **grado de desarrollo socioeconómico**, como dimensiones importantes en las comparaciones intergrupales y en la construcción de identidades sociales satisfactorias.

Podemos concluir que, la mayoría de las mujeres participantes, principalmente las estudiantes y amas de casa, atribuyen a los habitantes urbanos una imagen de la ruralidad, cargada de estereotipos negativos. Así, parece difícil suponer la construcción de una identidad social satisfactoria vinculada a la ruralidad, en nuestro contexto sociocultural y en el modelo de desarrollo económico que viene predominando en la modernidad. En el fenómeno del éxodo rural, la estrategia utilizada para la construcción de identidades sociales más satisfactorias viene siendo la movilidad social, que en este caso se plasma en la migración como forma de pertenencia al grupo social mejor valorado.

Según Tajfel (1984), el grado de legitimidad y de estabilidad son factores importantes en la percepción de las diferencias intergrupales para la utilización de estrategias de cambio social. La homogeneidad de las valoraciones atribuidas por las mujeres a los conceptos relacionados con la ruralidad y la percepción de infravaloración por parte del grupo dominante, hace suponer un alto grado de estabilidad y legitimidad en las representaciones sociales de la ruralidad, principalmente en el eje socioeconómico. En este caso, se plantea la utilización de estrategias individuales de movilidad social, y aquellos individuos que perciben posibilidades de traspasar las fronteras intergrupales se integran en el grupo dominante, los urbanos.

El **estatus** también influye en la manera en que los miembros de un grupo representan al grupo de pertenencia, a sí mismos y a los demás, y marca las pautas de las relaciones con otros grupos. Parece coherente y razonable que las mujeres rurales pongan en marcha estrategias de cambio de los pueblos a las ciudades, considerando que será difícil que la identidad social sea satisfactoria mientras no sea valorado más positivamente por el grupo dominante

Por otro lado, el éxodo rural tiene también un claro componente de género, que es expresado por las mujeres entrevistadas en diversas ocasiones, estando la mayoría de acuerdo en que las mujeres marchan del medio rural, más que los hombres, porque tienen más limitaciones a

la plena participación social y profesional. La modernización de la agricultura afectó de forma desigual a hombres y mujeres. Mientras los hombres asumieron las actividades agrarias profesionalizadas, que tienen cabida en los circuitos comerciales, las mujeres asumieron la producción de subsistencia como parte de las labores domésticas. Tal división del trabajo agrario ha supuesto para las mujeres una mayor carga de trabajo, con una participación importante, pero invisible, en la producción económica.

Las nuevas funciones que el medio rural viene adquiriendo en las últimas décadas, vinculadas a la calidad de vida y a los espacios de ocio, con el desarrollo de los nuevos yacimientos de empleo, vienen abriendo campos de inserción para las mujeres en los sectores productivos. El turismo rural es un campo profesional en el que las mujeres han encontrado un lugar destacado. La mayoría de los alojamientos de turismo rural están a cargo de mujeres. Esta realidad viene generando una nueva forma de participación socioeconómica para las mujeres en los contextos rurales, dada la gran visibilidad que ha rodeado las iniciativas de turismo rural. Según las entrevistadas, las mujeres que se convierten en empresarias de turismo rural adquieren un mayor protagonismo en la toma de decisiones, tanto en sus empresas como en el hogar, estando más legitimadas por la participación visible en la renta familiar. Los nuevos roles de las mujeres en el medio rural posibilitan un cambio en los papeles tradicionales de género y la construcción de alternativas de participación socioeconómica femenina.

Las emprendedoras, en la medida en que van asumiendo sus roles profesionales, también van cuestionando el reparto sexual tradicional entre las tareas domésticas y las tareas remuneradas. Sin embargo, **no existe una ruptura con los papeles tradicionales de género, sino una coexistencia**, y las mujeres asumen, mayoritariamente, **la doble jornada, o doble presencia** (Balbo, 1994) como destino inevitable, responsabilizándose de lo doméstico y de lo público. La gran mayoría de las mujeres, incluso entre las emprendedoras, sigue aceptando como destino, ineludiblemente femenino, las labores de la casa y de la crianza de los hijos e hijas, mientras las tareas desarrolladas por los varones en estos ámbitos son consideradas una “ayuda” o “colaboración” con las mujeres. En la organización práctica de la vida cotidiana, la compatibilización de la vida familiar y laboral todavía es

una cuestión que atañe más a las mujeres, mientras los hombres experimentan un desarrollo en su carrera profesional mucho más independiente de las cuestiones domésticas y de la educación de los hijos/as. Son las mujeres con un trabajo remunerado, y/o con una destacada participación social, por ejemplo, en la política o en asociaciones, las que más experimentan los efectos de la **doble jornada**, y éstas ponen de manifiesto las discriminaciones de género.

A través de los discursos, las mujeres ponen de relieve el proceso de socialización para el mantenimiento de los papeles tradicionales de género. Son las mujeres que han ido asumiendo nuevos roles sociales en el ámbito público las que más expresan la necesidad de cambios en los estereotipos de género y en el reparto de tareas. Podemos concluir, a partir de los discursos analizados, que las identidades sociales de las mujeres rurales están muy marcadas por los papeles tradicionales de género y por el control social para su reproducción, lo que se ha venido denominando “identidades encontradas” (Camps, 1998 y García Colmenares, 2000). Sin embargo, al mismo tiempo, hay una gran diversidad de mujeres rurales que están construyendo nuevos patrones de inserción social y laboral; y están cambiando los roles tradicionales y construyendo “identidades elegidas”, que están vinculadas a opciones de inserción profesional y de diversificación de roles sociales. Podríamos hablar de identidades en donde, la coexistencia de los diferentes roles, obliga a diversos desdoblamientos. Aun así, las emprendedoras manifiestan una mayor satisfacción, tanto con los papeles asumidos personal y profesionalmente como con el hecho de residir en el medio rural. Las nuevas funciones que estos territorios vienen adquiriendo están permitiendo estrategias de inserción laboral para muchas mujeres, que viabilizan la elección de vivir en el campo.

Las teorías de las representaciones sociales y de la identidad social nos ofrecen herramientas conceptuales y metodológicas para conocer la concepción dominante del medio rural y los afectos vinculados a esa concepción, poniendo de manifiesto las estrategias utilizadas por individuos y grupos para satisfacer la necesidad de construir una identidad personal y social positiva. De la misma manera, nos apuntan las posibilidades de búsqueda de estrategias colectivas de construcción de una identidad social satisfactoria, a partir de la transformación de las representaciones sociales y de la valorización de

las características del propio grupo y de su entorno. Ésta es una idea clave para el diseño de programas de desarrollo rural, que no se centren solamente en lo económico, sino en la construcción de identidades sociales positivas que sostengan el territorio y el aprecio por la cultura propia, como una dimensión fundamental para la satisfacción personal de sus habitantes, conociendo las estrategias que se están utilizando y potenciando las sinergias para una autoestima elevada.

A partir de nuestra investigación, proponemos **que las acciones de desarrollo rural con perspectiva de género**, contemplen:

- Creación y fortalecimiento de asociaciones de mujeres que trabajen en contra de las discriminaciones de género, en los contextos rurales.
- Apoyo a la creación de asociaciones de hombres que promuevan otros modelos de masculinidad y la participación activa en el ámbito doméstico y en las tareas de cuidados.
- La construcción de redes entre asociaciones de mujeres, y de mujeres y hombres, en el ámbito local e interterritorial, tanto a escala nacional como transnacional, potenciando el efecto demostrativo a partir de otras realidades, e impulsando el intercambio de experiencias.
- Divulgación de los programas de inserción sociolaboral para mujeres, como herramientas de apoyo e integración de las mismas al desarrollo socioeconómico, y de legitimación de los nuevos papeles sociales en los ámbitos familiares y locales.
- Implicación de la población, en especial la femenina, en la búsqueda de soluciones creativas a los problemas cotidianos, como por ejemplo, para la creación de servicios de custodia y cuidado de personas dependientes, servicios de transporte colectivo, grupos formativos formales y no-formales.
- Promoción de la credibilidad socioproductiva de las mujeres, desmitificando y transformando los estereotipos negativos que todavía subyacen en las representaciones sociales y en el control social.
- Mejora de la imagen rural y transformación de los estereotipos negativos, a partir de estrategias colectivas

planificadas para el cambio social y la construcción de identidades sociales satisfactorias en el medio rural.

- Apoyo a la construcción de identidades femeninas y masculinas complejas, con la plena participación de mujeres y hombres en todos los ámbitos de la vida productiva y reproductiva.
- Fomento de la visibilidad social de las mujeres mediante su incorporación a cargos y funciones de responsabilidad y de dirección con reconocido prestigio social.
- Promoción del desarrollo rural integral, con la aportación imprescindible de la perspectiva femenina, con las mujeres como participantes activas y narradoras válidas de sus propias necesidades, expectativas y experiencias.
- Etc.

Con el trabajo sobre la construcción de las identidades sociales, no queremos caer en una forma de psicologización de los problemas sociales, que como bien advierte Ibáñez (1996a), es una de las trampas de las ideologías dominantes, que reducen a procesos intraindividuales lo que son procesos sociohistóricos de construcción de la significación de la realidad. Pero la identidad y otros aspectos de la realidad rural que hemos procurado integrar en el análisis de un territorio son procesos sociales y deben servir para pensar, proyectar y construir el desarrollo integral, endógeno y sostenible de los territorios rurales, partiendo y priorizando las gentes que los sostienen.

Con certeza, hay otros factores que podrían definir otras miradas sobre la realidad y, en este sentido, lo que hemos presentado es el resultado de algunos años de trabajo en el medio rural, pero también de reflexión teórica, en un esfuerzo de articulación y sistematización. De forma alguna, lo entendemos como un producto acabado, sino como una etapa, en un largo proceso de compromiso personal y social, con la transformación de una realidad concreta en el contexto histórico actual.



## Referencias Bibliográficas

- Abric, J. C. (1984). A theoretical and experimental approach to study of social representation in a situation of interaction. En: Farr, R. y Moscovici, S., *Social Representations*. Cambridge: Cambridge Univ. Press, pp. 169-183.
- Abric, J. C. (1987). *Coopération, Compétition et Représentations Sociales*. Cousset: Delval.
- Alario, T. y García Colmenares, C. (coord.) (1997). *Persona, Género y Educación*. Salamanca: Amarú.
- Alonso, L. E. (1996). El grupo de discusión en su práctica: memoria social, intertextualidad y acción comunicativa. En: *Revista Internacional de Sociología*, tercera época, nº 13, pp. 5-36.
- American Psychological Association (1994). *Publication Manual of the American Psychological Association* (4ª Ed.). Washington, TC: Autor.
- Ander-Egg, E. (1992). *Técnicas de Investigación Social*. Buenos Aires: Humanitas (22ª ed. revisada).
- Antaki, C. (Ed.) (1988). *Analysing Every-day Explanation: A Casebook of Methods*. Londres: Sage.
- Antaki, C. (1995). Una aproximación analítico-conversacional al fenómeno de la discusión. En: *Revista de Psicología Social Aplicada*, vol. 5, nº 12 (número monográfico), pp. 75-92.
- Antaki, C. e Íñiguez, L. (1996). Un ejercicio de análisis de la conversación: posicionamientos en una entrevista de selección. En: Gordo, A.J. y Linaza, J.L., *Psicologías, discursos y poder*, pp. 133-150. Madrid: Visor.
- Apter, D. E. (1970). *Estudio de la modernización*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Austen, J. (1998). *Persuasión*. Barcelona, Plaza & Janés (1º ed. en Londres, 1818).
- Ayestarán, S.. (1987). Las representaciones sociales del grupo. En: Páez, D. et al. *Pensamiento, Individuo y Sociedad: Cognición y Representación Social*. Madrid: Fundamentos.
- Ayestarán, S.. y Martínez-Taboada, C. (1992). Posición Social y Salud Mental. En : Alvaro, J.; Torregrosa, J. y Garrido, A. (comps.), *Influencias Sociales y Psicológicas de la Salud Mental*. Madrid: Siglo XXI.

- Ayestarán, S.; De Rosa, A. y Páez, D. (1987). Representación social, procesos cognitivos y desarrollo de la cognición social. En: Páez, D. y cols. *Pensamiento, Individuo y Sociedad: Cognición y Representación Social*. Madrid: Fundamentos.
- Balbo, L. (1994). La doble presencia. En: Borderías, C.; Carrasco, C. y Alemany, C. (Comps.), *Las mujeres y el trabajo*, pp. 505-513. Madrid: Icaria Fuhem.
- Banchs, M. A. (1995). O papel da emoção na representação do self e do outro em membros de uma família incestuosa. En: Lane, S. T. y Sawais, B. B. (orgs.). *Novas Veredas da Psicologia Social*, pp. 97-114. Sao Paulo: EDUC-Brasiliense.
- Banchs, M. A. (1996). El papel de la emoción en la construcción de representaciones sociales: invitación para una reflexión teórica. En: *Papers on Social Representations*, vol. 5 (2), pp. 113- 125.
- Banchs, M. A. (2000). Aproximaciones Procesuales y Estructurales al estudio de las Representaciones Sociales. En: *Papers on Social Representations*, vol. 9, pp. 3.1- 3.15.
- Banchs, M. A. (2001). Representaciones sociales, memoria social e identidad de género. En *AKADEMOS* ( revista digital), vol. 2, nº 2.
- Barberá, E. (1998). *Psicología del Género*. Barcelona, Ed. Ariel.
- Barthez, A. (1982). *Famille, Travail et Agriculture*. Paris: Economica.
- Bartolomé, M. (1992): Investigación cualitativa en educación ¿comprender o transformar?. En: *Revista de Investigación Educativa*, nº 20, pp. 7-36.
- Bechini, A. (1986). *El Diferencial Semántico: Teoría y Práctica*. Barcelona: Hispano Europea.
- Beck, U. (1998). *¿Qué es la Globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós.
- Bem, S. L. (1974). The measurement of psychological androgyny. En: *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 42, pp. 155-162.
- Bem, S. L. (1975). Sex role adaptability: One consequence of psychological androgyny. En: *Journal of Personality and Social Psychology*, 31, pp. 634-643.
- Bem, S. L. (1981). Gender schema theory: A cognitive account of sex typing. En: *Psychological Review*, 88, pp. 354-364.
- Bem, S.L. (1993). *The lenses of gender*. New Haven: Yale University Press.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1991). *La Construcción Social de la Realidad*. Buenos Aires: Amorrortu. (original de 1967).

- Bifani, P. (1999). *Medio Ambiente y Desarrollo Sostenible*. Madrid: IEPALA.
- Billig, M. (1982). *Ideology and Social Psychology*. Oxford: Basil Blackwell.
- Billig, M. (1985). Prejudice, categorization and particularization: From a perceptual to rhetorical approach. En: *European Journal of Social Psychology*, nº 15, pp. 79-103.
- Billig, M. (1986). Racismo, Prejuicios y Discriminación. En: Moscovici, S. (Coord.), *Psicología Social II: Pensamiento y vida social, Psicología social y problemas sociales*, pp. 575-600. Barcelona: Ed. Paidós.
- Billig, M. (1993). Studying the thinking society: social representations, rhetoric, and attitudes. En: G.M. Breakwell y D. V. Canter (eds.), *Empirical Approches to Social Representations*. Oxford: Clarendon Press.
- Blanc, M. (1997). La ruralité: diversité des approches. En: *Economie Rurale*, nº 242, noviembre-diciembre, pp. 5-12.
- Blikstein, I. (1985). *Kaspar Hauser ou a fabricação da realidade*. Sao Paulo: Cultrix.
- Bohan, J. (1997). Regarding gender. Essencialism, constructionism and feminist psychology. En: Gergen, M. y Davis, S. (eds.), *Toward a new psychology of gender*. New York: Routledge.
- Bourdieu, P. (1999). *Contrafuegos: Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2000). *La Dominación Masculina*. Barcelona, Anagrama.
- Bourhis, R. Y. y Leyens, J-P. (1996). Percepciones y relaciones intergrupales: ¿dos soledades?. En: Bourhis, R. Y. y Leyens, J-P, *Estereotipos, Discriminación y Relaciones entre grupos*. Coods. De la edición española: Morales, J.F. y Páez, D.. Madrid, Mc Graw Hill.
- Bourhis, R. Y.; Gagnon, A. y Moïse, L. C. (1996). Discriminación y relaciones intergrupales. En: Bourhis, R. Y. y Leyens, J-P, *Estereotipos, Discriminación y Relaciones entre grupos*, pp. 139-170. Coods. De la edición española: Morales, J.F. y Páez, D.. Madrid, Mc Graw Hill.
- Bruner, J. (1984). *Acción, Pensamiento y Lenguaje*. Madrid: Alianza Psicología.
- Bruner, J. (1991). *Actos de Significado: Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza.

- Bryden, J. (2000). Declive? ¿Qué declive?: El renacimiento demográfico ya se percibe en muchos territorios rurales. En: *LEADER Magazine*, nº 22, pp. 10-12.
- Burman, E. (1996) La distribución anormal del desarrollo: políticas para las mujeres y niñas/os del Sur. En: Gordo, A.J. y Linaza, J.L., *Psicologías, discursos y poder*, pp. 217-234. Madrid: Visor.
- Burman, E. (1997). Differentiating and De-developing Critical Social Psychology. En: Ibáñez, T. e Íñiguez, L. (Ed.), *Critical Social Psychology*, pp. 229-240. Londres: Sage.
- Burman, E. (1999). Whose construction? Points from a feminist perspective. En: Nightingale, D.J. y Cromby, J., *Social Constructionist Psychology: a critical analysis of theory and practice*, pp. 159-175. Buckingham: Open University Press.
- Cabruja, T. (1988). La imagen popular de la locura. En: Ibáñez, T. (Coord.), *Ideologías de la Vida Cotidiana*, pp. 185-203. Barcelona, Sendai Ediciones.
- Cabruja, T. (1996). Posmodernidad y subjetividad: construcciones discursivas y relaciones de poder. En: Gordo, A.J. y Linaza, J.L., *Psicologías, discursos y poder*, pp. 373-390. Madrid: Visor.
- Cabruja, T. (1998). Psicología social crítica y postmodernidad: Implicaciones para las identidades construidas bajo la racionalidad moderna. En: *Anthropos*, nº 177, pp. 49-58.
- Callejo, J. (2001). *El grupo de discusión: introducción a una práctica de investigación*. Barcelona: Ariel.
- Camarero, L. A. (1992). El mundo rural español en la década de los noventa: ¿renacimiento o reconversión?. En: *Documentación Social*, nº. 87, pp. 9-28.
- Camarero, L. A. (1993). *Del éxodo rural y del éxodo urbano: Ocaso y renacimiento de los asentamientos rurales en España*. Madrid: Ed. Ministerio de Agricultura Pesca y Alimentación, Serie Estudios.
- Camarero, L. A. (1997) Pautas demográficas espaciales de las transformaciones del medio rural: ruralidad y agricultura. En: Gómez Benito, C. y González Rodríguez, J. J. (eds.), *Agricultura y Sociedad en la España Contemporánea*. Madrid: Ed. CIS/ Ministerio de Agricultura Pesca y Alimentación.
- Camarero, L.A.; Sampedro, M<sup>a</sup>. R. y Vicente-Mazariegos, J.I., (1992). *Mujer y Ruralidad: el círculo quebrado*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales - Instituto de la Mujer.

- Camps, V. (1998). *El siglo de las mujeres*. Valencia: Cátedra.
- Capozza, D. y Volpato, C. (1990). Categorical differentiation and intergroup relationships. En: *British Journal of Social Psychology*, nº 29, pp. 93-95.
- Capozza, D. y Volpato, C. (1996). Relaciones intergrupales: perspectivas clásicas y contemporáneas. En: Bourhis, R. Y. y Leyens, J-P, *Estereotipos, Discriminación y Relaciones entre grupos*, pp.29-48. Coords. de la edición española: Morales, J.F. y Páez, D.. Madrid, Mc Graw Hill.
- Capozza, D.; Bonaldo, E. y Di Maggio, A. (1982). Problems of identity and social conflicts: Research on ethnic groups in Italy. En: Tajfel, H. (Ed.), *Social identity and intergroup relations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Carneiro, M. J. (1998). Ruralidade: Novas Identidades em Construção. En: *Projeto Rurbano*, Instituto de Economia, UNICAMP- Brasil, pp. 1-13 (Publicación electrónica).
- Carranza, M.E. y Puleo, A. (2002). Influencia de la doble jornada en la salud de las mujeres. En: García Colmenares, C.; Puleo, A. y Carranza, M.E., *El trabajo y la salud de las Mujeres: Reflexiones para una sociedad en cambio*, pp. 13-49. Palencia: Ayuntamiento de Palencia y Ediciones Cálamo.
- Cernea, M.M. (Dir.) (1995). *Primero la Gente: Variables sociológicas del desarrollo rural*. México: Fondo de Cultura Económica
- Chamboredon, J.-C. (1980). Les usages urbains de l'espace rural: du moyen de production au lieu de récréation. *Révue Française de Sociologie*, nº 21, pp. 99-121.
- Chamboredon, J.-C. (1985). Nouvelles Formes de l'opposition ville-campagne. En: Duby, G. (org.) *Historie de la France Urbaine*, Tomo V, pp. 557-573. París, Seuil.
- Coller, X. (2000). *Estudio de Casos*. Madrid: C.I.S.
- Comisión Económica Europea (CEE) (1989). *El futuro del mundo rural*. Madrid: MAPA.
- Cook, T. D. y Reichardt, CH. S. (1986). *Métodos cualitativos y cuantitativos en investigación educativa*. Madrid: Morata.
- Corraliza, J.A., (2000). Vida urbana y exclusión social. En: *Revista de Intervención Psicosocial*, vol. 9, nº 2, pp. 169-183.
- Cruz, F. (1998). El Programa de Desarrollo Rural de La Montaña Palentina. Madrid, Colegio Oficial de Psicólogos de Madrid, 1998. CD-ROM versión 1.0 del V Congreso Estatal de Intervención Social.

- Cruz, F. (2000). Intervención psicosocial por la igualdad de oportunidades para las mujeres en el programa de desarrollo rural de la Montaña Palentina. En: Fernández, J.; Herrero, J. y Bravo, A. (Eds.). *Intervención psicosocial y comunitaria: La promoción de la salud y la calidad de vida*, pp. 31-36. Oviedo: Biblioteca Nueva.
- Cruz, F. y Aguilar, M. J. (2002). *Introducción a la psicología comunitaria*. Madrid: CCS.
- Cruz, F. y Red, N. de la (2000). Intervención integral para el desarrollo en el medio rural. En: *Intervención Psicosocial*, vol. 9, nº 2, pp. 155-168.
- De la Fuente, G. (1987). Las jóvenes rurales en la encrucijada del cambio (el caso castellano). En: *Agricultura y Sociedad*, nº 42, pp. 47-72.
- Delgado, C. y Martín, M.F. (2003). Género y Atribuciones de rol político y laboral. En: *Encuentros en Psicología Social*, vol. 1, nº 4, pp. 238-242.
- Delphy, C. (1987). Modo de producción doméstico y feminismo materialista. En: Varias Autoras, *Mujeres: Ciencia y Práctica Política*, pp. 17-28. Seminario de Mujeres de la Universidad Complutense. Madrid: Ed. Debate.
- Denzin, N.K., (1978). *The research act*. New York: McGraw Hill.
- Denzin, N.K., (1989). *Interpretative Biography*. Londres: Sage.
- Denzin, N.K. y Lincoln, Y.S. (Eds.) ( 1994). *Handbook of Qualitative Research*. California: Sage.
- Deschamps, J. C. (1983) The Social Psychology of Intergroup, Relations and categorial differentiations. En: Tajfel, H. (comp.), *The Social Dimension: European Developments in Social Psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Di Giacomo, J. P. (1981). Aspects méthodologiques de l'analyse des representations sociales. En: *Cahiers de Psychologie Cognitive*, nº 1, pp. 397-422.
- Di Giacomo, J.P. (1987). Teoría y Métodos de Análisis de las Representaciones Sociales. En: Páez, D. y cols. *Pensamiento, Individuo y Sociedad: Cognición y Representación Social* (278-295). Madrid: Ed. Fundamentos.
- Díaz Aguado, M.J. y Baraja, A. (1991). *Programas para favorecer el Aprendizaje y la Adaptación Escolar de Alumnos en Desventaja en Contextos Étnicamente Heterogéneos*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

- Díaz Méndez, C. y Díaz Martínez, C. (1995). De mujer a mujer: estrategias femeninas de huida del hogar familiar y del medio rural. En: *Agricultura y Sociedad*, nº 76, pp. 205-218.
- Díaz-Guerrero, R. y Salas, M. (1975). *El diferencial semántico del idioma español*. México: Trillas.
- Doise, W. (1978) *Groups and Individuals: explanations in social psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Doise, W. (1982). A Mudança em Psicologia Social. En: VV.AA., *Mudança Social e Psicologia Social*. Lisboa: Livros Horizonte.
- Doise, W. (1985). Las relaciones entre grupos. En : Moscovici, Serge, *Psicología Social I: Influencia y cambio de actitudes – Individuos y grupos*, pp. 307-332. Barcelona: Ed. Paidós.
- Durán, M. A. (Dir.) (1987). *De Puertas Adentro*. Madrid: Ministerio de Cultura – Instituto de la Mujer.
- Durkheim, E. (1982). *Las Reglas del Método Sociológico*. Barcelona: Ed. Morata.
- Eagly, A. H. (1978). Sex differences in influenceability. En: *Psychological Bulletin*, nº. 85, pp. 86-116.
- Eagly, A. H. (1987). *Sex differences in social behavior: a social role interpretation*. New Jersey: Erlbaum.
- Eagly, A.H. y Steffen, V.J. (1984). Gender stereotypes sistem from distribution of women and men into social roles. En: *Journal of Personality and Social Psychology*, nº 46, pp. 735-754.
- Enríquez, F. J.; Mansukhani, A. S.; Montalbán, F. M. y Sánchez-León, A. M. (1993). Influencia del tamaño grupal y la popularidad personal sobre la diferenciación intergrupala. En: Fernández, I. y Martínez, M.F. (eds.), *Epistemología y procesos psicosociales básicos*, pp. 421-433. Sevilla, Eudema.
- Entrena, F. (1998), *Cambios en la construcción social de lo rural*. Madrid: Tecnos.
- Fernández de Larrinoa, K. (ed.) (2000). *La cosecha pendiente: de la intervención económica a la infraestructura cultural y comunitaria en el medio rural*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Fernández, J. (1988). *Nuevas perspectivas en el desarrollo del sexo y el género*. Madrid: Pirámide.
- Fernández, J. (1996). *Varones y Mujeres. Desarrollo de la doble realidad del sexo y del género*. Madrid: Pirámide.
- Fernández Such, F. (2001). La Juventud Rural. En: *Documentación Social*, nº 124, pp. 285-303.

- Fernández Villanueva, C. (1989). Dependencia Femenina e Independencia Masculina: ¿deseo o realidad?. En: *Actas de las VII Jornadas de Investigación Interdisciplinar: Mujeres y hombres en la promoción del pensamiento occidental*, vol. 1, pp. 195-207, Madrid: U.A.M.
- Fernández Villanueva, C. (2000). Sexo, Rasgos y Contextos :Una visión crítica de la agresividad y su relación con el género. En: Hernando, A. ( Ed), *La Construcción de la Subjetividad Femenina*. Madrid: Ed Al-Mudayna.
- Fernández Villanueva, C.; Domínguez, R.; Revilla, J.C.; Anagnostou, A. y Sancho, M. (2003). Los discursos de las mujeres españolas sobre la igualdad de género. En: *Encuentros en Psicología Social*, vol. 1, nº 4, pp. 216-219.
- Foucault, M. (1979). *Microfísica do Poder*. Rio de Janeiro: Graal.
- Foucault, M. (1987). *A Arqueologia do saber*. Río de Janeiro: Forense-Universitária (original 1967).
- Foucault, M. (1999). *Estrategias de Poder*. Barcelona: Paidós (Ed. de J. Varela y F. Álvarez-Uría).
- Friedman, S. (1995). Uma aproximação metodológica ao estudo das emoções. En: Lane, S. T. y Sawaia, B.B. (orgs.). *Novas Veredas da Psicologia Social*, pp. 135-146. Sao Paulo, EDUC-Brasiliense.
- Froehlich, J. M. (2000). *Rural e Natureza: As construções sociais do rural e a pós-modernidade*. Exame de Qualificação – Doctorado en Desenvolvimento, Agricultura y Sociedad. Universidad Federal Rural do Río de Janeiro. No publicado.
- Fuentes-Guerra, M. (2000). *El Concepto Sexo/Género en los Programas y en el Desarrollo Formativo del Futuro Profesorado*. Córdoba: Universidad de Córdoba (Tesis Doctoral).
- García Bartolomé, J. M. (1991). Sobre el concepto de ruralidad: crisis y renacimiento rural. En: *Política y Sociedad*, nº 8, pp. 87-94.
- García Bartolomé, J. M. (1993). ¿El final del campesinado? En: *El Boletín*, nº 5, pp.31-37.
- García Bartolomé, J. M. (1999). Mujeres y Explotación Familiar Agraria. En: VV.AA., *Agricultura Familiar en España – 1999*. Madrid: Fundación de Estudios Rurales – UPA, pp. 49-53.
- García Bartolomé, J. M. y Belmonte, C. (coords.) (1999). *Mujeres y Sociedad Rural: entre la inercia y la ruptura*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales - Instituto de la Mujer



- García Colmenares, C. (coord.) (2000). Monografía: Identidad, Género y Educación. En: *Tabanque Revista Pedagógica*. E.U. de Educación de Palencia, nº 15.
- García Colmenares, C. (2002). Trabajo doméstico y responsabilidad familiar: su incidencia en la vida de las mujeres. En: García Colmenares, C.; Puleo, A. y Carranza, M. E., *El trabajo y la salud de las Mujeres: Reflexiones para una sociedad en cambio*, pp. 51-87. Palencia: Ayuntamiento de Palencia y Ediciones Cálamo.
- García Colmenares, C.; Puleo, A. y Carranza, M.E. (2002). *El trabajo y la salud de las Mujeres: Reflexiones para una sociedad en cambio*. Palencia: Ayuntamiento de Palencia y Ediciones Cálamo.
- García Jiménez, E. (1991): *Una teoría práctica sobre la evaluación: Estudio etnográfico*. Sevilla: MIDO.
- García Ramírez, M. (1990). *El Enfermo Psiquiátrico y los Profesionales de la Salud: un análisis de las representaciones sociales*. Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla.
- García Ramón, M. D. (1990). La división sexual del trabajo y el enfoque de género en el estudio de la agricultura de los países desarrollados. En: *Agricultura y Sociedad*, nº 55, pp. 251-276.
- García Ramón, M. D.; Canoves, G.; Salamaña, I.; Valdovinos, N. y Villarino, M. (1995). Trabajo de la mujer, turismo rural y percepción del entorno. En: *Agricultura y Sociedad*, nº 75, pp. 115-152.
- García Ramón, M. D. y Baylina, M. (Eds.) (2000). *El nuevo papel de las mujeres en el desarrollo rural*. Vilassar de Mar: Oikos-Tau.
- García Sanz, B. (1998a). *La Sociedad Rural de Castilla y León ante el Próximo Siglo*. Junta de Castilla y León, Consejería de Agricultura y Ganadería.
- García Sanz, B. (1998b). *Promoción del Desarrollo Rural*. Junta de Castilla y León, Consejería de Agricultura y Ganadería.
- Gergen, K. J. (1989). La psicología postmoderna y la retórica de la realidad. En: Ibáñez, T. (Ed.), *El conocimiento de la realidad social*. Barcelona: Sendai.
- Gergen, K. J. (1996a). *Realidades y Relaciones: aproximaciones a la construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Gergen, K. J. (1996b). Construcción Social: emergencia y potencial. En: Pakman, M. (comp.), *Construcciones de la Experiencia Humana*, (vol I), pp. 139-182. Barcelona: Gedisa.
- Gergen, K.J. (1999). *An invitation to social construction*. Londres: Sage.

- Gergen, M. (2000). *Feminist Reconstructions in Psychology: narrative, gender and performance*. London: Sage.
- Giddens, A. (1976). Classical Social Theory and Modern Sociology. En: *American Journal of Sociology*, número 81 (4), pp. 703-729.
- Gil Rodríguez, E. P.; Pujal, M.; Nández, A.; Garay, A.I.; Lara, T. y Martínez, L. (2003). Globalización y subjetividad: Una mirada de género. En: *Encuentros en Psicología Social*, vol. 1, nº 4, pp. 233-237.
- Gil, J. (1994). *Análisis de datos cualitativos: aplicaciones a la investigación educativa*. Barcelona: PPU.
- Gilligan, C. (1982). *In a different voice: Psychological theory and women's development*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Gilly, M. (1988). Psicociología de la Educación. En: Moscovici, S. (dir.), *Psicología Social II*, pp. 601-626. Barcelona: Ed. Paidós.
- Goetz, J. P. y LeCompte, M. D. (1988). *Etnografía y diseño cualitativo en investigación educativa*. Madrid: Morata.
- Goffman, E. (1981). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gómez Benito, C. y González, J.J. (1999). Estrategias Familiares y Futuro de la Agricultura Familiar. En: VV.AA., *Agricultura Familiar en España*. Madrid, Fundación de Estudios Rurales – UPA, pp. 33-40.
- Gómez Piñero, J. (1999). Medio ambiente y desarrollo territorial. Realidades y potencialidades. En: Valenzuela, M., *Economía, sociedad y territorio: las nuevas dimensiones del desarrollo*, pp. 125-157. Madrid: F.U.A.M./F.S.E./INEM.
- González Fernández, M. y Camarero, L. A. (1999). Reflexiones sobre el desarrollo rural: las tramoyas de la postmodernidad. *Política y Sociedad*, Madrid, nº 31, pp. 55-68.
- González, M.R. (1993). Las teorías implícitas sobre el trabajo femenino. En: Rodrigo, M.J.; Rodríguez, A. y Marrero, J. (Coords.). *Las teorías implícitas. Una aproximación al conocimiento cotidiano*. Madrid: Visor.
- Grawitz, M. (1975). *Métodos y técnicas de las ciencias sociales*. Barcelona: Hispano Europea (2 vols.).
- Gray, J. (2000). The Common Agricultural Policy and the Re-Invention of the Rural in European Community. En: *Sociologia Ruralis*, vol. 40, nº 1, pp. 30-52.
- Guareschi, P. y Jovchelovitch, S. (Orgs.) (1995) *Textos em Representações Sociais*. Petrópolis: Vozes.

- Guba, E. G. y Lincoln, Y. S. (1994): Competing Paradigms in qualitative research. En: Denzin, N. K. y Lincoln, Y.S. (Eds): *Handbook of qualitative Research*, pp. 105-117. London: Sage.
- Halfacree, K. H. (1993). Locality and Social Representation: Space, Discourse and Alternative Definitions of the Rural. En: *Journal of Rural Studies*, V. 9, nº. 1, pp. 23-37.
- Harding, S. (1996). *Ciencia y Feminismo*. Madrid: Morata.
- Hare-Mustin, R.T. y Marecek, J. (eds.) (1994). *Marcar la diferencia: psicología y construcción de los sexos*. Barcelona: Herder.
- Harré, R. (1986). *The Social Construction of Emotions*. Oxford: Basil Blackwell.
- Harré, R. y Stearns, P. (Ed.) (1995). *Discursive Psychology in Practice*. Londres: Sage.
- Hervieu, B. (1995). El Espacio Rural Europeo entre la Ruptura y el Desarrollo. En: Ramos Real, E. y Cruz Villalón, J. (coords.), *Hacia un nuevo sistema rural*, pp. 27-48. Madrid, MAPA.
- Hervieu, B. (1997). Agricultura y desarrollo rural: la convergencia necesaria. En: *LEADER II Magazine*, nº 15, pp. 6-13.
- Hervieu, B. (1999). Agricultura y Territorio: Una cuestión política. En: VV.AA., *Agricultura Familiar en España - 1999*, pp. 13-17. Madrid: Fundación de Estudios Rurales - UPA.
- Hollway, W. (1989) *Subjectivity and Method in Psychology: Gender, Meaning and Science*. Londres: Sage.
- Huici, C. y Ros, M. (1993). Identidad comparativa y diferenciación intergrupala. En: *Psycothema*, 5, Suplemento, pp. 225-236.
- Hyde, J.S. (1981). How large are cognitive gender differences? A meta-analysis using w2 and d. En: *American Psychologist*, 36, pp. 892-901.
- Hyde, J.S. (1984). How large are gender differences in aggression? A developmental meta-analysis. En: *Developmental Psychology*, 20, pp. 722-736.
- Hyde, J.S. (1986). Introduction: Meta-analysis and the psychology of gender. En: Hyde, J.S. y Linn, M.C. (eds.), *The psychology of gender: Advances though meta-analysis*. Baltimore: Jonh Hopkins.
- Hyde, J.S. (1994). Should psychologist study gender differences? Yes, with som guidelines. En: *Feminism and Psychology*, 4 (4), pp. 507-512.

- Hyde, J.S. y Frost, L.A. (1993). Meta-analysis in the psychology of women. En: Denmark, F.L. y Paludi, M.A. (eds.), *Psychology of women. A handbook of issues and theories*. Westport: Green-wood Press.
- Hyde, J.S. y Linn, M.C. (1988). Gender differences in verbal ability: a meta-analysis. En: *Psychological Bulletin*, 104, pp. 53-69.
- Ibáñez, J. (1979). Más allá de la sociología. El grupo de discusión: Técnica y crítica. Madrid: Siglo XXI.
- Ibáñez, T. (1988). Representaciones Sociales: Teoría y Método. En: Ibáñez, T. (Coord.), *Ideologías de la Vida Cotidiana*, pp. 13-90. Barcelona: Sendai Ediciones.
- Ibáñez, T. (1989). La Psicología Social como dispositivo desconstruccionista. En: Ibáñez, T. (coord.), *El conocimiento de la realidad social*. Barcelona: Sendai.
- Ibáñez, T. (1996). Construccionismo y psicología. En: Gordo, A.J. y Linaza, J.L., *Psicologías, discursos y poder*, pp. 325-338. Madrid: Visor.
- Ibáñez, T. (1996b). La ideología y las relaciones intergrupales. En: Bourhis, R.Y. y Leyens, J-P, *Estereotipos, Discriminación y Relaciones entre grupos*, pp. 307-325. Coords. de la edición española: Morales, J.F. y Páez, D.. Madrid, Mc Graw Hill.
- Ibáñez, T. (1997). Why a Critical Social Psychology? En: Ibáñez, T. e Íñiguez, L. (Ed.), *Critical Social Psychology*, pp. 27-41. Londres: Sage.
- Ibáñez, T. (2001). *Municiones para disidentes: Realidad-Verdad-Política*. Barcelona: Gedisa.
- Ibáñez, T. (Coord.) (1988). *Ideologías de la Vida Cotidiana*. Barcelona: Sendai Ediciones.
- Ibáñez, T. e Íñiguez, L. (Ed.) (1997). *Critical Social Psychology*. Londres: Sage.
- Instituto de la Mujer (1995). *Carta para la Igualdad de Oportunidades de las Mujeres en el Ámbito Rural – Las mujeres protagonistas en el desarrollo rural 1994-1995*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales – Instituto de la Mujer.
- Intxaurreaga, Iturritxa y Salazar (1994). *Las Mujeres Rurales en la Comunidad Autónoma de Euskadi*. Vitoria-Gasteiz: EMAKUNDE – Instituto Vasco de la Mujer.
- Íñiguez, L. (1988). Representación social del tiempo. En: Ibáñez, T. (coord.), *Ideologías de la Vida Cotidiana*, pp. 249-285. Barcelona, Sendai Ediciones.

- Íñiguez, L. (1995). Métodos Cualitativos en Psicología Social: Presentación. En: *Revista de Psicología Social Aplicada*, vol. 5, nº 12 (número monográfico), pp. 5-26.
- Íñiguez, L. (1996). Introducción a la Sección II: Análisis de la Conversación y/o Análisis del Discurso: Hibridaciones Metodológicas para el Estudio de la "Acción social" y/o "Regímenes discursivos". En: Gordo, A.J. y Linaza, J.L., *Psicologías, discursos y poder*, pp. 109-114. Madrid: Visor.
- Íñiguez, L. (1997). Discourses, Structures and Analysis: What practices? In which Contexts? En: Ibáñez, T. e Íñiguez, L. (Ed.), *Critical Social Psychology*, pp. 147-156. Londres: Sage.
- Íñiguez, L. y Antaki, C. (1994). El análisis del discurso en psicología social. En: *Boletín de Psicología*, nº 44, septiembre, pp. 57-75.
- Jahoda, G.(1988). Critical notes and reflections on 'social representations'. En: *European Journal of Social Psychology*, 18, pp. 195-209.
- Jayme, M. y Sau, V. (1996). *Psicología Diferencial del Sexo y del Género*. Barcelona: Icaria.
- Jodelet, D. (1986). La Representación Social: fenómenos, concepto y teoría. En: Moscovici, S. (dir.), *Psicología Social II*, pp. 469-494. Barcelona: Ed. Paidós.
- Jodelet, D. (1989) (dir). *Les Représentations Sociales*. París: PUF.
- Jodelet, D. (1991). Representaciones sociales: un área en expansión. En: Páez, D; San Juan, C.; Romo, I. y Vergara, A. *Sida: Imagen y Prevención*. Madrid: Fundamentos.
- Kerlinger, F. N. (1975). *Investigación del Comportamiento: Técnicas y metodología*. México, DF: Interamericana.
- Knickel, K. y Renting, H. (2000). Methodological and Conceptual Issues in the Study of Multifunctionality and Rural Development. En: *Sociologia Ruralis*, vol. 40, nº 4, pp. 512-528.
- Kottler, A.E. y Swartz, S. (1996). El análisis de la conversación: ¿qué es?, ¿podemos usarlo los psicólogos?. En: Gordo, A.J. y Linaza, J.L., *Psicologías, discursos y poder*, pp. 115-132. Madrid: Visor.
- Krueger, R. A. (1991). *El grupo de discusión: Guía práctica para la investigación aplicada*. Madrid: Pirámide.
- Lane, S. T. y Sawaia, B.B. (orgs.) (1995). *Novas Veredas da Psicologia Social*. Sao Paulo: EDUC-Brasiliense.

- Lather, P. (1992). Critical frames in educational research: Feminist and post-structural perspectives. En: *Theory into Practice*, 31 (2), pp. 88-99.
- Le Bouedec, G.(1979).*Contribution à la méthodologie d'étude des représentations sociales*. Univesidad de Louvain (Tesis de doctorado).
- Legrand, C. (2000). Nuevas poblaciones en el medio rural: Desde la acogida hasta el acompañamiento. En: *LEADER Magazine*, nº 22, pp. 4-8.
- Lengermann y Niebrugge-Brantley (1993).Teoría Feminista Contemporánea. En: Ritzer, G, *Teoría Sociológica Contemporánea*, pp. 353-409. Madrid, McGraw-Hill.
- Leontiev, A. (1978). *O desenvolvimento do psiquismo*. Lisboa: Livros Horizonte.
- Lorenzi-Cioldi, F. (1993). They all look alike, but so do we... sometimes. En: *British Journal of Social Psychology*, 31, pp. 111-124.
- Lorenzi-Cioldi, F. y Doïse, W. (1996). Identidad social e identidad personal. En: Bourhis, R. Y. y Leyens, J-P, *Estereotipos, Discriminación y Relaciones entre grupos*. (Coods. de la edición española: Morales, J.F. y Páez, D.). Madrid: McGraw Hill.
- Loring, J. (1992). Crisis de la agricultura capitalista y crisis del capitalismo. En: *Revista de Fomento Social*, nº 187, ETEA, Córdoba.
- Lucas, S. (1998). *Programa de orientación para el desarrollo de la madurez vocacional en educación secundaria*. Valladolid: Universidad de Valladolid (tesis doctoral).
- Lucas, S. (2000). "Formación Profesional y otros yacimientos de empleo". En: Ovejero, A.; Moral, M. V. Y Vivas i Elias, P.; *Aplicaciones en psicología social*, pp.282-288. Oviedo: Biblioteca Nueva.
- Lucas, S y Carbonero, M.A. (2002). *Construyendo la Decisión Vocacional*. Valladolid: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid.
- Maccoby, E. E. (1972). *Desarrollo de las diferencias sexuales*. Madrid: Marova.
- Maccoby, E.E. (1988). Gender as a social category. En: *Developmental Psychology*, nº 24, pp. 755-765.
- Maccoby, E. E. y Jacklin, C. N. (1974). *The psychology of sex differences*. Stanford (California): Stanford University Press.

- Markova, I. y Wilkie, P. (1987). Representations, Concepts and Social Change: The Phenomenon of AIDS. En: *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 17, pp. 398-409.
- Marsden, T. (1992). Exploring a Rural Sociology for the Fordist Transition. Incorporating Social Relations into Economic Restructuring. En: *Sociologia Ruralis*, volume 32, nº 2/3, pp. 209-230.
- Marsden, T. (1999). Rural Futures: The Consumption Countryside and its Regulation. En: *Sociologia Ruralis*, volume 39, nº 4, pp. 501-520.
- Marsden, T.; Murdoch, J.; Lowe, P.; Munton, R. y Flynn, A. (1993). *Constructing the Countryside*. Londres: UCL Press.
- Martín Baró, I. (1983). *Psicología Social desde Centro América: Acción e ideología*. San Salvador: UCA.
- Martín Baró, I. (1998). *Psicología de la liberación*. Madrid: Trotta.
- Martín, A. (Ed.) (1998). *Psicología Comunitaria: Fundamentos y aplicaciones*. Madrid: Síntesis.
- Martínez, J.M. et al. (2000). Situación de cambio en el mundo rural. Un estudio de aspectos psicosociales desde la investigación-acción participativa, en psicología social comunitaria. En: Fernández, J.; Herrero, J. y Bravo, A. (Eds.). *Intervención psicosocial y comunitaria: La promoción de la salud y la calidad de vida*, pp. 215-222. Oviedo: Biblioteca Nueva.
- Martínez-Benlloch, I.; Barberá, E. y Pastor, R. (1988). Medida de la masculinidad, feminidad y androginia psicológica. En: Fernández, J., *Nuevas perspectivas en el desarrollo del sexo y el género*, pp. 126-143. Madrid: Pirámide.
- Martinoy I Camós, S. (1995). Ruralidad y calidad de vida, una propuesta conceptual. En: *Intervención Psicosocial*, nº 12, 7-16.
- Marx, K. y Engels, F. (1966). *Obras Escogidas* (vol. I). Moscú, Ed. Progreso.
- Mathieu, N. (1998). La notion de rural et les rapports ville/campagne en France: les années quatre-vingt-dix. En: *Économie Rurale*, nº 247, septiembre-octubre, pp. 11-20.
- Millet, K. (1995). *Política Sexual*. Madrid: Cátedra (1ª edición. en inglés 1969).
- Montero, M. (1990). Autoimagen de los venezolanos: lo positivo y lo negativo. En Riquelme, H. (ed.), *Buscando América Latina*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Montero, M. (coord.) (1991). *Acción y Discurso: problemas de psicología política en América Latina*. Caracas: EDUVEN.

- Montero, M. (1994). Una mirada dentro de la *caja negra*: La construcción psicológica de la ideología. En: Montero, M., *Construcción y crítica de la psicología social*, pp. 127-147. Barcelona: Anthropos.
- Montero, M. (1995). Estratégias discursivas ideológicas. En: Lane, S. T. y Sawaia, B.B. (orgs.). *Novas Veredas da Psicologia Social*, pp. 83-96. Sao Paulo: EDUC-Brasiliense.
- Montmollin, G. (1985). El Cambio de Actitud. En: Moscovici, S., *Psicología Social I: Influencia y cambio de actitudes – Individuos y grupos*, pp. 117-174. Barcelona: Ed. Paidós.
- Morales, J. F y Páez, D. (1996). Estereotipos, discriminación y relaciones intergrupos en España y América Latina. En: Bourhis, R. Y. y Leyens, J-P, *Estereotipos, Discriminación y Relaciones entre grupos*, pp. 1-22. (Coods. de la edición española: Morales, J.F. y Páez, D.). Madrid: Mc Graw Hill.
- Moscovici, S. (1969). Prefacio a Herzlich, C., *Santé et maladie: Analyse d'une représentation sociale*, Paris: Mouton.
- Moscovici, S. (1976). La Psychanalyse, son image et son public. París: Presses Universitaires de France (original de 1961).
- Moscovici, S. (1985). *Psicología Social I: Influencia y cambio de actitudes – Individuos y grupos*. Barcelona: Ed. Paidós.
- Moscovici, S. (1986) *Psicología Social II: Pensamiento y vida social, Psicología social y problemas sociales*. Barcelona: Ed. Paidós.
- Moscovici, S. y Doise, W. (1991). *Dissenções e Consenso: uma teoria geral das decisoes colectivas*. Lisboa: Livros Horizonte.
- Moscovici, S. y Hewstone, M. (1986). De la ciencia al sentido común. En: Moscovici, S., *Psicología Social II: Pensamiento y vida social, Psicología social y problemas sociales*, pp. 679-710. Barcelona: Ed. Paidós.
- Moya, M. C. (1993). Categorías de género: consecuencias cognitivas sobre la identidad. En: *Revista de Psicología Social*, 8 (2), pp. 171-187.
- Moyano, E. (1999). Procesos de Cambio en la Agricultura Española. Crisis de identidad y nuevas oportunidades. En: VV.AA., *Agricultura Familiar en España*, pp. 7-11. Madrid: Fundación de Estudios Rurales – UPA.
- Mucchielli, A. (2001). *Diccionario de Métodos Cualitativos en Ciencias Humanas y Sociales*. Madrid: Síntesis.



- Murdoch, J. y Prarr, A. C., (1993). Rural studies: Modernism, Postmodernism and the Post-rural. En: *Journal of Rural Studies*, nº 9 (4), 411-427.
- Navarro, C. J. (1999). Women and Social Mobility in Rural Spain. En: *Sociologia Ruralis*, vol. 39, nº 2, pp. 222-235.
- Newby, H. (1983). Primera Parte: La Sociología Rural Institucionalizada. En Newby, H. y Sevilla-Guzmán, E., *Introducción a la sociología rural*, pp.13-135. Madrid: Alianza Universidad.
- Newby, H. y Sevilla-Guzmán, E. (1983). *Introducción a la sociología rural*. Madrid: Alianza Universidad.
- Nicolson, P. (1996). *Gender, power and organization*. London: Routledge.
- Nicolson, P. (2002). *Having it all? Choices for today's superwoman*. West Sussex: Wiley.
- Nightingale, D.J. y Cromby, J. (1999a). *Social Constructionist Psychology: a critical analysis of theory and practice*. Buckingham: Open University Press.
- Nightingale, D.J. y Cromby, J. (1999b). Reconstructing social constructionism. En: Nightingale, D.J. y Cromby, J., *Social Constructionist Psychology: a critical analysis of theory and practice*, pp. 207-224. Buckingham: Open University Press.
- Nogueira, C. (1999). Psicologia y Construção Social do Género. En: VV.AA., *Coeducação: do Principio ao Desenvolvimento de uma Prática*. Actas do Seminário Internacional, Comissão para a Igualdade e para os Direitos das Mulheres, Lisboa.
- Nogueira, C. (2001). *Um novo olhar sobre as relações sociais de género: feminismo e perspectivas críticas na psicologia social*. Lisboa: Fundação Calouste Gulbenkian.
- Observatorio Europeo L.E.A.D.E.R. (1997). De la empresa agraria a la empresa rural. En: *LEADER II Magazine*, nº15, pp. 15-23.
- Oldrup, H. (1999). Women Working off the Farm: Reconstructing Gender Identity in Danish Agriculture. En: *Sociologia Ruralis*, volume 39, nº 3, pp. 343-358.
- Osgood, C.; Suci, G. y Tannenbaum, P. (1957/1976). *La Medida del significado*. Madrid: Gredos.
- Ovejero, A. (1986). *Psicología Social y Educación*. Oviedo: Universidad de Oviedo, Instituto de Ciencias de la Educación.
- Ovejero, A. (1998). *Las relaciones humanas. Psicología Social y Aplicada*. Madrid: Biblioteca Nueva.

- Ovejero, A. (1999). *La Nueva Psicología Social y la Actual Postmodernidad: raíces, constitución y desarrollo histórico*. Oviedo: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo
- Ovejero, A. (2000a). *Ortega y la posmodernidad: Elementos para la construcción de una psicología pospositivista*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Ovejero, A. (2000b). La adicción como búsqueda de identidad: una base teórica psicosocial para una intervención eficaz. En: *Revista de Intervención Psicosocial*, vol. 9, nº 2, pp. 199-215.
- Páez, D. (1987). Características, funciones y proceso de formación de las representaciones sociales. En: Páez, D. y cols. *Pensamiento, Individuo y Sociedad: Cognición y Representación Social*, pp. 297-317. Madrid: Fundamentos.
- Páez, D. y Ayestarán, S. (1987). Representaciones Sociales y Estereotipos Grupales. En: Páez, D. y cols. *Pensamiento, Individuo y Sociedad: Cognición y Representación Social* (pp. 221-262). Madrid: Fundamentos.
- Páez, D. y cols. (1987). *Pensamiento, Individuo y Sociedad: Cognición y Representación Social*. Madrid: Fundamentos.
- Pahl, R (1966). The Rural-Urban Continuum. En: *Sociologia Ruralis*, vol. VI, n 3-4, pp. 299-329.
- Pakman, M. (comp.) (1996), *Construcciones de la Experiencia Humana*, (vol I). Barcelona: Gedisa.
- Parker, I. (1988). Deconstructing Accounts. En: Antaki, C. (Ed.), *Analysing Every-day Explanation: A Casebook of Methods*. Londres: Sage
- Parker, I. (1989). *The crisis in modern social psychology and how to end it*. London: Routledge.
- Parker, I. (1992). *Discourse Dynamics: Critical Analysis for Social and Individual Psychology*. Londres: Routledge.
- Parker, I. (1995). El retorno de lo reprimido: Los complejos discursivos y el complejo-psi. En: *Revista de Psicología Social Aplicada*, vol. 5, nº 12 (número monográfico), pp. 147-164.
- Parker, I. (1996). Discurso, cultura y poder en la vida cotidiana. En: Gordo, A.J. y Linaza, J.L., *Psicologías, discursos y poder*, pp. 79-106. Madrid: Visor.
- Parker, I. (1999). Critical reflexive humanism and critical constructionist psychology. En: Nightingale, D.J. y Cromby, J., *Social Constructionist Psychology: a critical analysis of theory and practice*, pp. 23-36. Buckingham: Open University Press.

- Patton, M. Q. (1980): *Qualitative evaluation methods*. Beverly Hills. Sage.
- Pereira de Sá, C. (1996). *Núcleo Central das Representações Sociais*. Petrópolis, Vozes.
- Pereira de Sá, C. (1998). *A Construção do Objeto de Pesquisa em Representações Sociais*. Rio de Janeiro: UERJ.
- Pérez Serrano, M.G. (1990). *Investigación-Acción: Aplicaciones al campo social y educativo*. Madrid: Dickinson.
- Poirier, J.; Clapier-Valladon, S. y Raybaut, P. (1983). *Les récits de vie. Théorie et pratique*. Paris, PUF.
- Potter, J. (1997). Discourse and Critical Social Psychology. En: Ibáñez, T. e Iñiguez, L. (Ed.), *Critical Social Psychology*, pp. 55-66. Londres: Sage.
- Potter, J. (1998). *La Representación de la Realidad: Discurso, retórica y construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Potter, J.; Stringer, P. y Wetherell, M. (1984). *Social Texts and Context*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Potter, J. y Wetherell, M. S. (1987). *Discourse and Social Psychology: Beyond Attitudes and Behaviour*. Londres: Sage.
- Pujal, M. y Pujol, J. (1995). Discurso, orden social y relaciones de poder: Una propuesta y su ejemplificación en el discurso sobre la maternidad. En: *Revista de Psicología Social Aplicada*, vol. 5, nº 12 (número monográfico), pp. 165-184.
- Ramos, E. (coord.), (1999). *El desarrollo rural en la Agenda 2000*. Madrid, MAPA.
- Ramos, E. y Cruz Villalón, J. (coords.), (1995). *Hacia un nuevo sistema rural*. Madrid, MAPA.
- Ramos, E. y Romero, J.J. (1993). La crisis del modelo de crecimiento y las nuevas funciones del medio rural. En: Ramos, E. y Caldentey, P., *El desarrollo rural andaluz a las puertas del siglo XXI*. Sevilla: Consejería de Agricultura Pesca y Alimentación.
- Ray, C. (2000). The EU LEADER Programme: Rural Development Laboratory. En: *Sociologia Ruralis*, volume 40, nº 2, pp. 163-171.
- Real Academia Española (1994). *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid: Espasa Calpe (21ª edición).
- Red, N. de la (2000). Mundo rural y trabajo social. En: Fernández de Larrinoa, K. (ed.), *La cosecha pendiente: de la intervención económica a la infraestructura cultural y comunitaria en el medio rural*. Madrid: Los Libros de la Catarata.

- Red, N. de la (coord.) (1996). *La intervención integral en municipios menores de 20.000 habitantes*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- Richardson, T. (2000). Discourses of Rurality in EU Spatial Policy: The European Spatial Development Perspective. En: *Sociologia Ruralis*, volume 40, nº 1, pp. 53-71.
- Rimé, B. (1989). El reparto social de las emociones. En: Echebarría, A. y Páez, D. (eds.), *Emociones: Perspectivas psicosociales*. Madrid, Fundamentos.
- Rivera, A.N. (1991). Psicología y Colonización. En: Montero, M. (coord.), *Acción y Discurso: problemas de psicología política en América Latina*. Caracas: EDUVEN.
- Roccas, S. y Schwartz, S.H. (1993). Effects of intergroup similarity on intergroup relations. En: *European Journal of Social Psychology*, nº23, pp. 581-595.
- Rodrigo, M.J.; Rodríguez, A. y Marrero, J. (Coords.) (1993). *Las teorías implícitas. Una aproximación al conocimiento cotidiano*. Madrid: Visor.
- Rodríguez, G.; Gil, J. y García Jiménez, E (1996). *Metodología de la investigación cualitativa*. Málaga: Aljibe.
- Roiser, M. (1997). Postmodernism, Postmodernity and Social Psychology. En: Ibáñez, T. e Íñiguez, L. (Ed.), *Critical Social Psychology*, pp. 95-110. Londres: Sage.
- Roiz, M. (1978). La mentalización rural en España. En: *Documentación Social*, nº. 32, pp. 161-181.
- Rosenthal y Jacobson (1968). *Pygmalion in the classroom: teacher's expectations and pupil's intellectual development*. New York: Rinehart y Winston.
- Rostow, W. W. (1961). *Las etapas del crecimiento económico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rubin, G. (1974). *Linking and lowering. An invitation to social psychology*. New York: Holt, Rinehart and Wilson.
- Rueda, D. (1996). El espacio rural: significación y características. En: Red, N. de la (coord.), *La intervención integral en municipios menores de 20.000 habitantes*, pp. 153 – 178. Valladolid, Junta de Castilla y León.
- Ruiz, J.I. (1999). *Metodología de la investigación cualitativa*. 2ª ed., Bilbao: Universidad de Deusto.
- Sampedro, R. (1995). Género y bienestar social en el mundo rural. En: *Revista Intervención Psicosocial*. Vol IV, nº 12, pp. 37-45.

- Sampedro, R. (1996). *Género y Ruralidad. Las mujeres ante el reto de la desagravación*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales - Instituto de la Mujer.
- Sampson, E.E. (1981). Cognitive Psychology as ideology. En: *American Psychologist*, 36, 7, pp. 730-743.
- Sampson, E.E. (1991). *Social Worlds, Personal Lives: An introduction to Social Psychology*. San Diego: HBJ.
- Santos, M.A. (1990). *Hacer visible lo cotidiano*. Madrid, Akal.
- Saraceno, E. (1994). Alternative readings of spatial differentiation: The rural versus the local economy approach in Italy. En: *European Review of Agricultural Economics*, nº. 21, pp. 451-474.
- Sau, V. (1993). *Ser Mujer: el fin de una imagen tradicional*. Barcelona, Icaria.
- Sau, V. (1996). Construcción de la Identidad Personal y la Influencia del Género. En: *La coeducación ¿transversal de transversales?*, pp. 11-20. Vitoria: Emakunde, Instituto Vasco de la Mujer.
- Saussure, F. (1983). *Course in general linguistics*. Londres: Duckworth
- Scheff, T. J. (1990). *Microsociology, Discourse, Emotion and Social Estructure*. Chicago: University Chicago Press.
- Sebastián, J. H. (1988). Androginia y flexibilidad de roles. En: Fernández, J., *Nuevas perspectivas en el desarrollo del sexo y el género*, pp. 171-204. Madrid: Pirámide.
- Serrano, J. (1996). La psicología cultural como psicología crítico-interpretativa. En: Gordo, A.J. y Linaza, J.L., *Psicologías, discursos y poder*, pp. 93-106. Madrid: Visor.
- Sevilla-Guzmán, E. (1983a). Apéndice a la primera parte: una breve incursión por "la otra sociología rural". En Newby, H. y Sevilla-Guzmán, E., *Introducción a la sociología rural*, pp. 137-165. Madrid: Alianza Universidad.
- Sevilla-Guzmán, E. (1983b). Segunda Parte: Sobre el pensamiento social agrario en España. En Newby, H. y Sevilla-Guzmán, E., *Introducción a la sociología rural*, pp. 167-241. Madrid: Alianza Universidad.
- Sorokin, P.A. y Zimmerman, C.C. (1929). *Principles of Rural-Urban Sociology*. New York, Henry Holt.
- Spink, M. J. (1995) Desvendando as teorias implícitas: Uma metodologia de análise das representações sociais. En: Guareschi, P. Y Jovchelovitch S. (orgs.), *Textos em Representações Sociais*, pp. 117-145. Petrópolis: Vozes.

- Spradley, J.P.(1979). *The ethnographic interview*. New York: Holt, Rinehart y Winston.
- Stake, R. E. (1995): *The art of case study research*. Thousand Oaks, CA: Sage Publicitations.
- Stiglbauer, A. M. y Weiss, C. R. (2000). Family and non-family succession in the Upper-Austrian farm sector. En: *Cahiers d'économie et sociologie rurales*, nº 54, pp. 6-9.
- Tajfel, H. (1982). Comportamento Intergrupo e Psicologia Social da Mudança. En: VV.AA., *Mudança Social e Psicologia Social*, pp.13-40. Lisboa: Livros Horizonte.
- Tajfel, H. (1983). Intergroup Relations, Social Myths and Social Justice in Social Psychology. En: Tajfel, H. (comp.), *The Social Dimension: European Developments in Social Psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tajfel, H. (1984). *Grupos Humanos y Categorías Sociales*. Barcelona: Herder.
- Tajfel, H. y Turner, J.C. (1979). An integrative theory of intergroup conflict. En: Austin, W.G. y Worchel, S. (Eds.), *The social psychology of intergroup relations*. Belmont (CA): Wadsworth.
- Tajfel, H.; Flament, C.; Billig, M. y Bundy, R.P. (1971). Social categorization and intergroup behaviour. En: *European Journal of Social Psychology*, 1, pp. 149-178.
- Taylor, S. y Bogdan, R. (1986). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- Tejada, A. (2001). Género, ¿una realidad silenciada? En: *Documentación Social*, nº 124, pp. 203-220.
- Tönnies, F. (1957). *Community and Society*. New York: Karper & Row. (Trabajo original publicado en 1887).
- Torregrosa, J.R. (1983). La identidad personal y social. En: Torregrosa, J.R. y Sarabia, B. (Eds.), *Perspectivas y contextos de la psicología social*. Barcelona: Hispano-Europea.
- Turner, J.C. (1975). Social comparison and social identity: Some prospects for intergroup behaviour. En: *European Journal of Social Psychology*, 5, pp. 5-34.
- Turner, J. C. (1983). Social Identification and Psychological Group Formation. En: Tajfel, H. (comp.), *The Social Dimension: European Developments in Social Psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Unger, R.K. (1979). Toward a redefinition of sex and gender. En: *American Psychologist*, nº 34 (11), pp. 1085-1094.
- Unger, R.K. (1994). Los reflejos imperfectos de la realidad: la psicología construye los roles sexuales. En: Hare-Mustin, R.T. y Marecek, J. (eds.). *Marcar la diferencia, psicología y construcción de los sexos*, pp. 129-180. Barcelona: Herder.
- Vala, J. (1984). *Représentation Sociale de la Violence*. Universidad de Louvain (Tesis de Doctorado).
- Van Der Ploeg, J. D. et al. (2000). Rural Development: From Practices and Policies towards Theory. En: *Sociologia Ruralis*, vol. 40, nº 4, pp. 391-408.
- Vera, A. y Rivera, J. (1999). *Contribución invisible de las mujeres a la economía: el caso específico del mundo rural*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales – Instituto de la Mujer.
- Villarino, M. y Cánoves, G. (2000). Turismo Rural en Galicia: Sin Mujeres Imposible. En: García-Ramón, M. D. y Baylina Ferré, M. (Eds.), *El nuevo papel de las mujeres en el desarrollo rural*, pp. 171-198. Vilassar de Mar, Oikos-Tau.
- Visauta, B. (1989). *Técnicas de Investigación Social. I: Recogida de Datos*. Barcelona, PPU.
- VV.AA (2000). *Congreso Europeo de Mujeres Rurales, 1999*. Madrid, Instituto de la Mujer (Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales).
- Wagner, W. (1995). Descrição, explicação e método na pesquisa das Representações Sociais. En Guareschi, P. y Jovchelovitch, S. (Orgs.). *Textos em Representações Sociais*, pp. 149-186. Petrópolis: Vozes.
- Wagner, W. y Elejabarrieta, F. (1996). Representaciones Sociales. En: Morales, J. F. (coord.), *Psicología Social*. Madrid: McGraw-Hill.
- Walker, R. (1983): La realización de estudios de casos en educación: Ética, teoría y procedimientos. En: Docrell, W. B. y Hamilton, D. (Comps): *Nuevas reflexiones sobre la investigación educativa*, pp. 42-82. Madrid: Narcea.
- Wallerstein, I. (1984). *El Moderno Sistema Mundial: la agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI* (Vol. 1). Madrid: Siglo XXI.
- Weedon, C. (1987). *Feminist Practice and Poststructuralist Theory*. Oxford: Basil Blackwell.
- Wetherell, M. S. y Potter, J. (1993). *Mapping the Language of Racism*. Brighon: Harvester.

- Wetherell, M. S. y Potter, J. (1996). El análisis del discurso y la identificación de los repertorios interpretativos. En: Gordo, A.J. y Linaza, J.L., *Psicologías, discursos y poder*, pp. 63-78. Madrid: Visor.
- Wetherell, M. S.; Stiven, H. y Potter, J. (1987). Unequal Egalitarianism: A Preliminary Study of Discourses Concerning Gender an Employment Opportunities. En: *British Journal of Social Psychology*, nº 26, pp. 59-71.
- Whatmore, S. (1991). *Farming Women, Gender, Work and Family Enterprise*. Londres: Mcmillan.
- Wilkinson, S. (1997). Prioritizing the Political: Feminist Psychology. En: Ibáñez, T. e Iñiguez, L. (Ed.), *Critical Social Psychology*, pp. 178-193. Londres: Sage.
- Willig, C. (1999). Beyond appearances: a critical realist approach to social constructionist work. En: Nightingale, D.J. y Cromby, J., *Social Constructionist Psychology: a critical analysis of theory and practice*, pp. 37-51. Buckingham: Open University Press.



**ANEXOS**



## DIFERENCIAL SEMÁNTICO

### DATOS PERSONALES:

Edad: \_\_\_\_\_

Estudios: \_\_\_\_\_

Profesión: \_\_\_\_\_

Situación laboral (señale): empleada \_\_\_\_\_ desempleada \_\_\_\_\_

Lugar de residencia: \_\_\_\_\_

¿Cuánto tiempo hace que reside en esta localidad? \_\_\_\_\_

¿Cuántos residen en la misma localidad? \_\_\_\_\_

De su vida, en total:

¿Cuántos años ha vivido en pueblos (- 10.000 hab.)? \_\_\_\_\_

¿Cuántos años ha vivido en ciudades (+ 10.000 hab.)? \_\_\_\_\_

**¡MUCHAS GRACIAS POR COLABORAR!**

**INSTRUCCIONES:** Lea atentamente el nombre que encabeza cada lista, marcando con una X el espacio entre cada par de adjetivos que mejor exprese lo que piensa o siente sobre esta idea.

### LO RURAL ES...

INTELIGENTE	_	_	_	_	_	_	_	TONTO
PASIVO	_	_	_	_	_	_	_	ACTIVO
GROSERO	_	_	_	_	_	_	_	EDUCADO
BONITO	_	_	_	_	_	_	_	FEO
VIEJO	_	_	_	_	_	_	_	JOVEN
BUENO	_	_	_	_	_	_	_	MALO
RÍGIDO	_	_	_	_	_	_	_	FLEXIBLE
HÁBIL	_	_	_	_	_	_	_	TORPE
ABIERTO	_	_	_	_	_	_	_	CERRADO
POBRE	_	_	_	_	_	_	_	RICO
ABURRIDO	_	_	_	_	_	_	_	DIVERTIDO
FUERTE	_	_	_	_	_	_	_	DÉBIL
LIGERO	_	_	_	_	_	_	_	PESADO
FRÍO	_	_	_	_	_	_	_	CALIENTE
ESCASO	_	_	_	_	_	_	_	ABUNDANTE
TRISTE	_	_	_	_	_	_	_	ALEGRE
LENTO	_	_	_	_	_	_	_	RÁPIDO
IMPERFECTO	_	_	_	_	_	_	_	PERFECTO
PEREZOSO	_	_	_	_	_	_	_	TRABAJADOR
AGRADABLE	_	_	_	_	_	_	_	DESAGRADABLE

## LO URBANO ES...

INTELIGENTE	— — — — —	TONTO
PASIVO	— — — — —	ACTIVO
GROSERO	— — — — —	EDUCADO
BONITO	— — — — —	FEO
VIEJO	— — — — —	JOVEN
BUENO	— — — — —	MALO
RÍGIDO	— — — — —	FLEXIBLE
HÁBIL	— — — — —	TORPE
ABIERTO	— — — — —	CERRADO
POBRE	— — — — —	RICO
ABURRIDO	— — — — —	DIVERTIDO
FUERTE	— — — — —	DÉBIL
LIGERO	— — — — —	PESADO
FRÍO	— — — — —	CALIENTE
ESCASO	— — — — —	ABUNDANTE
TRISTE	— — — — —	ALEGRE
LENTO	— — — — —	RÁPIDO
IMPERFECTO	— — — — —	PERFECTO
PEREZOSO	— — — — —	TRABAJADOR
AGRADABLE	— — — — —	DESAGRADABLE

## UN PUEBLO ES...

INTELIGENTE	— — — — —	TONTO
PASIVO	— — — — —	ACTIVO
GROSERO	— — — — —	EDUCADO
BONITO	— — — — —	FEO
VIEJO	— — — — —	JOVEN
BUENO	— — — — —	MALO
RÍGIDO	— — — — —	FLEXIBLE
HÁBIL	— — — — —	TORPE
ABIERTO	— — — — —	CERRADO
POBRE	— — — — —	RICO
ABURRIDO	— — — — —	DIVERTIDO
FUERTE	— — — — —	DÉBIL
LIGERO	— — — — —	PESADO
FRÍO	— — — — —	CALIENTE
ESCASO	— — — — —	ABUNDANTE
TRISTE	— — — — —	ALEGRE
LENTO	— — — — —	RÁPIDO
IMPERFECTO	— — — — —	PERFECTO
PEREZOSO	— — — — —	TRABAJADOR
AGRADABLE	— — — — —	DESAGRADABLE

## UNA CIUDAD ES...

INTELIGENTE	— — — — —	TONTA
PASIVA	— — — — —	ACTIVA
GROSERA	— — — — —	EDUCADA
BONITA	— — — — —	FEA
VIEJA	— — — — —	JOVEN
BUENA	— — — — —	MALA
RÍGIDA	— — — — —	FLEXIBLE
HÁBIL	— — — — —	TORPE
ABIERTA	— — — — —	CERRADA
POBRE	— — — — —	RICA
ABURRIDA	— — — — —	DIVERTIDA
FUERTE	— — — — —	DÉBIL
LIGERA	— — — — —	PESADA
FRÍA	— — — — —	CALIENTE
ESCASA	— — — — —	ABUNDANTE
TRISTE	— — — — —	ALEGRE
LENTA	— — — — —	RÁPIDA
IMPERFECTA	— — — — —	PERFECTA
PEREZOSA	— — — — —	TRABAJADORA
AGRADABLE	— — — — —	DESAGRADABLE

## LA GENTE DE PUEBLO ES...

INTELIGENTE	—	—	—	—	—	—	—	TONTA
PASIVA	—	—	—	—	—	—	—	ACTIVA
GROSERA	—	—	—	—	—	—	—	EDUCADA
BONITA	—	—	—	—	—	—	—	FEA
VIEJA	—	—	—	—	—	—	—	JOVEN
BUENA	—	—	—	—	—	—	—	MALA
RÍGIDA	—	—	—	—	—	—	—	FLEXIBLE
HÁBIL	—	—	—	—	—	—	—	TORPE
ABIERTA	—	—	—	—	—	—	—	CERRADA
POBRE	—	—	—	—	—	—	—	Rica
ABURRIDA	—	—	—	—	—	—	—	DIVERTIDA
FUERTE	—	—	—	—	—	—	—	DÉBIL
LIGERA	—	—	—	—	—	—	—	PESADA
FRÍA	—	—	—	—	—	—	—	CALIENTE
ESCASA	—	—	—	—	—	—	—	ABUNDANTE
TRISTE	—	—	—	—	—	—	—	ALEGRE
LENTA	—	—	—	—	—	—	—	RÁPIDA
IMPERFECTA	—	—	—	—	—	—	—	PERFECTA
PEREZOSA	—	—	—	—	—	—	—	TRABAJADORA
AGRADABLE	—	—	—	—	—	—	—	DESAGRADABLE



## LA GENTE DE CIUDAD ES...

INTELIGENTE	— — — — —	TONTA
PASIVA	— — — — —	ACTIVA
GROSERA	— — — — —	EDUCADA
BONITA	— — — — —	FEA
VIEJA	— — — — —	JOVEN
BUENA	— — — — —	MALA
RÍGIDA	— — — — —	FLEXIBLE
HÁBIL	— — — — —	TORPE
ABIERTA	— — — — —	CERRADA
POBRE	— — — — —	RICA
ABURRIDA	— — — — —	DIVERTIDA
FUERTE	— — — — —	DÉBIL
LIGERA	— — — — —	PESADA
FRÍA	— — — — —	CALIENTE
ESCASA	— — — — —	ABUNDANTE
TRISTE	— — — — —	ALEGRE
LENTA	— — — — —	RÁPIDA
IMPERFECTA	— — — — —	PERFECTA
PEREZOSA	— — — — —	TRABAJADORA
AGRADABLE	— — — — —	DESAGRADABLE

**INSTRUCCIONES:** Lea atentamente el nombre que encabeza cada lista, marcando con una X el espacio entre cada par de adjetivos que en su opinión mejor exprese lo que la gente que vive en las ciudades piensa o siente sobre esa idea.

### LO RURAL ES...

INTELIGENTE	—	—	—	—	—	—	—	TONTO
PASIVO	—	—	—	—	—	—	—	ACTIVO
GROSERO	—	—	—	—	—	—	—	EDUCADO
BONITO	—	—	—	—	—	—	—	FEO
VIEJO	—	—	—	—	—	—	—	JOVEN
BUENO	—	—	—	—	—	—	—	MALO
RÍGIDO	—	—	—	—	—	—	—	FLEXIBLE
HÁBIL	—	—	—	—	—	—	—	TORPE
ABIERTO	—	—	—	—	—	—	—	CERRADO
POBRE	—	—	—	—	—	—	—	RICO
ABURRIDO	—	—	—	—	—	—	—	DIVERTIDO
FUERTE	—	—	—	—	—	—	—	DÉBIL
LIGERO	—	—	—	—	—	—	—	PESADO
FRÍO	—	—	—	—	—	—	—	CALIENTE
ESCASO	—	—	—	—	—	—	—	ABUNDANTE
TRISTE	—	—	—	—	—	—	—	ALEGRE
LENTO	—	—	—	—	—	—	—	RÁPIDO
IMPERFECTO	—	—	—	—	—	—	—	PERFECTO
PEREZOSO	—	—	—	—	—	—	—	TRABAJADOR
AGRADABLE	—	—	—	—	—	—	—	DESAGRADABLE

## LA GENTE DE PUEBLO ES...

INTELIGENTE	— — — — —	TONTA
PASIVA	— — — — —	ACTIVA
GROSERA	— — — — —	EDUCADA
BONITA	— — — — —	FEA
VIEJA	— — — — —	JOVEN
BUENA	— — — — —	MALA
RÍGIDA	— — — — —	FLEXIBLE
HÁBIL	— — — — —	TORPE
ABIERTA	— — — — —	CERRADA
POBRE	— — — — —	RICHA
ABURRIDA	— — — — —	DIVERTIDA
FUERTE	— — — — —	DÉBIL
LIGERA	— — — — —	PESADA
FRÍA	— — — — —	CALIENTE
ESCASA	— — — — —	ABUNDANTE
TRISTE	— — — — —	ALEGRE
LENTA	— — — — —	RÁPIDA
IMPERFECTA	— — — — —	PERFECTA
PEREZOSA	— — — — —	TRABAJADORA
AGRADABLE	— — — — —	DESAGRADABLE

## UN PUEBLO ES...

INTELIGENTE	— — — — —	TONTO
PASIVO	— — — — —	ACTIVO
GROSERO	— — — — —	EDUCADO
BONITO	— — — — —	FEO
VIEJO	— — — — —	JOVEN
BUENO	— — — — —	MALO
RÍGIDO	— — — — —	FLEXIBLE
HÁBIL	— — — — —	TORPE
ABIERTO	— — — — —	CERRADO
POBRE	— — — — —	RICO
ABURRIDO	— — — — —	DIVERTIDO
FUERTE	— — — — —	DÉBIL
LIGERO	— — — — —	PESADO
FRÍO	— — — — —	CALIENTE
ESCASO	— — — — —	ABUNDANTE
TRISTE	— — — — —	ALEGRE
LENTO	— — — — —	RÁPIDO
IMPERFECTO	— — — — —	PERFECTO
PEREZOSO	— — — — —	TRABAJADOR
AGRADABLE	— — — — —	DESAGRADABLE

**PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE  
AGRICULTURA, PESCA Y ALIMENTACIÓN**



## SERIE ESTUDIOS

1. García Fernando, Manuel. *La innovación tecnológica y su difusión en la agricultura*. 1976. 300 p. (agotado).
2. *Situación y perspectivas de la agricultura familiar en España*. Arturo Camilleri Lapeyre et al. 1977. 219 p. (agotado).
3. *Propiedad, herencia y división de la explotación agraria. La sucesión en el Derecho Agrario*. Director: José Luís de los Mozos. 1977. 293 p. (agotado).
4. Artola, Miguel, Contreras, Jaime y Bernal, Antonio Miguel. *El latifundio. Propiedad y explotación, siglos XVIII-XX*. 1978. 197 p. (agotado).
5. Juan i Fenollar, Rafael. *La formación de la agroindustria en España (1960-1970)*. 1978. 283 p.
6. López Linage, Javier. *Antropología de la ferocidad cotidiana: supervivencia y trabajo en una comunidad cántabra*. 1978. 283 p.
7. Pérez Yruela, Manuel. *La conflictividad campesina en la provincia de Córdoba (1931-1936)*. 1978. 437 p.
8. López Ontiveros, Agustín. *El sector oleícola y el olivar: oligopolio y coste de recolección*. 1978. 218 p.
9. Castillo, Juan José. *Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino en España (la Confederación Nacional Católica Agraria, 1917-1924)*. 1979. 552 p.
10. *La evolución del campesinado: la agricultura en el desarrollo capitalista*. Selección de Miren Etxezarreta Zubizarreta. 1979. 363 p.
11. Moral Ruiz, Joaquín del. *La agricultura española a mediados del siglo XIX (1850-1870). Resultados de una encuesta agraria de la época*. 1979. 228 p.
12. Titos Moreno, Antonio y Rodríguez Alcaide, José Javier. *Crisis económica y empleo en Andalucía*. 1979. 198 p.
13. Cuadrado Iglesias, Manuel. *Aprovechamiento en común de pastos y leñas*. 1980. 539 p.
14. Díez Rodríguez, Fernando. *Prensa agraria en la España de la Ilustración. El semanario de Agricultura y Artes dirigido a los párrocos (1797-1808)*. 1980. 215 p.
15. Arnalte Alegre, Eladio. *Agricultura a tiempo parcial en el País Valenciano. Naturaleza y efectos del fenómeno en el regadío litoral*. 1980. 378 p.
16. Grupo ERA (Estudios Rurales Andaluces). *Las agriculturas andaluzas*. 1980. 505 p.

17. Bacells, Albert. *El problema agrario en Cataluña. La cuestión Rabassaire (1980-1936)*. 1980. 438 p.
18. Carnero i Arbat, Teresa. *Expansión vinícola y atraso agrario (1870-1900)*. 1980. 289 p.
19. Cruz Villalón, Josefina. *Propiedad y uso de la tierra en la Baja Andalucía. Carmona, siglos XVIII-XX*. 1980. 360 p.
20. Héran Haen, François. *Tierra y parentesco en el campo sevillano: la revolución agrícola del siglo XIX*. 1980. 268 p.
21. García Ferrando, Manuel y González Blasco, Pedro. *Investigación agraria y organización social*. 1981. 226 p.
22. Leach, Gerald. *Energía y producción de alimentos*. 1981. 210 p.
23. Mangas Navas, José Manuel. *El régimen comunal agrario de los Concejos de Castilla*. 1981. 316 p.
24. Tió, Carlos. *La política de aceites comestibles en la España del siglo XX*. 1982. 532 p.
25. Mignon, Christian. *Campos y campesinos de la Andalucía mediterránea*. 1982. 606 p.
26. Pérez Touriño, Emilio. *Agricultura y capitalismo. Análisis de la pequeña producción campesina*. 1983. 332 p.
27. Vassberg, David E. *La venta de tierras baldías. El comunitarismo agrario y la Corona de Castilla durante el siglo XVI*. 1983. 265 p.
28. Romero González, Juan. *Propiedad agraria y sociedad rural en la España mediterránea. Los casos valenciano y castellano en los siglos XIX y XX*. 1983. 465 p.
29. Gros Imbiola, Javier. *Estructura de la producción porcina en Aragón*. 1984. 235 p.
30. López López, Alejandro. *El boicot de la derecha y las reformas de la Segunda República. La minoría agraria, el rechazo constitucional y la cuestión de la tierra*. 1984. 452 p.
31. Moyano Estrada, Eduardo. *Corporatismo y agricultura. Asociaciones profesionales y articulación de intereses en la agricultura española*. 1984. 357 p.
32. Donézar Díez de Ulzurrun, Javier María. *Riqueza y propiedad en la Castilla del Antiguo Régimen. La provincia de Toledo en el siglo XVIII*. 2.ª edición 1996. 580 p.
33. Mangas Navas, José Manuel. *La propiedad de la tierra en España. Los patrimonios públicos. Herencia contemporánea de un reformismo inconcluso*. 1984. 350 p. (agotado).
34. *Sobre agricultores y campesinos. Estudios de Sociología Rural de España*. Compilador. Eduardo Sevilla-Guzmán. 1984. 425 p.



35. Colino Sueiras, José. *La Integración de la agricultura gallega en el capitalismo. El horizonte de la CEE*. 1984. 438 p.
36. Campos Palacín, Pablo. *Economía y Energía en la dehesa extremeña*. 1984. 335 p. (agotado).
37. Piqueras Haba, Juan. *La agricultura valenciana de exportación y su formación histórica*. 1985. 249 p.
38. Viladomiu Canela, Lourdes. *La inserción de España en el complejo soja-mundial*. 1985. 448 p.
39. Peinado García, María Luisa. *El consumo y la industria alimentaria en España. Evolución, problemática y penetración del capital extranjero a partir de 1960*. 1985. 453 p.
40. *Lecturas sobre agricultura familiar*. Compiladores: Manuel Rodríguez Zúñiga y Rosa Soria Gutiérrez. 1985. 401 p.
41. *La agricultura insuficiente. La agricultura a tiempo parcial*. Directora: Miren Etxezarreta Zubizarreta. 1983. 442 p.
42. Ortega López, Margarita. *La lucha por la tierra en la corona de Castilla al final del Antiguo Régimen. El expediente de Ley Agraria*. 1986. 330 p.
43. Palazuelos Manso, Enrique y Granda Alva, Germán. *El mercado del café. Situación mundial e importancia en el comercio con América Latina*. 1986. 336 p.
44. *Contribución a la historia de la trashumancia en España*. Compiladores: Pedro García Martín y José María Sánchez Benito. 2.<sup>a</sup> edición 1996. 512 p.
45. Zambrana Pineda, Juan Francisco. *Crisis y modernización del olivar español, 1870-1930*. 1987. 472 p.
46. Mata Olmo, Rafael. *Pequeña y gran propiedad agraria en la depresión del Guadalquivir*. 1987. 2 tomos. (agotado).
47. *Estructuras y regímenes de tenencia de la tierra en España: Ponencias y comunicaciones del II Coloquio de Geografía Agraria*. 1987. 514 p.
48. San Juan Mesonada, Carlos. *Eficacia y rentabilidad de la agricultura española*. 1987. 469 p.
49. Martínez Sánchez, José María. *Desarrollo agrícola y teoría de sistemas*. 1987. 375 p. (agotado).
50. *Desarrollo rural integrado*. Compiladora: Miren Etxezarreta Zubizarreta. 1988. 436 p. (agotado).
51. García Martín, Pedro. *La ganadería mesteña en la España borbónica (1700-1836)*. 1988. 483 p.

52. Moyano Estrada, Eduardo. *Sindicalismo y política agraria en Europa. Las organizaciones profesionales agrarias en Francia, Italia y Portugal*. 1988. 648 p.
53. Servolin, Claude. *Las políticas agrarias*. 1988. 230 p. (agotado).
54. *La modernización de la agricultura española. 1956-1986*. Compilador: Carlos San Juan Mesonada. 1989. 559 p.
55. Pérez Picazo, María Teresa. *El Mayorazgo en la historia económica de la región murciana, expansión, crisis y abolición (Ss. XVII-XIX)*. 1990. 256 p.
56. *Camino rural en Europa. Programa de investigación sobre las estructuras agrarias y la pluriactividad*. Montpellier, 1987. Fundación Arkleton. 1990. 381 p.
57. *La agrociudad mediterránea. Estructuras sociales y procesos de desarrollo*. Compilador: Francisco López-Casero Olmedo. 1990. 420 p.
58. *El mercado y los precios de la tierra: funcionamiento y mecanismos de intervención*. Compiladora: Consuelo Varela Ortega. 1988. 434 p.
59. García Álvarez-Coque, José María, *análisis institucional de las políticas agrarias. Conflictos de intereses y política agraria*. 1991. 387 p.
60. Alario Trigueros, Milagros. *Significado espacial y socioeconómico de la concentración parcelaria en Castilla y León*. 1991. 457 p.
61. Giménez Romero, Carlos. *Valdelaguna y Coatepec. Permanencia y funcionalidad del régimen comunal agrario en España y México*. 1991. 547 p.
62. Menegus Bornemann, Margarita. *Del Señorío a la República de indios. El caso de Toluca, 1500-1600*. 1991. 260 p.
63. Dávila Zurita, Manuel María y Buendía Moya, José. *El mercado de productos fitosanitarios*. 1991. 190 p.
64. Torre, Joseba de la. *Los campesinos navarros ante la guerra napoleónica. Financiación bélica y desamortización civil*. 1991. 289 p.
65. Barceló Vila, Luis Vicente. *Liberación, ajuste y reestructuración de la agricultura española*. 1991. 561 p.
66. Majuelo Gil, Emilio y Pascual Bonis, Ángel. *Del catolicismo agrario al cooperativismo empresarial. Setenta y cinco años de la Federación de Cooperativas navarras, 1910-1985*. 1991. 532 p.
67. Castillo Quero, Manuela. *Las políticas limitantes de la oferta lechera. Implicaciones para el sector lechero español*. 1992. 406 p.
68. *Hitos históricos de los regadíos españoles*. Compiladores: Antonio Gil Olcina y Alfredo Morales Gil. 1992. 404 p.
69. *Economía del agua*. compilador: Federico Aguilera Klink. 2.ª edición 1996. 425 p.

70. *Propiedad y explotación campesina en la España contemporánea*. Compilador: Ramón Garrabou. 1992. 379 p.
71. Cardesín, José María. *Tierra, trabajo y reproducción social en una aldea gallega. (Ss. XVII-XX). Muerte de unos, vida de otros*. 1992. 374 p.
72. Aldanondo Ochoa, Ana María. *Capacidad tecnológica y división internacional del trabajo en la agricultura. (Una aplicación al comercio internacional hortofrutícola y a la introducción de innovaciones postcosecha en la horticultura canaria)*. 1992. 473 p.
73. Paniagua Mazorra, Ángel. *Repercusiones sociodemográficas de la política de colonización durante el siglo XIX y primer tercio del XX*. 1992. 413 p.
74. Marrón Gaité, María Jesús. *La adopción y expansión de la remolacha azucarera en España (de los orígenes al momento actual)*. 1992. 175 p.
75. *Las organizaciones profesionales agrarias en la Comunidad Europea*. Compilador: Eduardo Moyano Estrada. 1993. 428 p.
76. *Cambio tecnológico y medio ambiente rural. (Procesos y reestructuraciones rurales)*. Compiladores: Philip Lowe, Ferry Marsden y Sarah Whatmore. 1993. 339 p.
77. Gavira Álvarez, Lina. *Segmentación del mercado de trabajo rural y desarrollo: el caso de Andalucía*. 1993. 580 p.
78. Sanz Cañada, Javier. *Industria agroalimentaria y desarrollo regional. Análisis y toma de decisiones locacionales*. 1993. 405 p.
79. Gómez López, José Daniel. *Cultivos de invernadero en la fachada Sureste peninsular ante el ingreso en la C.E.* 1993. 378 p.
80. Moyano Estrada, Eduardo. *Acción colectiva y cooperativismo en la agricultura europea (Federaciones de cooperativas y representación de intereses en la Unión Europea)*. 1993. 496 p.
81. Camarero Rioja, Luis Alfonso. *Del éxodo rural y del éxodo urbano. Ocaso y renacimiento de los asentamientos rurales en España*. 1993. 501 p.
82. Baraja Rodríguez, Eugenio. *La expansión de la industria azucarera y el cultivo remolachero del Duero en el contexto nacional*. 1994. 681 p.
83. Robledo Hernández, Ricardo. *Economistas y reformadores españoles: La cuestión agraria (1760-1935)*. 1994. 135 p.
84. Bonete Perales, Rafael. *Condicionamientos internos y externos de la PAC*. 1994. 470 p.
85. Ramón Morte, Alfredo. *Tecnificación del regadío valenciano*. 1994. 642 p.
86. Pérez Rubio, José Antonio. *Yunteros, braceros y colonos. La política agraria en Extremadura, 1940-1975*. 1994. 612 p.

87. *La globalización del sector agroalimentario*. Director: Alessandro Bonnano. 1994. 310 p.
88. *Modernización y cambio estructural en la agricultura española*. Coordinador: José María Sumpsi Viñas. 1994. 366 p.
89. Mulero Mendigorri, A. *Espacios rurales de ocio. Significado general y análisis en la Sierra Morena cordobesa*. 1994. 572 p.
90. Langreo Navarro, Alicia y García Azcárate, Teresa. *Las interprofesionales agroalimentarias en Europa*. 1994. 670 p.
91. Montiel Molina, Cristina. *Los montes de utilidad pública en la Comunidad Valenciana*. 1994. 372 p.
92. *La agricultura familiar ante las nuevas políticas agrarias comunitarias*. Miren Etxezarreta Zubizarreta et al. 1994. 660 p.
93. *Estimación y análisis de la balanza comercial de productos agrarios y agroindustriales de Navarra*. Director: Manuel Rapún Gárate. 1995. 438 p.
94. Billón Currás, Margarita. *La exportación hortofrutícola. El caso del albaricoque en fresco y la lechuga iceberg*. 1995. 650 p.
95. *California y el Mediterráneo. Historia de dos agriculturas competidoras*. Coordinador: José Morilla Critz. 1995. 499 p.
96. Pinilla Navarro, Vicente. *Entre la inercia y el cambio: el sector agrario aragonés, 1850-1935*. 1995. 500 p.
97. *Agricultura y desarrollo sostenible*. Coordinador: Alfredo Cadenas Marín. 1994. 468 p.
98. Oliva Serrano, Jesús. *Mercados de trabajo y reestructuración rural: una aproximación al caso castellano-manchego*. 1995. 300 p.
99. *Hacia un nuevo sistema rural*. Coordinadores: Eduardo Ramos Real y Josefina Cruz Villalón. 1995. 792 p.
100. Catálogo monográfico de los 99 libros correspondientes a esta Serie.
101. López Martínez, María. *Análisis de la industria agroalimentaria española (1978-1989)*. 1995. 594 p.
102. Carmona Ruiz, María Antonia. *Usurpaciones de tierras y derechos comunales en Sevilla y su "Tierra" durante el siglo XV*. 1995. 254 p.
103. Muñoz Torres, María Jesús. *Las importaciones de cítricos en la República Federal de Alemania. Un enfoque cuantitativo*. 1995. 174 p.
104. García Muñoz, Adelina. *Los que no pueden vivir de lo suyo: trabajo y cultura en el campo de Calatrava*. 1995. 332 p.
105. Martínez López, Alberte. *Cooperativismo y transformaciones agrarias en Galicia, 1886-1943*. 1995. 286 p.
106. Cavas Martínez, Faustino. *Las relaciones laborales en el sector agrario*. 1995. 651 p.

107. *El campo y la ciudad (sociedad rural y cambio social)*. Edición a cargo de M.<sup>a</sup> Antonia García León. 1996. 282 p.
108. *El sistema agroalimentario español. Tabla input-output y análisis de las relaciones intersectoriales*. Director: Antonio Titos Moreno. 1995. 431 p.
109. Langreo Navarro, Alicia. *Historia de la industria láctea española: una aplicación a Asturias*. 1995. 551 p.
110. Martín Gil, Fernando. *Mercado de trabajo en áreas rurales. Un enfoque integrador aplicado a la comarca de Sepúlveda*. 1995. 619 p.
111. Sumpsi Viñas, José María y Barceló Vila, Luis V. *La Ronda Uruguay y el sector agroalimentario español (Estudio del impacto en el sector agroalimentario español de los resultados de la Ronda Uruguay)*. 1996. 816 p.
112. Forgas i Berdet, Esther. *Los ciclos del pan y del vino en las paremias hispanas*. 1996. 562 p.
113. *Reformas y políticas agrarias en la historia de España (De la Ilustración al primer franquismo)*. Coordinadores: Ángel García Sanz y Jesús Sanz Fernández. 1996. 406 p.
114. Mili, Samir. *Organización de mercados y estrategias empresariales en el subsector del aceite de oliva*. 1996. 383 p.
115. Burgaz Moreno, Fernando J. y Pérez-Morales Albarrán, M.<sup>a</sup> del Mar. *1902-1992. 90 años de seguros agrarios en España*. 1996. 548 p.
116. Rodríguez Ocaña, Antonio y Ruiz Avilés, Pedro. *El sistema agroindustrial del algodón en España*. 1996.
117. Manuel Valdés, Carlos M. *Tierras y montes públicos en la Sierra de Madrid (sectores central y meridional)*. 1996. 551 p.
118. Hervieu, Bertrand. *Los campos del futuro*. 1996. 168 p.
119. Parras Rosa, Manuel. *La demanda de aceite de oliva virgen en el mercado español*. 1996. 369 p.
120. López Iglesias, Edelmiro. *Movilidad de la tierra y dinámica de las estructuras en Galicia*. 1996.
121. Baz Vicente, María Jesús. *Señorío y propiedad foral de la alta nobleza en Galicia. Siglos XVI y XX. La Casa de Alba*. 1996.
122. Giráldez Rivero, Jesús. *Crecimiento y transformación del sector pesquero gallego (1880-1936)*. 1996. 123 p.
123. Sánchez de la Puerta, Fernando. *Extensión y desarrollo rural. Análisis y praxis extensionistas*. 1996.
124. Calatrava Andrés, Ascensión y Melero Guilló, Ana María. *España, Marruecos y los productos agroalimentarios. Dificultades y potencialidades para las exportaciones de frutas y hortalizas*. 1996. 286 p.

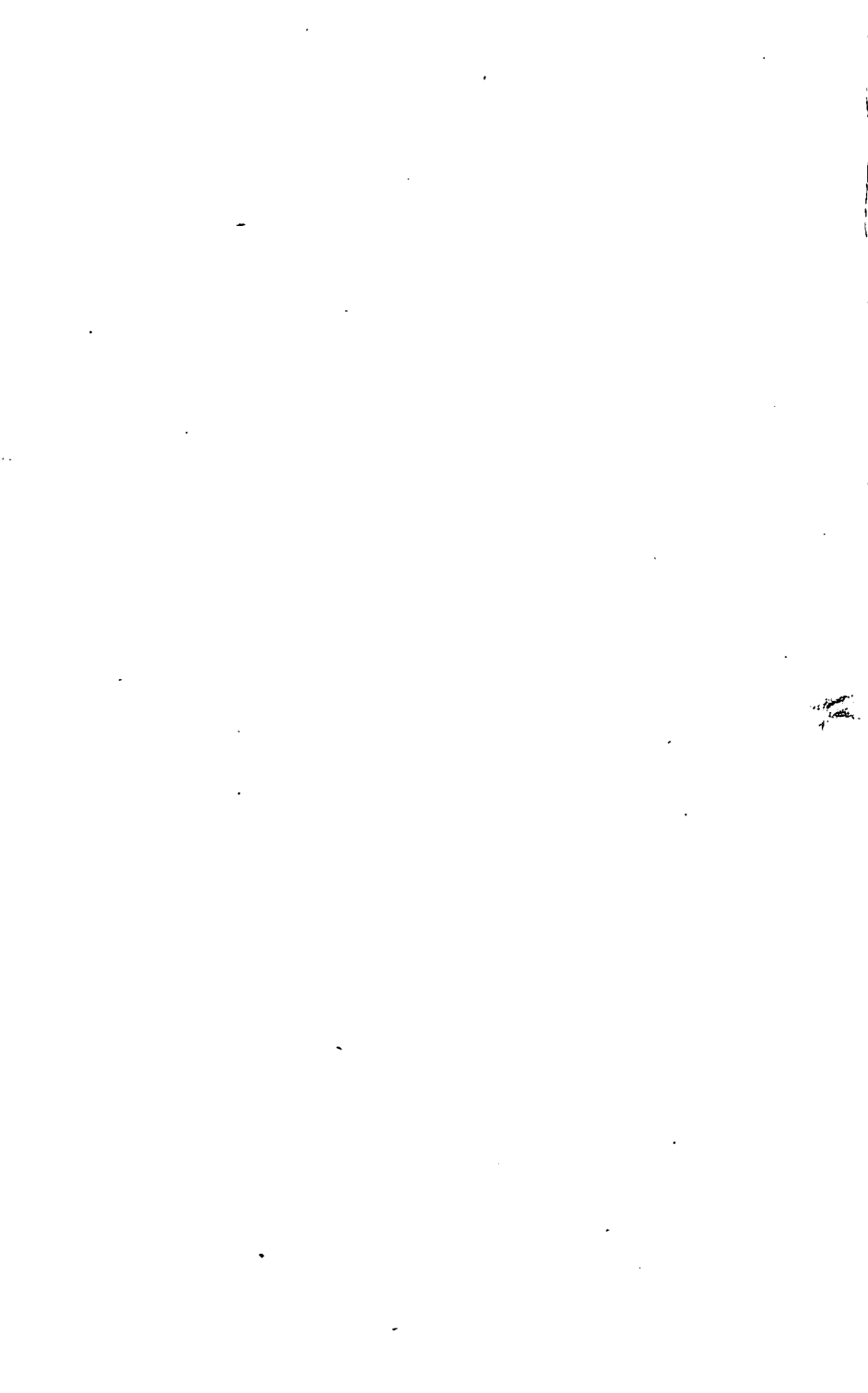
125. García Sanz, Benjamín. *La sociedad rural ante el siglo XXI*. 1996.
126. Román Cervantes, Cándido. *Propiedad, uso y explotación de la tierra en la comarca del campo de Cartagena. (Siglos XIX y XX)*. 1996.
127. *Estructuras agrarias y movimientos campesinos en América Latina (1950-1990)*. Coordinadores: León Zamosc, Estela Martínez y Manuel Chiriboga. 1996.
128. Casado, Santos. *Los primeros pasos de la ecología en España. Los naturalistas del cambio de siglo y la introducción a la ciencia ecológica (Coedición con el CSIC)*. 1996.
129. *Transformaciones agrarias y cultura material en Andalucía Oriental y Norte de Marruecos*. González Alcantud, J. A. et al. 1996.
130. Iriarte Goñi, J. I. *Bienes comunales y capitalismo agrario en Navarra. 1855-1935*. 1996.
131. Azcárate Luxán, Isabel. *Plagas agrícolas y forestales en España (Siglos XVIII y XIX)*. 1996.
132. Baumeister, Martín. *Campesinos sin tierra. Supervivencia y resistencia en Extremadura (1800-1923)*. 1996.
133. Domínguez Martín, Rafael. *La vocación ganadera del norte de España. Del modelo tradicional a los desafíos del mercado mundial*. 1996. 448 p.
134. Díaz Méndez, Cecilia. *Estrategias familiares y juventud rural*. 1997. 328 p.
135. Gonzalo, Manuel y Lamo de Espinosa, Jaime (directores). *Oportunidades para la inversión y el comercio agroalimentario español en América*. 1997. 492 p.
136. Cadenas Marín, Alfredo y Cantero Talavera, Catalina. *Implicaciones agroalimentarias de la adhesión a la Unión Europea de los PECO*. 1997. 206 p.
137. Morilla Critz, José; Gómez-Pantoja, Joaquín y Cressier, Patrice (eds). *Impactos exteriores sobre el mundo rural mediterráneo*. 1997. 660 p.
138. Recopilación Ponencias Seminario. *La comercialización y la distribución de productos perecederos agroalimentarios y pesqueros*. 1998. 274 p.
139. Gonzalo, Manuel y Sainz Vélez, José (directores). *El derecho público de la Agricultura: Estado actual y perspectivas*. 1998. 494 p.
140. Quintana, J.; Cazorla, A. y Merino, J. *Desarrollo rural en la Unión Europea: Modelos de participación social*. 1999. 258 p.
141. Andrés Pedreño Cánovas. *Del jornalero agrícola al obrero de las factorías vegetales: Estrategias familiares y nomadismo laboral en la ruralidad murciana*. 1999. 376 p.

142. Eduardo Ramos Real. *El desarrollo rural en la Agenda 2000*. 1999. 624 p.
143. Gonzalo, M. y Velarde Fuertes, J. *Reforma de la PAC y Agenda 2000: Nuevos tiempos, nueva agricultura*. 2000. 336 p.
144. García González, F. *Las estrategias de la diferencia. Familia y reproducción social en la Sierra (Alcaraz, s. XVIII)*. 400 p.
145. Recopilación Ponencias-Seminario. *Comercialización y distribución de productos pesqueros*. 2000. 344 p.
146. García Pascual, F. (Coordinador). *El mundo rural en la era de la globalización. Incertidumbres y potencialidades*. 2001. 544 p.
147. Ainz Ibarrondo, M.<sup>a</sup> J. *El caserío vasco en el país de las industrias*. 2001. 368 p.
148. Sayady, S. y Calatrava, J. *Análisis funcional de los sistemas agrarios para un desarrollo rural sostenible: las funciones productivas, recreativas y estéticas de la agricultura en la Alpujarra alta*. 2001. 332 p.
149. Compés López, R.; García Álvarez-Coque, J. M.<sup>a</sup> y Reig Martínez, E. *Agricultura, comercio y alimentación. (La Organización Mundial del Comercio y las negociaciones comerciales multilaterales)*. 2001. 408 p.
150. González Fernández, M.; *Sociología y Ruralidades (La construcción social del desarrollo rural en el Valle de Liébana)*. 2002. 512 p.
151. Segrelles Serrano, J. A. (Coordinador). *Agricultura y Espacio Rural en Latinoamérica y España. (Posibilidades y riesgos ante la mundialización de la economía)*. 2002. 408 p.
152. Piqueras Arenas, J. A. (Coordinador). *Bienes comunales. (Propiedad, poderes y apropiación)*. 2002. 260 p.
153. Lamo de Espinosa, Jaime (director). *Visión del futuro de la agricultura europea*. 2002. 256 p.
154. García Sanz, Benjamín. *Sociedad Rural y Desarrollo*. 2002. 452 p.
155. Delgado Serrano, M.<sup>a</sup> del Mar. *La política rural europea en la encrucijada*. 2004. 352 p.
156. Marrón Gaité, M.<sup>a</sup> J., García Fernández, G. (Coordinadores). *Agricultura, Medio ambiente y Sociedad*. 2004. 280 p.
157. Thierry Desrues. *Estado de Agricultura en Marruecos: Trayectoria de la política agraria y articulación de interés (1956-2000)*. 2004. 346 p.
158. Martín Cerdeñas, V. J. *Alimentación, Economía y Ocio*. 2004. 250 p.
159. Collantes Gutiérrez, Fernando. *El declive demográfico de la montaña española (1850-2000). ¿Un drama rural?.* 2004. 364 p.
160. Etxezarreta Zubizarreta, Miren. *La Agricultura Española en la Era de la Globalización*. 2006. 742 p.

161. Díaz Méndez, C. y Dávila Díaz, M. *FAMILIA, TRABAJO Y TERRITORIO: Tres anclajes sociales dinámicos para la integración de las jóvenes en una sociedad rural difusa*. 2006. 280 p.
162. Arnalte Alegre, Eladio (Coordinador). *Políticas Agrarias y Ajuste Estructural en la Agricultura Española*. 2007. 393 p.









El presente trabajo pretende analizar algunos factores psicosociales que intervienen en la producción del desdoblamiento del medio rural. Investigamos sobre cómo un modelo de desarrollo economicista, centrado en grandes polos de desarrollo urbano-industrial, viene generando un proceso de éxodo rural, masivo y selectivo, que afecta principalmente a las mujeres y a la juventud. Destacamos que en el éxodo rural, además de factores económicos que son identificados y resaltados frecuentemente, actúan también factores de orden psicosocial y simbólico, que son más sutiles e invisibles, pero que influyen en las relaciones sociales establecidas y en la toma de decisiones, personales y colectivas.

Investigamos aquí sobre dos órdenes distintos de factores psicosociales, que se entrelazan y configuran el contexto de vida en el medio rural: las representaciones sociales construidas sobre la ruralidad, y el papel de las mujeres en el orden patriarcal establecido. Las cuestiones socioeconómicas y psicosociales referentes a la ruralidad están interrelacionadas con las estructuras y la simbología de género. El desequilibrio jerárquico entre hombres y mujeres, y una mayor dificultad para romper con los papeles tradicionales atribuidos a las mujeres en el medio rural, hace que muchas de ellas busquen una salida en la emigración y en el anonimato de las ciudades.

Por otro lado, los programas de desarrollo se han convertido en grandes escaparates de las transformaciones y de la diversidad del medio rural, y en todo ello las mujeres vienen adquiriendo un protagonismo creciente. Las nuevas funciones del medio rural en las sociedades postindustriales vienen posibilitando la inserción socioeconómica, especialmente en el sector servicios, en el que las mujeres están encontrando una clara vinculación entre su papel tradicional y nuevas áreas de profesionalización, permitiendo un cambio en el panorama de relaciones y un mayor reconocimiento social, aunque, si echamos una mirada crítica, no rompen claramente con las tareas domésticas y de cuidados. Finalmente, observamos cómo las mujeres asumen nuevos papeles y construyen nuevas identidades, sin liberarse de los papeles tradicionales y de las identidades asignadas.



MINISTERIO  
DE AGRICULTURA, PESCA  
Y ALIMENTACIÓN